

Se llamaba Manuel

Víctor Fernández Correas



Lectulandia

El cuerpo del joven Manuel Prieto aparece en el Cerro Garabitas de la Casa de Campo de Madrid el día de Nochebuena de 1952. Gonzalo Suárez, inspector de segunda del Cuerpo General de Policía, se hace cargo del caso. Un caso que, sin saberlo, cambiará su vida tal y como la conoce.

El teniente Arturo Saavedra negocia los términos del acuerdo que permitirá a Estados Unidos establecer bases militares en España. Y lo hace por convicción, pero también por interés personal: las negociaciones son la puerta abierta a la nueva vida que ansía por encima de todo.

Marga Uriarte vive con odio. En el pasado coqueteó con el entorno del Partido Comunista de España. Ahora, un viejo conocido le pide ayuda en nombre del partido. Lo que parecía un mero trámite para ganar algo de dinero se convierte en una oportunidad inmejorable para saldar cuentas con su pasado.

Tres historias que se desarrollan en una España en la que, se aseguraba, había empezado a amanecer. Aunque no para todos.

Lectulandia

Víctor Fernández Correas

Se llamaba Manuel

ePub r1.0
orhi 21.04.2019

Título original: *Se llamaba Manuel*
Víctor Fernández Correas, 2016

Editor digital: orhi
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Oviedo, 11 de octubre de 1934.

Empeñarse en vivir o empeñarse en morir. En eso consiste la vida.

Una hora, la de nuestra muerte, que nos es desconocida. ¿Cómo enfrentarse a ella? Todo depende del ánimo con el que se afronte su cercanía, de la valentía de cada cual, de los miedos, e incluso de la educación recibida.

La protagonista de las siguientes líneas sentía el aliento de la muerte. Algo tan lejano para ella, y más a su edad, pero la parca no hace distinciones. Tiene sus reglas, se guía por ellas. ¿Qué hacer ante eso? Ella rezaba. Y no creía en Dios, pero lo hacía con voz temblorosa y lágrimas en los ojos. Postrada de rodillas junto a la cama, rezaba:

—Padre nuestro... Que estás en el cielo...

«¡Si me viera mi padre...!», caviló interrumpiendo así la plegaria. Sí, estaba rezando. Ni siquiera recordaba la última vez que lo había hecho, y a duras penas la oración misma. Su padre la hubiera abroncado, o incluso algo peor, le hubiera cruzado la cara. Con esa mano derecha que tenía, de dedos gordos y largos. ¡Plas, plas! «¡Eso, por rezar!». Pero su padre no estaba allí para protegerla, ni tampoco su madre. Ella, en el fondo, la hubiera perdonado. «Al final, hija mía, quieras o no, Dios siempre queda», solía decirle cuando su padre no estaba delante. Dios. Del que había renegado por obligación, primero, y después por convicción; el único asidero al que ahora se podía agarrar. Por eso le rezaba.

—Venga a nosotros tu reino... Y hágase tu voluntad...

En ese trance Dios era toda su esperanza. En la tierra lo era la cómoda con la que había atrancado la puerta de la pequeña habitación en la que encontró refugio. La puerta era una de las dos salidas existentes. La otra era una ventana mediana que daba a un patio interior. Suficiente, no obstante, para su cuerpo menudo. Dos pisos de altura. Se trataba de elegir la manera más rápida. Llegado el momento, en su muerte mandaría ella y no el hombre que la perseguía.

—Bendita tú eres, entre todas las mujeres, y bendito...

Iba a mentar el fruto del vientre de la Virgen María cuando un golpe seco estremeció la puerta. Al que siguió un segundo, un tercero, y varios trompazos más. Lo siguiente que escuchó fue una voz. Su tono no invitaba al optimismo:

—¡Abre la puerta, zorra!

Se repitieron los porrazos. Lo mismo daba que fueran patadas o puñetazos. A fin de cuentas, quien los propinaba tenía claro el camino para entrar en la habitación. Sabía que ella no le abriría la puerta con educación, ni tampoco le esperaría con los brazos abiertos. Por eso volvió a dejar claras sus intenciones. Redoblaba su ímpetu con manos y pies; con la boca la amenazaba:

—¡Que abras, puta! ¡Cuanto más te resistas, peor para ti!

—¡Gloria al padre, gloria al hijo, gloria al Espíritu Santo...! —retomó la oración con lágrimas resbalando por sus mejillas.

Cada palabra sonaba más alta que la anterior. «¡Si estás ahí, escúchame!», parecía decirle. Pero Dios no estaba por la labor de hacerlo. O puede que su padre tuviera razón y realmente no existiera; que ese ser misericordioso y lleno de bondad no fuese más que un invento de curas y monjas. Lo que terminó de corroborar ese pensamiento fue un pedazo de madera que cayó junto a sus pies.

—¡Te lo advertí!

Ya no le quedaba duda alguna: Dios la había olvidado.

La puerta cedió. Primero apareció una mano fuerte que se hizo sitio en el agujero abierto; después la otra, que se unió en la tarea de ensancharlo. A continuación, el pie izquierdo con el mismo afán, pero en la parte inferior. Los rezos dieron paso a los lloros, la angustia al miedo, y la búsqueda de Dios...

—¡Ya eres mía, zorra!

Un joven alto, huesudo y de mirada salvaje tardó en entrar en la habitación lo que en apartar la cómoda que le obstaculizaba el paso. Era el mismo que se había fijado en ella en el portal de la casa, donde había entrado junto a otros soldados que asolaban la calle matando a todos los que encontraban en su camino. Al verla tan desvalida, sonrió. Era la suya una sonrisa siniestra, vencedora, nada distinta a la de otros tantos que, como él, ya habían convertido Oviedo en una orgía de sangre y muerte. Semejante castigo había sufrido Gijón cuatro días antes. Allí desembarcaron las tropas del general Yagüe para poner fin a la rebelión que se había adueñado de Asturias. Eso respondió el presidente del Gobierno, Alejandro Lerroux, a las exigencias

de autogobierno de los obreros asturianos. Una tierra libre y sin ataduras, sin ricos ni pobres; lo más parecido a la madre Rusia, cuyos ecos revolucionarios corrían de fábrica en fábrica, de campo en campo. Gijón claudicó, y los que pudieron la abandonaron antes de caer en manos de los regulares y africanos del general Yagüe. Las mujeres, cargadas con sus hijos, huyendo de las historias que les habían contado, de las salvajadas provocadas por los soldados recién llegados; los ancianos, para conservar la poca vida que les quedaba; los hombres en edad de combatir, para reorganizarse de nuevo con la intención de vender cara su piel. Y eso mismo es lo que ahora estaba ocurriendo en las calles de Oviedo, donde la soldadesca de Yagüe estaba entrando a cuchillo.

—¿Acaso creías que ibas a escapar?

—¡Por favor, no me haga daño...! —imploró ella de rodillas.

Solo le quedaba pedir misericordia, esperar una postrera señal de Dios. Quizás en el último momento decidiera manifestarse y aquel soldado no le hiciera nada; quizás todo quedara en un susto, una advertencia por su curiosidad. La que le llevó a la calle al escuchar gritos y disparos. «¡Pase lo que pase, no salgas de casa y no abras la puerta a nadie!», le había advertido. Por qué decidió desobedecer a su padre, al que había visto salir unas horas antes junto a su madre, cada uno con un fusil en la mano. ¿Por qué?, ¿por qué? Todavía se lo preguntaba delante del soldado, que la escrutaba en silencio y con la sonrisa congelada en su rostro cetrino, cuya barba hacía días que no conocía hoja de afeitar alguna.

—Ya sabía yo que subir hasta aquí me iba a merecer la pena... ¿Verdad, bonita?

No solo bajó a la calle, sino que también recorrió algunos metros. Oyó tiros, lamentos que sonaron a muerte, y volvió sobre sus pasos. Tarde. Los soldados entraron en el portal apuntando a los atemorizados vecinos y a los viandantes que se habían refugiado allí. «¡Que nadie se mueva!», gritó uno de ellos tras aligerar de papeles a un paisano, al azar. Lo siguiente que vio ese soldado fue a una chica salir corriendo escaleras arriba. «¿Para qué gastar balas?», pensó antes de salir tras su estela. Otro de sus compañeros, menos escrupuloso, levantó a una mujer del suelo a punta de fusil y la condujo hasta la portería, donde no tardaron en escucharse sus lloros y gritos de horror. Y también de dolor. Ella, en cambio...

—Veo que te gusta jugar, zorrита —articuló el soldado agarrándola del mentón para observarla mejor—. Ahora vamos a jugar tú y yo un ratito...

—¡Por Dios, se lo suplico, no me haga...!

—¡No mentes a Dios con tu sucia boca, roja de mierda!

Acto seguido, la abofeteó y la arrojó a la cama. Era una muchacha joven bien parecida, de melena rubia rizada.

—¿Cuántos años tienes?

—Die... cio... cho —contestó ella con voz temblorosa y los ojos verdes, de una intensidad que llenaba su rostro arrasado en lágrimas.

El uniformado sonrió con sorna, mientras le metía la mano izquierda bajo la falda buscando lo que tanto ansiaba encontrar. Ella gritó al sentir un dedo hurgando en su más profunda intimidad, y eso aumentó la excitación que consumía al soldado.

—¡Qué bien lo vamos a pasar tú y yo!

Luego vino una bofetada seca y dolorosa que le rompió el labio. Después rasgó su camisa, por la que asomaron un par de pequeños pezones que mordió con ansia, mientras la joven chillaba de dolor. Era el preámbulo de lo que vendría después.

Cada «por favor», cada súplica suya, precedían a una bofetada; la palma del soldado golpeaba su rostro sin remisión. Los susurros de miedo dieron paso a los alaridos cuando el hombre, enloquecido, la desnudó por completo para poseerla con rabia.

Entonces comenzó a penetrarla como si no hubiera conocido hembra alguna en toda su vida.

capítulo 1

Madrid, Casa de campo.

Primera hora de la mañana del 24 de diciembre de 1952.

Existen muchas formas de morir. Todo depende del cómo. Siempre hubo afortunados que pudieron elegir cómo marcharse de este valle de lágrimas, pero fueron los menos. Los más, no pudieron ni pueden hacerlo. Se resignan con la que les toca. Y al hombre que yacía en el suelo le correspondió una de las peores.

—Esta del corazón fue la que se lo llevó por delante. Me juego lo que usted quiera.

El que pronunció la frase era un joven que estaba en cuclillas y lucía una crencha pulcramente perfilada. Tampoco hubiera importado mucho que permaneciera en pie. Alcanzaba el metro sesenta y cinco de estatura, y por su aspecto de niño podría pensarse que daría el estirón en cualquier momento, pero no. Julián Ordóñez ya había cumplido los veinticinco y así se quedaría a no ser que su querida Señora de la Esperanza respondiera milagrosamente a sus plegarias, y todo indicaba que nunca lo haría.

—Aunque la del cuello...

Julián Ordóñez dudó. A su lado, su jefe, el inspector de segunda del Cuerpo General de Policía, Gonzalo Suárez, le dejaba hacer. Confiaba en él, en su instinto. Mientras, otro policía llamado Bermúdez husmeaba en los alrededores.

—¿Cree que también es mortal? —quiso saber Gonzalo Suárez.

—Sí que lo es, sí... —Ordóñez se quedó pensativo por unos segundos, los que tardó en echar un último vistazo a los dos lugares que ocupaban su atención—. En definitiva, sí que lo es. En fin, que entre la una y la otra desangraron a este gachó. Se lo querían quitar de en medio.

Julián Ordóñez era de Sevilla y policía. Y lo era gracias al padre, un importante empresario. El niño quería ser policía, y a ser posible fuera de su ciudad. ¿Madrid?, le ofreció el progenitor. Movié contactos, cobró favores... Un nuevo mundo de posibilidades se abrió ante los ojos de su hijo, que ahora

andaba por la capital, entre otras cosas, examinando cadáveres como el que tenía ante sí. El lugar, el Cerro Garabitas de la Casa de Campo, donde sucesos de este calibre no eran extraños. El aviso de un guarda jurado que vigilaba la zona le había llevado hasta allí junto a otros dos compañeros del Cuerpo General de Policía.

—Asesinato —concluyó Ordóñez incorporándose y dirigiéndose nuevamente a su jefe.

El cadáver yacía boca arriba, con la camisa rota y ensangrentada. El policía dio un par de vueltas alrededor del cuerpo con gesto pensativo.

—¿Qué tipo de asesinato cree que puede ser? —le preguntó su superior.

—Un ajuste de cuentas. —Con la mano izquierda acariciándose el mentón, el agente sevillano se disponía a transformar sus sospechas en palabras—. Un lugar alejado de la ciudad, tranquilo, donde darle matarile a conciencia, sin remilgos.

—Yo tampoco tengo duda: la del corazón fue la primera —apuntó Gonzalo Suárez tras agacharse para examinar el cadáver—. Una vez vencida la resistencia recibió la del cuello, por si las moscas. Quien lo ha hecho quiso asegurarse de que el pobre diablo no saliera de esta.

De entre la maleza, no lejos de la pareja que examinaba el cadáver, apareció Bermúdez. Un tipo alto, fornido y lacónico. Traía consigo una chaqueta de fil a fil marengo e idéntico color que el pantalón del finado, de solapas muy cortas y hombros muy ajustados —un traje caro a ojos de su jefe — y cuyos bolsillos estaban vacíos. Una persona indocumentada, en definitiva, lo que complicaba el caso.

El inspector chasqueó la lengua después de revisar la prenda que Bermúdez le había entregado. Por su parte, el sevillano se acuclilló nuevamente junto al cadáver y examinó el rostro con calma. Era triangular, de facciones muy marcadas y barbilla alargada. Y unos ojos de color azul que la muerte quiso mantener abiertos atrapada por la intensidad que irradiaban.

—¿Cuántos años le echa?

—No más de veinte —respondió, convencido, Gonzalo Suárez—. Solo hay que ver la pinta de pipiolo que tenía.

Veinte años. Un pimpollo, maldijo en silencio el inspector. «Asco de vida», bisbiseó a continuación. Estaba adscrito a la comisaría de la calle Leganitos, y lo que tenía delante era un muerto más. Eso era lo único cierto en aquel momento.

El día de Nochebuena no podía comenzar peor. La mañana había amanecido fría y brumosa, similar a la del día anterior. El inspector Suárez

escrutó la silueta de la ciudad entre la niebla, en la que destacaba la mole de un edificio. Incluso antes de estar terminado ya era el más alto de la urbe — los madrileños lo habían bautizado como la *Casa del Taco*, por los muchos que soltaban al contemplarlo por primera vez—. Una nueva ráfaga de viento le trajo un suave aroma y esbozó una leve sonrisa. Era un olor familiar el de la tierra mojada. Le recordaba a su infancia. Añoraba aquella época, su tierra soriana, agreste, dura, las correrías con sus amigos... Y a su madre. Fue entonces cuando también le vino a la cabeza la del muerto.

—Pobre mujer —lamentó antes de entregar la chaqueta a Ordóñez—. Terminen de inspeccionar la zona. Yo regreso a la comisaría para dar aviso al forense. Después vayan usted y Bermúdez a Santa Isabel, a ver si averiguan quién era este infeliz.

—Si no se enteran antes los de *El Caso*... —apuntó Ordóñez con esa sorna sevillana que sacaba a relucir siempre que podía.

—Ya tuvo que salir con eso.

—Lo que no sepan esos... —El sevillano se encogió de hombros esgrimiendo una sonrisa burlona—. ¡Ojú! ¿O es que no recuerda cómo se las gastan?

Bermúdez se limitó a sonreír. Costaba Dios y ayuda arrancarle las palabras. Un tipo lacónico, todo lo contrario que Julián Ordóñez, siempre con un comentario ácido, sarcástico o atrevido, según el momento y la circunstancia, en la boca. Gonzalo Suárez se alejó del lugar negando con la cabeza. Razón no le faltaba a su compañero sevillano. No sabía cómo, pero el periódico que dirigía Eugenio Suárez publicaba, analizaba y esclarecía crímenes con una solvencia que envidiaba. Y eso que tenía limitado informar de más de un homicidio por número. Aun así, no tenía dudas de que la del Cerro Garabitas sería su noticia más sonada en semanas. Bastante tenía él con averiguar algo, por poco que fuera, acerca de quién era el cadáver sin identificar. Al menos antes de que lo hiciera *El Caso*; le urgía cerrar el asunto con la mayor diligencia posible.

Lo que el inspector Suárez no sabía en ese momento era que el asesinato del Cerro Garabitas le iba a complicar la vida durante los meses siguientes. Tanto como para cambiársela por completo.

Palacio de Buenavista, Madrid.

Mediodía del 24 de diciembre de 1952.

—¿Qué, listo para pasar la Nochebuena?

—Pse...

El que preguntaba era un tipo de notable estatura, grueso y de rostro redondo en el que destacaban unos ojos grandes pero vivarachos ocultos tras unas gafas redondas. El alférez Jesús Ezquerro iba de un lado a otro del despacho ordenando papeles y guardando informes. El que respondía con desgana era el teniente del Ejército de Tierra Arturo Saavedra, que no apartaba la mirada de la ventana, desde la que disfrutaba de una preciosa vista de la plaza de Castelar. El tráfico fluía con calma y el cielo estaba cubierto de nubes, tras la tregua momentánea de la niebla.

—¿Al final se marcha fuera? —quiso saber más el alférez.

—A El Escorial —replicó su interlocutor con algo menos de desgana—. Con la familia de mi mujer.

—¡Ah! Entonces verá al general...

—Sí, supongo que sí... —Arturo Saavedra se apartó de la ventana y apagó el cigarro ya consumido en un cenicero que cogió de su escritorio—. Es Nochebuena, tiempo de compartir la alegría con la familia... En fin.

—Yo también la pasaré con la mía. Nos juntamos todos y acabamos cantando villancicos con una zambomba y una pandereta —detalló Jesús Ezquerro con los ojos iluminados—. ¡Ay, qué bonito es ver junta a toda la familia!, ¿verdad?

—Claro, claro...

El alférez se llevó la mano a la boca para ocultar una sonrisa sarcástica.

—¿Qué le hace tanta gracia, Ezquerro?

En el rostro del teniente asomó un gesto nada cordial. La salida de tono de su subordinado le enervó, al recordarle que esa noche tocaba cena con la familia de su mujer; razón por la que llevaba todo el día de mal humor. A su paso las risas se transformaban en silencios y rostros serios.

Arturo Saavedra arrastraba mucha tensión, y podía estallar en una cena con su familia política solo con que saltara una pequeña chispa.

—Si no necesita nada más...

—Puede retirarse.

El alférez saludó a su superior y se caló la gorra, con la que se tapó una cabeza asolada por una agresiva alopecia a pesar de su juventud. Ya solo, el teniente comenzó a pasear por su despacho, situado en una de las plantas del Ministerio del Ejército, en el Palacio de Buenavista. A ojos de alguien sensible al arte, una maravilla con la que recrearse durante horas: techos de estilo isabelino, bellos tapices, algunos lienzos de notable autoría... Elementos ornamentales que a él se la traían al paio. Estaba harto de verlos y

tampoco entendía de arte. Miró el reloj y emitió un suspiro de fastidio. En tres horas tendría que pasar por casa, arreglarse para la cena y partir hacia El Escorial con su mujer y su hijo. Ella era Lourdes, al casarse dio un braguetazo que le permitió ascender con rapidez en el escalafón militar. El niño se llamaba Adrián y tenía diez años. Un incordio. No paraba quieto y era el ojito derecho del general, su suegro, que se deshacía con el chaval contándole batallitas; que para eso había hecho —y ganado— la guerra.

Pensó en el suegro, en la mujer, en su hijo...

—¡La madre que los parió!

Encendió otro cigarrillo y permaneció de pie unos instantes, pensativo. Estaba claro: necesitaba una copa. Al menos una. Para pasar el trago. Tocaba mantener la compostura, aparentar alegría y felicidad. Lo que llevaba haciendo en los últimos cinco años. Le sobraba experiencia, pero una copa no le vendría mal. Hubiera preferido otro tipo de celebración menos formal, más ligera. Se lo merecía tras meses de intensa negociación. Una negociación importante, la de mayor envergadura en la que nunca se habían visto inmersos tanto él como la España contemporánea. Esa España que ansiaba cerrar un acuerdo que le permitiera volver a pintar algo en el mundo tras años de oscuridad. Meses, demasiados meses. Y tensión. En exceso.

Semanas de reuniones, de intercambios, de opiniones... El trasiego de los días había hecho mella en su rostro cansado. Las ojeras negras se habían convertido en perennes por la falta de sueño, por la ambición, o por ambas cosas. Una buena oportunidad para sacar algo en beneficio propio. Esperaba que le cayera algo de lo mucho que ganaría el país. Un ascenso, por ejemplo. Y dinero, por qué no. Una cantidad suficiente como para dar algo de alegría a su vida, alimentada por un sueldo que consideraba insuficiente. Quería ganar más dinero y ante sí tenía la oportunidad que siempre había soñado. Que las negociaciones llegaran a buen puerto era un asunto de Estado, pero también estaba en juego su interés personal.

Estaba dejándose la piel en ello. Las pocas fuerzas que le quedaban las gastaba como quería. Y no con su mujer, precisamente. Por eso necesitaba esa copa antes de encontrarse con ella, su hijo y su suegro, el general.

Estaba decidido. Se tomaría esa copa. Y también sabía adónde acudir para disfrutarla.

Así que se caló el abrigo, metió unos informes en el maletín y se encaminó hacia la puerta, cuando un par de golpes le detuvieron. Tras dar el consentimiento, entró el alférez Jesús Ezquerro.

—Ha llegado este telegrama. Es urgente.

Con una inclinación de barbilla indicó a Ezquerro que podía retirarse: quería leer el telegrama a solas. Arturo Saavedra dejó el maletín en el suelo y lo abrió con prisa. Lo que fuera, quería conocerlo de inmediato. Conforme lo hacía su rostro se fue relajando y, al acabarlo, esbozó una leve sonrisa. Abandonó el papel encima del escritorio y encendió un cigarrillo al pie de la ventana, cuya primera calada expulsó esquinada, con calma. A sus oídos llegó el sonido de algunos cláxones y ruidos de motor amortiguados por la distancia. Madrid revivía después de una década de un oscurantismo que no se había marchado del todo. En el cristal pudo ver su rostro, ahora más alegre. No todo iba a ser tan malo esa Nochebuena.

—Mira por dónde, la copa te va a saber mejor de lo que esperabas, Arturo.

Nochebuena de 1952. En algún lugar perdido de Madrid.

Marga Uriarte no tenía nada que celebrar. Sola, removía la sopa que era el plato principal de su menú de Nochebuena. La acompañaría de una lata de sardinas, y eso siempre que tuviera hambre, que no era el caso. Le daba igual que la sopa estuviera caliente o fría. Se la tomaría y después se iría a la cama. Afuera se escuchaban voces: algún villancico, una guitarra y una pandereta. Había gente que tenía ganas de celebrar la Nochebuena. Alegría. Dejó de sorber la sopa y se quedó pensativa removiéndola. Alegría. ¿Cuándo fue la última vez que experimentó esa sensación? Se llevó la cuchara a la boca y luego un par más hasta acabar el plato.

Marga Uriarte no tenía nada que celebrar.

En su corta existencia solo había conocido el dolor. Sus padres habían muerto cuando apenas era una niña. A él lo pasearon tres días después del Alzamiento. Estaba señalado. El cacique del pueblo se la tenía jurada por alentar a otros campesinos a pedir un reparto justo de tierras. La pistola que empuñó delante de sus narices convenció al cacique de que dicho reparto sería la mejor solución para todos. Y lo fue. Hasta que llegaron los nacionales. Se lo llevaron a pasar una noche de verano subido a un camión. A su madre, deshecha en lágrimas, tuvieron que sujetarla entre varias personas para que no se abalanzara sobre la parte trasera. Su madre sobrevivió a la guerra, pero no al hambre, y Marga la enterró en una fría mañana de invierno del 42. Sin más familia, se vio sola en el mundo como un perro abandonado.

Y así seguía.

Por eso no tenía nada que celebrar.

Estaba absorta en sus pensamientos cuando alguien llamó a la puerta. Extrañada, se levantó y la entreabrió. Su cara de sorpresa fue mayúscula al reconocer el rostro de quien había acudido a verla en Nochebuena.

—Pero, pero... —tartamudeó—. ¿Qué demonios haces aquí?

—¿Puedo pasar? Aquí fuera hace demasiado frío...

Algo debía de ocurrir para que se presentara allí en una noche así. Le franqueó el paso y cerró la puerta con rapidez, no sin antes echar un par de vistazos rápidos al exterior, a izquierda y derecha. Ya dentro, el tipo se despojó de la gorra que tapaba su cabeza, pero no de la bufanda que ocultaba parte de su rostro, ni tampoco del abrigo. Hacía bastante frío en la casa de Marga, que atisbó en los ojos del recién llegado una alegría contenida. Había pasado mucho tiempo desde la última vez. Se miraron en silencio durante unos instantes en los que él no se atrevió a abrir la boca. Solo la miraba con la cara de alguien que estuviera contemplando a un ser resucitado, o a una persona a la que tuviera muchas, muchas ganas de ver.

—Estás muy guapa —articuló él a modo de saludo—. Como siempre.

—Ahórrate el cumplido —le cortó ella, seca—. Dispara qué te ha traído aquí. Y espero que la razón sea convincente. No estoy para bromas.

—Veo que no te alegras demasiado de verme...

—Creía que todo había acabado.

—Lo intento con todas mis fuerzas, pero no puedo. —Clavó la mirada en el suelo. La levantó para dirigirse a Marga—. No obstante, eso es cosa mía.

Ella supo que no le engañaba por el modo en que la miraba. Que el pasado, pasado es, pero no para todos. Algunos no saben, ni pueden, olvidarlo. La persona que tenía delante era una de ellas.

—¿Has venido únicamente a decirme eso? ¿El día de Nochebuena?

—Vengo a pedirte ayuda.

—¿Qué necesitas?

—No es para mí.

—¿Entonces?

—Me han pedido que nos ayudes.

Marga se giró buscando el ventanuco —la única entrada de luz a la estancia— y dando la espalda al tipo. La noche era fría. Fuera bullía la Nochebuena.

—Te necesitamos.

Marga cerró los ojos y tragó saliva.

—No puedes decirnos que no —insistió el tipo.

Estaba equivocada.

Ella tampoco podía olvidar el pasado.

capítulo 2

—Pobre madre...

Fue lo primero que le vino a la cabeza al inspector de segunda Gonzalo Suárez. Sobre su mesa tenía dos fotos de la misma persona. En la primera aparecía jovial y sonriente; en la segunda, ya era un cadáver.

—Se llamaba Manuel.

Gonzalo Suárez miró fijamente a Julián Ordóñez, sentado tras la mesa. A su lado estaba Bermúdez, que era hombre de hechos y pocas palabras. Únicamente abría la boca si lo consideraba necesario, y sobaban los dedos de una mano para contar los momentos en que eso ocurría.

—Manuel Prieto, de veinte años de edad —precisó Ordóñez ojeando el informe que tenía en las manos—. Murió de dos puñaladas, una en el cuello y otra a la altura del corazón. El resto —pasó varias de las hojas con rapidez— son detalles relacionados con las heridas. Lo enterraron esta mañana en La Almudena.

—Que Dios lo acoja benigno en su gloria.

Desde una esquina de la amplia sala donde se encontraban los tres policías, otro compañero tomaba declaración a un carterista que había aligerado más de un bolsillo ese día. Y no era el único sonido. Desde el sótano, y de cuando en cuando, también se oían gritos e insultos de grueso calibre. El comisario Exuperancio Martínez se había dejado caer por la calle Leganitos, sede de la comisaría de Centro del Cuerpo General de la Policía, a un paso de la plaza de España y de la avenida de José Antonio, y a dos de la Puerta del Sol. Lo hizo porque había sido avisado de la detención de un tipo sospechoso de actividades subversivas. Así lo atestiguó el vecino que dio el soplo. Ante su negativa a hablar, el comisario estaba dando lo mejor de sí mismo para hacer cantar al detenido, que se mantenía en un mutismo que le iba a resultar muy dañino.

—¡La madre que me parió! ¡O largas todo, o el Fin de Año lo pasas en el hospital por mis santos cojones!

—Ozú, mi arma... —El policía sevillano agitó la mano izquierda con vehemencia—. Hoy viene con ganas el comisario...

—Por favor, Ordóñez, prosiga.

Julián Ordóñez echó un rápido vistazo al informe para recuperar el hilo de su lectura, que había interrumpido brevemente para dedicar una mirada de estupor a su compañero Bermúdez. —La culpa la tuvieron tres sonoros golpes que se escucharon hasta allí. El comisario parecía no estar consiguiendo su propósito—. No tardó en centrarse en los últimos pormenores que le quedaban por describir:

—Está todo dicho, inspector. La familia fue avisada a primera hora del día de Navidad. Se podrá imaginar la escena...

—Me hago cargo —apuntó Gonzalo Suárez, cuya mirada adquirió una expresión triste—. Esa madre...

—Era su único hijo. Además, es viuda. En ese momento estaba acompañada de una vecina, según nos informó el personal de Santa Isabel, algo más joven que ella. A la madre tuvieron que reanimarla. No soportó reconocer el cadáver de su hijo.

—Y ni siquiera una pista de la que partir...

Gonzalo Suárez apuró el cigarro antes de abandonarlo en el cenicero junto a otros tantos que corrieron idéntica suerte. Manuel Prieto carecía de antecedentes, según se había encargado de constatar Bermúdez. Tocaba hablar con la madre para averiguar algo más de él, y para eso habría que esperar al lunes, si es que estaba en condiciones de hacerlo. O a que acabara el año. Eran malas fechas y todo lo fiaba a encontrar alguna pista, un hilo del que tirar. Sin embargo, lo que le había llamado la atención fue la rapidez con la que el comisario Martínez se había empeñado en dar por zanjado el asunto. Eso le extrañaba, y mucho. «¿Por qué razón? ¿Qué motivo oculto podía tener?», se repitió en silencio.

Julián Ordóñez dejó el informe sobre la mesa una vez terminó de leerlo.

—Caso complicado, sin duda —se aventuró a apostillar el inspector Suárez—. Y ustedes, ¿cómo lo ven?

—Igual —opinó Ordóñez encogiéndose de hombros.

—Desde luego que son de gran ayuda. Un libro abierto los dos —se lamentó su superior.

El silencio se apoderó de los tres. Gonzalo Suárez se quedó pensativo y con la vista clavada en la superficie de su mesa, llena de papeles. Los gritos, golpes e insultos provenientes del sótano cesaron. La máquina de escribir que seguía aporreando el agente que tomaba declaración al carterista soliviantaba

la momentánea y repentina quietud en la sala de la comisaría. Suárez volvió en sí y reparó en las miradas que se intercambiaban Ordóñez y Bermúdez. Los dos respondieron con idéntico gesto de estupor al verse sorprendidos por el inspector. La pareja ocultaba algo, como si ambos dieran vueltas a la conveniencia de planteárselo o no a su inmediato superior. Este los sacó pronto de la duda:

—Hay algo más, ¿verdad? Y sospecho que no se deciden a contármelo.

Julián Ordóñez y Bermúdez intercambiaron una vez más miradas cómplices. Fue el primero quien se decidió a hablar. Debía hacerlo con tacto, lo que se disponía a contar al inspector Suárez no era más que una conjetura.

—En Santa Isabel —Ordóñez carraspeó antes de seguir hablando— estuvimos hablando con el responsable de realizar la autopsia del chico. Y algo le llamó especialmente la atención.

—¿El qué? ¿Qué podía ser para no reflejarlo en el informe? Si se lo contó a título particular es porque no quiso que constara por escrito. ¿Me equivoco?

—No se equivoca.

—¿Entonces?

Ordóñez lanzó una última mirada a Bermúdez. El as estaba en su manga. Una carta que podía cambiar la partida de rumbo y acarrear consecuencias imprevisibles para él y su compañero. Disfrutar de unos días de vacaciones, una noche de Fin de Año tranquila... El agente se levantó para acercarse a la silla a la mesa del inspector. Y bajó el tono de voz:

—Hubo un detalle que llamó la atención del forense al realizar la autopsia.

—¿Qué detalle?

—Parece ser que Manuel Prieto era... —Ordóñez hizo una pausa, miró a izquierda y derecha, y prosiguió—: un sarasa.

—Un sarasa...

El inspector de segunda Gonzalo Suárez clavó la mirada en el techo de la comisaría y repitió la palabra varias veces. Y pensó rápido. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Quizás todavía tuviera suerte.

Los tres policías encontraron a quien buscaban en un local al final de la misma calle Leganitos, a un tiro de piedra del paseo de Onésimo Redondo. Lo vieron allí, acodado en uno de los extremos de la barra de Casa Augusto. Gonzalo Suárez sabía que no tenía pérdida, era de costumbres fijas. Su viejo

reloj Certina marcaba las dos de la tarde, y pensaba encontrárselo comiendo allí.

El plan era el siguiente: Bermúdez esperaría fuera, por si trataba de huir al verlos; el inspector y Julián Ordóñez entrarían en la marisquería, bien conocida en toda la zona.

El local carecía de mesas, y también de sillas y de banquetas. Las consumiciones se tomaban de pie, como se hacía desde antes de que el dueño lo adquiriera y rebautizara la antigua Taberna Vieja en la Casa Augusto que era ahora. Su nombre vendía más, o al menos eso creía. En un extremo de la barra, Liborio Solís ajustaba las últimas cuentas con una gamba que apenas oponía resistencia a sus cortos y fofos dedos. La experiencia. Lo mismo pelaba marisco que lo que se le pusiera por delante. El hombre con el que tanto interés tenía en hablar el inspector se movía bien por el Madrid más canalla, por sus bares más escondidos y clandestinos, por sus calles más silenciosas. Sus ojos alcanzaban los rincones más recónditos de la ciudad, era respetado en ciertos lugares en los que su presencia calentaba más de una soledad.

—Dos cañas, por favor —solicitó Gonzalo Suárez a uno de los dos camareros que atendía la barra—, algo para picar... —Eché un rápido vistazo a la barra— y un bocadillo para llevar.

Liborio Solís se percató de la presencia de los dos policías y se dirigió al mismo camarero, que había empezado a tirar una de las cañas:

—¡Coño, Tomás, pero mira quién ha venido! ¡Ay, ay, ay! ¡Si es el inspector Suárez! ¡Y también su compañero, el sevillano! ¡Esto hay que celebrarlo!

—¡Eh, que el sevillano tiene nombre! —saltó un molesto Julián Ordóñez.

—Que haya paz.

Dicho lo cual, Gonzalo Suárez dio un sorbo a la caña recién servida y se acercó al tipo que había ido a ver, que le lanzó una rápida mirada de arriba abajo. Una trinchera de color *beige* y un borsalino negro decoraban la estampa del policía.

—Lo que yo te diga, Tomás. —Liborio Solís volvió a referirse al camarero, un hombre joven, de buena planta y pelo peinado a la moda del momento—. ¡Que el señor inspector está de toma pan y moja! ¡Qué lastimita! ¡Ay, qué lastimita!

Julián Ordóñez no pudo reprimir la risa después de que Solís concluyera el comentario guiñando un ojo al inspector Suárez, que hizo callar a su compañero con una mirada de hielo. Gonzalo Suárez extrajo una foto de un

bolsillo de su trinchera y la dejó en la barra junto al plato lleno de cáscaras de gambas.

—Dime que le conoces, Canelita, y me das la alegría del día.

A Liborio Solís solo le llamaban así los muy allegados. Gonzalo Suárez no lo era, pero se permitía la licencia. El roce, que hace el cariño. Solís echó un rápido vistazo a la foto y después, pensando que el inspector no le vería, cerró los ojos —grandes, profundos y de color miel— un par de segundos y bisbiseó algunas palabras. Le conocía. Él también era sarasa, condición que no ocultaba.

—No, no le conozco. Y es una pena porque es bien guapo el gachó.

—Era.

—¡Ah! —El Canelita compuso un gesto de estupor—. ¿Es que ha muerto?

—El martes le encontraron en la Casa de Campo. Le despacharon de dos puñaladas.

—¡Pobrecillo...! ¡Que Dios le acoja benigno en su seno!

—Canelita, que sé de qué pie cojeas... Y el chico padecía la misma cojera que tú.

—Ya le digo que no. —El otro volvió a centrarse en la gamba, aunque antes echó una mirada de reojo a la foto—. No me suena haberle visto, ¡y juro por mi Virgencita de las Angustias que no miento!

Liborio Solís era granadino y decía tener menos edad de la que aparentaba. Gordo y bajito, además de unas gruesas cejas y el color de sus ojos, de su aspecto llamaba la atención un peluquín negro que lucía con escasa gracia. Tras la guerra, en la que aseguraba haber luchado en el bando nacional, llegó a Madrid. Conoció a unos, hizo favores a otros, y medró con el estraperlo; ahora vivía de dar palos. Si eran gordos se permitía ciertos lujos, como las gambas que degustaba con calma.

—Anda, no jures tan alto y vuelve a mirar la foto. Haz memoria, que seguro que le conociste... —insistió el agente.

El granadino echó un ligero vistazo a la foto sin dejar de masticar el trozo de gamba que se había echado a la boca. Y volvió a negar con la cabeza:

—¡No, fíjese! Además, no tengo más ojos que para estas gambas tan ricas que sirve Tomás... —se dirigió entonces al camarero, al que lanzó una mirada cómplice—. ¡Ponle una ración al inspector, que tiene cara de no haber comido todavía! ¡Invito yo! ¡Y otra para el sevillano, a ver si se le quita la cara de sieso que me lleva!

—¡Será...!

Gonzalo Suárez detuvo a Julián Ordóñez, que se encaraba presto contra Liborio Solís.

—¡Uy! ¡Hay que ver cómo se pone el sevillano! ¿Qué eres, si no? ¡Ah! Haber *nasío granáino*...

—¡Te voy a dar...!

—¡A quedarse quieto todo el mundo, he dicho! —ordenó el inspector. Se aproximó a Liborio Solís, al que pasó el brazo izquierdo por los hombros—. A ver, Canelita, tranquilo. Hace tiempo que no te vemos por la comisaría, ¿verdad? ¿Te acuerdas del comisario Martínez?

Liborio Solís tragó saliva con la vista clavada al frente, en una repisa tan larga como la barra decorada con tres filas de botellas de coñac, orujo y alguna que otra de *whisky*. Le nombraron al comisario y empezó a desanudarse la pajarita que llevaba al cuello —de un color tan rojo que sonrojaba, y que en absoluto combinaba con el traje gris de franela Gales—, como si le faltara el aire.

—Fíjese que sí —acertó a responder una vez recuperó el resuello—. ¡Cómo no me voy a acordar de esa maravillosa persona que es el comisario Martínez!

—En el fondo te aprecia mucho, Canelita.

—Me consta, me consta... —replicó el granadino. A bote pronto, empezó a recordar las decenas de veces que se lo había encontrado en los locales que frecuentaba. De él se aprovechaba para tener controlado a todo aquel que considerara sospechoso de lo que fuera. A Liborio Solís le convenía llevarse bien con el comisario Martínez—. Aunque he de decir que hace tiempo que no le veo. Salúdele de mi parte.

—¿Sabes que le hemos comentado que veníamos a verte? Y me ha dicho: «¡Hombre, dadle recuerdos a mi amigo Canelita!» —habló Gonzalo Suárez con la voz engolada para imitar la de su superior.

—Devuélvaselos de mi parte, se lo ruego. ¡Faltaría más! Que uno es muy educado.

—¡Ah! También me enseñó un palo que encontró este verano en su pueblo, en la Sierra de Gredos. Tienes que verlo, ¡menudo palo! Así de largo. —El inspector abrió los brazos para establecer una medida aproximada que sirviera de referencia al granadino.

—Sí que debe ser grande, sí...

—Y no me gustaría decirte por dónde me explicó que te lo va a meter si no colaboras con nosotros... —dijo el policía para, a continuación, hacer una breve pausa— aunque me lo puedo imaginar. Tú también, ¿verdad?

—Me hago cargo... —respondió Liborio Solís con tono lastimero.

—Y me ha dado una penita... En el fondo te aprecio, Canelita. Pero mucho, mucho.

Liborio Solís se limpió las manos con una servilleta y se guardó la foto en el bolsillo interior de su americana.

—Te dejo de plazo hasta el lunes para pensarlo con calma.

Gonzalo Suárez le asestó una palmada amistosa en la espalda a modo de despedida. Recogió el bocadillo que había pedido nada más entrar y salió del local acompañado de Julián Ordóñez. Bermúdez recibió el bocadillo y le metió un bocado con tanta ansia que casi se lo come entero.

—¡Ojú, qué animalito estás hecho, Bermúdez! —soltó Ordóñez.

Gonzalo Suárez se giró y su mirada se cruzó con la de Liborio Solís, que observaba al trío desde la barra del bar. Sonrió y con las manos compuso la forma de un agujero. Las levantó para que, a pesar de la distancia, pudiera verlas bien:

—¡Así te lo va a dejar como te meta el palo por ahí, Canelita!

Solo un par de velas iluminaban la habitación en la que dos hombres estaban sentados ante una mesa junto a una mujer. Los primeros habían entrado una hora antes en aquel piso abandonado cercano a la plaza de Oriente. Decían llamarse Andrés y Camilo —razones de la clandestinidad; exponerse demasiado era peligroso—, y a ojos de cualquiera escenificaban la antítesis hecha persona: alto el primero y de rostro afilado, sus rasgos faciales eran agradables a la vista. Un tipo atractivo a punto de entrar en los cuarenta. El segundo, de baja estatura, fuerte constitución y gran bigote decorando su rostro, no se deshacía de una gorra que ocultaba su cabeza, bastante calva.

Un fuerte olor a cerrado invadía todas las estancias, por lo que escogieron la más amplia, donde el ambiente era más respirable, y allí colocaron la mesa y tres sillas. Su invitada llegó media hora más tarde de lo acordado, tras subir las escaleras a oscuras, provista únicamente de una pequeña linterna. Cualquier precaución era poca. La reunión que mantenían no existía fuera de ellos. Así lo convinieron.

—¿Seguro que nadie te ha visto entrar ni subir por las escaleras? —quiso asegurarse Andrés.

—¿Acaso no me crees? —dijo con desagrado Marga Uriarte.

—La próxima vez no vuelvas a retrasarte —le pidió Camilo componiendo un gesto sombrío.

—Un asunto personal —esgrimió ella sin variar su rostro serio—. Aquí las condiciones las pongo yo, que para eso me queréis.

—¿Grave? —apuntó Andrés.

—¿Va a cambiar en algo tu vida que lo sepas o no?

—No, desde luego.

—Pues dejémoslo así.

Los dos hombres se miraron en silencio. La persona que tenían delante era una vieja conocida. Tenía agallas y personalidad, facultades que le serían de gran utilidad si, como esperaban, aceptaba el encargo que querían proponerle. Ya conocía algunos pormenores, por lo que se trataba de sumergirla por completo en la misión. Andrés extendió un folio mecanografiado ante los ojos de Marga.

—Lee.

Ella echó una ojeada al documento, que devolvió a Andrés tras leerlo con cierta celeridad.

—¿Qué es?

—Un artículo que aparecerá en el último número del año de *Mundo Obrero* —contestó el otro tomando de nuevo el folio.

—¡Calentito, calentito! —le interrumpió Camilo.

—Viene a decir que lo de las minas de Almadén es una tropelía más de los yanquis —habló de nuevo Andrés—. De su explotación se va a hacer cargo una empresa americana, la Pacific Foundry. Parece que van a construir un par de hornos para fundir el mercurio obtenido en las minas... —Dejó el folio encima de la mesa. Después, posó la mirada en Camilo, y acto seguido, en Marga—. Su venta servirá para pagar los gastos de construcción.

—¡Nos han *merengao*! —saltó Camilo—. ¡Cómo le han olido el sobaco al Caudillo!

—Eso habrá que verlo —apuntó Marga con tono pausado.

—¿Qué quieres decir?

—Que algo sacará de provecho ese malnacido.

—Chica lista... —volvió a intervenir Camilo.

—Sea como fuere, tiene toda la pinta de que los americanos han venido a llevárselo todo —advirtió Andrés a ambos.

—Tal y como dijo el camarada Malenkov en su informe del último congreso del partido —Camilo entornó los ojos y alzó el índice izquierdo al aire—: «¡Primero me montaré encima de vosotros y después cabalgaré sobre vosotros!». ¡Que al Caudillo le han olido la tostada esos yanquis!

—Que sí, Camilo, pero al grano, que no hay tiempo que perder ni este es lugar para discutir, ni tampoco para alzar la voz.

Marga Uriarte se retiró un mechón de la frente que le estorbaba la visión. Era guapa, muy guapa, y llevaba el pelo corto y ondulado. El color, como el de sus ojos: castaño. Rozaba la treintena, conocía sus armas y las usaba con inteligencia.

—¿Qué te parece entonces? —preguntó Camilo.

—¿El qué? —contestó ella sin pestañear ni variar su rictus serio—. ¿El artículo? ¿Lo de la fábrica? ¿La última bagatela que luce La Collares? ¿El qué?

—La misión, ¡qué coño va a ser!

—Sé lo justo que debo saber —Marga acompañó la frase de una mirada tan fría que heló la sangre del tipo que decía llamarse Camilo.

—Entonces estarás de acuerdo, imagino —habló ahora Andrés.

—Según.

—Es un sacrificio muy importante para el partido. Órdenes de Moscú. Allí consideran que...

—¡Menos matraca! —Marga le cortó con sequedad—. ¿Qué hay que hacer?

Andrés se encogió de hombros. Una mujer de armas tomar, directa, que no gustaba de rodeos. De no estar delante Camilo hubiera planteado el tema de otra manera. Marga era distinta a todas las demás, y él sabía cómo tratarla, pero mandaba la ortodoxia del partido, y a ella debía atenerse.

—Hay que conocer hasta el más mínimo detalle de las negociaciones —precisó Andrés.

—¿Y ya está?

—¿Te parece poco? —dijo el otro. Dedicó un gesto de sorpresa a su camarada Andrés antes de seguir hablando—. Españoles y americanos negocian desde hace meses la instalación de unas bases militares que los segundos podrán usar siempre que lo consideren oportuno. Un tira y afloja que en las últimas semanas parecía casi resuelto, hasta que los nuestros decidieron lanzar un órdago que ha pillado a los americanos con el pie cambiado.

—¡Estaban casi a punto de firmar el tratado para que pudieran instalar sus bases en España! —interrumpió a Camilo, que no callaba ni tampoco paraba quieto.

—Eso parecía, pero los que negocian con los yanquis se descolgaron con algo que los descolocó.

—¿El qué? —quiso saber Marga.

—Por eso estás aquí —le aclaró Andrés.

—Hemos de saber por qué las negociaciones han quedado interrumpidas —volvió a intervenir Camilo.

—Comprendo... —Marga compuso varias muecas con la boca. Era su manera de expresar que estaba asimilando todo lo que acababa de escuchar.

—¡Es nuestra oportunidad! Todos pensamos que España quedaría bajo la órbita de los Estados Unidos antes de que acabara el año, algo que en Moscú ven con preocupación. No sabemos cuándo volverán a reunirse, posiblemente después de las fiestas. De hecho, hemos sabido que algunos americanos ya han regresado a su país o piensan hacerlo en los próximos días.

—Así que, ya sabes. —Andrés se llevó la mano izquierda a la barbilla para acariciársela. Suspiró y habló de nuevo—. Solo nos interesan los españoles.

Marga empezó a sonreír mordiéndose el labio inferior y recostándose en el respaldo de la silla. Después se cruzó de brazos sin dejar de sonreír ni de morderse los labios:

—¿Alguien de El Pardo?

—Militares.

—¡Hay que joderse! —protestó ella levantando la barbilla y mirando al techo con los brazos abiertos.

—Son los que llevan el peso de las negociaciones. Tanto por parte de los americanos como de los españoles —se sinceró Andrés encogiéndose de hombros—, pero solo tienes que centrarte en los nuestros. Cualquier detalle es vital: dónde se reúnen, cuándo, qué traman, cuál es el punto de discrepancia que ha interrumpido la negociación, cuándo van a reanudarse... —relató con la mirada en la mesa, que alzó para centrarse en los ojos de Marga, fríos como una ráfaga de nieve—. El partido ha recibido la orden de Moscú de llevar a cabo esta misión.

—Trabajo fino, por lo que veo...

—Tenemos que averiguar todo lo posible. Si obtenemos información valiosa, y todo apunta que nos encontramos en un momento crucial, en el partido creen que en Moscú se pondrán muy contentos. Y eso es muy bueno para todos. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro como el agua de un manantial. —Marga enarcó la ceja izquierda—. Y de lo que yo pedí, ¿qué hay?

Los dos hombres volvieron a mirarse. Tras un gesto de Andrés, Camilo se levantó para dirigirse a una habitación, de la que volvió con un pequeño

maletín. Ya sentado, lo abrió para extraer un par de sobres, ambos voluminosos.

—En este sobre encontrarás información de las personas que forman parte del equipo negociador español, según nuestras averiguaciones. —Andrés dudó si continuar. Era el momento más complicado, pero quería ser él quien se lo dijera—: Y hay que ir hasta el fondo.

—No pedís ni nada... —protestó la chica esbozando una sonrisa irónica.

—Y en este otro —mientras hablaba, Andrés abrió el segundo sobre. En su interior había una cantidad indeterminada de dinero—, lo que pediste.

Marga lo cogió y contó con rapidez el número de billetes. Al acabar compuso un gesto de fastidio.

—¿Solo esta mierda? —protestó—. ¿Pretendéis que me juegue la vida por esta mierda? ¡Estáis majaras!

Enfadada, se levantó de golpe; la silla cayó al suelo ante el estupor de los dos hombres. Cuando se disponía a abandonar el piso, Andrés la detuvo:

—¡Sabes que el partido no tiene más dinero! —articuló nervioso y con pequeñas gotas de sudor bañándole la frente—. ¡Todos estamos haciendo un gran esfuerzo!

—¡Yo me voy a jugar la vida! Dime, ¿quién pone más? ¿El partido o yo?

—Apáñate con esto y danos un poco más de tiempo —le imploró ofreciéndole el sobre—. Podremos conseguir algo más. ¡Te lo prometo!

Marga no se lo pensó demasiado. Ya había montado demasiado escándalo. De seguir allí, cualquier vecino enterado del alboroto podría dar aviso a la policía, toda vez que aparentaba estar vacío.

—¡Espero que así sea!

Se guardó el sobre en el bolsillo interior de su abrigo y abrió la puerta. Sin que le viera, Andrés la siguió en silencio. No había puesto más que un pie en el descansillo cuando las últimas palabras de Andrés la detuvieron:

—¡Qué poco comunista pareces a veces!

Marga se giró para responderle. A uno y a otra les brillaban los ojos. Recuerdos de otros tiempos en los que se amaron, y que ahora parecían haberse esfumado con las ráfagas del olvido.

—Y lo soy. ¿O acaso ya ni siquiera me recuerdas?

—Por favor, Marga —los ojos de Andrés se encendieron—, eso no lo vuelvas a decir.

—Me alegra saberlo, porque siempre seré comunista —admitió ella esbozando una tímida sonrisa—. Lo que no soy es tonta del bote.

capítulo 3

El teniente Arturo Saavedra necesitaba pasear un poco. Quiso dar una vuelta la tarde anterior, pero un inoportuno chaparrón con granizo se lo impidió. Luego vino el frío y con él se esfumaron las ganas de salir. Eso le sumió en un estado de malhumor que parecía perpetuo. No lo podía negar: detestaba estar en casa con su mujer, y aun más jugar con su hijo. Llevaba mucho tiempo aborreciendo los fines de semana, y más si no podía salir de casa. Se encerraba en su despacho y leía un informe, revisaba otro... Cualquier cosa con tal de no compartir tiempo con ninguno de los dos.

No los quería.

La suerte quiso que esa mañana del último domingo de 1952 se presentara en su casa Angustias. Era la única hermana de Lourdes, su mujer, y llevaba cinco años casada con un tipo anodino llamado Joaquín, al que incluso tuvo que buscarle una ocupación, pues fue incapaz de hacerlo por sí mismo. Angustias quería ir a dar una vuelta a la plaza Mayor con su hermana y su sobrino. «¿Y Joaquín?», le preguntó él. Por respuesta, una corta evasiva. Eso le confirmó que el matrimonio tampoco navegaba por aguas tranquilas. Un tipo extraño Joaquín, como intuía desde que le conoció. Muy blando, mezquino y falso.

Ahora caminaba por la avenida de México, ya dentro del Parque de Madrid, donde olía a humedad. Las copas de los árboles brillaban bajo un tímido sol que, de cuando en cuando, se desasía de las nubes que lo encerraban. Lo hacía con aparente calma, aunque estuviera deseando llegar al estanque. Una vez allí se sentaría en una terraza para tomar el café y leer el periódico que llevaba bajo el brazo... si no había llegado la persona con la que se había citado. A la que esperaba ver aguardándole.

La soledad que le había acompañado durante el paseo se tornó en cierto bullicio cuando llegó cerca del estanque. Mujeres aferradas al brazo de sus maridos paseaban sin perder de vista la última trazada de bicicleta del hijo. Al pie del lago, una pareja de ancianos sonreía viendo las dificultades de un pimpollo con los remos. En la barca, la joven que le hacía compañía miraba

con miedo el agua, amenazante. Arturo Saavedra levantó la vista, escrutó la terraza en la que se sentaría y se permitió una ligera sonrisa.

Le estaban esperando.

—Veo que te has escapado...

El recibimiento hizo que su sonrisa fuese aún más generosa. Aquel tipo poseía la rara habilidad de despertarle más de una y de dos de esas sonrisas. Sabía cómo tocar las teclas adecuadas. Por eso había recurrido a él.

—Cuestión de vida o muerte.

—¿Que me vieras o deshacerte de tu mujer? —quiso saber más el otro.

—Ambas.

Los dos rieron, aunque esa fue la última sonrisa para el teniente Arturo Saavedra, porque su interlocutor entró en materia de inmediato.

—Ya viste el órdago.

—¿Han dicho algo?

—Nada. Ni respiran. No se lo esperaban.

—¿Cree que...?

—Pues...

El general Agustín Malo de Molina calló al llegar un camarero, que anotó con rapidez los dos cafés. De nuevo solos, sacó un paquete de cigarrros, pero Saavedra se adelantó con el suyo.

—¡Cómo se nota que tienes buena relación con ellos! —dijo el general con ironía cogiendo uno de la caja roja que el teniente le tendía.

—Algo bueno tendrá que tener esto, digo yo.

—¡Eres un granuja!

Arturo Saavedra encendió con su mechero el cigarrillo del otro, que le dio una larga calada.

—Marlboro —explicó con orgullo el militar de menor graduación—. Solo para hombres. Al menos así lo venden.

—Bueno, muy bueno... —admitió Malo de Molina después de soltar el humo.

Regresó el camarero con los dos cafés en una bandeja. Pasó una bayeta por la superficie de la mesa y los sirvió con diligencia, tras lo cual los abandonó, ahora de manera definitiva. El sol era un quiero y no puedo atrapado entre nubes y el estanque estaba cada vez más concurrido. Una mañana de domingo como otra cualquiera.

—Yo creo que aceptarán —confesó Saavedra a Malo de Molina antes de dar un sorbo a su café, aún humeante—. Necesitan las bases. ¡Nos necesitan! ¿En qué están pensando?

—El paso está dado. Toca esperar. Aunque sospecho que tardaremos en tener noticias tuyas.

—¿Cuánto?

—Son malas fechas —se sinceró el general—. Está lo del cambio de presidente y alguna silla bailará, supongo.

—Aunque, quién sabe, puede que con Eisenhower se resuelva de inmediato...

—No te hagas ilusiones. Truman no traga al Caudillo, pero tampoco el nuevo nos tiene en demasiada estima.

—¿Entonces?

—Que lo de Corea se solucione de inmediato, cosa que no creo, o que a Stalin le dé por mover el avispero en que se ha convertido Europa. Entonces tendríamos todas las de ganar.

—Ojalá.

—Se trata de ser cautelosos —dijo Malo de Molina tras dar otro sorbo a la taza de café—. ¿Quieren bases? ¡Las tendrán, pero no a cualquier precio! A Stalin no le hará ni pizca de gracia que unamos nuestro destino al de los americanos. Por eso necesitamos garantías de seguridad. No obstante —ahora dio una calada al cigarrillo—, no vendría mal que hablaras con los tuyos, que los tantearas. Más que nada para ver cómo ha caído la propuesta entre ellos.

—La última vez que nos vimos fue hace una semana, un par de días antes de que la presentáramos. El viejo tenía intención de regresar nada más firmar el acuerdo. Puede que lo haya hecho, pero no estoy seguro. El joven, en cambio... No sé —Arturo Saavedra compuso una sonrisa burlona—, ¡tiene una pinta de putero...! ¡Tendrías que verle! Le gusta demasiado España.

—Tantéalos. Están descolocados.

—Procuraré hacerlo.

—Hay que aprovechar el momento —articuló Malo de Molina después de dar otro sorbo a su taza de café—. En Washington no saben nada, y los de aquí simpatizan con nuestros deseos. Son conscientes de nuestras carencias y solo cubriéndolas conseguirán lo que tanto quieren.

—Las bases.

—En efecto.

Las bases, repitió el teniente asintiendo con la cabeza, librándose de la bocanada de humo. Los términos de su uso en caso de conflicto con los rusos, las cláusulas de activación, el equipamiento... Ese era el obstáculo, lo que sabían él y Malo de Molina. Un buen tipo, el general, al que conoció antes de la batalla de Belchite, cuando la Guerra Civil, y especialmente en la del Ebro,

donde trabó más amistad con quien en aquel entonces era un capitán larguirucho, de bigotillo fino y gran audacia, al que tanto admiraba. Acabada la contienda, Malo de Molina ascendió en el escalafón militar hasta el grado que detentaba ahora, que le permitía visitar con frecuencia El Pardo e intercambiar opiniones y puntos de vista con el general Franco, quien confiaba, y mucho, en su capacidad de análisis. Agustín Malo de Molina seguía siendo igual de larguirucho y llevaba el mismo bigote fino, ya encanecido, pero había ganado algo de peso.

—Su Excelencia quiere que se alcance un acuerdo cuanto antes —volvió a hablar el general—, pero no a cualquier precio. El material vendrá bien para elevar la moral de la tropa, pero lo más importante es presentarnos ante el mundo como adalides de la lucha contra el demonio rojo. ¡Y cubrirnos las espaldas! Lo de Corea pinta que acabará en nada, y Stalin buscará algo con lo que entretenerse. Y si nos encuentra, habrá que estar preparados.

—¿Es cierto que ha pedido una entrevista con el nuevo presidente?

—¿Con Eisenhower? Pudiera ser. También la pidió hace tres años con Truman. Es Stalin... Le gusta dilatar las cosas —terminó Malo de Molina el comentario esbozando una sonrisa.

—De todas formas, quién iba a decir que acabaríamos con los americanos... ¡Tiene cojones la cosa! —refunfuñó Saavedra con una media sonrisa dibujada en sus labios.

—También está al caer el nuevo Concordato con la Santa Sede. Imagínate matar dos pájaros de un tiro. Legitimados por unos y por otros. Y su Excelencia, tan contento.

—De todas formas, esperaba que esto terminara ya. Son demasiados meses. Y, a fuerza de ser sincero, no me siento a gusto negociando con dos herejes.

—Son protestantes...

—¡Me da igual! ¡Herejes, en suma!

—Sé que no gozan de tus simpatías ni tampoco de las de muchos compañeros del ejército, entre los que me encuentro, pero es el futuro de España.

—El futuro... —refunfuñó Arturo Saavedra.

—Hay que hacerse a la idea, querido Arturo. Americanos y rusos se repartirán el mundo y hay que posicionarse. Y entre los primeros y los segundos, lo tengo claro. Además, el Caudillo tampoco da puntada sin hilo, y ve en los americanos la posibilidad de dar el impulso definitivo que le falta a

este país. Han sido años duros y con su ayuda le daremos al pueblo cierta alegría. Ya sabes, desarrollo y esas cosas.

El teniente tenía motivos para admirar a Malo de Molina, su capacidad de análisis era una de ellos; razón por la que el general Franco gustaba de departir con él una vez a la quincena. Le escuchaba, preguntaba y luego se formaba su propia opinión, que en poco difería de la del general.

—¡Ya sabe que no me pienso vender por un plato de lentejas! —soltó Arturo de Saavedra, no sin enfado.

—¿Y por un par de paquetes de rubio americano?

El comentario del general despertó una nueva carcajada al teniente.

—Te conozco lo suficiente como para saber lo que tienes que hacer —añadió Malo de Molina—. Por eso hay que actuar con cautela. El paso lo hemos dado nosotros y no nos queda otra, tal y como están las cosas, que posicionarnos y esperar.

Arturo Saavedra se recostó en su silla más calmado. Detestaba a los americanos, no lo podía disimular. Tanto o más que a los rusos, a los que combatió en Krasny Bor, con Leningrado en el horizonte, allá por febrero del 43. Una sangría, la División Azul. El termómetro suicidándose hasta los treinta grados bajo cero y él allí, vestido de soldado alemán. Y los comunistas, hartos de vodka y sintiéndose superiores en cuanto a recursos, hostigándolos sin descanso. Las balas silbando por todas partes, volando sobre sus cabezas como abejas asesinas, rozando brazos y piernas que destrozar. Pero aguantaron. Los soldados de la 250.^a División detuvieron a cerca de 40 000 rusos acompañados de cien carros y ochocientos cañones. O, más bien, como le gustaba contar y recordar al teniente, los algo más de 4000 soldados que, como él, estuvieron allí, repeliendo las acometidas rusas. Sí, allí estuvo él, mal afeitado, sucio, con las botas rotas y el uniforme desabrochado, pero con el respeto ganado. Así se refirió a ellos un capitoste nazi —algunos llegaron a decir que el mismísimo Führer fue el autor de esas palabras—, a aquellos valientes españoles. El mismo que ordenó a sus tropas que se cuadraran ante ellos, vencido por su dignidad y arrojo. Unos valientes.

Arturo Saavedra había sobrevivido a dos guerras y no estaba dispuesto a dejarse achantar por dos yanquis con los que llevaba conversando día tras día desde hacía varios meses, y a las que aborrecía. Por muchos paquetes de tabaco que le regalaran.

—Yo pienso sacarles hasta las tripas —advirtió el teniente. A continuación, compuso una mueca burlona—. ¡Y todo el tabaco del mundo, si es necesario! Pero si quieren esas bases, ¡que las paguen!

—Es lo que su Excelencia desea. La ayuda de los americanos sería una bendición.

El general Malo de Molina apagó el cigarro en su taza ya vacía y levantó la vista al cielo, donde el sol había dejado de ser un disco inerte para brillar unos instantes antes de ser tapado por una nueva nube. Junto al estanque, unos ancianos reían sin recato viendo cómo la pareja joven había caído al agua tras zozobrar por la falta de destreza del joven con los remos. Miró el reloj. Era tiempo de volver a casa.

—Cuenta con ello —le prometió el teniente.

—Me alegro.

Satisfecho, Agustín Malo de Molina se levantó y Arturo Saavedra le imitó. El primero se ajustó el borsalino que le protegía la cabeza del frío de la mañana.

—Sobre todo, actúa con inteligencia. Cuando todo esto acabe, me encargaré de que su Excelencia te recompense como mereces.

Un atisbo de sonrisa asomó nuevamente en los labios del teniente, que deseaba abrir la puerta que le conduciría a una nueva vida. Y presentía que quedaba poco para hacerlo.

El reloj de pared de su despacho dio las seis de la tarde. En el cenicero descansaban los restos de media docena de cigarrillos; tampoco le importaba demasiado. Cuando quisiera volvería a tener, como mínimo, un par de paquetes más, cortesía de sus *amigos* estadounidenses, como gustaba llamarlos. Se había habituado a esa clase de tabaco, nada que ver con la picadura que había ido royendo sus pulmones desde que empezó a fumar a los quince años.

Acabado el postre, Arturo Saavedra hizo una señal a Pascuala, una mujer de rudos ademanes que se encargaba del servicio en la casa, y cuyos honorarios corrían a cargo de su suegro, el general.

«Mi hija tendrá quien la sirva. ¡Es toda una señorita!», todavía recordaba que le advirtió el día en que fue a pedirle la mano a su primogénita.

Pascuala retiró los primeros platos, y sin mediar palabra alguna, el teniente se encerró en su despacho: debía atender asuntos urgentes. Fue lo que le dijo a su mujer para deshacerse de su compañía. Y no mentía. La conversación de la mañana con el general Agustín Malo de Molina había sido muy fructífera. Detestaba a los americanos con los que negociaba, pero no le quedaba más remedio que seguir hablando con ellos.

«Es el futuro de España, Arturo...», musitó.

Las mismas palabras que había empleado el general para hacerle comprender la importancia de lo que se traía entre manos. Después de años de aislamiento, de estar fuera de la esfera de la política internacional, en España empezaba a amanecer. En ello insistían el Caudillo, la propaganda, las canciones con las que habían incendiado su ardor guerrero años antes. La caída en desgracia a ojos de las potencias occidentales, tras la II Guerra Mundial y el apoyo a Hitler y a su régimen, estaba a punto de concluir.

«¿Ves? Su Excelencia lo vio venir, y al final los hechos le están dando la razón». Arturo Saavedra dio vueltas a la frase con la que el general se descolgó al pie del estanque, ya fuera de la terraza, antes de que sus caminos se separan por esa jornada.

Los hechos.

Más bien una sucesión de acontecimientos que jugaban a favor de los planes del general Franco. Así lo pensaba Malo de Molina. Otros como el ministro de Exteriores Martín Artajo fueron más lejos al decir —frase que Arturo Saavedra tenía anotada en un cuaderno. Le gustaba leerla para recordar la grandeza de la patria—: «No tiene España más que esperar sentada a su puerta, a ver pasar los cadáveres de sus enemigos derrotados en 1939». Eso, siete años antes, cuando peor estaban las cosas, cuando más aislado estaba el país. Era una inconsciencia, una chaladura o una chulería. De todo un poco, consideraba el militar.

Los hechos.

El teniente Arturo Saavedra chasqueó los dedos y no tardó en encontrar lo que en ese momento buscaba entre un par de libros junto a otros papeles: las notas que había tomado tras cada encuentro con los miembros del equipo negociador norteamericano. Exigencias, material, dinero...

«Sé conciliador. Habla con ellos en cuanto puedas. La cosa está caliente. Están descolocados, y lo más importante: no van a transmitir ningún avance a Washington hasta que vean que no cedemos ni un ápice en lo que les hemos exigido». Malo de Molina siempre hablaba con conocimiento de causa. Su optimismo tenía como base la escalada de tensión ya desatada entre Estados

Unidos y la URSS en 1948, a la que nadie veía fin. El estallido de la Guerra de Corea dos años después vino a corroborar la sensación de que, en cualquier momento, la chispa podía estallar entre las dos potencias y arrojar al mundo a una nueva guerra mundial. Y mucho peor que las dos anteriores.

Ambas naciones poseían armamento atómico, lo que despertó una psicosis entre los americanos, y ahí España había sabido jugar sus cartas para dejar atrás décadas de ostracismo. Félix de Lequerica, el embajador ante Washington, adivinó pronto la jugada: había que presentarse ante los americanos como enemigos acérrimos de la URSS de Stalin, como quienes habían vencido al comunismo en Europa. Y España podía ofrecer a los americanos lo que buscaban: una ubicación estratégica naval y aérea, algo fundamental en caso de conflicto. La dictadura franquista estaba dispuesta a colaborar con el amigo americano, pero siempre a cambio de contraprestaciones. Y el amigo americano había cumplido: para empezar, con la concesión de un crédito aprobado por el Congreso de los Estados Unidos para ampliar y mejorar algunas fábricas, pero también para modernizar el ejército español. Lo siguiente sería abrir bases en suelo español, tal y como deseaba el Pentágono, ante la posibilidad de tener que declarar la guerra a la Unión Soviética. Era una pieza estratégica del llamado *Plan Dropshot*, un plan concebido para acabar con Stalin de una vez por todas. Un mar de fuego atómico para hacer desaparecer del mapa a la madre Rusia.

En eso consistía la negociación. El interés de España estaba en juego.

—Es el futuro de España... —repitió, tras encender un nuevo cigarrillo, la frase de Agustín Malo de Molina—. Y el tuyo.

Arturo Saavedra leyó con calma las líneas con las que había ido resumiendo cada encuentro con los americanos. En ellas se podía percibir el interés, cada vez mayor, de cerrar las negociaciones lo antes posible. Puede que fuera el cambio de presidente o el miedo a Stalin, que parecía verlo todo desde Moscú; también la subida de la apuesta por su parte. Detestaba a la pareja negociadora con la que llevaba viéndose las caras desde comienzos del mes de abril del año anterior. Pero, dentro de ese desprecio que sentía por ellos, había empezado a atisbar una corriente de simpatía por España que, desde luego, no procedía de Washington. Esa era la baza que debía jugar.

—Su Excelencia recompensará con generosidad el duro trabajo, la paciencia y la resistencia. Tu esfuerzo, por ejemplo.

Esa mañana, Arturo Saavedra vio salir del Parque de Madrid a Agustín Malo de Molina camino de la plaza de la Independencia. El general le dejó

solo y él se quedó inmóvil, mirando el cielo cubierto de nubes. Las alturas. A las que llegaría si todo salía como preveía Malo de Molina.

—¿O me vas a negar que no te gustaría acabar este asunto como coronel? O más alto. Quién sabe...

Un brillo iluminó sus ojos al recordar la frase con la que Malo de Molina se había despedido de él. Un ascenso, un mejor sueldo y un cambio sustancial de sus condiciones de vida. Lo que ansiaba y deseaba, quedar fuera de la influencia de su suegro. Si había una persona a la que odiaba, incluso más que a su mujer, era a él. Si se casó con ella fue para ascender en el ejército al acabar la Guerra Civil. Llegar a coronel, por ejemplo, supondría dejar de mentir y de engañarla.

Arturo Saavedra apagó el enésimo cigarrillo en el cenicero y se quedó pensativo, con la mirada fija en el folio lleno de datos y fechas. Ahí estaba el pasaporte para una vida mejor. En ese momento se juró que haría lo que fuera con tal de cerrar las negociaciones con los americanos, que llegaría a matar a cualquiera que se cruzase en su camino. Se lo pedía su lealtad a España.

Y, por encima de todo, su interés personal.

Había llegado el momento de volver a ser libre.

capítulo 4

Madrid, 29 de diciembre de 1952.

Gonzalo Suárez se hartó de mirar el reloj. Las manecillas habían rebasado, con mucho, las ocho de la tarde justo antes de musitar el último insulto contra Liborio Solís, que no había dado señales de disposición a colaborar con él. Julián Ordóñez y Ernesto Bermúdez se habían marchado mucho antes, a instancias del inspector.

—Mañana decidiremos qué hacemos —los despidió con gesto de fastidio.

—Por lo pronto, ir a verle con el palo. ¿O no, Bermúdez?

Puede que Ordóñez tuviera razón: sería la única manera de obtener algo de un tipo por el que, en el fondo, sentía cierta simpatía. El Canelita le proporcionaba datos e información cuando los necesitaba con urgencia. A cambio, le mantenía libre de problemas, en la medida de lo posible. Y esa medida era el comisario Martínez. Gonzalo Suárez gustaba de dialogar; el segundo, de pegar.

Se despidió de los pocos compañeros que aún permanecían en la oficina. Al salir a la calle le recibió una fina lluvia, fría y desagradable. Se había levantado el cuello del abrigo y calado el sombrero para caminar hasta casa, sin prisa. Nadie le esperaba. Hasta que la vio, apostada junto a una puerta en la acera opuesta. Era una mujer de estatura mediana embutida en un abrigo de color crema, apoyada en la pared. Y le miraba. Su pose era realmente sugerente. Con la mano izquierda sostenía un cigarrillo y con la derecha, el otro brazo. Una valiente, pensó, o una inconsciente por hacer lo que estaba haciendo allí, delante de la comisaría y a esa hora del día, por mucho que la oscuridad, solo rota por la débil luz de las escasas farolas que funcionaban, ya se hubiera desparramado sobre la ciudad. Ella vacilaba si acercarse o no a él. Lo había intentado en varias ocasiones sin éxito, pero se animó de nuevo:

—¿Inspector Suárez?

Gonzalo Suárez abrió la boca sorprendido. Aquella muchacha, cuyas facciones revelaban una edad más cercana a la de Julián Ordóñez que a la suya, le conocía. El inspector se quedó aún más descolocado cuando la

desconocida le mostró una foto que reconoció al instante: era la misma que él le había entregado a Liborio Solís con la esperanza de que le ayudara a resolver el crimen del Cerro Garabitas.

Por la boca de Gonzalo Suárez asomó una sonrisa de ternura. Observaba en silencio cómo la muchacha que le había abordado a la salida de la comisaría disfrutaba mojando un bizcocho en una taza de chocolate humeante. La manera de comerlo, de mojarlo en el líquido espeso y oscuro, de llevárselo a la boca... Ella tampoco ocultaba una media sonrisa que marcaba unas ligeras arrugas en la comisura derecha del labio, donde la expresión se hacía más intensa.

La mujer se limpió los labios con la servilleta, en la que quedó impresa una pequeña mancha, mezcla de la oscuridad del chocolate y el carmín que perfilaba sus labios. Tenía encanto, una gracia natural y también don de gentes. Ya lo había comprobado al entrar en la chocolatería de la avenida de José Antonio, por el trato con el camarero, su forma de desenvolverse...

Se llamaba Escolástica Sainz y había conocido a Manuel Prieto, el chico al que habían encontrado muerto en la Casa de Campo. Fue el Canelita quien la avisó. Eso le contó camino de la chocolatería donde la había llevado para refugiarse de la lluvia y hablar con tranquilidad.

—Imagínese cuando me lo dijo Liborio. ¡La de lágrimas que derramé! Manolo, mi Manolito... —había comenzado a relatar, serena. El inspector Suárez se había quedado prendado de los inmensos ojos de la muchacha—. Dieciocho años... ¿Qué mal había hecho a nadie esa criatura, Dios mío? ¿Qué mal? —siguió lamentándose—. Y su madre. Es el peor trago para una madre. Esa madre, su único hijo, en la flor de la vida.

—¿Por qué razón no dio aviso de la desaparición de su hijo?

—No era la primera vez que lo hacía. A veces salía de casa y volvía al día siguiente, o al otro. Era joven. —Ella se encogió de hombros—. Le gustaba divertirse y sabía cómo hacerlo.

—¿Trabajaba?

—Sí, en una camisería de la calle Montera. Le querían mucho. Sabía tratar muy bien a los clientes. Tenía labia y mucha gracia.

—¿Se encargaba de atenderlos?

—¡Los trataba que era un primor! Hacía los encargos, llevaba las camisas a domicilio... Lo normal en un chico de su edad. Estaba aprendiendo.

Escolástica Sainz había bajado la cabeza y posado la mirada en la taza, que tomó para beber un poco más de chocolate. La taza regresó a su lugar y también la mirada, que mantuvo clavada en la mesa por unos instantes. Cuando la levantó, Gonzalo Suárez atisbó en sus ojos una repentina humedad. Iba a llorar.

—No se lo pude decir, inspector. ¡No se lo pude decir a su madre! Me faltaron fuerzas. Solo atiné a contarle que le habían llevado a un hospital. Un atropello, lo primero que me vino a la cabeza —prosiguió la chica enjugándose una lágrima que humedeció su mejilla izquierda—. Cuando llegamos a Santa Isabel, su rostro demudó. Entonces se aferró a mí, luego me agarró esta mano. —Le mostró la derecha al policía para que viera unas heridas, causadas por las uñas de la madre—. Con la fuerza que aún puede comprobar. Al ver el cadáver de su hijo, se derrumbó. ¿Cómo no lo iba a hacer si quien yacía en aquella camilla era el hijo de sus entrañas?

Escolástica Sainz aceptó el pañuelo que le tendió el agente. Aun llorando, tuvo arrestos para sonreír. Nunca perdía la sonrisa, detalle que impresionó al inspector. Una de dos: o estaba loca, o amaba tanto la vida que prefería encararla en todo momento con una sonrisa.

Le devolvió el pañuelo y retomó su relato:

—Se desmayó de la impresión. Una enfermera le recomendó que descansara un poco. Del entierro me encargué yo.

Gonzalo Suárez había tomado la foto del chico muerto, y la sostuvo unos instantes en silencio, sopesando la idoneidad del paso que se disponía a dar. Era necesario. Puede que fuera una curiosidad sin más. Puede que Escolástica Sainz lo viera así, o no. Un paso más para volver a poner en valor su intuición. La resolución del caso podría estar ahí, en lo que se disponía a requerirle:

—Por todo lo que me ha contado, deduzco que conoce bien al Canelita... —disparó a su interlocutora cambiando la mirada con la que la recibió en la chocolatería por una más dura. Impostada, pero la situación lo requería—. Esta foto se la di el viernes pasado, y ahora...

—Tenemos buena relación. Prefirió que fuera yo quien hablara con usted.

—Y yo con quien tengo que hablar es con él.

La sonrisa de Escolástica Sainz había quedado en el recuerdo, lo que acababa de escuchar no le había hecho ninguna gracia.

—Tenía que haber venido él, y no usted —enfaticó Gonzalo Suárez—. Es con él con quien tengo que hablar. Así que, como intuyo que volverán a verse,

y no muy tarde, recuérdeme que me debe una visita —le advirtió con tono amenazante.

Y lo consideraba necesario. Solo así, pensaba, al Canelita no le quedaría más remedio que pasarse por comisaría. El miedo era un poderoso relajante, y más en esos días.

—Descuide. He sido una tonta. ¡Discúlpeme!

Sin disimular su enfado, Escolástica Sainz hizo un gesto para llamar la atención del camarero, que acudió presto a su mesa. Del interior de su bolso extrajo un pequeño monedero, del que sacó un par de pesetas para abonar el coste de la consumición de ambos. El inspector la detuvo poniendo su mano en la que ella alargó con las correspondientes monedas. Un tacto suave que al policía le produjo una sensación de tranquilidad, así como un calor añorado. Se miraron. ¿Dónde se marchó la sonrisa, los ojos que brillaron, primero de alegría, casi emoción, y después de dolor? Encendidos, violentos, ahora adquirirían en Escolástica Sainz otra tonalidad igual de irresistible. «¿Dónde?», se preguntó Gonzalo Suárez.

—Lo siento —acertó a balbucir—. No me lo tome en cuenta. No sé por qué la ha metido su amigo Liborio en esto, pero se trata de un asunto que no va con usted. No se ofenda —abundó Gonzalo Suárez—, pero necesito hablar con él y es urgente. ¿Se lo dirá? Dígale que es por su bien, o tendré que ir a buscarle.

—Así se lo diré. No tenga duda.

—E insisto, invito yo.

El camarero se marchó con la comanda cobrada, y también Escolástica Sainz, que se despidió del inspector con un seco: «Gracias», para abandonar un local en el que se seguía respirando el mismo ambiente artificial, la misma mentira que cuando los dos entraron en él. La mentira de una sociedad que aspiraba a cambiar, aunque cada día que pasaba, quien más quien menos, supiera que haría falta mucha suerte para lograrlo.

Gonzalo Suárez llegó andando a su casa. Fueron pocas las veces que vio su sombra impresa en la acera empedrada del paseo de las Delicias. De cada cinco farolas, tres estaban apagadas, justamente las encendidas eran la primera y la quinta. En medio, la oscuridad, para disgusto del farolero, que debería recorrer de nuevo la ruta para prender las llamas correspondientes.

Vivía en la calle Tarragona, en un piso cercano a la plaza de Luca de Tena —un segundo piso interior—, que a esa hora del día estaba tan vacía como su

estómago. Las diez pesetas que llevaba en el bolsillo se las dejó en un kilo de pan —a 4,90— y otro de chicharro —más barato, solo 3,75—, que compró en un colmado cercano, con cuya dependienta se gastaba cierta cordialidad. Sin pasar de ahí, para disgusto de ella.

Al abrir la puerta le golpeó un intenso olor a cerrado. Lejos de aborrecerlo, lo agradeció. El calor había permanecido dentro, y gracias a eso, podría pasar una, dentro de lo que cabe, plácida noche. El piso contaba con dos habitaciones, una de las cuales le servía de dormitorio y la otra de cortesía para posibles visitas —que nunca venían, pues no tenía a nadie que le visitara, salvo su madre, que veía pasar los últimos años de la vida en su Soria natal—. También había un pequeño comedor con una mesa, un par de sillas y un butacón un tanto desvencijado, mobiliario que sacó, a muy buen precio, de las Galerías Piquer, en el número 29 de la cercana Ribera de los Curtidores. Finalmente, un retrete y una cocina, ambas estancias de minúsculo tamaño, completaban la disposición de la casa.

Sin deshacerse del abrigo, dejó los paquetes encima de la mesa y retiró una de las sillas, en la que se sentó. Contrariado, chasqueó los dedos y volvió a levantarse. Le faltaba algo que llenara su soledad, habitual compañera que nunca le abandonaba. Encendió la radio, marca Trovador, un lujo que se quiso dar, aunque todavía le quedaban por pagar tres plazos de las 2000 pesetas que le costó. Los primeros acordes de *Quizás, quizás, quizás*, de Osvaldo Farrés —una petición del oyente, de eso no tenía duda—, le acompañaron en el inicio de su cena. Desenvolvió los paquetes y tomó un trozo de pan y otro de chicharro, que se llevó a la boca de inmediato. Tenía hambre, pero los masticaba con calma, gustándose. Era la única comida decente que había hecho durante el día, y al menos tenía que intentar disfrutarla.

Osvaldo Farrés quiso poner un poco de su parte y morder la conciencia de Gonzalo Suárez como él hacía con el pan y los chicharos. «Estás perdiendo el tiempo pensando, pensando. Por lo que más tú quieras, ¿hasta cuándo, hasta cuándo?», cantaba Farrés. Un precioso epílogo para su vida en caso de que muriera al día siguiente. Una vida tan anodina y gris que a nadie interesaba. Quizá a Inés, la chica del colmado, que le miraba con buenos ojos.

Se llevó a la boca el último trozo de chicharro, que aligeró con un pequeño currusco de pan. A Osvaldo Farrés le relevó Antonio Machín, que con *Madrecita mía* empalagaba sus oídos. Recogió las migas en el papel con el que envolvió el chicharro y guardó el poco de pan que le sobró en la cocina. Quizá al día siguiente se lo desayunara, por aquello de llegar a la comisaría con algo sólido en el cuerpo.

Ya cenado, se deshizo del abrigo y lo colgó en una percha en la cara trasera de la puerta de su habitación. En el baño, se mojó la cara en tres ocasiones, frotándose la con los dedos. Antes de secarse se contempló en el pequeño espejo. Debía de ser de los pocos que conocía que no lucía bigote. Ni falta que le hacía. Su aspecto impresionaba: de altura no andaba mal, ni tampoco de físico. Sus ojos, de un llamativo color pardo, llamaban la atención en un rostro fino en el que también sobresalía una nariz recta y larga. No obstante, si su madre lo viera en ese momento le diría que estaba muy delgado, «no iría muy descaminada», pensó. Su madre casi siempre tenía razón. Una cara demasiado pálida, se convenció negando con la cabeza. Producto de la vida, de la asquerosa existencia que le había tocado vivir y de la que solo él era responsable.

Se puso el pijama y se metió en la cama sin quitarse los calcetines. Era mucho el frío como para aventurarse a tal locura. Tardó en dormirse, así que le dio tiempo de acordarse de Liborio Solís, con el que tendría unas palabras una vez pasara Fin de Año. Quería cogerle desprevenido. No dudaba de que Escolástica Sainz le pondría al tanto de lo que habían hablado en la cafetería. Había sido demasiado benevolente con él, por lo que tendría que aplicarle un poco de la *medicina Martínez*, como se referían todos en la comisaría a los métodos empleados por el comisario para interrogar a los sospechosos. Por reírse de él.

El sueño le venció recordando el rostro de Escolástica Sainz. La chica le había impresionado. Resuelta, distinta a lo que conocía. Sin embargo, algo había percibido en su mirada que le desconcertó. Un extraño brillo en sus ojos, nada sano. Gonzalo Suárez conocía algunas de esas miradas. Para nada tranquilizadoras.

capítulo 5

Madrid, 3 de enero de 1953.

—¡No saben cuánto les agradezco la visita! Pensé que ya estarían de vuelta a su país, dadas las fechas que corren y lo del cambio de presidente.

—Ya ve que no. Hemos decidido quedarnos aquí. Por cortesía de ustedes, claro está.

—Me hago cargo, desde luego.

Arturo Saavedra prefirió obviar la indirecta que le acababa de lanzar uno de los dos americanos a los que invitó a desayunar y aprovechó para escrutarlos con calma. Tan distintos y a la vez tan parecidos. Tomó un cigarrillo del paquete que habían dejado sobre su mesa —el otro lo guardó en un cajón de su escritorio— y lo encendió con calma. Se dedicó un momento para saborearlo, para disfrutar de su suerte; se sentía muy afortunado porque Kevin McKormick y Andrew Morton siguieran en Madrid recién estrenado 1953. Habían sido muchos meses de negociación desde que se vieron las caras por primera vez, en abril del año anterior, e intuía que todavía tendrían que hacerlo algunos más. Cuántos, no lo sabía.

Llamaron a la puerta, y tras escuchar el consentimiento del teniente, dos hombres ataviados con camisa negra, pantalón de color idéntico y chaqueta y pajarita blancas entraron en el despacho empujando un carrito que aproximaron al escritorio. Sirvieron café a las tres personas reunidas en el despacho y se marcharon. Encima del carrito, a la vista de todos, había una fuente de plata repleta de suizos recién hechos.

—Le agradecemos el detalle.

Kevin McKormick fue quien retomó el diálogo. Era un tipo de baja estatura, entrado en kilos y calvo como una bola de billar. Se manejaba con soltura en castellano y, como general del aire del Ejército de los Estados Unidos, ejercía de mano derecha del mayor general August Kissner, jefe de los negociadores militares americanos en España.

—Después de tantos meses ya hay confianza, ¿verdad? ¡Qué menos que invitarlos a desayunar!

—Así es... —admitió su interlocutor—. Aunque imagino que no nos ha hecho venir hasta aquí solo para invitarnos a café. ¿Me equivoco?

—¡Vamos, general! —respondió Saavedra con la mayor credibilidad que podía dotar a sus palabras, a sabiendas de que estaba mintiendo. McKormick lo había adivinado—. ¿Acaso no es normal que hablemos de lo que nos traemos entre manos? Al fin y al cabo, llevamos haciéndolo todos los días desde hace meses.

—Siento decirle que nos sentimos traicionados.

—¿Cómo dice?

—No tengo necesidad de repetírselo, señor Saavedra. Lo que acaba de oír.

—Yo no lo consideraría traición, si se refiere al borrador que les presentamos el 24 del mes pasado.

—Estaba todo listo para firmar y ustedes lo echaron todo a perder.

—¡Por Dios, general! —Arturo Saavedra subió el tono de su voz—. Lo sabían desde hacía semanas. Ese punto se retrasó en beneficio del avance de las negociaciones. Pero, tarde o temprano, volveríamos a exigir su cumplimiento. Es nuestra seguridad lo que está en juego, recuerden.

—¡*Oh, my God!* ¿Qué más quieren? ¡Vamos a construir unas bases que serán beneficiosas para ambos países! ¡Hemos dejado por escrito que su seguridad estará a salvo en todo momento! —estalló el militar americano—. ¡Y les hemos concedido un crédito más que sustancioso para renovar su ejército!

—¡Sin olvidar las partidas destinadas a mejorar la economía de su país!

Quien terció en el diálogo fue el acompañante del general McKormick. Rubio, de elevada estatura y planta impecable, Andrew Morton formaba parte del equipo económico liderado por George F. Train y también se manejaba con soltura en español, idioma que decía haber aprendido en California, en su época universitaria. Su cometido consistía en revisar las condiciones económicas del acuerdo entre Estados Unidos y España.

—¿O acaso le parecen poco los casi cuatrocientos cincuenta millones de dólares que recibirán durante los próximos cuatro o cinco años? —insistió Morton.

—Una cantidad muy superior a la que estaba inicialmente prevista... —apuntó, ahora, el general McKormick.

—Aprobada por el Congreso de los Estados Unidos, lista para ser entregada —añadió su compañero—. Mucho dinero, señor Saavedra. Piense en todas las cosas que se pueden hacer con esa cantidad, cómo podrían modernizar su ejército.

—Vaya, vaya... Para ser un desayuno informal se diría que vienen ustedes demasiado preparados —contrató el teniente Saavedra con una sonrisa—. ¿No han probado los suizos? —cogió uno de la bandeja, que se llevó a la boca—. ¡Están exquisitos!

—Señor Saavedra, en un par de días debemos regresar a Estados Unidos. Nos gustaría hacerlo con este asunto zanjado antes de comunicárselo a nuestro Gobierno.

El teniente iba a dar otro bocado al suizo, pero lo dejó en el plato junto a la taza de café. Un gesto de cara a la galería, para impresionar a sus interlocutores, a pesar de que conocía la respuesta a la pregunta que se disponía a pronunciar:

—¿Su Gobierno aún no sabe nada?

—No. Hace varias semanas que no comunicamos nada a Washington.

—Luego están negociando a sus espaldas...

—Yo no diría tanto —respondió el general después de mirar a su compañero Morton—. Digamos que simpatizamos con su situación, y por eso queremos lo mejor para ustedes. Hemos llegado más allá de lo que estábamos dispuestos a negociar. Solo les pedimos un gesto para acudir a Washington con el acuerdo cerrado.

—Me remito a lo que explicó por carta nuestro jefe, el general Juan Vigón, al suyo, el Mayor Kissner: no se puede pretender que esto sea un pacto militar para una parte, y una declaración política benévola con contenidos militares imprecisos para otra.

Kevin McKormick suspiró. Lanzó una mirada esquinada a su compañero, Morton, que se encogió de hombros, lo mismo que hizo él. Meneó la cabeza con gesto de pesar:

—¿Sabe lo que significa esto?

—Me lo imagino, pero preferiría que me lo dijera usted.

—Que no sabemos cuándo volveremos a verle.

Los dos americanos se despidieron de Arturo Saavedra, al que dejaron solo en su despacho. El militar cogió otro suizo de la bandeja del carrito y se lo comió con calma. Masticaba recordando lo que le había pedido el general Malo de Molina antes de despedirse, la última vez que se vieron:

«Insistirán las veces que hagan falta. Sé claro en nuestra postura. El tiempo juega en su contra».

Ya sentado en la silla, se limpió las migas del uniforme y encendió otro cigarrillo. Abrió el cajón y centró su atención en el segundo paquete de tabaco que le regalaron los negociadores americanos. Su rostro se ensombreció.

«Tendrás que racionarlo, Arturo. Eso, o volver al tabaco español».

Nunca tuvo una noche de Reyes.

La que ahora imaginaba, con los ojos bien abiertos, podría haber sido suya. Regalos, calor familiar, una chimenea pequeña pero con un fuego acogedor... Y, a sus pies, algún que otro regalo. Una muñeca, por ejemplo. Siempre soñó con tener una. Una muñeca a la que vestir, que la acompañara en sus juegos y con la que compartir confidencias y secretos de una infancia feliz.

La que tampoco tuvo.

Ni tampoco una noche de Reyes como esa.

Lo que conoció fue la muerte, la humillación, la soledad... Y, finalmente, el odio. Curiosa la vida, pensaba a menudo. «Se recoge lo que se siembra», oyó decir a su madre en muchas ocasiones. Su padre lo hizo. Un buen hombre. Recto, honrado y noble, de ideas fijas. Los demás antes que él, y con esas ideas acabó en una cuneta cuando un miembro de la milicia llegada al pueblo al día siguiente del Alzamiento Nacional le descerrajó un tiro entre los dos ojos. Sembró odio, pues odio vieron otros en lo que hacía por mejorar la vida de los demás. El odio le mató, y ahora ella se veía empujada por el mismo sentimiento.

Marga Uriarte apagó el cigarrillo aplastándolo contra el suelo con la punta de su zapato derecho. Un modelo apache de ante negro y tacón cuñita. Elegante a la par que cómodo. Ciento treinta y nueve pesetas bien gastadas — pagaba el partido— para, llegado el momento, echar a correr como alma que lleva el diablo. Lo que no descartaba. Todo dependería de cómo reaccionara cuando tuviera delante al hombre que venía buscando. Él y ningún otro más del total de quince que aparecían en la lista que recibió de manos de Andrés y de Camilo. Cada nombre iba acompañado de su identidad, cargo y una foto. Pasó una tras otra con aire aburrido hasta que llegó a la del tipo en cuestión. Esa mirada, esa cara de suficiencia, ese aire de perdonavidas... Que no perdonó ninguna cuando tuvo ocasión de hacerlo. Había pasado ya tiempo, pero había miradas imposibles de olvidar. Y la del fulano de la foto la recordaría toda la vida.

Así que el hombre que estaba dentro de la Sala Casablanca, en la avenida de José Antonio —«la más distinguida de España», según los periódicos— era su objetivo inmediato. Un local concurrido, pero donde quien quería ser discreto, lo lograba si conocía los códigos adecuados. Y Marga los había

estudiado a conciencia. La cantidad adelantada por el partido se había esfumado también en un par de medias de seda fina y en un vestido de punto de lana en dos tonos que, esa noche, decidió acompañar de unos guantes negros. Un atuendo oculto, a primera vista, bajo un chaquetón de piel en mutón extra que decidió adquirir en quince plazos, a razón de 153,25 pesetas cada uno. Si todo salía según preveía, no tendría que llevarlo más de cuatro o cinco veces. Después...

Mientras Marga vigilaba el local vio salir a un tipo, que miró a un lado y a otro antes de desaparecer de su vista tras mirar el reloj en un par de ocasiones. Demasiado tarde para presentarse en casa como si nada. Quizás los regalos — llevaba una voluminosa caja envuelta bajo el brazo— mitigaran la más que posible discusión con su mujer. Ella, por su parte, caminó con seguridad y se aproximó al local cuando una pareja que salía en ese instante frenó sus intenciones. El hombre chocó con ella. Se miraron fijamente sin decirse nada hasta que él abrió la boca:

—¿Acaso no sabe que hay que dejar salir antes de entrar?

La mirada del tipo quemaba. Unos ojos negros y brillantes destacaban en un rostro anguloso. Tenía la nariz recta y un bigotillo fino, bien recortado. Lejos de sentirse intimidada por la mirada del tipo, Marga le dedicó otra de parecida intensidad, que tampoco arrugó al hombre.

—¿Acaso cree que iba a saber si saldría o no alguien por ella?

—Tenga cuidado la próxima vez.

—Descuide.

El hombre volvió a centrarse en su pareja, una chica morena de baja estatura que reía cada ocurrencia con la que su acompañante le regalaba los oídos. Una conquista ocasional, pensó Marga, que los vio marcharse avenida de José Antonio abajo. Antes de doblar una esquina cercana, el hombre la buscó con la mirada y compuso una suerte de sonrisa enigmática que Marga le devolvió.

Al verlos desaparecer, se disculpó con el portero y decidió quedarse fuera toda vez que ya sabía que no encontraría dentro al teniente Arturo Saavedra, que era a quien buscaba. El mismo que lo había abandonado acompañado de la chica morena.

Marga Uriarte se alejó del local tarareando una canción. Estaba contenta. Por una vez, la noche de Reyes le había traído el regalo que más deseaba.

capítulo 6

Madrid, 8 de enero de 1953.

No tenía escapatoria. Miró a su izquierda, a su derecha, a su espalda...

Le habían atrapado.

Liborio Solís empezó a sudar copiosamente a pesar de que la mañana era muy fría. El miedo. Esa sensación atávica. Miedo a qué sería de él. Todo quedaba reducido a ese mínimo instante, tan pequeño que apenas representaba nada en su vida, y sin embargo, era un todo en su existencia. Después... No le quedaba más salida que defenderse como gato panza arriba, con las uñas afiladas, y vender cara...

—¡Mira que eres teatrero, Canelita!

—¡La langosta! —chilló este, fuera de sí—. ¡Que va a cuatro pesetas el kilo!

—¡Se la guarde usted, Tomás! —ordenó, a su vez, el inspector de segunda Gonzalo Suárez a uno de los camareros de Casa Augusto, el bar donde sabía que encontraría a Liborio Solís—. ¡Aquí el caballero se viene a dar una vuelta conmigo y con unos amigos que también tienen muchas ganas de verlo!

El Canelita pataleaba sin atenuar ni un ápice su histerismo hasta que Bermúdez —alto, pero entrado en carnes: un metro noventa que imponía tanto por su altura como por su faz, grave, y por la fea cicatriz que surcaba su mejilla izquierda— levantó la mano abierta para golpearlo en la cara. Esa mano, casi tan grande como el rueda de Las Ventas, intimidaba, por lo que Liborio Solís decidió hacer caso al inspector, salió a la calle por las buenas y rebajó la intensidad del escándalo que estaba montando a ojos de los trabajadores de la Telefónica, cuyas oficinas estaban situadas a unos pocos metros del bar, y del resto de clientes. El policía lo llevó en volandas hasta el coche, parado en plena calle, y lo arrojó al asiento trasero como si de un fardo se tratase para después hacerle compañía en dicho asiento. Gonzalo Suárez ordenó a Julián Ordóñez que arrancara, y el Fiat 1100 de color negro del Parque Móvil Ministerial se perdió calle Leganitos arriba, en dirección a la plaza de Santo Domingo.

El día amaneció frío y así se mantendría conforme pasaran las horas. A diferencia de jornadas anteriores, lucía el sol. Un sol tímido que iluminaba el devenir de una ciudad en la que la fiesta de Reyes Magos no era más que un recuerdo, y la Navidad, un oasis lejano. El mes de enero de 1953 caminaba por su octavo día y el inspector Suárez apenas había logrado avanzar en la investigación del asesinato de Manuel Prieto: una corta conversación con una chica que decía ser vecina del finado, las pocas pistas que Ordóñez y Bermúdez recabaron en Santa Isabel, y nada más. Por eso decidió dar por concluida la cortesía que decidió conceder al Canelita por ser las fiestas navideñas.

Era la primera vez que tenía a Liborio Solís entre ceja y ceja. Se sentía engañado por él, y eso era suficiente como para invitarle a dar una vuelta. Esos momentos de intimidad que él compartía, en ocasiones, en la comisaría, con Exuperancio Martínez, ahora los iba a gozar él. Y, para desgracia del granadino, al inspector aún le escocía la derrota de su *Atleti* del domingo anterior, en el Metropolitano, por dos goles a tres ante el Atlético de Bilbao. El destrozo que Zarra causó a la defensa rojiblanca fue suficiente para que el comisario Martínez —acérrimo madridista— se recochineara de él ese mismo lunes, víspera de Reyes. Suficiente como para calentarle. Alguien debía pagar el escarnio.

Por eso acudió a buscar a Liborio Solís a Casa Augusto. Recordar cómo lo engañó y los dos goles de Telmo Zarraonaindía fue todo uno.

—¿A dónde vamos? —preguntó, aún con voz trémula, el Canelita.

—A comisaría —respondió, con tono seco, Gonzalo Suárez.

—Mire, inspector, que esto podemos solucionarlo usted y yo de otra manera —soltó el otro con hablar atropellado—. Pero, por lo que más quiera, ¡no me lleve ante el comisario!

—El comisario no sabe nada de todo esto.

—¿No? —Liborio Solís resopló aliviado—. ¡No sabe la alegría que me da!

—Eso ya lo veremos...

Un gélido escalofrío recorrió el rechoncho cuerpo del Canelita. Quizás fue el rostro serio que se gastaba Gonzalo Suárez o la fea mueca que se dibujó en sus labios los culpables de tan desangelada sensación. Aunque, a decir verdad, le desarmó el brillo de los ojos del policía. Un brillo acerado, intenso, que le advertía que lo que estaba por venir no iba a ser nada agradable para él.

En absoluto.

—¡Mal rayo te parta, hijo de mala madre!

Una mano abierta de Bermúdez así, imprevista, en plena cara, con la fuerza que tenía, tumbaba a cualquiera. A Liborio Solís le llevó al suelo, de donde se levantó regalando los oídos del agente mientras se colocaba el peluquín. Bermúdez miró a su superior, quien con una leve caída de párpados le conminó a parar. Por ahora. El Canelita volvió a sentarse en la silla, cuyo respaldo era tan duro como el sopapo recibido. Julián Ordóñez permanecía apostado junto a la puerta de la sala, en los bajos de la comisaría. Ansiaba que le llegara su turno. También le tenía ganas al sarasa que tanto detestaba. Vaya si se las tenía.

—Vamos a comenzar de nuevo, Canelita. Y por tu bien habla claro y dinos la verdad —le aconsejó Gonzalo Suárez—. ¿Quién era el muchacho?

—Solo sé que se llamaba Manuel —resopló el granadino con gesto de hartazgo—. Le conocí hace un par de semanas en un sitio cercano a Recoletos. Llevaba viéndolo desde un par de meses antes, pero hablar, lo que se dice hablar, desde cuando le he dicho.

—¿Qué sitio?

—Uno cualquiera, no lo sé. —Liborio Solís sudaba—. Hay tantos allí... Ya sabe.

El gesto del inspector fue tan imperceptible que el interrogado no pudo verlo. La mano abierta de Bermúdez impactó en su mejilla derecha, aunque esta vez no cayó al suelo.

—¿Qué sitio? —insistió el policía.

—¡El 17, coño!

—¡Esa boca! —le reconvino Julián Ordóñez desde la puerta.

—Así que El 17... —repitió el inspector.

La sala apestaba a humedad. Solo una pequeña bombilla soliviantaba la oscuridad de la estancia, lo justo para que los presentes pudieran verse las caras. Allí no había más mobiliario que una silla y una mesa de pequeño tamaño. La silla estaba ocupada por Liborio Solís. Gonzalo Suárez se apoyó en un pico de la mesa y encendió un cigarrillo.

—¿Con quién solía juntarse? En eso sí que te fijarías, ¿no? Un muchacho como él, tan joven y agraciado, no pasaría nunca desapercibido.

—Allí... —El Canelita hizo una pausa. Bajó la vista al suelo y pensó durante unos segundos—. Allí se junta gente de toda condición y edad. Puede que se le acercara alguien de una manera más interesada. Era guapo. Cuando eso ocurría, desaparecía de la vista de todos. —Compuso un gesto de resignación—. Ya había conseguido lo que buscaba.

—¿Con quién o quiénes? Venga, que estoy convencido de que lo sabes.

—¡Y dale otra vez! ¿Pero no le he dicho ya que no...?

Esta vez el manotazo fue con el envés de la mano, gustándose. Bermúdez vio caer al granadino al suelo, del que este se levantó aturdido y mirando ora Bermúdez, ora Gonzalo Suárez. El inspector le ordenó que volviera a sentarse en la silla. El cigarrillo le quemaba los dedos. Tanto como las ganas de extraer un nombre, algo que le permitiera partir de una base fiable y resolver el caso.

—¿Quién?

—¡De verdad que no lo sé! —Liborio Solís se protegió la cara con los brazos. Para su suerte, esta vez no le llovió ningún golpe. Respiró bajándolos—. ¡Le estoy diciendo la verdad! Apenas le traté lo justo.

—¡Habla o te vas a marchar caliente a casa! —le chilló el policía—. ¡Tú eliges!

—A los pocos días de verle allí —Liborio Solís soltó un resoplido de enojo—, me acerqué a hablar con él. Charlamos un poco, unas risas, alguna que otra mirada... Pero se ve que no le seduje lo suficiente. —Sus ojos adquirieron un tono sombrío.

—Vamos, que te dio calabazas.

El Canelita se recompuso de inmediato componiendo un gesto de orgullo herido.

—Prefirió buscarse otras compañías. A pesar de ser tan joven, se movía con clase por el local. La manera de mirarte cuando te pedía fuego, esa sonrisa tan franca, ese pelo rubio tan bien peinado... —El suspiro le salió natural—. En fin, una pena. Pero seguimos hablando, nos saludábamos al vernos, y ya está. Le gustaba conocer a uno, ver a otro, dejarse engatusar por el de más allá... ¡Es que el niño era de toma pan y moja! —Solo él rio la ocurrencia. El resto le miraba con cara de pocos amigos.

—Canelita, ya me estás tocando demasiado los cojones. —El inspector le amenazó mirando a Bermúdez, que permanecía quieto y atento. Al quite—. ¿Quién fue la última persona que estuvo con él?

—¡Que no lo sé! —gritó Liborio Solís haciendo pucheros—. ¡Si alguien lo sabe, es ella!

—¿Quién? —replicó sorprendido Gonzalo Suárez—. ¿Quién es ella?

—La chica con la que estuvo hablando hace unos días. ¿O ya no se acuerda de Escolástica Sainz?

—Me comentó que eran vecinos, sí... —dijo el agente con la mirada clavada en el suelo—. Acompañó a la madre al reconocimiento del cadáver y

se hizo cargo del papeleo del entierro, entre otros asuntos.

—Entonces no le contó todo.

Gonzalo Suárez levantó la cabeza poco a poco, y posó la mirada en el rostro de Liborio Solís.

—¿Qué es lo que no me contó, Canelita?

Este sonrió. Había soportado un golpe tras otro durante el interrogatorio, consciente de que Gonzalo Suárez no era, ni mucho menos, el comisario Martínez. Había jugado bien sus cartas y quería exigir una contrapartida que reparara su orgullo y cara heridos.

—¿Qué gano a cambio?

La petición no fue aceptada de buen grado por quien le interrogaba, que levantó la mano derecha con intención de golpearlo:

—¡Serás...!

—¡Piénselo, inspector! —le propuso el Canelita, que primero se protegió la cara con los brazos, y luego, una vez enunciada la petición, los volvió a bajar—. Me necesita, y estos métodos no son cosa suya. A usted le va más negociar. Me lo ha demostrado, y lo que le ofrezco es la llave que le ayudará a cerrar este caso.

Atento a la conversación, Bermúdez pasó la palma de la mano derecha por los nudillos de la izquierda. Esperaba un gesto de su superior para descargar la ira que apenas podía contener sobre el interrogado. Pero el gesto tardaba en llegar. Gonzalo Suárez no despegaba la mirada de Liborio Solís, expectante. La contestación llegó varios segundos después, que rompieron la momentánea y extraña quietud que envolvía la atmósfera del calabozo de la comisaría de Leganitos.

—¿Qué quieres?

—Que me deje en paz durante una temporada.

—Mientras dure el caso.

Liborio Solís sopesó el ofrecimiento por unos instantes, tras los cuales chasqueó la lengua.

—¿Y si lo resuelve pronto?

—Ya me encargaré de que dure un poco más.

El Canelita lanzó sendas miradas a Bermúdez y a Ordóñez. El gesto incrédulo del sevillano le divertía. Merecía la pena haberse llevado algunos golpes por verlo así de desconcertado; por él solo sentía desprecio.

—Fue ella quien le recomendó ese lugar a Manuel Prieto. —Liborio Solís retomó la conversación llevándose la mano derecha al mentón, que se acarició con el pulgar—. ¿Y sabe por qué?

- Esperaba que me lo dijeras tú.
- Porque hasta hace unos días trabajaba allí.
- ¿De qué?
- Eso tendrá que preguntárselo a ella.

capítulo 7

Madrid, 10 de enero de 1953.

Había que ser valiente para salir a pasear, y Marga Uriarte y Andrés Rodríguez lo eran. Hacía días que el termómetro no había pasado de los seis grados en las horas centrales del día. Soplaban el viento, tan desagradable como el color del cielo, que amenazaba lluvia. Se cruzaron con muy pocas parejas en su camino hasta la cuesta de Moyano. Sí circulaba algún que otro coche, sobre todo, un par de centenares de metros más abajo, en la estación del Mediodía. La estampa de un sábado por la tarde anodino.

Ellos sí paseaban. Lo necesitaban. Hablar, poner ideas en común, templar ánimos...

Eligieron el Parque de Madrid como podrían haberlo hecho por cualquier otro lugar. Salió así. Una pareja paseando por La Rosaleda, bajo sus pérgolas, no despertaría demasiadas sospechas. Bien abrigados él y ella, con gracia. Vista de esta manera, daba la impresión de ser una pareja en toda regla, con el plan ya concebido de antemano: paseo por el Parque y una posterior visita al cine. A Andrés le hablaron, y muy bien, de *Magnolia* y *El mundo en sus manos*. La primera, con Ava Gardner; la segunda, con Gregory Peck. Y luego, terminar el día en Casablanca, por ejemplo, donde Los Chimberos se despedían del público madrileño tras cosechar un enorme éxito. Ella caminaba embutida en un chaquetón recién estrenado. A su lado, él lucía un cheviot de color oscuro y de paño ya algo gastado, y la cabeza la ocultaba bajo un borsalino negro. Una pareja como cualquier otra. Lo que no eran.

—Entonces ya lo tienes claro.

—Sí.

—Lo imaginaba.

Andrés conocía demasiado a Marga, más de lo que ella imaginaba. Por eso no dudó en dar su nombre cuando el partido reclamó los servicios de una mujer para una delicada misión. Delicada por el contexto, en una España que había dejado atrás la Guerra Civil e incluso hasta las cartillas de racionamiento, y por la misión en sí. Si España caía bajo el dominio de los

Estados Unidos, las cosas podrían complicarse para la Unión Soviética de Stalin. Toda información de las negociaciones que ambos países mantenían sería poca. Andrés lo tuvo claro: Marga era la persona que necesitaban. Sigilosa, con coraje, audaz... Lo que se reservaba era la segunda razón de su elección, que nadie conocía ni podía intuir: la echaba de menos, mucho.

—Solo te pido que extremes la precaución, nada más.

—¡Ja, ja, ja! —Marga rio con ganas. Fue la suya una risa fresca, pero también intencionada—. ¿Ahora me vienes con estas? ¿Qué eres? ¿Mi niñera?

Otra pareja que caminaba por delante de ellos se volvió para observarla. Ella les obligó a retomar la vista al frente con una mirada tan helada como el viento que soplaba.

—Agradezco tus consejos, pero sé valerme por mí misma.

—Sé que es por el partido y nunca discutiré en público cualquier directriz suya, pero...

—No te hace ninguna gracia que llegue hasta donde tenga llegar.

—Así es.

—Y sabes que pasará.

—Lo sé.

—Eres un iluso. ¡Un maldito iluso!

—Pero, pero... —balbuceó él—. ¿A qué viene esto ahora? ¿Qué te...?

—Porque sigo en tu cabeza —replicó ella cortándole—. ¡Por eso eres un iluso!

El silencio levantó un muro temporal entre los dos. Salieron de La Rosaleda y tomaron el paseo del Uruguay. Al fondo, entre los castaños, se adivinaba la fuente del Ángel Caído. El lugar era tranquilo, ideal para retomar la conversación en cualquier momento. Si es que Marga lo deseaba. Andrés la miró de reojo: caminaba tranquila, y su rostro había recuperado una expresión más suave y amigable. Esa cara, esos labios... Recuerdos de días abrazado a ella, su vida pendiendo de un amor que no entendía de calor, solo de instantes pasionales que, una vez consumidos, quedaban reducidos a la indiferencia.

—No estoy hecha para amar —se disculpaba Marga llegado uno de esos momentos—. Apenas conocí lo que es dar y recibir amor. Lo siento.

Andrés la seguía queriendo, y por eso la echaba tanto de menos. Ella, no. Prefería seguir volando libre, vivir su vida, tan rápido como pudiera. Él llevaba meses sin saber qué habría sido de su vida, de ahí que pidiera su inmediata localización tan pronto como conoció el requerimiento del partido. Algún amigo común aún sabía de ella. De eso se valió, y funcionó. Volvía a tenerla a su lado y haría cualquier cosa con tal de no perderla de nuevo.

—Dejémoslo correr —dijo Andrés tras suspirar—. ¿Cuánto dinero necesitas?

—Bastante.

—¿Cuánto es ese bastante?

—El mínimo para pagar a la persona que se encargará de recabar toda la información que pueda.

—¿Cómo? —estalló él, sorprendido.

—¿Creías que lo haría yo?

—¡Marga, no podemos meter a nadie en este asunto! ¡Es cosa...!

—Mía, sí. Por eso sé lo que hago.

Siguieron caminando otro trecho en silencio. El viento levantaba hojas del suelo y empujaba las ramas, que se movían creando un siniestro siseo. Ahora fue Marga quien observó a Andrés de reajo. Seguía siendo guapo, muy guapo. Una buena persona, en el fondo. Con sus ideas y un punto de vehemencia que la encandilaba, pero ella no estaba hecha para mantener relaciones. Sabía que nunca podría corresponderle. No le salía. Demasiado dolor interno como para engañar a quien no merecía el engaño.

—¿Es de confianza? ¿Sabe dónde se mete?

—Lo es. Sabe manejarse en ciertos ambientes, tiene don de gentes... Pero necesita dinero. Ha sufrido varios reveses y hará lo que sea con tal de ganarlo. El qué le da lo mismo.

—De acuerdo —dijo Andrés después de suspirar—. ¿De qué la conoces?

—Vaya, te ha salido el alma de comisario político que llevas dentro...

—¡Eras tú quien debía hacerse cargo de esto y no otra persona! ¡Soy yo quien da la cara por ti ante el partido! ¡Necesito tenerlo todo bajo control!

—¡Los métodos son cosa mía! Trabajo como quiero, así que no me toques los cojones y dedícate a seguir las directrices del partido. ¿Estamos?

Andrés asintió con la cabeza, en silencio.

—Es una vieja conocida —prosiguió Marga—. Sé que no me fallará.

—Aun así, me gustaría conocerla.

—Lo harás.

Marga mandaba y parecía tener bien atados todos los cabos. La persona de la que hablaba conocía bien la noche y ciertos locales en los que destacadas personalidades dejaban en la puerta el puritanismo imperante y mutaban en lo que llevaban dentro. Lo mismo les daba jovencitos que jovencitas. La que reclutó Marga aseguraba ser joven y no decir que no a nada. A cambio solo pedía dinero. Arreglarse con el partido sería cosa suya, pero si el plan salía bien, el dinero estaría bien empleado.

—¿Por qué has decidido actuar así? —inquirió Andrés—. No pongas esa cara. Te lo pregunto por curiosidad, nada más. Al menos concédeme ese derecho.

—Tienes razón. —Marga le respondió mirando al frente. Gente paseando, el viento empujando hojas—. Todo cambió hace un par de días. Ella vino a verme a casa. Una repentina necesidad que solo el dinero puede aliviar. Y le debo favores.

—¿Qué tipo de favores?

—Favores. Punto —dijo Marga mirando, ahora sí, a Andrés. Una mirada nada agradable la suya—. Le propuse el asunto y aceptó. Ella se encargará de la parte práctica. La vigilancia del tipo que os interesa será cosa mía. Lógicamente, será bien recompensada.

—No entiendo qué quieres decir con la parte práctica...

—Por no llamarlo directamente acostarse con el tipo. Ya sabes, los formalismos. Solo así le sacaremos algo.

—¿Estás segura de que funcionará?

—Llevo varios días siguiéndole, querido, y puede asegurarte sin miedo a equivocarme que es un putero de consideración. —Marga sonrió al acabar la frase—. ¿Crees que va a rechazar un dulce si se lo ponen a tiro?

Andrés asintió en silencio para después mirarla. Tan segura de sí misma, tan puntillosa en su manera de trabajar. Sin dejar escapar ni un detalle.

—Perdona que insista, ¿por qué ella?

—Tiene don de gentes, mucha paciencia para tratar con las personas y es muy dulce. ¿Ves algo de eso en mí?

—No.

—¿Ves? Hay que pensar en todo.

—¿Cuándo comenzaría?

—Cuando el partido lo decida. Ella ha empezado a trabajar en un nuevo local, cerca de los Nuevos Ministerios. Un sitio discreto, tranquilo, que corre de boca en boca. Me extrañaría que nuestro objetivo no lo conociera ya. De no ser así, ya me encargaré de que lo haga.

—¿Y si él quiere...? —Andrés dudó si continuar la frase. Tras pensarlo, lo hizo—: Quiero decir, acostarse con ella ya.

—Que se haga un apañito. Con ella, no, desde luego. Sabrá jugar sus cartas.

Varias gotas de lluvia cayeron sobre el sombrero de Andrés. El cielo, harto de aguantar, decidió derramarse sobre la ciudad. Un tiempo ideal para

entrar en un café, dejarse caer por un cine... Tenía el plan en la cabeza. «Quién sabe —caviló—, si aprovechando el momento...».

—Tendrás más detalles a lo largo de la semana. Espera noticias mías.

—Perfecto. Mientras, ¿qué te parece si...?

Marga se detuvo para encender un cigarrillo y, ya con él en los labios, ni siquiera se despidió de Andrés, esfumándose por la arboleda. El hombre la vio alejarse con cara de asombro, petrificado. En su cabeza se deshicieron todos los planes que se compuso en un instante. Planes que deberían esperar a mejor ocasión.

Esperaba volver a encontrarla. Las negociaciones entre americanos y españoles iban para largo. En eso confiaba para seguir viendo a Marga.

capítulo 8

Madrid, 15 de enero de 1953.

La miseria, con ser dolorosa, podía llegar a ser insultante. Sobre todo, a la luz del día. Todo lo contrario que las tinieblas, muy celosas de ocultar lo suyo. El sol de la media tarde, que se filtraba a través de la única y pequeña ventana que había en la chabola, le enseñó a Gonzalo Suárez hasta dónde era capaz de rebajarse el ser humano con tal de rebañar las pocas migajas que le dejaba la mal llamada prosperidad.

El caso del asesinato de Manuel Prieto avanzaba despacio. Liborio Solís cumplió su palabra y dos días después del interrogatorio le puso en contacto de nuevo con Escolástica Sainz. El contratiempo se llamaba Rosa Prieto, la madre de Manuel, que no encontraba un momento de sosiego para poder hablar con el inspector. Y el día que lo encontró, para alegría de Gonzalo Suárez, el comisario Martínez se descolgó con otro caso para el trío de policías. Un nuevo obstáculo. Así lo vio desde el momento en que se lo encargó el comisario. Por razones que no acertaba a comprender, a su superior no le hacía ni pizca de gracia que centrara toda su atención en encontrar al asesino del joven Manuel Prieto.

Y se maldijo por eso, en silencio, con las manos apoyadas en el pequeño ventanuco. Tres días perdidos por un nuevo caso. Recordó el tono empleado en la conversación por el comisario, seco y desafiante, que incrementaba sus sospechas. El caso de Manuel Prieto no le gustaba a Exuperancio Martínez. El porqué era algo que solo él sabía.

—¡A paseo lo del sarasa! —advirtió a Suárez, Ordóñez y Bermúdez—. Hay cosas más importantes.

—Pero, comisario... —protestó el inspector.

—¡Ni peros ni peras! Aquí estamos para ayudar al ciudadano y hay cosas más importantes en las que centrarse, como...

—Llevamos tiempo detrás de la madre —abundó Gonzalo Suárez—, y por fin se ha decidido a hablar. Voy a visitarla en...

—¿Es que hablo a las paredes, inspector Suárez? ¿Qué parte de que hay cosas más importantes no ha entendido?

—Claro y conciso, comisario.

—¡Pues sanseacabó, he dicho! —dijo Exuperancio Martínez—. Ahora, presten atención: a una mujer la han timado a base de bien y me vais a traer al granuja hasta aquí. ¡A ver si conmigo es tan valiente!

—¿Se refiere a la mujer que vino esta mañana? —preguntó Julián Ordóñez.

—Esa, sí. El pájaro le ha levantado diecisiete mil pesetas a la pobre mujer por gestionarle el pasaporte y un pasaje al Brasil. —El comisario desgranó los detalles según la declaración de la víctima—. ¡Quiero a ese tipo aquí a la de ya!

Tres días tardaron en encontrar el paradero de Alfredo Fernández González, de treinta y ocho años. Salvo una pequeña cantidad que gastó, el resto de la suma apropiada de manera indebida se la guardó por hallarse necesitado. Un testimonio que le rompió el alma al inspector. La cara del tipo, su tristeza infinita, las lágrimas que derramó... Cosas que, a pesar de los años que llevaba en el Cuerpo General de Policía, todavía le podían. Como la visión de Rosa Prieto, a la que ahora tenía ante sí. Una muerta en vida.

Ver de nuevo a Escolástica Sainz, que fue quien le recibió al pie del poblado marginal de Jaime el Conquistador, a pocos pasos del paseo de las Delicias, le devolvió al caso que más le había atrapado en mucho tiempo. El poblado era un mar de chabolas que delimitaban la calle que llevaba el nombre del monarca belicoso y las de Cáceres y Fernando Poo. El aire olía a agua estancada y al humo de las fogatas encendidas para paliar el intenso frío de la jornada.

—Así que aquí es donde vive... —le dijo un estupefacto Gonzalo Suárez al verla ataviada con una bata de cretona con cuello solapa que permitía adivinar un busto no demasiado grande, pero tampoco pequeño.

—¿Le sorprende?

La chica le recibió con el rostro sin maquillar, pero sonriente. Sonrisa que quedó en el recuerdo, pues ahora observaba a Rosa Prieto con faz circunspecta, no muy diferente a la de Gonzalo Suárez. Rosa Prieto era una mujer de ojos apagados, rostro triste y enlutada de los pies a la cabeza, donde la ceniza se había adueñado de parte de su pelo. En otro tiempo debió de ser muy guapa, caviló el inspector. Quien tuvo, retuvo, y puede que cuando el

dolor se borrara del rostro de la mujer regresara una belleza que todavía no se había marchado del todo.

—Lo siento mucho, señora.

—Llámeme Rosa, se lo ruego.

La voz de Rosa Prieto sonó cansada, harta de vivir. Gonzalo Suárez se sintió incómodo por la manera en que le miraba la mujer. Una mirada fría y reseca de tanto llorar. Sus mejillas no engañaban: no había consuelo para ella. Pero necesitaba hechos, nada de palabras cálidas y pésames artificiales. Hechos. Y él era el único que se los podía proporcionar. Seguramente Rosa también se lo agradecería.

—¿Tiene alguna sospecha, por mínima que sea, de quién pudo matar a su hijo?

Rosa Prieto negó con la cabeza y la mirada clavada en el hule que cubría lo que aparentaba ser una mesa desvencijada.

—Pensé que ustedes ya sabrían algo.

—Aún no. Ese es el motivo de esta visita.

—Mi niño... —musitó la madre de Manuel Prieto levantando la mirada, que tenía perdida.

Tal y como sospechó el inspector, la conversación iba a ser difícil. Echó un rápido vistazo a la estancia, donde solo había una mesa y cuatro sillas, tres ocupadas por cada uno de ellos. De las paredes colgaban varias fotografías. Reparó en una de ellas: una mujer y un niño. Los dos rubios, sonrientes.

—Mi niño era muy bueno. Se hacía de querer. —Para sorpresa de Gonzalo Suárez, Rosa Prieto lo miró a los ojos por primera vez—. ¿Quién puede haber hecho una cosa así?

—Eso es lo que vamos a averiguar. Le prometo que...

—Los esfuerzos que me costó sacarlo adelante yo sola —le interrumpió—. ¡No se imagina los esfuerzos, los sacrificios! Todo para nada...

En apenas unos minutos Rosa Prieto encadenó un recuerdo tras otro: el día en que Manuel llegó a casa con un ramo de rosas y unos pasteles de merengue que le compró con el primer sueldo que ganó trabajando en la camisería de la calle Montera, cómo se la comía a besos cuando le regañaba por llegar tarde a casa, ya de noche, o cuando le pedía que no le mintiera y que le dijera en compañía de quién prefería gastar la vida cuando se ausentaba de casa...

Rosa Prieto se levantó para alcanzar una pequeña repisa llena de botes, de donde tomó lo que parecía ser un pequeño libro. Luego cogió la silla y se sentó al lado del inspector. El libro no era tal, sino un álbum de fotos, ajado y

muy manoseado. «¡Cuántas veces habrá devorado sus hojas en los últimos días!», pensó Gonzalo Suárez sin dejar de mirar a la madre doliente, que comenzó a pasar las hojas haciendo esfuerzos por no llorar.

—¡Fíjese, qué ricura! Tan rubito. Diez años tenía en esta foto. Y esta otra... —Rosa Prieto pasaba las yemas de los dedos por cada foto, que después se llevaba a los labios para besarlas—. Fue en invierno. Cayó una nevada... ¡Le encantaba la nieve!

El agente miraba cada foto con detalle, las examinaba en busca de algo que le permitiera conocer al protagonista del caso que le quitaba el sueño. Y no tardó en percatarse de uno en especial, lo que ocurrió en la cuarta hoja del álbum. La pregunta le quemaba los labios.

—¿Y su padre?

Los ojos de Rosa Prieto, ya humedecidos, abandonaron las fotos para centrar su atención en el inspector. Quién sabe lo que vio en los ojos de la mujer que le hizo bajar la mirada, aturdido.

—Lo siento, no quise...

—No se preocupe, es lógico que lo pregunte. —La madre de Manuel Prieto le disculpó con un tono de voz que más bien parecía un susurro—. Lo mataron los rojos en el frente de la Ciudad Universitaria, en el 37.

No pudo seguir hablando. Escolástica Sainz la abrazó con ternura y se arrodilló ante ella para secarle las lágrimas. Rosa Prieto agradeció el gesto con una sonrisa que al inspector Suárez le pareció una inmensa explosión de belleza. Como si la naturaleza quisiera rebelarse contra el inexorable paso del tiempo, hacer frente a la pena, al llanto, y mostrar su fuerza irreductible.

—Tica era como una hermana mayor para él, ¿verdad? —Rosa Prieto se enjugó las lágrimas con el pañuelo y decidió seguir hablando. La aludida regresó a su silla y el inspector, a centrar su atención en la madre—. ¡La de noches que lo cuidó cuando estaba enfermo! ¡Siempre pendiente de él! Esos secretos que se guardaban, sus confidencias, que compartían a mis espaldas con risas para que yo no me enterara...

Gonzalo Suárez miró su reloj. El testimonio de Rosa Prieto no daba más de sí. Escolástica Sainz la arrulló al oído, y en un abrir y cerrar de ojos, la estaba acompañando a la otra habitación, donde la dejó acostada.

—Me gustaría hablar con usted —le pidió el inspector.

—¡Ah! De modo que ahora quiere hablar conmigo... —dijo ella con tono burlón—. ¿Es que no lo piensa hacer con Liborio?

—Ya hablé con él. Sin embargo, parece que usted tiene más cosas que contarme. —La mirada del inspector era toda una declaración de intenciones

—. Es lo que tiene compartir secretos y confidencias con alguien que está muerto. ¿No lo cree así?

Veinte minutos después, Escolástica Sainz removía un café con la cuchara. Largo y con leche, como le había pedido al camarero, un hombre simple, nada agraciado, de gesto adusto y pocas palabras, que regentaba un bar pequeño de planta rectangular en la que se distribuían tres mesas. Los pocos parroquianos que lo frecuentaban a esa hora, ya con la anochecida echando sus tinieblas sobre la ciudad, se acodaban en la barra. Cuando cualquiera de ellos abría la puerta para abandonar el bar, se colaba en su interior el pulso de Madrid, que desparramaba su cansancio por el paseo de las Delicias.

—No sé qué va a ser de su vida...

Escolástica Sainz aún tenía los ojos enrojecidos. Las palabras que había pronunciado tuvieron un destinatario distinto de su mirada, clavada en la superficie de la mesa. Las había articulado con pena. La que sentía por Rosa Prieto, mujer a la que admiraba y quería con locura. Como quiso, con la misma clase de amor, a su hijo Manuel.

—¿Qué edad tiene? ¿Cuarenta? Rosa Prieto, quiero decir —precisó Gonzalo Suárez.

—Treinta y ocho para treinta y nueve —puntualizó la joven.

—¿Y usted?

Al levantar la mirada se encontró con la del inspector. Ella sonrió. Gonzalo Suárez carraspeó para aclararse la garganta. La edad, algo tan complicado cuando se trataba de mujeres. La muchacha no se mostró incómoda.

—No se preocupe —prosiguió—. Si le sirve de algo, tengo veintiocho. Y ya puestos, si me dice la suya...

Escolástica Sainz acompañó la frase inconclusa con una tierna sonrisa que encontró reflejo en el rostro de Gonzalo Suárez. Ese punto de sutil descaro que gastaba la hacía a sus ojos más interesante si cabe.

—Cuarenta y dos —admitió él con cierta sequedad—. ¿Me echaba más años?

—¡No, por Dios! —se disculpó ella con rapidez. Levantó las manos y mostró las palmas, con los dedos bien abiertos, a su interlocutor—. Curiosidad, nada más.

El inspector dio un sorbo a su vaso de agua, momento que aprovechó Escolástica Sainz para probar el café. «Interesante mujer», sopesó Gonzalo

Suárez, que procesaba toda la información recopilada sobre ella hasta la fecha. Con un cierto descaro natural, nada impostado, que ocultaba bajo una pátina de modestia bien perfilada. Lo acababa de corroborar después de intuirlo en la cafetería de la avenida de José Antonio, donde la invitó a merendar la tarde en que se conocieron. Si la cosa se daba bien, se lo preguntaría. Dónde trabajaba, tal y como dejó caer el Canelita. Para eso tenía que ganarse por completo su confianza, y todavía quedaban preguntas duras por hacer.

—Rosa es como una segunda madre para usted.

—Me acogió cuando llegué a Madrid hace diez años.

—¿Dónde nació usted?

—En un pueblo de Extremadura, en el norte de Cáceres, al pie de la Sierra de Gredos. Me vine para servir en casa de una familia recomendada. — Escolástica Sainz inició su relato sin mirar al inspector—. Era una boca más para comer en casa, pero los días que se hacía eran los menos. Llegué a Madrid con ilusión, que se me borró a los cuatro días. El señor de la casa...

El agente advirtió una tonalidad acuosa en la mirada de la muchacha. El relato no aventuraba nada bueno y tampoco estaba allí para conocer su historia, por lo que decidió encauzar la conversación.

—¿Cuándo conoció a Rosa Prieto?

—Cuando me fui de aquella casa, a los seis meses. Vagué durante varios días por el centro. ¡Le aseguro que era mejor que vivir bajo el mismo techo con aquel...!

Fue un impulso, quizás un deseo de calmarla para reconducir la charla. Intuía que Escolástica Sainz arrastraba consigo demasiado dolor y que buena parte de él todavía no lo había soltado. Sea lo que fuere, había alargado su brazo derecho y posado la mano sobre las de ella, frías como un témpano. La joven reaccionó y agradeció el tacto cálido que había impregnado sus manos, y prosiguió:

—Fue en la plaza Mayor. Pedía algo para comer a todo aquel con el que me cruzaba. Rosa fue la única que se compadeció de mí. Llevaba una cesta colgada del brazo que tenía libre. Al otro se aferraba Manolito, tan rubio, tan guapo... Le pedí que me diera algo de comer, que llevaba varios días sin hacerlo. Abrió la cesta y me dio un poco de pan y algo de queso. Le di las gracias y me retiré a uno de los soportales, donde devoré lo que me había dado.

—¿Y después?

—Me encontró sentada en el suelo muerta de frío, con la mirada perdida. Se acercó. Hablamos, me preguntó por mi situación, dónde vivía... —La mirada de Escolástica Sainz volvió a navegar por rincones que nadie más que ella conocía. Lo que no perdía era la media sonrisa, extrañamente melancólica —. Se compadeció de mí. Aquella noche fue la primera que dormí con ellos en su chabola, la misma que acaba de conocer. Diez años...

—En los que conoció bien a Manuel...

—Fui todo para él: hermana mayor, madre cuando la suya faltaba. Le vi crecer, hacerse un hombre, soñar con sueños imposibles...

—¿Como cuáles?

—Soñaba con ganar mucho dinero para sacar a su madre de la chabola donde vivíamos. Me decía: «Cuando sea mayor ganaré tanto dinero que os compraré una casa a cada una. ¡Y mi madre no tendrá que dejarse la vista cosiendo para nadie!». Eso decía.

Una lágrima resbaló por una de las mejillas de la vecina de Rosa Prieto. Gonzalo le extendió su pañuelo, que ella rechazó. Se la enjugó y siguió hablando:

—No tenía secretos para mí. Incluso me confesó el que a nadie más se atrevió a contar. ¿Por qué? Vergüenza, miedo, pudor...

—¿Se refiere a...?

—Sí, a eso —Escolástica Sainz cortó al inspector antes de que hiciera referencia a la orientación sexual de Manuel Prieto. Odiaba que la gente le tratara como a un enfermo. Fue el único instante en que su boca compuso un gesto serio durante la conversación.

—Me gustaría que recordara todo lo que le contó en las últimas semanas: personas a las que conoció, lugares que frecuentaba, nuevas amistades... Cualquier detalle puede ser vital, señorita Sainz.

—No sé... —Escolástica Sainz cerró los ojos. Su sonrisa se hizo más grande. Parecía estar viendo a Manuel Prieto delante de ella—. Era un picaflor. Saltaba de una a otra, regresaba a la anterior... Le gustaba sentirse libre. De eso se valía para hacer rabiar a sus conquistas. Un juego excitante, fuera cual fuera su resultado.

—¿Canelita incluido?

Ambos rieron la ocurrencia del inspector. La muchacha dio un sorbo al café. En el borde del vaso quedaron restos de la pintura que perfilaba sus labios, que atraparon la mirada del policía por un instante.

—Me lo contó una noche. Su descripción de Liborio, sus gestos, maneras... Estuvimos riéndonos hasta altas horas de la madrugada. Era

verano.

—¿Y alguna de esas conquistas?

Escolástica Sainz se llevó la mano derecha al mentón, que se acarició con suavidad otra vez con la mirada perdida. Para entonces Gonzalo Suárez ya había descifrado lo que ese gesto significaba. Se trataba de tener paciencia, de dejarla pensar. Estaba abriendo sus recuerdos. Cuestión de tiempo.

—¿Cuál de ellas?

—Todas, se lo ruego.

—Al poco de acabar el verano me habló de un hombre de tez morena, muy corpulento y de mediana edad. Parecía de posibles. José, me dijo que se llamaba, un cliente de la camisería en la que trabajaba. Después de un par de encargos se citaron en un local cercano al paseo de Recoletos. Tomaron una copa, bailaron... Y se besaron. Manolito saboreaba su nombre cada vez que lo pronunciaba en la soledad de mi casa.

—¿En su casa?

—Siempre venía a verme antes de irse a dormir a la suya. Incluso se quedaba allí, conmigo, y al día siguiente acudía a ver a su madre para tranquilizarla.

—¿Estuvo mucho tiempo con ese hombre?

—Un par de meses, quizás. Hasta que llegó un americano, Andy. Rubio, musculoso, alto, de ojos azules. Trabajaba en la embajada, o eso le contaba. Manolito decía que José y Andy eran la noche y el día. Tosco y de rudos ademanes el primero frente a la dulzura del segundo. De cómo lo trataba dedujo que su lista de conquistas debía de ser kilométrica. Recuerdo que una noche me dijo: «Tica, José es como pasear por la avenida de José Antonio; Andy, por Nueva York, San Francisco... Y, además, con él ¡fumo gratis!». Y se reía. Esa risa tan franca que tenía...

Gonzalo Suárez escuchaba el relato de Escolástica Sainz boquiabierto y sin dejar de pensar. El caso adquiría una vertiente nueva y no menos problemática. Dos sospechosos, dos personas a las que encontrar y de las que necesitaba conocer más detalles.

—He de suponer que su elección fue Andy...

—Por eso Manolito se alejó de José, que no se lo perdonó. Le amenazó. Decía que conocía a gente influyente, que le iba a hundir. Tuvo miedo, mucho miedo. Hasta aquel viernes después de la Inmaculada en que tuve que traerlo a casa.

—¿Cómo que traerlo a casa?

El rostro de Escolástica Sainz se ensombreció. El recuerdo, las imágenes que quedaron en su cabeza, una atmósfera oscura bajo la que cada noche se reunían la lascivia, el miedo y la aventura. Nada era seguro. Siempre quedaba un resquicio para el odio, la revancha y lo prohibido, que es tan peligroso como adictivo en locales de esa naturaleza, del que se llevó a Manolito casi a rastras.

—José llevaba ya varias copas, estaba muy cargado. Llegó al poco de abrir, con ganas de juerga. Eso iba diciendo a quien quisiera escucharle, pero yo sabía que no, que no era eso lo que buscaba.

El inspector Suárez extrajo del bolsillo interior de su americana una pequeña libreta, que no usó con Rosa Prieto. El relato de Escolástica Sainz adquiriría una nueva dimensión. Una vez más, el Canelita tenía razón. Quien sabía de verdad era ella, y no su madre, que pensó le sería de gran ayuda.

—¿Qué local? ¿Cómo se llama? ¿Qué hacía usted...?

—Si me disculpa, hay detalles que me reservo —le advirtió su interlocutora, cortante—. No es mi vida lo que le interesa conocer, ¿verdad?

Gonzalo Suárez conocía miradas más o menos devastadoras. La que la chica que tenía enfrente le dedicó pertenecía a la primera clase. De esas miradas que desarman, que te indican lo peligroso que puede resultar penetrar por ciertos caminos. El que propuso. Y el paso se lo cerró ella.

—Desde luego —admitió él. Se llevó el puño derecho a la boca y carraspeó—. ¿Y qué decía que ocurrió en ese lugar?

—Era medianoche cuando Manolito entró en el local agarrado del brazo de Andy. Algunos se volvieron para verlos. Cualquier mujer, en ese momento, hubiera matado por gastar cinco minutos de sus miserables vidas con cualquiera de ellos. ¡Y no le digo varios de los hombres que allí estaban! Y eso fue lo que uno de ellos pensó.

—José.

—Andy se despistó un instante, creo que conversando con otra persona. José vio su oportunidad. Manolito estaba solo, apartado, y fue a por él. Le acusó de ser un sinvergüenza por dejarlo por un extranjero, le llamó aprovechado, rata que se arrastraba por dinero... —El rostro de Escolástica Sainz tenía una expresión dura, casi agresiva—. Las voces alertaron a Andy, pero no le dio tiempo a llegar. Manolito se bastó para deshacerse de José, que cayó al suelo tan borracho como dolorido por el golpe recibido. Lo que no esperaba ninguno es que José se levantara tan rápido.

—Que fue cuando lo sacó de allí, supongo.

—Era lo mejor. José gritaba que iba a acabar con Manolito, que pasaría una larga temporada en la cárcel, cuando no algo peor. Que tenía amistades muy poderosas. Sabía dónde golpeaba. Andy es americano, nada podía hacerle, aunque no le interesaba. Solo tenía ojos para Manolito para bien y para mal. Pero Manolito se revolvió y le asestó un último puñetazo. Fue la primera vez en mi vida que le vi componer un gesto de odio tan grave. Me asusté, inspector. Por eso lo saqué a la calle. Andy se quedó dentro conteniendo a José, que vociferaba como un loco. Cogimos un taxi y nos fuimos para casa. El lunes le echaron de la camisería donde trabajaba.

—¿Cree que José tuvo algo que ver?

—Supongo —respondió ella encogiéndose de hombros—. Es cliente habitual.

—¿Por qué lo sabe?

—Gracias a ese trabajo conoció a José. Trabajo que, por si lo quiere saber, le consiguió Liborio.

—¡Acabáramos! —soltó Gonzalo Suárez después de soltar un sonoro silbido—. ¿Y volvió a saber algo de él? De José, digo.

—No —respondió Escolástica Sainz con sinceridad. Tanto como la mirada que dedicó al inspector, más relajada y cálida—. A quien sí volvió a ver fue a Andy, el viernes siguiente, y también el sábado.

—El fin de semana antes de morir...

—Regresaron al mismo local.

—Imagino que usted también estaba allí.

—Quise quitarle la idea de la cabeza —admitió Escolástica Sainz, como si no quisiera o no hubiera escuchado el comentario del policía—. Andy también, pero no pudimos. ¡Era tan cabezota y orgulloso...! Fue una velada tranquila. Aunque sí que reparé en un tipo de no dejaba de mirarlo.

—¿A Manolito?

—Sí, a él. Era la primera vez que le veía por allí. Incluso le pidió fuego.

—¿Recuerda su aspecto? Algo que le llamara la atención...

—No mucho... —Escolástica Sainz cerró los ojos para hacer memoria—. Un tipo extraño, bastante desagradable. Con el cigarrillo encendido regresó junto a la barra y al acabar la copa, se marchó. Manolito y Andy permanecieron un par de horas más. Puede que sean meras conjeturas, pero su proceder me pareció un tanto raro. Además, era la primera vez que le veía allí. Más o menos todos se conocen, por lo que una nueva presencia llama la atención, aunque ya le digo que no permaneció demasiado en el local.

Gonzalo Suárez repasó las notas tomadas a vuelapluma. Se llevó la mano izquierda a la barbilla, que se acarició en reiteradas ocasiones. Cerró la libreta y suspiró.

—Un americano, un tipo extraño y desagradable, el dueño de una camisería que le despidió dos días después de pelearse con uno de sus clientes, el mismo cliente...

—¿Y bien?

—Empezaremos por la camisería. Su dueño seguro que tiene cosas que contar. ¿Recuerda el nombre o la dirección?

—Camisería Gómez Martín, calle Montera 20 o 22... Está a un paso de la Red de San Luis.

El inspector volvió a abrir la libreta para anotar la dirección. Después se mantuvo en silencio sin despegar la vista de la hoja de papel. Pensaba. Balanceó ligeramente la cabeza hacia delante y atrás y se mordió el labio superior, por el que luego pasó la lengua. Datos, necesitaba datos. Algo le decía que el caso podría resolverse en cuestión de días.

—¿Conoce el apellido del americano? Me sería muy útil a la hora de hacer una visita a la embajada.

—Solo conozco su nombre de pila.

—Lástima.

El silencio se instaló entre los dos. Puede que llegaran a la mutua conclusión de que todo lo dicho ya era más que suficiente. Así estuvieron un largo minuto que cada uno gastó como quiso: él, revisando las notas anteriores; ella, mirando a todas y a ninguna parte. Una radio sonaba desde un estante de la pared, tras la barra. Escolástica Sainz incluso se animó a tararear la canción que emitía el aparato: «Me da leche merengada, ¡ay que vaca tan salada!».

—¿Le importaría pasar mañana por la comisaría? Me gustaría que describiera el aspecto de José y de Andy. Nos sería de gran utilidad su testimonio.

—Lo intentaré.

—Se lo agradecería.

Escolástica Sainz también se mordía los labios. Sus ojos brillaban. Un brillo intenso, especial. Quizás un signo de esperanza, de confianza en el inspector. Un signo de que la charla le había resultado de gran utilidad. Aunque, como sospechaba el policía, ella ocultara algo que no quería desvelar. Una mujer cuya última palabra nunca valía más que la siguiente. Y, como sospechaba, las que habrían de venir serían aún más importantes.

—Hágalo por su madre —dijo posando una mano sobre la que el Gonzalo Suárez apoyaba en la mesa—. Dele motivos para que siga sintiéndose viva.

capítulo 9

Madrid, 19 de enero de 1953.

El comisario Exuperancio Martínez podía llegar a ser harto desagradable. Cuando hablaba de fútbol, sin ir más lejos, y más si centraba sus diatribas en el Atlético de Madrid. Esa, y no otra, fue la razón por la que Gonzalo Suárez decidió encaminarse hacia el primer objeto de su atención del día sin pasar por la comisaría a primera hora de la mañana. Los cinco goles encajados por los colchoneros el día anterior en su visita al estadio de Buenavista de Oviedo lo aconsejaban. Tampoco le convenía calentar los ánimos. El día sería largo. Un lunes frío de enero y comienzo de semana. Necesitaba tomárselo con calma.

En el bolsillo de su abrigo, convenientemente doblados, llevaba tres retratos. Dos de ellos, los que correspondían a sendos tipos morenos, le serían de gran utilidad donde tenía previsto acudir. Para comprobar la del tercero debería esperar hasta la tarde. Escolástica Sainz había cumplido su palabra y acudido a comisaría al día siguiente de encontrarse en la cafetería. Los retratos obtenidos de las descripciones de la muchacha eran suficientes para encarrilar sus investigaciones.

—Vaya...

Molesto, chasqueó la lengua. Bajo el Hotel Imperial, en el número que hacía el 22 de la calle Montera, encontró cerrada la puerta de la Camisería Gómez Martín.

—Demasiado pronto —se resignó tras comprobar la hora en su reloj, y sin llevarse un mísero café al cuerpo.

Por suerte no tendría que caminar mucho para tomarse uno. A pocos pasos se encontraba el Café La India, y hacia él se iba a dirigir de no ser porque vio salir del mismo a un tipo que cruzó con celeridad la calle, idéntica a la que empleó en abrir la puerta de la camisería y colocar el cartel de abierto a la vista de todo el mundo.

—Ese café tendrá que esperar, Gonzalo.

El alegre tintineo de una campana alertó a un chico joven de buena planta y vestido con un traje de impecable corte que, hasta la entrada del inspector, mataba el tiempo recreándose delante del espejo.

—Buenos días tenga el señor —se presentó de inmediato ante Gonzalo Suárez juntando las manos a modo de saludo—. ¿En qué puedo ayudarle?

Antes de responder, el inspector echó un somero vistazo a su alrededor. Olía a naftalina. Varias lámparas en el techo alumbraban lo suficiente el local. Su planta era rectangular y todo un costado lo ocupaba el mostrador de madera. Tras él todo eran estanterías, llenas de cajones hasta media altura; la otra media la ocupaban baldas repletas de telas y paquetes. Al pie del mostrador se abría una puerta que, intuyó, conduciría a los clientes a los probadores.

—Me gustaría charlar con el encargado.

La placa de policía que había mostrado bastó al chico para que le pidiera aguardar un minuto. Lo que tardó en desaparecer por la puerta y regresar en compañía de un hombre de baja estatura, regordete, y que lucía un fino bigotillo. Los pocos pelos que le quedaban en la cabeza los ahogaba con un fijador para que no se le alborotaran.

—Segismundo Gómez Martín a su servicio —saludó al policía extendiéndole la mano derecha—, señor...

—Gonzalo Suárez, inspector de segunda adscrito a la comisaría Centro.

—¡Qué cosas! Siendo vecinos y ni siquiera nos hemos conocido antes...

—¿Por qué deberíamos haberlo hecho? —inquirió el inspector con el ceño fruncido.

—La cercanía, si me disculpa —replicó el que parecía ser dueño de la camisería saliendo del atolladero.

—Quería hacerle algunas preguntas acerca de Manuel Prieto.

La cara del recién llegado adquirió una tonalidad lechosa, lo que alertó a Gonzalo Suárez. Incluso hasta le pareció apreciar que el tipo había menguado repentinamente, como si el traje gris de franela y raya diplomática modelo Londres que vestía le quedara más holgado de lo normal.

—¿Le importaría pasar a mi despacho?

—En absoluto.

Un pequeño pasillo los condujo hasta una sala de tamaño reducido en la que una mesa, un par de sillas y unas cuantas estanterías repletas de libros de cuentas oprimían el espacio existente hasta la asfixia. Aunque ese no era el motivo por el que Segismundo Gómez Martín, ya sentado, sacó el pañuelo

que lucía en la solapa de la americana para secarse la frente, salpicada de gotas de sudor.

—Manolito, ¡ay, pobre Manolito! —se arrancó el dueño del establecimiento con un tono de dolor impostado—. ¡Ay, virgen santísima! Lo que lo vamos a echar de menos. ¡Qué penita más grande! ¡Con lo buen mozo que era...!

—¿Cuándo tuvo conocimiento de su muerte?

—El día siguiente al de Navidad, por la tarde. Un cliente me llamó para comunicármelo.

—¿Recuerda qué cliente?

—Pues ahora mismo... —El encargado arqueó la ceja izquierda y cerró el otro ojo mirando hacia arriba. Después lo abrió—. No, no lo recuerdo. Hágase cargo, son tantos... Aparte, si me disculpa, soy discreto. No me gusta hablar de ellos.

—Me hago cargo, lo entiendo, pero es mi trabajo. Así que, si no le importa, me gustaría refrescarle la memoria.

El inspector Suárez metió su mano derecha en el bolsillo del abrigo. Allí es donde llevaba los dos retratos que más le interesaban en ese momento; el otro, el del americano rubio que embelesó a Manuel Prieto, lo guardaba en el izquierdo. Desdobló el primero, el que correspondía al individuo extraño y desagradable que logró recordar Escolástica Sainz, y que mostró al hombre que estaba interrogando:

—¿Podría ser este el cliente?

—Siento no serle de gran ayuda —respondió el otro sin inmutarse—. No me suena tener entre mis clientes a alguien con esos rasgos.

—En fin...

No mentía, se convenció Gonzalo Suárez. Ni siquiera titubeó al ver el retrato que realizaron en la comisaría a instancias de la muchacha. Desdobló el otro, el de José. Lo miró de pasada y se lo mostró al encargado de la camisería.

—¿Y este otro?

—Así que lo miro...

Segismundo Gómez Martín se había delatado, quizás sin quererlo. Bastó con que alzara las cejas y abriera sus pequeños ojos más de la cuenta.

—No me suena, no lo veo bien...

—Examínelo con calma. —El inspector le entregó el retrato—. Cualquier dato, por pequeño que parezca, sería de gran utilidad para resolver este caso.

—No me suena tampoco.

—¿Está seguro?

—Quizás si me lo quedara... Podría comprobarlo. Son muchos los clientes que tenemos tanto aquí, en Madrid, como en otros lugares del país. Sepa que esta camisería es muy afamada —apuntó con orgullo—. Conozco las caras de los más habituales, con los que mantengo más relación, pero en este caso...

—El retrato corresponde a un hombre llamado José. Por lo que sabemos reside en la ciudad.

—¿José? ¿En Madrid? ¿Sabe la cantidad de personas que pueden llamarse así?

—Comprendo.

—No obstante, como ya le he dicho, y si no tiene inconveniente, me quedaré el retrato. ¿Me anotaría el teléfono de la comisaría, si es tan amable? Yo soy el primer interesado en aclarar quién cometió tan abyecto crimen.

—Por supuesto.

Gonzalo Suárez sacó su agenda y apuntó el número de teléfono. Arrancó la hoja y se la entregó a Segismundo Gómez Martín.

—Gracias, señor inspector. Y que el señor lo ilumine en la búsqueda del criminal que acabó con esa flor tan llena de vida que era Manolito. ¡Ay, Dios mío! ¡Cómo se puede ser tan malvado! Tan bueno como era, tan atento...

—Veo que le tenía en gran estima...

—¡Tenía que verlo! ¡Tan guapo, con tan buena mano para tratar a los clientes...!

—¿Me podría explicar cuáles eran sus tareas?

—Las habituales de un chico de su edad: hacía los encargos, atendía a los clientes... Estaba aprendiendo y estoy seguro de que habría tenido un gran futuro. ¡Qué bien los trataba! Todos hablaban maravillas de él.

—Seguro que entre ellos se encontraba un cliente llamado José.

—Me encantaría ayudarlo, pero creo que sería como encontrar una aguja en un pajar.

El tono de voz que empleó el dueño de la camisería, demasiado seco, terminó por confirmar las sospechas de Gonzalo Suárez. Y sonrió. Si insistía un poco más... No recordaba las veces que se había secado el sudor de la frente. Estaba nervioso, muy nervioso.

—Me bastaría con echar un vistazo a su listado de clientes. Quizás no haya tantos José.

—Si algo me caracteriza y aprecian mis clientes es la discreción con la que manejo este negocio. Por lo tanto...

—No me va a mostrar el listado.

—Así es.

Dos golpes en la puerta despertaron un suspiro en Segismundo Gómez Martín, que ordenó entrar al autor de la llamada. El muchacho que había recibido minutos antes al inspector se mantuvo de pie en el umbral con las manos cruzadas y mirando al suelo.

—Ha llegado un cliente.

La inmensa humanidad del dueño de la camisería se puso en pie arreglándose la americana y comprobando el nudo de la corbata.

—Ya lo ve. Un cliente me reclama.

—Me hago cargo —respondió el policía con gesto de fastidio—. De todas formas, espero su llamada. Si no fuera así, volveré a hacerle una visita.

—Descuide. Cuento con mi palabra.

La sonrisa esquinada e insana de Segismundo Gómez Martín, así como sus prisas, convencieron a Gonzalo Suárez de la necesidad de hacerle una segunda visita, esta vez acompañado de Julián Ordóñez y de Bermúdez. En todo ello pensaba camino de la calle, hasta donde le acompañó el muchacho que recibía a los clientes en aquella camisería de la calle Montera. Un chico joven, rubio, apuesto, y que mostraba modales. Lo más parecido a Manuel Prieto que el dueño, casualmente, había podido encontrar para reemplazarlo.

Demasiadas casualidades, sospechó Gonzalo Suárez.

Un grupo de mujeres paseaba por la acera de la avenida del Generalísimo. Julián Ordóñez, que conducía el Fiat 1100 en el que también viajaban Bermúdez y el inspector Gonzalo Suárez, redujo la velocidad a la altura del número 38 de la avenida. El conductor reparó en las mujeres: todas ellas trabajaban en el servicio doméstico de los distintos palacios de la zona. Vestidas unas con su uniforme negro —oculto bajo un abrigo de color oscuro— y la cabeza tocada con cofia blanca, y otras con sombrero negro y arrebujaadas en sus abrigos de tonalidad oscura, lo mismo empujaban carritos con los que paseaban a los hijos más pequeños de sus empleadores que llevaban agarrados de la mano a los mayores en su paseo vespertino.

—Aquí es. Pare el motor.

—Salvo esas mujeres, ni un alma, *quillo*... —apuntó Ordóñez son sorna.

—¿Qué se esperaba?

El primero en salir del vehículo fue el inspector. La tarde no era mala para ser invierno. Las nubes no concedían tregua al sol, al que aprisionaban sin

misericordia, pero se podía pasear por la calle. Gonzalo Suárez echó un rápido vistazo a la zona. En la lejanía identificó otros grupos de mujeres como el que dejaron atrás, así como otras personas que paseaban o charlaban sentadas en los bancos del bulevar de la avenida del Generalísimo.

—Es aquel, ¿no? —le preguntó Ordóñez al llegar a su altura junto a Bermúdez.

—El Palacio del Conde de Moriles.

—La *jartá* de dinero que habrá aquí...

—Ni se lo imagina, Ordóñez.

Julián Ordóñez aparcó el coche junto al palacio del Conde de la Maza, contiguo al del Conde de Romanones. El trío cruzó la calzada, rebasó el bulevar y se encaminó hacia el palacio donde residía Lincoln MacVeagh, embajador de los Estados Unidos en España. El edificio era uno más de los muchos de similar factura que había en la zona, donde destacaban el del Duque de Montellano o el del también Duque de Aliaga.

—Si me permite el consejo, inspector, no lo acabo de ver... —Julián Ordóñez tenía razones para dudar.

—¿El qué?

—Lo que vamos a hacer.

—¿También piensa lo mismo que el comisario?

—¿A qué se refiere?

—A dar por zanjado este caso. ¡Parece que hay muchas ganas de que eso ocurra y me gustaría saber por qué!

—Creo que me ha interpretado mal, inspector —se disculpó Julián Ordóñez—. Tengo tantas ganas como usted de llegar al final de este caso. Ocorre que... —volvió a callarse.

—¿Acaso no soy su superior? ¡Ya corro yo con la responsabilidad de todo lo que pueda pasar!

Una valla alta y cubierta de vegetación rodeaba el Palacio del Conde de Moriles. Un majestuoso edificio de tres plantas, de sobrio estilo y de comienzos de siglo, escogido por los Estados Unidos para establecer su delegación española. Donde, suponía Gonzalo Suárez, encontraría al querubín —según la descripción de Escolástica Sainz— del que se enamoró Manuel Prieto. ¿Cómo pretendía hacerlo? No había otra manera que esa, la que estaba a punto de acometer. ¿Era lo mejor? No le cabía duda de que era la única. Sin respaldo oficial ni conocimiento, siquiera, del comisario Exuperancio Martínez, no le quedaba más remedio que encomendarse a la suerte, o rezar, a lo que tampoco era muy dado. Tenía sus motivos.

—No hay entrada por aquí —se cercioró Ordóñez—. Puede que se entre por la calle Miguel Ángel...

—Vayamos entonces.

El trío de policías caminó hasta la entrada principal rodeando el palacio, que ocupaba toda una manzana.

—¿Qué es lo que desean los señores?

Un tipo alto, que conversaba con el que parecía ser un empleado del servicio adscrito a la embajada, salió al encuentro de los policías.

—Inspector Gonzalo Suárez, del Cuerpo General de Policía. —Se identificó mostrando su placa al otro—. Mis compañeros, Julián Ordóñez y Ernesto Bermúdez. Buscamos a una persona que creemos presta sus servicios en esta embajada.

—¿Cómo? —replicó el tipo que los atendía, muy sorprendido—. Usted no tiene permiso para entrar, así como así, en suelo de los Estados Unidos de América.

—Me gustaría saber con quién estoy hablando...

—George McGiven, encargado de protocolo de la embajada —respondió el aludido con una altanería que no disimulaba.

El encargado dominaba el castellano. Su acento era muy americano, aunque se hacía entender. Lo que imponía era su aspecto: alto, moreno y de complexión fuerte, rivalizaba con Bermúdez. Un tipo que, a malas, podía resultar mal enemigo.

—Tenemos fundadas sospechas de que un empleado de esta embajada está implicado en el crimen de un ciudadano español.

—Lo dudo.

—No lo dude tanto.

—¿Tan seguro está?

Ordóñez y Bermúdez asistían impasibles al diálogo. Gonzalo Suárez echó mano al bolsillo izquierdo de su abrigo, del que sacó el retrato que mostró al encargado de la embajada.

—Aquí lo tiene. Se llama Andy y trabaja en esta embajada.

—¿Me permite?

El americano cogió el retrato y lo escrutó con calma. Una fría ráfaga de viento levantó las hojas que alfombraban el suelo de la entrada de la embajada. Hojas que el empleado amontonaba para después recogerlas y meterlas en grandes bolsas.

—Vuelvo a reiterarme: no creo que este retrato le sirva de ayuda. —El funcionario devolvió el retrato al inspector—. Y tampoco que lo pueda hacer

yo. Se avecinan cambios en la embajada y hay cosas más importantes para cada uno de nosotros. Así que, si me disculpan, creo que deberían marcharse por donde han venido.

George McGiven subió las escaleras de la entrada y entró en el edificio. Los policías le vieron alejarse con paso rápido y aires de superioridad que no gustaron a ninguno de los tres. En su camino hasta el coche no se dirigieron la palabra. Andaban despacio, con gesto meditabundo, o al menos así lo aparentaban. Ya dentro del vehículo, el primero en abrir la boca fue Julián Ordóñez.

—No me gusta esta gente.

—Ni a mí. Pero es lo que hay.

—Y miente. Estoy convencido.

—¿Me lo dice o me lo cuenta?

Ordóñez metió la primera marcha y el Fiat 1100 recorrió los primeros metros por la acera opuesta a la del Palacio del Conde de Moriles. Gonzalo Suárez dirigió su vista hacia ese punto al que no tenía ganas de volver y al que tampoco podría regresar. Estaba actuando a espaldas del comisario Exuperancio Martínez, y eso podía llegar a resultar peligroso según el día que tuviera su superior. No tendría más remedio que centrarse en la pista del propietario de la camisería. Y ahí es donde volvía a aparecer la figura de Liborio Solís, al que debería acudir de nuevo para pedirle ayuda. De lo que estaba seguro es que daba por cerrada la pista americana.

O eso creía.

capítulo 10

Madrid, 20 de enero de 1953.

Marga Uriarte quería asegurarse. Si por algo se caracterizaba era por su meticulosidad. Le gustaba controlar todos los detalles, que nada quedara al albur de la casualidad, por pequeño que fuera. El destino suele jugar malas pasadas y ella podía contar con los dedos de las manos —y le faltarían dedos— las veces que se había reído en su cara. Casualidad. En la ocasión que la ocupaba, siguiendo como estaba al teniente Arturo Saavedra, la casualidad podría vestirse de militar alertado por su extraño proceder, por muchas precauciones que hubiera tomado; o bien de policía que sintiera una mínima curiosidad por saber qué diantres hacía una mujer dando vueltas al mismo edificio, por mucho que cambiara de acera y alternara el orden de las calles que recorría.

Casualidades.

Por eso quería tener atados todos los detalles. Para evitar pisar la cárcel, por ejemplo. Eso, con suerte. Desconocía la pena a la que se enfrentaba por espiar a un militar. Pero, con ser grave, no lo sería menos que su militancia en el Partido Comunista de España y el hecho de estar trabajando a las órdenes de Moscú. El pelo rapado, el aceite de ricino, el duro y húmedo suelo por colchón y almohada; los gritos de las convictas que se aferraban a la vida a sabiendas de que su tiempo ya había acabado. Eso, en el mejor de los casos. En el peor...

—No vayas más allá de lo que no veas posible. Es importante, pero no vital —le aseguró Andrés la última vez que se vieron en el Parque de Madrid—. Vital eres tú. Y siempre lo serás para mí.

El claxon de un coche la devolvió a la realidad. Andrés. ¿Qué hubiera pasado en otra época? ¿Qué hubiera ocurrido entre los dos de haber tenido una vida justa? Ni mejor ni peor. Una vida normal, sin miedo a mirar hacia atrás ni a atisbar lo que hubiera delante antes de dar un nuevo paso. Quizás estarían casados e incluso tuvieran hijos.

Quizás.

Marga miró el reloj. Pasaban cinco minutos de la una del mediodía y ya estaba harta de dar vueltas alrededor del Palacio de Buenavista, sede del Ministerio del Ejército de Tierra. Conocía de memoria los escaparates de la calle Barquillo y los balcones de las casas que daban a la de Prim. Subía por la de Alcalá, se internaba por la primera de aquellas calles y bajaba por la segunda, se tomaba su tiempo para pensar, y vuelta a empezar. Así, desde las nueve de la mañana, cuando vio entrar en el palacio al teniente Arturo Saavedra acompañado de dos personas.

Un tipo de rutinas, de horarios fijados de antemano. El alma castrense, que tampoco entiende de casualidades. Algo que Marga agradecía. Gracias a esas rutinas que Arturo Saavedra seguía como un perfecto reloj, pudo cotejar qué hacía el teniente en cada momento del día. Trabajo por la mañana, comida frugal al mediodía antes de regresar al ministerio y posterior visita a algún que otro local donde dar por cerrada la jornada. Y siempre bien acompañado. Una persona de gustos fáciles de contentar. Detalles que Marga recogía en una pequeña libreta. Todos sus horarios, la gente con la que salía por la puerta, con quién compartía una copa, a quiénes confiaba sus secretos y confidencias, de quiénes se aprovechaba para olvidar a su mujer.

Un perfecto hipócrita, el tal Arturo Saavedra. Nada distinto al resto de militares de la lista que estudió a conciencia y que quedó reducida a un solo nombre. Era su hombre.

Agachó la vista al ver pasar a dos tipos vestidos con gabardina y tocadas sus cabezas con sendos borsalinos. La levantó cuando la rebasaron. Apestaban a policías. Una técnica desarrollada con el paso de los años y que le permitía detectarlos en cualquier momento, lugar y situación.

Los odiaba.

No obstante, en su escala de preferencias los militares llevaban todas las de ganar.

Les deseaba la muerte siempre que podía. Por matar a su padre y también a su madre.

Un odio que nació el mismo día en que la empujaron a abandonar el pueblo que la vio nacer para vagar como alma en pena allá donde fuera.

El recuerdo brilló en sus ojos como un efímero relámpago de humedad. Su madre. La vio languidecer día tras día, de camino en camino, sin más ambición que lo que el destino le tuviera preparado. Años de hambre, de penurias, de dormir al raso, de sentirse una apestada, de mendigar un plato de comida para ella y su hija a cambio de que cualquiera aliviara su deseo en un cuerpo que ya ni siquiera servía para eso.

Aquella pistola.

Su madre murió el mismo día en que mataron a su padre. Cinco años tenía Marga y la suficiente lucidez para comprender lo que ocurría. Una pistola la dejó sin padre y condenó a su madre a morir en vida, a languidecer hasta marcharse de este valle de lágrimas. Marga compartió con su madre seis años de sufrimiento viendo cómo las ganas de vivir se le escapaban a bocanadas. Una buena mujer que, como otros cientos de miles, no tenía derecho a salir adelante; una mujer marcada con un estigma que la acompañaba donde fuera. En todas partes le denegaban auxilio, caridad, comida. Por roja. Connotación de la que Marga no tardó en aprender su significado.

—¿Ser roja es malo, madre? —le preguntó una noche de invierno, con el cuerpo aterido y las manos intentando atrapar el calor de una exigua fogata.

—No, hija, no lo es.

—¿Por qué nadie nos quiere ayudar?

—La gente no quiere problemas. —Era el momento en que su madre determinaba que había llegado la hora de dormir—. Con el tiempo aprenderás que el miedo es libre, pero sabe elegir a sus víctimas.

—¡Yo no tengo miedo, madre!

—Duerme, hija.

—¡Y tampoco quiero ser roja!

Noches, días... Hasta aquella fría mañana de invierno del 42. La noche fue atroz. Una casa con pajar en medio del campo bajo una lluvia intensa era lo más parecido al paraíso que podían encontrar. La paja destilaba un calor tibio y cubrió el cuerpo de su madre en cuanto se dejó caer en la superficie mullida.

—Qué valiente eres, mi niña... ¡Lástima que no te veré crecer!

—¡Madre, no diga esas cosas! ¡Claro que lo verá!

—Si tu padre viera cómo has cuidado de mí en todo este tiempo... ¡Eres igual de luchadora que él!

—Madre, descanse... ¡Se lo pido, por favor!

—Prométeme que nunca te avergonzarás de ser hija de rojos.

—¡Madre, yo no siento vergüenza de usted ni de padre!

—Prométemelo.

No soltó su mano en toda la noche. Cada tos de su madre era un dolor que le percutía el alma. Al amanecer la despertó un silbido ronco. Se moría. Salió, llamó a la puerta de la casa. Su madre valía más que todos los miedos y temores del mundo. Un hombre de pelo ralo y entrado en carnes abrió la puerta apuntándola con una escopeta.

—¡Mi madre se muere en el pajar!

Y allí ya la encontraron muerta, con los ojos cerrados y una pequeña mueca de satisfacción en los labios. Una imagen que la atormentó en los días siguientes, si bien el tiempo dulcificó ese recuerdo para convertirlo en el mejor regalo de despedida que pudo darle su madre. Días en los que se preguntaba por los mecanismos extraños que utilizaba la muerte para apropiarse de quien quisiera, puesto que todos pertenecemos a su reino. Reflexión que quedó en el olvido, en el que nunca cayó la última imagen del rostro de su madre y esa leve sonrisa con la que quiso decirle que, al fin, iba a descansar.

Marga la enterró al pie del pajar con la ayuda del dueño y sin ninguna señal que recordara dónde la tierra recogió su cuerpo.

—Que Dios se apiade de ti, hija mía.

—Eso que lo haga con usted. Ya sé valerme por mí misma, así que no necesito la ayuda de Dios.

Tenía doce años y ningún sitio a dónde ir.

Marga Uriarte vio salir al teniente Arturo Saavedra por la puerta de la verja que rodeaba el Palacio de Buenavista. Le siguió con la mirada hasta verlo desaparecer por la calle Prim. Sabía a dónde se dirigía y también lo que haría esa misma noche. Y hasta quién se encargaría de servirle la primera copa.

Pocas veces le pareció tan pequeño el despacho del comisario al inspector de segunda del Cuerpo General de Policía Gonzalo Suárez. Y no lo era, más bien al contrario. Un escritorio ante el que se sentaba Exuperancio Martínez, una silla de madera con el respaldo y asiento acolchados —de la que juraba en arameo estar más que harto— y otro par del mismo material, más pequeñas y menos aparatosas que la que usaba el comisario, conformaban un mobiliario que completaba un armario de tres puertas. Colgado de una alcayata y como vigía permanente, el retrato de su Excelencia, el general Francisco Franco, velaba por los presentes en la sala y también por todos los españoles. Un sacrificio inmenso, el suyo. O eso se decía. Y nadie lo ponía en duda.

Y todo porque el comisario estaba muy enfadado. Daba rápidas caladas a un puro que se consumía con rapidez idéntica, mascullaba, y en un par de ocasiones se pasó la mano con ansiedad por los pocos cabellos que le quedaban. Muy enfadado, temió Gonzalo Suárez, que le observaba como el

labriego que tiembla por la oscura y espesa nube que se cierne sobre su cosecha.

Esperando el primer trueno.

—Me tiene hasta los cojones, Suárez. ¿Comprende? ¡Hasta los cojones! —chilló el comisario, que separó, con intención, las sílabas de las palabras de la última frase.

Trueno que llegó. Intenso. De los que anuncian una tormenta devastadora. Instantes en los que el ánimo del labriego flaquea, consciente de que todo el trabajo del año, su sustento, depende de la naturaleza. Tan voluble como caprichosa.

—Si es con respecto a la visita a la embajada americana, tengo que decir que...

—¡No te jode! ¡De la pipera de Montera va a ser!

Gonzalo Suárez tragó saliva. Como el labriego, ya con la tormenta sobre su cabeza, que mira las nubes musitando palabras que solo él puede oír. Quizás una oración, un deseo. Clemencia. Que pase pronto y a esperar deseando que el daño sea el menor posible.

—¿Quién coño se cree que es para ir así por la vida? ¡Lo mismo le da Casa Augusto que la embajada de los Estados Unidos de América! —bramaba Exuperancio Martínez—. ¡Venga, que aquí estoy yo! ¡Y si hace falta ir a molestar a los americanos por el asesinato de un violeta^[1], se les molesta! ¡Faltaría más!

—Solo trataba de consta...

—¡Cállese, que aún no he terminado de hablar!

—Sí, señor.

—¡Todavía me duelen los oídos de la bronca que me ha echado el subsecretario del ministerio esta mañana! —prosiguió el comisario. A su espalda la luz que entraba a través del ventanal se desdibujaba y comenzaba a crear un inquietante mundo de sombras—. Sí, un inspector adscrito a esta comisaría. Lo sé, lo sé —miraba al techo reproduciendo la conversación que dijo haber mantenido—. Nada, el crimen de un sarasa. ¿Que qué hacía en la embajada de los Estados Unidos? Corroborar una hipótesis. Sí, señor subsecretario, no lo dude. Así se hará. ¡Vaya si se hará!

—Aceptaré cualquier sanción disciplinaria, si es a lo que se refiere...

—¡Como es de ley! ¿O es que cree que se va a largar de rositas?

—En absoluto.

El comisario Martínez resopló. Y tras ese acto tan efímero, pareció relajarse. El inspector lo adivinó por la forma en que lo miraba ahora. Los

ojos pequeños de su superior recuperaron la ubicación habitual, de la que parecía que no escaparían como estuvieron a punto de hacer en un par de ocasiones. Los labios, gordos, y la boca, pequeña, también se relajaron. El labriego también abrió los suyos para examinar los restos del desastre. Tocaba evaluar las pérdidas. Y rezar.

—Y todo por ese violeta que encontraron muerto en la Casa de Campo. ¿A quién importa ya eso, cuando ha pasado casi un mes desde que ocurrió? ¡Pues no! A usted, ¡al idealista del inspector Suárez! Y van los tres, con sus santos cojones, y se plantan en la embajada de los Estados Unidos ¡para preguntar por un funcionario! ¿Usted lo ve lógico? ¿En qué estaba pensando, por el amor de Dios?

—En resolver el caso, señor comisario.

—¡La madre que lo parió!

Julián Ordóñez fue el primero en avisarle nada más poner el pie en la comisaría a primera hora de la tarde. El comisario había llamado antes de la hora de la comida: quería verlo.

—Yo diría que alguien le ha dicho algo de lo de la visita de ayer a la embajada...

Conforme lo anunciado, Exuperancio Martínez requirió la presencia del inspector de segunda en cuanto llegó, con el que ya llevaba media hora reunido.

—¡El caso queda cerrado!

—Pero...

—¡Aquí se hace lo que mando yo! Y si digo que se olvida lo del violeta, ¡se olvida! ¿Le ha quedado claro?

—Perfectamente.

Gonzalo Suárez se encogió de hombros. Llevaba cinco años trabajando con el comisario Martínez y sabía cómo se las gastaba. Un pronto malo y peor mala leche si le tocaban demasiado los sentimientos. No obstante, guardaba un fondo que pocos conocían y menos disfrutaban. Él se consideraba uno de esos pocos. Por eso se resignó a dar por cerrado el caso de la muerte de Manuel Prieto. La orden de un superior va a misa.

—¡Ale! Ya se puede marchar a casa.

—¿A casa? Pero si no son ni las cinco.

—Una semana de suspensión de empleo y sueldo.

—¿Cómo que una semana? —protestó Gonzalo Suárez—. ¡Pero, pero...!

—¡Así aprenderá a no saltarse las órdenes cuando se le antoje!

—¿Y qué voy a hacer durante ese tiempo?

—No es asunto mío.

Ordóñez y Bermúdez vieron salir a su compañero del despacho del comisario. Le esperaban junto a su mesa.

—Una semana de empleo y sueldo —les comunicó.

—¿Y el caso? ¿Qué va a pasar mientras? —quiso saber el sevillano.

—Cerrado.

—¿Cómo que cerrado?

—No insista, Ordóñez. Es historia.

—¿Y las pistas? ¿Qué hacemos con ellas? ¿Y a la madre? ¿Qué le vamos a decir? ¿Que nunca sabrá qué ocurrió con su hijo? ¿La vamos a dejar así?

—Ordóñez, se acabó. Punto.

El inspector se derrumbó en su silla. Se sentía vencido, como un boxeador que regresa a su rincón tras recibir un golpe tras otro con el combate ya concluido para sus intereses. Un alivio, por efímero que sea.

—¿Qué va a hacer?

Gonzalo Suárez había esbozado una irónica sonrisa a la pregunta de Julián Ordóñez. ¡Qué iba a saber lo que haría! Tiempo tendría para pensarlo. Una semana. Una eternidad.

—Hablaré con el Canelita para expresarle mis disculpas por lo vivido en estos últimos días. Eso, para empezar.

—¡No me joda! ¿Es necesario que se rebaje con esa basura?

—Esa *basura*, como usted lo llama —la sonrisa desapareció del rostro del inspector Suárez, decorado ahora por una mueca de indignación. Detestaba la manera de tratar a las personas, a según qué personas, que aireaba Julián Ordóñez—, nos ha sido útil en bastantes ocasiones y lo seguirá siendo. Mejor tenerlo de amigo que como enemigo.

—Por mí como si le dan... Bueno, mejor que no, que le gusta.

El comentario provocó una nueva sonrisa al inspector Suárez. La ironía que se gastaba su compañero era imprevisible, pero merecía la pena ser testigo de ella.

—En cuanto a la madre del chico... Hablaré primero con la señorita Escolástica Sainz. Después habrá que afrontar el trago. Mejor acompañado de ella que hacerlo solo.

—¿Quiere que vayamos con usted? No tiene más que decirlo, ya lo sabe.

—Lo sé, Ordóñez, y se lo agradezco a los dos. Yo metí la pata, fui más allá de lo que se me permitía. Me equivoqué y me corresponde pagar los errores.

Gonzalo Suárez se levantó de la silla. Echó un vistazo a su alrededor — puestos vacíos, atmósfera tranquila, sin humo de tabaco— como si quisiera aprehender el alma de aquella comisaría, hacerla suya por un tiempo definido. Una semana. Nunca había pasado un periodo tan largo ausente en los cinco años que ejercía como inspector de segunda adscrito a ella. Lo máximo, cuatro días. Alguno por enfermedad, varios por diligencias propias... Era su vida, por lo que luchó. Un intercambio de almas: él dejaba parte de la suya y se llevaba la correspondiente de la comisaría.

Julián Ordóñez también se levantó. Su mesa estaba en un extremo de la sala. Tomó algo de ella y regresó junto a sus compañeros. Se lo entregó a Gonzalo Suárez.

—Tenga.

—¿Y esto? —replicó el inspector, extrañado.

—Un libro. Para que se entretenga estos días.

—Si hace años que no leo.

—Nunca viene mal retomar el hábito.

Gonzalo Suárez reparó en una marca de lectura. Julián Ordóñez lo estaba leyendo.

—¿Y usted?

—Ya me lo devolverá. No se preocupe por mí.

Examinó la portada. La novela llevaba por título *La sombra del ciprés es alargada*, y su autor se llamaba Miguel Delibes.

—¿Delibes?

—Ganó hace seis años el Premio Eugenio Nadal, uno de los más importantes de nuestras letras. Sabe explorar los sentimientos. Le gustará. Usted que es tan...

El inspector levantó la vista del libro y miró a Julián Ordóñez.

—¿Tan qué?

—Si me disculpa...

—Proceda, Ordóñez.

—Introvertido.

—¿Es lo que le parezco?

—Sí.

—Así que introvertido...

La portada del libro recuperó el protagonismo a ojos de Gonzalo Suárez. «La sombra del ciprés es alargada», murmuró. Sin despegar la vista de su objeto de atención, cogió el abrigo y comenzó a caminar por la comisaría

buscando la salida. Delante de la puerta se detuvo, se giró y buscó con la mirada a Julián Ordóñez. Asintió con la cabeza y sonrió:

—Introvertido, dice.

Sentado al pie de la cama, Gonzalo Suárez fumaba en silencio. Un cigarrillo necesario a las cuatro de la madrugada. Algo que le acompañara, que acelerara el paso de las manecillas del reloj. El tiempo. Implacable enemigo que jugaba a su antojo, que tan pronto se disparaba para hurtarle el escaso disfrute que se permitía —alguna cita, un instante vital, un reencuentro añorado—, como adormecía su transcurrir con tal de hacerle sufrir.

No tenía sueño. Y sospechaba que lo mismo le ocurriría al día siguiente, y al otro... Y, así, durante la semana a la que se enfrentaba. Encendió la luz de la lámpara de la mesilla, dejó el cenicero a su lado, en el lecho de la cama, y se recostó. Con la derecha fumaba y con la izquierda sostenía el libro que le prestó Julián Ordóñez. Comenzó a leerlo después de cenar. Y con la conversación que mantuvo con Inés, la chica del colmado, horas antes, en la cabeza. Que le atendió como solía hacer con él, con la mejor de sus sonrisas. Palabras que permanecían en su cabeza, grabadas a fuego. Un camino por emprender si quisiera:

—¿Le ocurre algo, Gonzalo?

—¿Por qué lo dice, Inés?

—Esa mala cara. No me gusta, si le soy sincera. Debería tomarse un respiro, un tiempo de descanso. Una alegría para el cuerpo. Trabaja usted demasiado.

La intuición femenina. Implacable. El inspector buscó la estantería de conservas. No tenía hambre, pero tampoco ganas de que la tendera escrutara el interior de su alma. Sabía cómo hacerlo. Le bastaría con mirarle a los ojos y navegar por ellos. «Introvertido», le había dicho su compañero Ordóñez, sin saber que tenía razón. Lo era. Demasiado. Incapaz de buscar consejo, consuelo, una compañía en la que llorar penas o reír alegrías. Por mucho que tuviera a alguna persona dispuesta a hacerlo. Como Inés. Esas cosas se veían, y la muchacha le atendía como si él fuera el único cliente del colmado de sus padres. Quizás. En su interior dos fuerzas pugnaban por vencer a la contraria: una ansiaba estrechar la mano que le tendía Inés, la otra lo empujaba hacia el abismo de su oscurantismo, de su necesidad de alejarse de todo y de todos, de no querer a nadie junto a él.

Y sus razones tenía. Una promesa tenía la culpa.

—¿Solo una lata de sardinas?

—Y algo de pan.

—Gonzalo, han sido muchos años de penurias. No hay por qué alargarlos más.

—Hoy no tengo hambre. Es por cenar algo, por no marcharme a la cama con el estómago vacío.

—Hágame caso —abundó Inés mientras envolvía la lata de sardinas y una pequeña barra de pan—. Descanse. Lo necesita de verdad. Y busque algo con que distraerse. Salga, tome el aire. Un paseo, una película, lo que sea. Incluso hasta podría acompañarle. No supondría ningún problema para mí.

Inés rondaba los treinta y cinco años, por lo que oyó decir Gonzalo Suárez a alguna vecina de su edificio. Era resultona. De nariz fina y boca pequeña, unos ojos marrones ejercían una atracción poderosa en quienes se sentían atrapados por ellos. Como el tipo que la dejó casi al pie del altar, y de eso hacía ya diez años. La engañaba con otra. Durante los cinco siguientes no quiso saber nada de los hombres. El tiempo corría en su contra, pero eso parecía darle igual.

—Ya se ha quedado para vestir santos en el altar —cuchicheaban a su espalda, en ocasiones, en el colmado. Comentarios de las vecinas, clientas habituales. Deseosas de causarle daño.

Hasta que apareció Gonzalo Suárez. Hacía dos navidades ya que se presentó por primera vez en el colmado. Vivía en la cercana calle Tarragona. Un hombre soltero, atractivo. Una llama brotó en el interior de la chica del colmado. Que el inspector no estaba en condiciones de alimentar. Y lo sentía.

Fue la frase que leyó en voz alta, las últimas líneas del primer capítulo del libro, la que sacó a Gonzalo Suárez de la conversación con Inés:

Me resigné porque esta vida arrastrada, materializada, estaba forzado a vivirla unos cuantos años.

Impresiones, las del protagonista del libro, similares a las suyas. Como aquel, él también estaba condenado a vivir más años una vida arrastrada. Verse fuera de la comisaría lo era. Todo su universo. No conocía nada más fuera de ella. Lo que había adivinado Inés. Su sueño. Años de esfuerzo, de lucha, por ver cumplido un deseo. Un sueldo, ropa limpia y un plato caliente para cenar. La ilusión de una madre viuda. El ingreso en la academia, las tardes de estudio, las penurias, la escasez de dinero. Y, al fin, la recompensa. Hacer cumplir la ley, velar por la seguridad de los demás, detener a criminales, investigar asesinatos. A todo eso se resumía su vida. Todo eso, ahora, quedaba en suspenso. Una semana. Para cualquier otro no pasaría de

una mera anécdota, pero no para él. Lo consideraba una tacha, un borrón en su expediente que siempre estaría ahí, a la vista de sus superiores. Un policía conflictivo que gustaba de desobedecer órdenes. Eso sería.

Cerró el libro, apagó el cigarrillo y también la luz. Tenía que intentar dormir.

—Introvertido...

La palabra rompió la quietud de la habitación. Un perro ladraba en la calle. Calló al cuarto ladrido. Un animal solitario. Como él. La soledad. Tan buena en algunos momentos como mala compañía en otros. Cuando no hay nada que hacer y sí mucho tiempo para pensar. Esa noche, toda la semana por delante.

Una eternidad.

capítulo 11

Madrid, 23 de enero de 1953.

Gonzalo Suárez nunca había oído hablar del tiempo psicológico. Nuestra forma de vivir el tiempo, que dista de la cronológica. Una percepción distinta según el protagonista y cuya duración se alarga o acorta aun siendo el que es. Pero conocía sus efectos. Los padecía minuto a minuto. Agujas que parecían haberse detenido en algún momento negándose a avanzar. Una sensación asfixiante cuando no hay nada que hacer. La que él experimentaba.

Amanecía el tercer día de su semana de suspensión de empleo y sueldo. Sobre la cama, boca arriba, había dejado el libro de Miguel Delibes abierto por el capítulo siete. «Curiosa lectura», sopesó después de abandonarla. Llena de momentos, de personajes con los que ya se identificaba, como si el escritor vallisoletano se hubiera inspirado en él para dar forma a Pedro, el niño huérfano protagonista de la historia.

Y decidió levantarse, abrir la ventana de su cuarto y que la luz —triste, propia de un día cubierto, pero al fin y al cabo, luz— lo invadiera de vida después de leer el párrafo que lo impulsó a vivir esa vida que parecía transcurrir sin prisa, casi detenida:

Opiné, para mis adentros, que si la vida normal se compone de otras sesenta unidades como esta, tenían mucha razón los que afirmaban que la existencia era un soplo, el transcurso fugaz de una instancia.

Porque nada ganaba y sí perdía pudriéndose en casa, viendo pasar ese tiempo que había decidido echar un pulso con él sabiendo que llevaba las de ganar. Manuel Prieto ya era historia. Lo sentía. Por él, por su madre y por Escolástica Sainz. Tres días tirados a la basura, gastados en pequeños paseos por el barrio o en visitas al colmado de los padres de Inés —cuando no se encontraba presente— para abastecer su exigua despensa. Las mañanas y las tardes habían pasado por él sin dejar ningún recuerdo. Como compañeros tenía la radio, que lo relajaba, y una lectura que lo atraía. Buena para una persona introvertida, como él.

Se afeitó sin prisa, arrancando de la cara la sucia capa que le afeaba para el propósito que tomó, y se vistió con cierto decoro. Eligió un traje de estambril en gris azulado que solo se ponía en contadas ocasiones. Puntuales y escogidas, como la de aquel día. En el salón le recibió la voz de Antonio Machín. Mientras se anudaba la corbata y se cubría con el abrigo, el cantante cubano quiso darle la última gota de determinación que necesitaba para cumplir lo que se había prometido. El arte, caviló, ya sea una canción o un libro, capaces de resumir en pocas palabras cosas que no sabemos cómo explicar.

«Espérame en el cielo rogando por mi adiós, para que pronto estemos juntos allí los dos», terminó de cantar Antonio Machín, y apagó la radio. Tenía una cita con Rosa Prieto. Le debía una explicación por la decisión del comisario Martínez de dar por cerrado el caso de la muerte de su hijo. Deseaba que la última estrofa de la canción tardara mucho tiempo en hacerse realidad y que Rosa Prieto no cometiera ninguna insensatez cuando supiera que la policía no pensaba hacer nada más para detener al asesino de su hijo. Se lo pedía el cuerpo y también su alma, que necesitaba paz. Y era la única manera para dársela.

En la calle hacía frío, mucho frío. Se subió el cuello del abrigo y se caló el sombrero. Caían algunas gotas. No era lluvia, sino aguanieve. Pasó una mano por la manga del abrigo para sacudírsela y miró al cielo. Un color blanquecino lo vestía. A su espalda escuchó el motor de un coche que circulaba por su calle casi al ralentí. El vehículo se detuvo a su altura y de él descendió un tipo que le abordó con prisa.

—¿Inspector Gonzalo Suárez?

—¿De qué me conoce? No recuerdo habernos visto antes...

—Le esperamos esta noche. Acuda a la dirección que encontrará en este sobre. Una vez lo lea, destrúyalo.

El hombre introdujo el sobre en un bolsillo del abrigo del policía y regresó al coche con la misma prisa que lo abandonó. Del vehículo no quedó más rastro que el humo del tubo de escape. Gonzalo Suárez seguía impertérrito en la calle, preguntándose qué era aquello que acababa de vivir. La explicación estaba en el sobre, que abrió con la misma premura que ocurrió todo lo anterior.

No pudo reprimir un gesto de sorpresa al terminar de leer las tres líneas escritas a mano en la nota que encontró en el interior del sobre.

Quien las hubiera escrito decía conocer al asesino de Manuel Prieto.

Y se lo iba a contar esa misma noche.

Palacio de Buenavista, Madrid. Atardecer del 23 de enero de 1953.

El teniente Arturo Saavedra acompañó al general Agustín Malo de Molina hasta la puerta de su despacho. Fuera aguardaba el asistente del primero, el diligente alférez Jesús Ezquerro, que lo conduciría hasta el patio, donde esperaba el chófer del general.

—Ahora, a ver pasar el tiempo. Ya verás cómo merece la pena.

—Si lo dices tú, no tengo dudas.

—Y no te precipites. Deja que sean ellos quienes muevan ficha.

Arturo Saavedra sonrió estrechando la mano que le extendió el general. Con la puerta abierta, Jesús Ezquerro saludó con energía a los dos y rogó al segundo que le siguiera escaleras abajo. El teniente cerró la puerta y se frotó las manos. Aunque Malo de Molina había acudido al ministerio sin avisarle, siempre le resultaba interesante charlar con él. Por todo lo que sabía. Conocía todos los cauces, tanto los habituales como los secretos, y sabía cómo y qué beber de cada uno según el momento. Información que había querido compartir esa tarde con el teniente, ya finiquitada la semana.

—Lequerica ha vivido unas jornadas intensas. No todos los días asiste uno a la toma de posesión de un nuevo presidente de los Estados Unidos.

Malo de Molina se refirió al embajador español en Washington, donde Dwight Eisenhower cumplía ya su tercer día como presidente de los Estados Unidos de América; y donde también estarían Kevin McKormick, Andrew Morton y el resto del equipo negociador norteamericano. Esperando instrucciones, como el teniente y el general intuían; redefiniendo posturas, trazando nuevas estrategias; preparándose para nuevos meses de negociaciones. Los dos sabían que serían definitivos. Cuestión de tiempo.

—¿Has leído esta mañana las declaraciones de Mr. Klein en el ABC?

—¿Quién es? No tengo el gusto...

—Max H. Klein es el presidente de la Cámara de Comercio de Estados Unidos en España. Está en Nueva York pasando una temporada junto a su madre. Se manifiesta en favor nuestro siempre que puede y no ha dudado en declarar públicamente que, si bien solo sabe de las negociaciones por la prensa, no tiene dudas de que acabarán bien. Especialmente por un detalle.

—¿Cuál?

—Nos necesitan para reforzar su lucha contra el demonio rojo.

—A ver si es verdad.

—Lo de Corea es simplemente un ensayo de lo que vendrá más adelante. Este planeta es un inmenso tablero de ajedrez en el que, salvo rusos y

americanos, todos los demás somos piezas. Alfiles, torres, peones... Cada país tiene un valor. ¿Qué queremos ser nosotros? He ahí la cuestión, mi querido Saavedra.

—¿Alfiles? —preguntó el teniente con gesto confiado.

—Por ahora, simplemente peones. Por ahora... Dentro de unos meses todo cambiará, estoy convencido.

—¡Dios le oiga!

—Lo hará —admitió el general esbozando una sonrisa—. Por lo pronto estaremos un tiempo sin noticias de los americanos. Te vendrán bien para descansar y tomar fuerzas.

—¿Cuánto?

—Lo desconozco. No obstante, intuyo que lo primero que harán será designar a un nuevo embajador.

—¿Sabes por dónde van los tiros?

—No, pero pocas dudas hay que será de la cuerda de Eisenhower.

—Que tampoco es que nos tenga en demasiada estima...

—Así es, pero algo me dice que no será muy distinto a Míster MacVeigh.

—¿Qué callas? —quiso saber Arturo Saavedra tuteándolo. Tenía suficiente confianza para hacerlo.

—Meras conjeturas, no te creas, pero conforme pasa el tiempo soy cada vez más optimista. La guerra de Corea está cerca de terminar. Eisenhower ha prometido hacer todo lo posible para que esto ocurra. Le preocupa lo que pretenda hacer Stalin en Europa. La sombra del comunismo crece y es preciso detenerla. El tablero de ajedrez del que te acabo de hablar. Ahí es donde jugaremos nuestras bazas.

—Así que toca esperar...

—Yo diría un par de semanas a lo sumo.

—Dios te oiga, repito.

Arturo Saavedra encendió un cigarrillo delante de la ventana de su despacho. Anochecía. Las luces, escasas, vestían las calles de una claridad tibia, nada vistosa. Se llevó el cigarrillo a la boca y exhaló el humo con calma. Momento en el que recordó el final de la conversación, quizás lo más interesante: la razón por la que el general Malo de Molina había acudido a verlo.

—Puede que te ofrezcan dinero.

—¿Dinero?

—Es una posibilidad que no descartamos. Ellos lo llaman desatascar negociaciones. Ya sabes... —hizo una pausa el general—. Espero que sepas

vadear el asunto sabiamente.

—¿Y si me lo ofrecieran?

Malo de Molina observó a Arturo Saavedra, cuyos ojos brillaban pensando en la posibilidad mencionada por el general. Daba por hecho que Franco le daría una recompensa. Lo de los americanos, de llegar, sería un extra. Un extra tan interesante como peligroso. Y difícil de manejar. El primero chasqueó la lengua mientras se cubría con el abrigo.

—Para ver cuánto me correspondería. Iríamos a medias, ¿no?

En cuanto acabara el cigarrillo abandonaría el ministerio. Tenía planes para esa noche. Una chica. Una especial. La había conocido un par de semanas antes. Especial, agraciada y distinta. Y sabía sonreír con una copa en la mano. Quería verla, y algo más. Hasta entonces ella se había resistido a sus encantos, a sus ataques, unos más directos que otros. Un duro asedio, sin duda. Y eso le excitaba. Cuanto mayor fuera la resistencia, más grande sería la recompensa. Y la quería ya. Esa misma noche.

Dos golpes en la puerta alertaron al teniente. Sin duda debía de tratarse del alférez, pensó. Dejó el cigarrillo en el cenicero y se dirigió a la puerta, que abrió.

—¿Qué ocurre?

Tras ella se topó con el rostro de su ayudante, que denotaba cierta intranquilidad.

—Hay una persona que quiere verlo.

—¿A estas horas? ¡A no ser que sea muy importante, ya no recibo a nadie!

—Lo siento mucho, mi teniente, pero es...

Una persona empujó al alférez y entró en el despacho sin pedir permiso. Era un tipo de buena planta, más alto que el militar. Vestía un traje de franela Príncipe de Gales en negro de raya y chaqueta con dos filas de botones. El abrigo lo llevaba recogido en el brazo derecho.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo aquí? —chilló el teniente al hombre que había entrado atropelladamente en su despacho.

—Iba a decirle que la visita dice ser cuñado suyo, mi teniente —se oyó decir a Jesús Ezquerro desde fuera del despacho.

—¡Ya veo que es mi cuñado! —le replicó Arturo Saavedra, muy enfadado—. Y tú, ¿qué narices quieres? —se dirigió ahora al otro.

El tipo estaba nervioso. El rostro no engañaba, ni tampoco la expresión, que era de no estar pasándolo bien. Su frente estaba llena de gotas de sudor que se limpió con el pañuelo que extrajo del bolsillo de la americana.

—¿Podemos hablar?

—Te presentas aquí, sin avisar, de buenas a primeras, y me vienes con esto, ¿de qué coño quieres hablar? ¡Tengo mucha prisa!

Arturo Saavedra descolgó el abrigo del perchero. El familiar había tomado asiento sin pedirle permiso. El gesto enervó al teniente.

—¿Es que no me has oído? ¡Tengo mucha prisa!

—¡Arturo, por lo que más quieras! ¡Dame cinco minutos!

—¿Para qué los quieres?

—Para pedirte ayuda.

—Si es por otro trabajo no tienes por qué preocuparte —siguió hablando Arturo Saavedra sin prestarle atención, camino de la puerta del despacho—, tendrás uno el lunes. Así ni tu mujer ni tu hijo pasarán estrecheces.

—No es trabajo. Necesito ayuda. Y de verdad.

El militar miró a su cuñado con la mano en el pomo de la puerta. Ahora, que lo veía tan asustado, parecía menos fanfarrón, incluso hasta más bajo. Un tipo distinto al que estaba acostumbrado a tratar.

—Al fin te ha pillado tu mujer, ¿verdad? A mí no me engañas. ¡Eres como yo!

Joaquín Batres, cuñado de Arturo Saavedra, solía aducir mucho trabajo para regresar tarde a casa. Reuniones, alguna que otra atención con clientes e incluso desplazamientos a ciudades cercanas —Segovia, Guadalajara, Toledo...— con objeto de cerrar algún acuerdo relacionado con su ocupación. Batres trabajaba en una reaseguradora, puesto que encontró gracias a la ayuda del militar, del que también había tomado otro hábito: el de engañar a su mujer una noche tras otra. Lo sabía porque, en una ocasión, se cruzó con él en una calle del centro, cerca de la avenida de José Antonio. Se vieron, pero no se saludaron. Y volvieron a hacerlo un par de veces más en las siguientes semanas.

—¿O me vas a negar que eres igual que yo? —recalcó Arturo Saavedra. En sus labios apareció una cínica sonrisa que no gustó a su familiar—. Por mucho que te joda, que sé que te jode.

Joaquín Batres tragó saliva sin apartar la vista del militar. Ante su sorpresa, empezó a llorar.

—¡Escúchame al menos, por el amor de Dios!

De niño temía a la oscuridad. Las tinieblas y sus compañías siniestras le empujaban a buscar refugio en su cama, hecho un ovillo. Temblaba de miedo

en las noches de tormenta, cuando el viento ululaba y creía escuchar cómo lo llamaba: venía a por él. Asociaba la oscuridad a lo peor de su vida, a las noches eternas, a los bombardeos despiadados...

A Gonzalo Suárez la oscuridad le inspiraba desconfianza. La misma que le rodeaba en aquel punto olvidado de Madrid iluminado tibiamente por unas pocas farolas. Hacía frío y el viento empujaba las ramas de los árboles que acotaban la calzada del paseo de Camoens provocando un inquietante siseo. Se subió el cuello del abrigo. Pasaban diez minutos de las diez de la noche en su reloj. Quien lo hubiera citado allí se estaba retrasando. A su espalda escuchó el motor de un coche, que aminoró la velocidad hasta parar a su lado. El inspector atisbó a dos personas en su interior. Una de ellas abrió su puerta mientras la otra apagaba las luces y silenciaba el motor del vehículo.

—Fresca la noche, ¿verdad? —dijo el recién llegado a modo de saludo.

—Mes de enero, Madrid... ¿Qué otra cosa podía esperar? —respondió el agente entre sorprendido y curioso.

—Cierto.

—Aunque imagino que lo prefiere así, ¿no? Que sea sincero, a eso me refiero.

—Digamos que sí —admitió el tipo que abandonó el coche—. ¿Le importa que demos un paseo? Me gusta hacerlo bajo la oscuridad, escuchar el sonido del viento.

—Eso va según los gustos.

Gonzalo Suárez accedió, aunque en su rostro se dibujó un mohín de disgusto. La oscuridad, sus lamentos. El miedo. Como el vehículo se detuvo cerca de una farola pudo examinar al individuo que le invitó a pasear. Tenía una cara limpia, casi recién afeitada, que traslucía demasiada juventud. O eso pensaba. Era más alto que él y le notó un deje curioso a la hora de hablar. Arrastraba la letra «s» y para él no existían ni la «z» ni la «c». El tipo le ofreció un cigarrillo.

—Diría que no es español —dejó caer el inspector.

—¿El tabaco?

—Ni tampoco usted.

—Americano —precisó su interlocutor, riéndose—. Ambos.

Gonzalo Suárez tomó el cigarrillo y se lo llevó a los labios. Palpó un bolsillo de su abrigo buscando el mechero, pero el que decía ser americano estuvo rápido al quite.

—¡Oh, discúlpeme! Lo había olvidado.

El encendedor proyectó una llama limpia que iluminó los rostros de ambos. El policía se deshizo de la primera bocanada con expresión de asombro; no se veían demasiados mecheros como ese en Madrid. O, al menos, él no estaba acostumbrado a verlos.

—Gracias.

—No hay de qué —replicó el hombre con una tenue sonrisa dibujada en sus labios.

—¿Dupont? El mechero, digo.

—No, Zippo.

—¿De dónde es? —quiso saber Gonzalo Suárez, sosteniendo el cigarrillo entre los dedos de su mano derecha.

—De Texas. ¿Lo conoce? —replicó y su sonrisa inicial se convirtió en una risa franca, sin maldad.

—Nunca he salido de España.

—Debería hacerlo. Conocer mundo abre las miras de uno.

El hombre se presentó como David Estévez —«se pronuncia *Deivid*, aunque se escriba como lo hacen ustedes»— y decía ser de Laredo —«el de allá, no el que ustedes tienen aquí»—, precisó. De elevada estatura —con sombrero rebasaba la del inspector—, delgada apariencia y cabello castaño —el bigotillo que lucía era de ese mismo color—, hablaba con calma y con un tono cercano al susurro.

—Mi papá, que nuestro Señor lo tenga en su gloria infinita, cruzó la frontera para labrarse una vida digna y acabó casándose con una gringa. Una americana —puntualizó Estévez ante el gesto de extrañeza que se dibujó en la cara del policía—. Soy el menor de tres hijos, el único varón.

—¿Y qué hace un americano como usted en Madrid, si me permite la indiscreción?

La sonrisa no se difuminaba de los labios de David Estévez. Daba la impresión de ser un tipo risueño, poco dado a enfados. En su redondeado rostro apenas se apreciaban arrugas, salvo una fea cicatriz bajo el labio inferior —«una esquirla. Recuerdo de los japoneses en Guadalcanal. Cosas de la guerra», confesó al inspector al sentir sus ojos sobre la nada agradable cicatriz—. Por eso le costaba imaginárselo enfadado. Aunque, llegado el caso, y como solía ocurrir en personas de esa índole, sería mejor evitar esa situación siempre que fuera posible.

—Digamos que sirvo a mi país.

—¿En qué sentido?

—Igual que hace usted. Velo por la seguridad de los míos.

—¿Policía?

—Yo no diría tanto. Pero, sí, la seguridad de los míos es mi prioridad.

—No le comprendo.

—Lo entenderá.

Un coche cruzó el paseo de Camoens. Sus dos luces de posición traseras se alejaron camino de una ciudad cuya silueta ocultaba la arboleda. En la lejanía se escuchó el silbato de una locomotora. Un tren estaría entrando o saliendo de la cercana Estación del Norte.

—Luego usted es un espía.

La carcajada de David Estévez sorprendió al inspector.

—Ve usted demasiadas películas, ¿no es así?

—Me contará...

—Le diré la verdad —decidió sincerarse el americano—. Estoy aquí para defender la inocencia de un compatriota mío.

—Que tiene algo que ver en la muerte de Manuel Prieto.

—Pudiera ser.

—Andy —atacó Gonzalo Suárez. Quería calcular el efecto que causaría dicho nombre en el ánimo del norteamericano.

—Así es.

—¿Qué sabe?

—¿De él, de su situación, de usted...? —dijo el americano, riéndose—. ¿Por dónde quiere que comience?

—¿Qué quiere decir?

—Nada de esto hubiera ocurrido de no haberlo removido usted. Su visita a la embajada de mi país.

—Fuera de lugar, si no me equivoco.

—Comprenderá que no estamos acostumbrados a visitas como la suya, mostrando el retrato de una persona. Lamentamos la muerte de ese chico. Ni siquiera Andy ha dicho una palabra al respecto. Se tragó su dolor. Pero...

—Entré en escena.

—Exacto.

—E imagino que viene a decirme que lo deje en paz, ¿no?

—Sé que el caso está cerrado. Y también lo de su suspensión de empleo y sueldo.

Gonzalo Suárez se detuvo. El americano le imitó. Su sonrisa se acrecentó llenando todo su rostro. Por eso fue él quien retomó el paso. Sabía que el policía lo haría de inmediato, y también lo que vendría después. Iba con el sueldo.

—¿Cómo puede saber eso?! —chilló el inspector antes de caminar de nuevo tras David Estévez—. ¡Es una información interna del Cuerpo General de Policía!

—Se sorprendería de las cosas que sé de usted, señor Suárez. —Por primera vez, el americano lo llamó por su apellido—. De usted, de sus compañeros, de su jefe, el comisario Martínez... Muchas cosas.

—¿Qué pretende?

—Ayudarle a resolver el caso de Manuel Prieto.

—Se lo agradezco, pero el caso ya se cerró.

—En falso. ¿No le dijeron nada de órdenes de arriba?

—Pero ¿cómo...?

—Señor Suárez, queremos arreglar esta situación. Primero, para que el nombre de mi compatriota Andy quede limpio.

—¿Por qué?

—Esto es una mácula en su expediente y ha ocurrido aquí, en su país. Así que es preciso borrarla cueste lo que cueste. Si lo prefiere —carraspeó David Estévez—, mis órdenes proceden también de arriba. Las mismas que recibí usted. Solo que de las suyas —carraspeó otra vez—, digamos que sospechamos.

Gonzalo Suárez miró hacia atrás: se habían alejado demasiado del coche. Delante de ellos, más oscuridad. Ramas de árboles que siseaban, luces que brillaban lo justo. Inquietud. Se detuvo. «Hasta aquí hemos llegado, compañero», quiso decirle al americano con ese gesto.

—¿De qué sospechan?

—De los sospechosos. —David Estévez rio su propia ocurrencia—. El caso de Manuel Prieto tiene demasiados puntos oscuros que sus compañeros policías desean enterrar.

—¿Por qué cree que el caso se ha cerrado en falso?

—Para proteger a ciertas personas. Al menos eso sospechamos.

—¿Y qué pretende que haga?

—*Quid pro quo*, eso es lo que le ofrezco.

—Mi latín está demasiado olvidado —se disculpó Gonzalo Suárez—, pero creo recordar que era algo así como ayuda recíproca.

—Más o menos.

—¿Quiere que continúe adelante basándome únicamente en sospechas? —Ahora quien rio fue el inspector—. ¿Pretende que siga con ese caso a espaldas de mis superiores?

—Así es.

—¿Usted está loco! —estalló Suárez.

—Le pagaremos por ello.

—¿Pretende comprarme?

—Los riesgos, ya sabe. Usted lo va a hacer y eso creo que tiene un precio. Todos lo tenemos, ¿verdad?

Gonzalo Suárez se tocó la barbilla con ansiedad. El ofrecimiento de David Estévez le había descolocado. El dinero, que todo lo mueve. Y él no andaba sobrado. Se defendía con su sueldo como policía. A veces, cuando podía, enviaba una cantidad a su madre. Sería policía, le prometió antes de marcharse a la capital. «El sueño de padre, velar por los demás», fueron sus últimas palabras antes de despedirse de ella. Los ojos de Rosa Prieto, tan ausentes de luz como su alma de calidez; la sonrisa de Escolástica Sainz recordando las noches de confidencias con Manuel Prieto...

—Es tarde —advirtió el inspector tras mirar su reloj.

—Piénselo.

—Digamos que digo que sí. ¿Qué sería lo siguiente?

David Estévez recuperó la sonrisa.

—¿Le vendría bien desayunar conmigo junto a otra persona? ¿Digamos este domingo?

—Según quien sea esa persona.

—Le interesa. Creo que tiene muchas cosas que contarle.

—¿Andy?

Sin perder la sonrisa, David Estévez se metió en el coche. Con la ventanilla bajada, el americano se despidió del policía estrechándole la mano. Se miraron con calma. En la mirada de Gonzalo Suárez adivinó que volverían a verse.

—Le esperamos.

Gonzalo Suárez vio alejarse el coche. David Estévez le dejó un papel con el apretón de manos. Otro lugar, otra dirección. Suspiró. Tenía dos días para pensarlo, para calmar el enjambre de abejas que era su estómago. Miles de aguijones invisibles que se clavaban en sus paredes y que le provocaban una sensación extraña. El deseo y la realidad, el querer y el poder. En la distancia, un camino oscuro por recorrer si quería llegar a casa. Más distancia todavía le separaba de algo diferente. Una espiral desconocida. En ella entraría si accedía a dar el paso. Una decisión que sopesar. La puerta abierta a una nueva dimensión, una decisión que le acompañaría hasta el final de su caminar por ese valle de lágrimas que era la vida.

capítulo 12

Sábado, 24 de enero de 1953.

Había colas para entrar en el Palacio de la Prensa. La tercera semana de éxito de *Reuelta en Haití* lo merecía. Una pareja esquivó la marea humana ataviada con impermeables de plexiglás, ellas, y de algunos paraguas y cabezas cubiertas con sombreros, ellos. La masa rugía, deseosa de entrar en el cine para asistir a un largometraje que, según la crítica, solo podía compararse en grandiosidad a *Lo que el viento se llevó*. Y por resguardarse de la lluvia, que regaba Madrid con calma desde primeras horas del día, algo que no amilanaba a la gente. Un sábado por la tarde era la excusa perfecta para dejarse ver, para acudir allá y acullá. Incluso para pasear por la avenida de José Antonio, que olía a fría humedad.

Andrés Rodríguez se metió las manos en los bolsillos. Lo hizo antes de llegar a un semáforo. Una excusa como cualquier otra para que la mujer que caminaba a su lado se agarrara de su brazo derecho. Lo que hacían las parejas. Códigos conocidos, señales que afianzan una relación. Marga Uriarte quería pasear por los jardines de la plaza de España. Así se lo pidió. Por eso le ofreció su brazo. Y la vio dudar. Un instante. La manera de abrir los labios, la mirada esquinada, posada sobre el brazo que busca compañía. La indecisión. Lo que fue y se fue. Un instante de duda que se esfumó del rostro de Marga lo que tardó en cerrarse el semáforo para el tráfico. No quería saber nada del brazo de Andrés.

Se habían citado tres cuartos de hora antes en una cafetería de la calle Jacometrezo, junto a la plaza del Callao. Ella pidió un café largo con leche. Tenía frío. Dijo venir andando desde la plaza de Castelar y en ningún momento la vio despojarse del abrigo, cuyo paño relucía por las gotas de lluvia que lo impregnaban. Sí se fijó en que ella llevaba unas medias, eran de nailon, negras. Él pidió otro café largo con leche. Habían pasado dos semanas desde la última vez que se vieron. Sin noticias de ella, ni de sus movimientos, ni tampoco de sus pesquisas.

—¿Te estás aprovechando de las circunstancias, o realmente es importante este encuentro? —preguntó Marga, siempre tan directa.

—Quieren saber —Andrés se encogió de hombros—. Tu silencio no les gusta.

—¿Mi silencio? —Marga se llevó el vaso de café a la boca, que sopló con los labios—. ¿Dónde quedó tu sinceridad, querido?

—¿A qué te refieres? —preguntó él enarcando las cejas.

—Que mi silencio sea más o menos prolongado les da igual. Quieren resultados y los tendrán. Tú, en cambio... —Marga dio un sorbo a su café—. No lo soportas, ni tampoco dejar de verme. ¿Me equivoco?

Andrés volvió la cabeza en dirección opuesta a Marga, sin contestar. Las gotas impregnaban los cristales de las ventanas. Llovía.

—¡Cómo sabes hacerme daño!

Marga Uriarte era su tortura. Saber que la tenía otra vez cerca, que volvería a disfrutar de su presencia, se convirtió en un regalo para sus sentidos. El azar. O el destino. Cada cual juega sus cartas, más o menos marcadas, esperando ganar una partida tan eterna como sus contendientes.

Marga no le contó más que vaguedades mientras permanecieron en la cafetería. Se dirigieron la palabra en un par más de ocasiones. Monosílabos y contestaciones cortas por parte de ella, lo que desesperaba a Andrés, cuyos intentos de entablar conversación eran frenados por el silencio, o bien la desidia de la otra. Tampoco hablaron bajando la avenida de José Antonio hacia la plaza de España, donde Marga sí se animó a hacerlo:

—Los americanos se han marchado. Por ahora no hay nada que hacer —dijo con cierta desgana—. Hay que esperar.

—¿Sabe ese militar cuándo volverán?

—No tiene ni la menor idea. Se marcharon bastantes. Hay un nuevo presidente, y eso supone cambios, aunque no teme que sustituyan a las personas que hablan con él. Lo consideraría una pérdida de tiempo. También soy de su misma opinión.

—¿Quiénes son esas personas?

—Uno es general del aire. Un tipo frío, algo distante y muy orgulloso —describía Marga. Su mirada se perdía entre los árboles que rodeaban ese pequeño oasis en plena plaza de España—. El otro dice que es joven y guapo, experto en temas económicos. ¡Ah! Y no tiene ninguna duda de que se las debe llevar de calle.

—¿A quiénes?

—¿Tú qué crees? —replicó Marga con acidez.

Comenzó a llover. A su alrededor se abrieron algunos paraguas. Los pasos se apretaban, las cuidadoras empujaban los carros con energía buscando un lugar a cubierto. Aparte de a la pareja, a un loco hidalgo y a su fiel y orondo escudero, cuyas estatuas presidían la plaza, tampoco parecía importarles la fría cortina de agua que caía del cielo.

—Veo que esa chica es eficiente...

—¿Acaso dudabas de mí?

—De ti, nunca —replicó Andrés, molesto por la pregunta—. Pero, a fin de cuentas, a ella ni le va ni le viene.

—Pero necesita el dinero. Llegaré hasta donde se lo pidamos. Siempre que haya, claro está.

—¿Y quién no?

—¿Qué coño estás insinuando? ¿Lo dices por mí?

Marga se encaró con Andrés. Le retó con la mirada, que él bajó de inmediato. Le intimidaba esa manera tan suya de mirar, de explorar el interior de las personas. La que él conoció tan bien.

—Perdóname si te he ofendido.

—El comentario sobraba —dijo ella volviendo a caminar.

—Lo siento, Marga, pero el partido quiere saber cosas.

—¿También qué hago con el dinero? ¿Si me he comprado unas medias nuevas o un par de bragas? ¿Eso es lo que tanto le preocupa?

—Cuesta mucho sudor reunir ese dinero. Lo sabes.

—Perfectamente, no es necesario que me lo recuerdes, pero os dije lo que había y también lo que costaría. La situación es la que es. Tenéis dos caminos: uno es seguir como estamos, y eso implica...

—Más dinero.

—Chico inteligente. Veo que no me equivoqué en su momento.

Andrés miró para otro lado. No quería que Marga viera el gesto de enfado que se perfiló en sus labios. Le molestaba esa suficiencia con la que ella se expresaba. Amaba los dobles sentidos, herir con las palabras. Era su especialidad. Así protegía su alma, un interior que se negaba a exteriorizar. En algunas ocasiones Andrés consiguió llegar hasta sus fronteras, que eran las que Marga establecía. Breves instantes, no más, que le revelaron su otra cara, la que nadie conocía ni conocería. Momentos en los que le pedía que la acariciara, que la abrazara, que le diera calor; momentos en que lloraba y maldecía. Andrés nunca supo el porqué, pero siempre que terminaban de hacer el amor ella se retiraba con prisa y se marchaba al baño. Allí la encontraba sentada en la taza y llorando. Llorando amargamente.

—¿Y el segundo camino, según tú?

—Hasta aquí hemos llegado.

—¡Eso no puede ser! —protestó Andrés, airado. Después echó un vistazo a su alrededor para comprobar que nadie los estaba mirado.

—¿Cómo que no? En cuanto se lo diga, la chica dejará de tontear con el militar... —prometió Marga esbozando una ligera sonrisa de satisfacción—. Fin del asunto. ¿Cuándo se lo piensas comunicar al partido?

Andrés negó con la cabeza. Le sacaba de quicio su prepotencia. Levantó la vista. Había dejado de llover. Un chubasco más de los muchos que convirtieron a Madrid ese día en una ciudad melancólica. Se rascó la frente asintiendo en silencio.

—Que siga como hasta ahora. Esperaremos a que regresen los americanos. Después...

No terminó la frase. Se dio la vuelta y vio a Marga camino de la avenida de José Antonio. Embutida en su abrigo, caminaba sin miedo. Se había marchado sin despedirse tras escuchar lo que quería. Lo demás parecía no importarle. Y mucho menos él. Andrés encendió un cigarrillo sin apartar la vista del desvelo de sus sueños, que andaba como quien solo espera que la muerte le sea benigna una vez conocido el dolor que esta vida es capaz de causar. Y que, a su vez, ella era capaz de provocar cuándo y cómo quisiera. Solo había que darle la oportunidad.

Ese mismo día, unas horas después, y en el costado de la misma avenida por la que se marchó Marga Uriarte, la noche moldeaba a su gusto sombras que sabían moverse al amparo de la oscuridad. Sonaba una suave música en el local, un lugar discreto, protegido por los contactos de su propietario. Una módica cantidad de dinero al policía de turno ahorraba más de un disgusto a la, por otra parte, distinguida clientela. Quien acudía allí lo hacía relativamente tranquilo.

Lánguido, el embrujo de la voz de Gloria Lasso fluía entre las conversaciones de los presentes, casi todos hombres, algunos de los cuales se miraban, y los más lanzados bailaban agarrados al son de *Camino del cielo*. Abundaban los bigotes finos, los pelos ahogados en gomina y trajes de corte fino. Y las miradas, furtivas y traviesas, recorriendo el local o centrándose en la puerta cada vez que se abría.

Lo que hizo, por ejemplo, un tipo cuyos ojos devoraron la figura de estatura elevada que acababa de entrar en el local. No fue el único en advertir

la presencia del desconocido. El hombre en cuestión era alto, de pelo castaño, y en otros tiempos debió de poseer un gran atractivo que aún exhibía con gallardía. Delante de la barra se desprendió de su gabán, que dejó ver un traje de franela de color oscuro. Libre de la prenda, pidió un *whisky* que el camarero le sirvió con prontitud. Tras el primer trago se dedicó a echar un vistazo disimulado a su alrededor hasta que otro hombre más bajo que él, entrado en carnes y que saltaba a la vista que era calvo, se le aproximó. Una calvicie que mal disimulaba con un peluquín ostentoso de color negro. En cambio, sus ojos, del color de la miel, brillaban.

—Es la primera vez que te veo por aquí... —le recibió Liborio Solís, que quiso hacerse el interesante delante del tipo que había llamado su atención.

—Lo es. Veo que no es tu caso.

—Aquí todos nos conocemos, ¿entiendes? —dejó caer el Canelita cerrando la frase con un guiño de su ojo izquierdo.

—Entiendo... —replicó el extraño sin perder la seriedad.

Liborio Solís no podía disimular su entusiasmo. Era su sino: ser gracioso, pero no la elección para pasar un buen rato. Le veían, sonreían piadosamente, los menos, o se reían de él, los más, y abandonaban su compañía en busca de otra más atractiva. Aquel tipo, no. Incluso le invitó a tomar un trago. Otro *whisky*, que el camarero sirvió guiñándole un ojo a Liborio Solís. Esta noche sí, vino a decirle, que ya lleva tiempo pidiéndotelo el cuerpo. El granadino le ofreció su vaso para brindar y el otro correspondió a la invitación esbozando una sonrisa neutra.

—Me han asegurado que aquí se suele dar la pañí^[2], ¿verdad? —inquirió el recién llegado en un acento que sorprendió a su compañía.

—¿Eres portugués?

—De Setúbal. Pegado a Lisboa.

—¿Y qué se le ha perdido a un portugués tan guapo por mis dominios? —quiso saber el Canelita, con los ojos fijos en el rostro del hombre que le estaba dando conversación, completamente absorbido por él. Sus ojos grises le devoraban.

—La vida.

—Imagino que la misma que te hizo eso. ¡Bendito sea Dios! ¡Cuánta maldad hay en el mundo!

—La misma, sí —sonrió el tipo tocándose una fea y larga cicatriz que recorría su mejilla izquierda desde el párpado hasta la comisura de los labios —. Te preguntaba si este es un lugar seguro.

—No tienes nada que temer.

—Espero que así sea.

—Mira a tu alrededor —le pidió Liborio Solís. Empezó a hacerle indicaciones señalando con la mirada en todas direcciones—. ¿Ves? Bujarrones reprimidos que aquí dan rienda suelta a su pasión, capones sin remisión, violetas desmadrados... Policías, algún que otro militar, prestigiosos abogados. Hay de todo. Y sus mujeres esperando en casa. ¿Qué te parece?

—¿Y a ti?

—¿El qué? ¿El percal que se estila en este local?

—Si te espera alguien en casa.

—Una cama demasiado fría.

—Vaya... —se lamentó componiendo un mohín de pena—. Cuánto lo siento.

—A mí nadie me quiere...

Con el rostro compungido, Liborio Solís bebió de su vaso con la vista en la barra. De reojo, escrutó a su reciente compañía. Le sacaba una cabeza y aparentaba gozar de buena forma física. Sin embargo, lo que más le atraía eran los ojos del hombre. Ese gris. Herían de tanto mirarlos. Ojos de lobo, recordó. Peligrosos, fieros, pero que pedían un poco de cariño, una mano que los domara. Era su noche de suerte, y sin pretenderlo. Pensó rápido dónde podían ir, un lugar lo más cercano posible para sumergirse en la oscuridad, en busca de unos labios cálidos que tanto echaba de menos. Y decidió tentar a la suerte.

—Todavía no me has dicho tu nombre.

—João. —Nombre que, en su voz, grave y profunda, provocó un ligero estremecimiento que recorrió todo el cuerpo de Liborio Solís—. ¿El tuyo?

—Liborio, pero puedes llamarme Canelita.

—¿Y eso?

—Dicen que empalago... —apuntó el granadino con estudiada tristeza.

—¡Hay que ver qué mala es la gente!

—¡Mucho! ¡No lo sabes tú bien!

—Hace tiempo que no pruebo nada dulce... Y me apetecería bastante esta noche.

El luso clavó sus ojos grises en los de Liborio Solís, que sentía correr la sangre desbocada por sus venas. Un torrente que hervía, que llenaba ciertas partes de su cuerpo provocándole una tremenda reacción que sus anchos pantalones no ocultaron de la vista del otro. Con cuidado, y sin que su conquista se diera cuenta, el granadino deslizó un billete por la barra que el

camarero ocultó bajo su mano dedicándole de nuevo un guiño cómplice. Estaba feliz.

—¿No crees que hace demasiado calor aquí?

—Ahora que lo dices...

La pregunta no cogió desprevenido a João. Al contrario, la esperaba. Parecía ser un hombre directo, sin rodeos. El diálogo que mantenían le revelaba que estaba ante una persona que debía de preferir los actos a las palabras, y eso le excitaba. Mucho.

—Conozco un lugar tranquilo cerca de aquí —le propuso el granadino.

—¿Tu casa?

—Me encantaría, pero no puede ser...

—¿Entonces?

—Una pensión discreta. Conozco al dueño. Por desgracia no la visito tanto como me gustaría... —Compuso nuevamente un gesto de pesadumbre—. Eso sí, habría que marcharse pronto. Para evitar aparecer en el registro de clientes que debe entregar al día siguiente en comisaría. Ya sabes —finalizó guiñándole un ojo al luso.

—Si es de fiar... —João sopesó el ofrecimiento—. Bueno, quizás.

—Es de fiar, te lo juro por mi Virgen de las Angustias. Y no está lejos de aquí.

El portugués volvió a mirar a su alrededor. En ocasiones veía desaparecer a algunas parejas por detrás de unas cortinas que, como intuía, conducían a cierta sala mucho más tranquila; lugares sombríos donde los gestos y los sentidos gozaban de mayor protagonismo que las palabras. Pero no, no era eso lo que pretendía. La propuesta de Liborio Solís le seducía. Y había que andarse con ojo y tener cuidado con el sitio al que iban a parar. Lo de menos sería la multa de dos mil pesetas por alteración del orden público. Calvo Sotelo, la misma avenida de José Antonio o sus proximidades, eran de las más concurridas por personas como ellos, y eso exigía discreción y mucha vista. Locales donde una palabra, una mirada, eran el preámbulo de algo más después en una pensión o habitación de hotel. El riesgo, ese juego tan excitante. Y más de uno y de dos se animaban a jugar con tal de llevarse para el cuerpo una alegría que los resarciera de sus vidas anodinas.

—Bueno...

El Canelita cubrió su cuerpo con el abrigo, lo mismo que el portugués con su gabán. «Nos parecía entonces un edén de nuestros juegos de candor, y allí, al besarnos por primera vez, sentí el amor», cantaba ahora Jorge Sepúlveda.

Un par de parejas bailaban agarradas, muy acarameladas, sintiendo cada paso que daban, cada fugaz suspiro que se transmitían en la cercanía de sus bocas.

En el exterior les recibió una noche gélida. Se subieron el cuello de sus prendas y ascendieron por la calle buscando ese sitio tranquilo que supondría el cielo para los dos. En un par de ocasiones, tanto João como Liborio Solís miraron hacia atrás para cerciorarse de que nadie les seguía.

—¿Está lejos? —quiso saber João.

—Cinco minutos, si acaso.

—¿Estás seguro de que conoces bien al dueño?

—Te noto muy receloso... —El granadino le acarició la cara. João sonrió —. Estaremos en la gloria, ya lo verás.

La lluvia amortiguaba sus pasos. Los roces de manos se fueron sucediendo desde que abandonaron el local. Liborio Solís suspiró, y después se llevó una mano al pecho. No veía el momento de estar con el hombre que se había fijado en él esa noche. João atisbó una puerta abierta.

—Espera.

—¿Qué pretendes?

—Quizás no sea necesario ir hasta allí.

—¡Estás loco!

—¿Por qué no?

La figura de João se perdió en la oscuridad del portal, del que tardó en salir. Lo hizo con una amplia sonrisa.

—Hay un pequeño cuarto debajo de las escaleras.

—No creerás que...

João deslizó sus labios por los de Liborio Solís, que se aferró a ellos como si esa noche fuese la última de su vida. Sabían a *whisky* y a tabaco.

—¡Vamos! —se convenció. Estaba demasiado excitado como para retrasar más el momento.

Caminaron a oscuras hasta el cuarto que João había localizado y cuya puerta dejó abierta. Ya dentro, encendió la luz. Una lámpara añosa iluminó la estrecha estancia, casi asfixiante.

—Esta noche no la vas a olvidar —le prometió Liborio Solís.

—Tú tampoco...

João acarició la barbilla del Canelita y le besó. El granadino se dejó hacer cuando sintió los ágiles dedos de su amante desabrochándole la bragueta. Estaba ansioso, muy ansioso. Y fue él quien se lanzó a besarle con ansia. Lo siguiente que sintió fue un terrible golpe en la boca del estómago, al que siguió otro más y un tercero, hasta que cayó al suelo. Al levantarse, sintió una

fría y férrea sensación en su frente; la pistola con la que João le estaba apuntando. Su rostro ya no era tan amistoso:

—¡Ten cuidado con lo que estás haciendo!

—Pero ¿qué...? —balbuceó Liborio Solís.

—¡Qué te calles, he dicho! —le interrumpió el otro sin dejar de apuntarle a la frente—. Y si quieres seguir viviendo cierra la boca y no hables más de lo del chico, ¿estamos?

—¿Qué chico? ¿De qué estás hablando?

—Has removido un avispero que te queda demasiado grande, y como no lo calmes vas a perder mucho. Así que ni se te ocurra volver a hablar del asunto, ¡y mucho menos con la policía! ¿Me has entendido?

Los ojos de João, fieros, agresivos, reforzaban cada una de sus palabras. Liborio Solís, que no paraba de temblar, asintió. En el portal resonó la risa hiriente del tipo que le estaba apuntando, al ver que el Canelita se había meado encima. El miedo, esa sensación que no todos saben controlar. Luego todo se volvió negro para el granadino. La luz desapareció y sintió cómo su cuerpo entraba en un túnel oscuro y frío. La culpa la tuvo el golpe con la culata que João le asestó en la cabeza.

capítulo 13

25 de enero de 1953.

David Estévez degustaba un café con leche sentado junto a la ventana de la Cervecería Alemana, en la plaza de Santa Ana. Le encantaba esa zona. A veces también lo hacía en La Suiza, otra cafetería ubicada en la misma plaza. Le recomendaron que probara su famosa leche merengada, pero el sabor no acabó de convencerle. Prefería el café, largo, del lugar en el que desayunaba, lleno de sabor. A él se había aficionado, lo que le convertía en un asiduo en los fines de semana. Acudía a desayunar y, a menudo, también a comer. Los camareros ya le conocían. Un cliente fácil de convencer y de sorprender.

Llegó a la cita con antelación después de vagabundear por los alrededores, por ese Madrid que tanto le gustaba de calles estrechas que olían a historia, a gloria de épocas pasadas. Las que se empeñaba en reverdecer la dictadura del general Francisco Franco, un personaje al que detestaba profundamente —su vecino James, un tipo afable que fue como su hermano mayor y en quien se refugió al morir su padre, murió abatido por una bala nacional enrolado en las Brigadas Internacionales—, y al que su país se había decidido a apoyar con indisimulado interés. No lo entendía, y sin embargo, estaba allí para asegurarse de que las cosas se harían tal como se habían diseñado desde Washington.

Pegada al cristal identificó a una figura familiar, a la que David Estévez llamó la atención levantando lo justo el brazo izquierdo.

—*My God! Why so early?*^[3] —protestó el recién llegado a modo de saludo y en un inglés de fuerte acento americano.

—*It's better for us*^[4] —respondió Estévez—. Y habla en español, que sabes hacerlo a la perfección, ¿no? —apuntó no sin cierto enfado en sus palabras—. Te recuerdo que esto no es la embajada.

—Cierto —reconoció el nuevo cliente del local echando un somero vistazo a su alrededor.

Andrew Morton también pidió café. Solo, bien cargado, era lo que el cuerpo le pedía. Sus ojeras revelaban que no había dormido demasiado.

—Menuda novecita, ¿no? —articuló David Estévez llevándose el vaso de café a los labios—. ¿Había sol cuando te acostaste?

—Aún no... —replicó Morton sin reprimir una pícaro e intencionada sonrisa.

—Espero que no hayas vuelto a las andadas.

—Salí a despejarme un rato, nada más.

—Así sea, pero te recomiendo que no te causes más dolor. ¿O acaso no tuviste suficiente?

—¿Y si así quisiera?

—*It's up to you.*^[5]

Andrew Morton asintió en silencio. Nadie se lo tenía que recordar. A pesar de llevar apenas unos meses en España, amaba la vida española, la manera desenfadada de los españoles de afrontar las cosas, su alegría después de años oscuros arrasados por el dolor y las penurias, el sol bañándole la cara... Y también a los españoles. Uno se lo quitaron y su alma se rompió en mil pedazos. Aún rota, echaba de menos la compañía con la que soñaba todas las noches, a la que lloraba amargamente. Su inocencia, su mirada, su alegría.

—Dicen que a esta cafetería suele venir Ava Gardner... —dejó caer Andrew Morton con tono de excitación—. ¿Te imaginas que entrara por esa puerta?

—Quién sabe. Se la ha visto por Madrid en alguna que otra ocasión —aseveró David Estévez—. En los mentideros, algo muy propio de aquí, se cuenta que está enamorada de la ciudad, de sus gentes, del ambiente.

—*True!*^[6] —asintió Andrew Morton con una sonrisa— ¡Daría lo que fuera por verla entrar por esa puerta! ¿Tú no?

Estévez prefirió no contestar. A cambio, suspiró. Ava Gardner le recordaba tanto a su mujer... Y una película en especial, *Venus era mujer*, que vio por primera vez cinco años antes en un cine de Washington. Fue la mejor excusa que encontró para pasar más tiempo con una preciosa pelirroja de la que se quedó prendado nada más verla. Ava, bellísima, era inalcanzable, pero no aquella pelirroja que se llamaba Daisy, con la que se casó un año después, tuvo un hijo al siguiente y a los que tanto echaba de menos.

—Daisy... —musitó.

—¿Es este hombre?

La pregunta de su compatriota Morton rescató a David Estévez del ensimismamiento en el que se había zambullido y del que no le apetecía salir. Siguió la mirada del otro hasta la cristalera, donde reparó en la figura de un

hombre que escudriñaba el interior del local hasta que se fijó en ellos. Entonces, entró.

—Así que usted es Andy...

Gonzalo Suárez estrechó la mano del americano que le presentó David Estévez. Ambos, de pie, se dedicaron a estudiarse mutuamente durante unos instantes. A ojos de Andrew Morton, el inspector de segunda resultaba un tipo de buena presencia y aspecto interesante. Salvo los ojos, muy apagados, lo demás en su rostro le provocó una agradable reacción. Interesante, sin duda, Gonzalo Suárez, de no ser por su manera de vestir, un tanto vulgar. Nadie negaría nunca su condición de policía por mucho que cambiara de atuendo, pensó Morton. Demasiado evidente. Demasiado policía.

—Es un placer para mí conocerle, señor... —Andrew Morton se quedó pensativo, buscando en su cabeza un nombre, el que esa misma mañana le dio David Estévez y que ahora había olvidado por completo.

—Gonzalo Suárez. Inspector de segunda del Cuerpo General de Policía.

¿Qué narices hacía un tipo así enamorándose de otro hombre? Esa pregunta no se le marchaba de la cabeza a Gonzalo Suárez. Rubio, de mirada azul intensa y rasgos faciales suaves, Andrew Morton era un regalo para los ojos de cualquier mujer. Y su cuerpo, fornido, bien perfilado, una tentación que ningún miembro del género femenino osaría rechazar. Pero le gustaban los hombres. Algo que nunca llegaría a entender.

—Siento lo ocurrido con Manuel —escupió, casi a bocajarro, Gonzalo Suárez.

—Se lo agradezco.

—¿Desea tomar algo, inspector? —terció David Estévez entre los dos.

—Café largo con leche, si es posible —pidió Gonzalo Suárez.

—¿Solo? —volvió a preguntar Estévez.

—No, con leche. Y largo.

—Quería decir si no quiere nada para acompañarlo —inquirió el americano, a modo de disculpa, con su sempiterna sonrisa en los labios.

—¡Ah! ¡No, no! Así está bien.

El trío tomó asiento y Gonzalo Suárez extrajo del interior de su abrigo la habitual libreta con la que tomaba notas. En la calle llovía. Llevaba dos días haciéndolo. Una lluvia fina, algo fría, y que vino a contrariar el clima apacible y soleado de jornadas anteriores.

—Andy es la primera persona interesada en que este asunto se esclarezca lo antes posible. Como le indiqué en nuestro primer encuentro, le revelará toda la información que usted considere oportuna —explicó Estévez con voz neutra y con un tono apenas audible para las tres personas sentadas en torno a la mesa junto al ventanal de la cafetería.

—No me interesa más que una cosa —comenzó a hablar Gonzalo Suárez tras aclararse la voz—. ¿Qué sabe de José? Si es que ese es su verdadero nombre, claro está.

—¿Por qué no habría de serlo? —preguntó, extrañado, Andrew Morton—. ¿Acaso la gente va inventándose su nombre en España?

—Usted lo ha dicho. Esto es España —precisó el inspector, casi sin dejar de terminar la frase al americano—. Puede que esa licenciosa manera de ver la vida que usted se gasta sea vista de una manera más permisiva en su país. Aquí digamos que...

—No es que no esté bien aceptada, es que los que somos como yo estamos perseguidos; pero no se equivoque, también en mi país —Andrew Morton se encargó de completar la frase—, y en todas partes.

—Aténgase a las consecuencias. —El agente zanjó la cuestión sin rodeos y con gesto sombrío—. Cualquier precaución es poca, por lo que puede que esa persona se llame de otra manera. En su lugar yo haría lo mismo.

—Puede ser... —Andrew Morton se restregó el mentón con el pulgar, anular y dedo índice de su mano derecha—. Manolito siempre le llamó así y era una persona a la que no le gustaba que le mintieran.

—Demos entonces por bueno José como nombre —admitió Gonzalo Suárez encogiéndose de hombros.

—Tipo peligroso —apuntó su interlocutor casi sin pestañear—. Muy peligroso.

—¿Diría que esta es su descripción? —preguntó el policía desdoblado sobre la mesa el papel en el que estaba pintado el retrato del protagonista sospechoso de la conversación.

—Sí, podría ser... —El americano se llevó la mano a la barbilla después de contestar. Gonzalo Suárez percibió que olía a loción fresca para después del afeitado, por lo que dedujo que sería de ese tipo de personas que gustan de cuidarse y se empeñan en transmitir una imagen pulcra—. Creo que tenía el cabello algo más largo y que le colgaba por detrás. ¡Ah! Y el bigote lo recuerdo un poco más fino.

El inspector cogió el lápiz con el que solía tomar notas y completó el dibujo del sospechoso con la descripción que estaba aportando Andrew

Morton.

—¿Así? —quiso saber mientras se lo mostraba.

—Mejor.

—¿Qué más recuerda de él?

—Era un tipo muy peligroso, como le digo. Manolito temblaba cuando le veía. Por eso me extrañó tanto que le pegara como lo hizo la última vez que coincidimos en aquel local del centro. Puede que fuera su manera de decirle que quería verlo fuera de su vida, que no le temía.

—¿Por qué le temía tanto?

—José presumía de conocer a gente muy poderosa, de que visitaba un sitio llamado El Pardo cada cierto tiempo.

—Supongo que sabrá que es la residencia de su Excelencia, el general Francisco Franco, caudillo por la gracia de Dios.

Andrew Morton y David Estévez se miraron sorprendidos tras escuchar el comentario, motivado por el fanatismo de buena parte del pueblo español hacia una figura que ambos consideraban repulsiva. O por el miedo, el temor de la otra parte a mostrarse desafecta al régimen. Un país extraño la España que los acogía desde hacía unos meses.

—Manolito decía que mientras estuvieron juntos su vida fue muy cómoda —prosiguió Morton—. Le tenía a cuerpo de rey, e incluso le consiguió un trabajo. Pero, a cambio...

—Exigió contrapartidas, imagino.

—Fantasías inimaginables, cosas que nadie soportaría. Tanto que no quiero ni recordarlas. Un ser así debe de ser... —Andrew Morton bajó la cabeza y se tapó la frente y los ojos con la mano derecha—. *Oh, my God! It was so disgusting!*^[7]

—Desagradable —tradujo David Estévez, atento a los giros idiomáticos de su compatriota.

—Hasta que usted entró en la vida de Manolito —arguyó Gonzalo Suárez.

—Para él fue una liberación. Me lo confesaba a cada momento. Vi en él a una persona que había sufrido demasiado y que ansiaba paz. Necesitaba a su lado a alguien que le entendiera, que le quisiera de verdad. Esos ojos llorosos, esos labios que ansiaban un beso de amor...

—Y eso José no se lo perdonó.

—Nunca. Sufrió cuando le dijo que lo suyo había llegado a su fin. Quiso mucho a José, pero al José de los comienzos. Una persona atenta, cariñosa, dulce, que conforme avanzó la relación se convirtió en un ser sádico que

disfrutaba causando sufrimiento. Se valió del poder que decía tener. Un ser malvado, muy malvado.

»Yo solo le di el cariño que necesitaba, nada más. Quise que se sintiera de nuevo persona. Fue poco el tiempo que estuvimos juntos, pero llegué a quererle como a ningún otro hombre en mi vida. *I swear to you,*^[8] inspector!

—Que lo jura —tradujo Estévez al requerimiento de Gonzalo Suárez, que con la mirada le pidió ayuda.

—Le ofrecí un trabajo en la embajada, lo que fuera con tal de alejarle de José, cuya relación con el dueño de la camisería en la que trabajaba me provocaba escalofríos —siguió relatando Morton—. Pero no quiso. Me juró que en mi compañía no tenía por qué sentir miedo y por eso iba a trabajar todos los días a la camisería sin importarle las miradas de su jefe, los comentarios... —Tragó saliva, que con dificultad descendió por su garganta. El inspector atisbó lágrimas en los ojos de Andrew Morton—. No sé si eso fue lo que le empujó a pegar a José con tanta rabia aquella noche. No era para nada violento. Era, era...

Andrew Morton arrancó a llorar. David Estévez le ofreció su pañuelo para que se secara las lágrimas. Con la mirada indicó al policía la conveniencia de dar por terminado el desayuno. Su compatriota necesitaba aire, respirar. Gonzalo Suárez lo entendió.

—Creo que lo mejor sería dejarlo aquí —le indicó—. ¿Le importaría que acudiera a usted de nuevo si encontrara algún dato del tal José?

Morton asintió con la cabeza secándose las lágrimas. Gonzalo Suárez se levantó y le dio unas breves y cariñosas palmadas en los hombros a modo de despedida. A Estévez le dedicó una inclinación de cabeza que el otro correspondió de idéntica manera.

Ya en la calle, al inspector le recibió la lluvia acompañada de una fría ráfaga de viento que agradeció. Disponía de dos cartas ganadoras. Se las había proporcionado Andrew Morton. Dos cartas de una misma partida para distintos jugadores. Dos cartas que, jugadas con astucia, le conducirían a donde quería llegar.

Se subió el cuello del abrigo y se cubrió la cabeza con el borsalino antes de empezar a caminar sin rumbo por ese Madrid que tanto le gustaba a David Estévez. Pasos por calles igual de silenciosas que su manera de actuar a partir de entonces. Lo haría sin la red del Cuerpo General de Policía. Se lo debía a mucha gente y también se lo debía a sí mismo. Por su orgullo y dignidad del policía que siempre quiso ser.

El domingo estaba a punto de ser historia para dar la bienvenida a una nueva semana. El primer mes del nuevo año cogía vuelo, lo mismo que las manos dentro del discreto local en el costado de la avenida de José Antonio por el que Liborio Solís, revoloteaba cual mosca buscando flor que libar. Miraba a unos, saludaba a otros y componía un mohín de tristeza cuando lo que veían sus ojos era una cara que antes escrutó con la esperanza de un calor que ahora calentaba los ánimos de un rival. En ocasiones buscaba un espejo y se revisaba el peluquín. Más que estuviera en su sitio, que le preocupaba como buen coqueto que era, evitaba que asomara el recuerdo del brutal encuentro que mantuvo el día anterior con el tipo de ojos fríos que decía llamarse João, de cuya ausencia se cercioró antes de poner los dos pies en el local. Un gesto del camarero a su requerimiento le indicó que no tenía nada que temer.

Liborio Solís se detuvo junto a una pareja de hombres que le sacaban, como poco, una cabeza. Detalle que a él no le suponía ningún problema. La altura no pasaba de ser una mera tara física que suplía con arte y maña. Lo aprendió durante la República, cuando los aceros brillaban a la luz de la luna en las calles del Albaicín; cuando su nombre quedaba de puertas para fuera de ciertos locales reservados a personas como él. De puertas para dentro era el Canelita, el que llegaba a empalagar si se lo proponía. Suplía la baja estatura con el don de la palabra, del verso justo, de la mano rápida. Fino como un junco, llamaba la atención, y a más de uno alegró el amanecer en camas que sudaban en invierno como si fuera el mismísimo verano. La guerra y el hambre estropearon su figura, y el Liborio Solís que acabó deambulando por las calles del Madrid de la posguerra en nada se parecía al que diez años antes deslumbraba en las de Granada.

Unos ojos le observaban ocultos tras una cortina. Iban donde él iba, le seguían sin descanso, y el dueño de aquellos ojos asomó la cabeza en un par de ocasiones para comprobar con quién departía el granadino en cada momento mientras los que bailaban —ya eran cuatro las parejas que lo hacían— se dejaban llevar por la voz de Nati Mistral —«Están clavadas dos cruces en el monte del olvido, por dos amores que han muerto, que son el tuyo y el mío»— se abandonaban a la música y el momento. La tranquilidad, o más bien la seguridad. Estar allí, en ese local, protegidos por un silencio interesado. Esa España que miraba a otro lado, que callaba gritos, en ocasiones, difíciles de hacer callar.

Liborio Solís se acercó a la barra reclamado por el camarero, que parecía querer decirle algo.

—Alguien te mira desde detrás de la cortina. Y hace un buen rato ya —le confesó en voz baja.

—¡Ay, virgencita mía! ¿Estás seguro de que no es esa mala bestia de ayer otra vez?

—¡Que no, Liborio! Le he visto una vez así, de refilón, y me ha parecido más...

El camarero no terminó la frase. Carraspeó y cogió un trapo, con el limpió la barra hasta dejarla brillante como el jaspe. Antonio Machín invitaba ahora al baile con la misma naturalidad con la que las parejas se insinuaban, o bien acomodaban las manos en lugares donde la tibieza se convertía en un calor que despertaba alegrías.

—¿Me permite?

Un tipo cogió al Canelita y lo apretó contra su cuerpo para iniciar un paseo peculiar por el local. Liborio Solís se percató de que su compañía no conocía ni el más mínimo paso de baile. Intentó despegar la cabeza del pecho de su pareja, pero desistió. Quien fuera le había agarrado bien. Estaba a su merced y, sin embargo, la compañía le provocó una sensación de bienestar que empezaba a disfrutar.

—¡Cuánto ímpetu, por Dios! —dijo el granadino para que su pareja de baile pudiera escucharle—. ¿Dónde has estado todo este tiempo, ricura?

—Ocupado.

—Bendito sea el momento en que decidiste venir hasta aquí —admitió Liborio Solís rodeando con sus brazos cortos el cuerpo de la otra persona.

—Vengo porque te necesito.

—¿Qué quieres de mí, corazón?

—Un hombre.

—Estás en el lugar adecuado —admitió el Canelita, preso de una repentina excitación—. Yo te puedo dar todo lo que me pidas.

Dicho lo cual, bajó uno de sus brazos hasta el culo del tipo y con la mano izquierda se lo acarició con calma. La pareja dio un respingo, sorprendida.

—¡Pero...! ¿Qué estás haciendo?

—¿Es que no te gusta, amor mío?

—¡Lo que no te va a gustar es la patada en los cojones que te voy a soltar como no apartes la mano de ahí *ipso facto*!

El que ahora dio el respingo fue Liborio Solís. Al fin consiguió separar la cabeza del pecho del hombre con el que bailaba. Le saludaron los ojos encendidos y el rictus nada agradable del rostro del inspector Gonzalo Suárez.

—¡Oigh! ¡Oigh! ¡Oioioiiiih! —El granadino, dominado por la sorpresa, solo chillaba—. ¡Pero qué hace usted aquí, ins...!

—¡Sigue bailando y no me montes un escándalo! Así que mantén el ritmo y tengamos la fiesta en paz.

Gonzalo Suárez había lanzado un par de miradas a su alrededor para percatarse de que nadie había reparado en ellos. Las parejas que bailaban a su alrededor seguían haciéndolo y también charlando los que preferían eso en lugar de dejarse llevar por la música.

—¡Pero qué ritmo! ¿Se puede saber dónde aprendió a bailar? ¡Si se mueve menos que el mástil de una bandera!

—¡Que no sé bailar, así que disimula!

—Lo que usted me diga, inspector.

El Canelita volvió a deslizar la mano que tenía libre por la parte trasera de Gonzalo Suárez, que agarró con frenesí.

—¡Te he dicho que disimules!

—¿Y qué se cree que estoy haciendo? ¡*Oihg!* ¡Hay que ver qué bien puesto lo tiene usted!

—¡Como me vuelvas a tocar el culo, mañana te dejo todo el día en la comisaría en compañía de tu amigo Martínez! ¿Estamos? ¿Estamos?

—¡Ay, si usted quisiera, inspector...! —repuso, guasón, Liborio Solís.

—Canelita...

La mirada que le dirigió Gonzalo Suárez le advertía de cosas nada agradables. Liborio Solís decidió tomar la iniciativa del baile, visto el nulo arte del policía en esas lides. En su lento deambular por el local se chocaron con otra pareja. Se besaban y acariciaban. Mientras, el granadino, atento a la música, componía un paso que no le fuera difícil de seguir al agente.

—¿Y se puede saber qué tipo de hombre necesita? —preguntó el Canelita llevando al policía con paso firme. Incitado por Antonio Machín, que ahora cantaba *Mañana lo sabrás*, se pegó a su cuerpo.

—Quiero que me digas dónde puedo encontrar a José.

Duró apenas un segundo, pero los dos los notaron. El escalofrío que recorrió la rechoncha figura de Liborio Solís también lo percibió Gonzalo Suárez. Al granadino se le heló la sonrisa y su rostro adquirió una expresión sombría. Pocas dudas le quedaban ya al inspector de que conocía al tipo que estaba buscando.

—Olvide ese tema —le pidió el granadino, desprovisto su tono del habitual toque desenfadado que solía gastar—. Además, ¿no estaba usted

suspendido de empleo y sueldo por desobedecer las órdenes del comisario Martínez?

—Me incorporo esta semana.

—¿Qué pretende? El caso está cerrado.

—Oficialmente, sí.

—Ya está.

—Lo que haga o deje de hacer con el caso es cosa mía. Y voy a seguir adelante. —Gonzalo Suárez bajó tanto la cabeza que su nariz rozó la del granadino. Solo unos centímetros separaban sus bocas—. Y tú me vas a ayudar.

—¡A mí no me meta en sus jaleos!

—¿Eso es lo que decías apreciar a Manolito?

—Que Dios lo tenga en su gloria —dijo Liborio Solís levantando la vista al techo—. Pero de donde está ya nadie le va a mover.

—Así que no piensas ayudarme...

El Canelita estuvo tentado de separarse del inspector, de gritar a todo el mundo que el tipo con el que estaba bailando era un policía que le estaba importunando. Conocía a un par de personas presentes en el local que podrían inhabilitar a Gonzalo Suárez de por vida, por ejemplo. Lo que no quería era reabrir una herida que el enigmático João le había aconsejado cerrar definitivamente la noche anterior. Por su bien.

—Nada de lo que haga servirá para devolver la vida a Manolito.

—¿Me niegas tu ayuda con todo lo que te he protegido?

—¡No me lo ponga usted más difícil! —protestó el granadino.

Al fin se separaron. Lo hicieron cuando Antonio Machín puso fin a su canción. Gonzalo Suárez miró al Canelita con tristeza. Este tenía el rostro blanco, sudoroso, y poderosas razones por las que no quería confesarle lo que el policía quería saber. Pero algo llamó su atención. Volvió a aproximarse al granadino. Con un gesto rápido le levantó la parte delantera del peluquín.

—¿Se ha vuelto loco?!

—¿Y esa herida?

—¡Métase en sus asuntos y déjeme en paz!

Gonzalo Suárez se dio cuenta de que, ahora sí, los dos se habían convertido en el centro de atención del local. Miradas curiosas, unas, nada amistosas otras, y ciertas caras de estupor a su alrededor. Lo que se dice llamar la atención en toda regla. Sin embargo, lo daba bien empleado. Toda vez que, gracias a esa acción, comenzó a sospechar que la negativa de Liborio Solís a colaborar con él tenía su razón de ser en la herida que descubrió bajo

su pelo postizo. Y era tan reciente que dudaba si se la habían hecho ese mismo día o el anterior. Pero tenía claro que quien se la hizo firmó con ella un pacto de silencio que Liborio Solís no rompería, así como así.

—Con Dios, Canelita.

Gonzalo Suárez cogió su abrigo y se marchó del local, en él quedó Liborio Solís, muy alterado. Se acercó a la barra y pidió al camarero un vaso de *whisky* solo.

—Pero si tú... —protestó el camarero.

—¡Que me lo pongas, he dicho!

Con la misma rapidez que se lo sirvió se lo llevó a la boca. Luego tosió apoyándose en la barra, donde el camarero le vio hundir la cabeza entre los brazos soltando improperios y golpeándose contra la madera de la barra. Al poco, los improperios dieron paso a un tímido sollozo y el sollozo a una llorera sin consuelo.

capítulo 14

Madrid, 27 de enero de 1953.

En los papeles se hablaba del susto en el cuerpo que aún tenían los habitantes de Carabanchel. Y no era para menos: el pavimento se había hundido el día anterior a la altura del número 171 de la calle general Ricardos, donde la línea del tranvía había quedado suspendida en el aire. Nada extraño, por otra parte. Algo demasiado frecuente en un Madrid lleno de calles que dejaban al aire vergüenzas de una ciudad que aspiraba a ser lo que todavía no era.

Pero también hablaban del paseo que se dio el Málaga ante el Atlético de Madrid el domingo anterior en el Stadium Metropolitano. Uno a tres a favor de los malacitanos fue el resultado final. Lo de menos. Lo peor, las protestas, insultos y el desagrado con el que los socios y aficionados colchoneros despidieron a su equipo bajo un cielo que amagó con descargar una lluvia que solo fue de goles, y en el terreno de juego. El cabreo todavía era patente en el rostro de uno de esos aficionados. El inspector Gonzalo Suárez regresó a casa mascullando una derrota que escoció por igual a sus compañeros de la Gradona, la enorme grada del Fondo Oeste construida sobre una hondonada natural. ¿Cuánta gente cabía en ella? Solo se sabía —él y todos los que allí veían los partidos— que cuando el *Atleti* marcaba un gol la hinchada gritaba, se agitaba y botaba sin miedo a que el suelo se abriera bajo sus pies, lo cual podría ocurrir cualquier día.

Había otro acontecimiento que le provocaba un mal humor que no podía disimular: ese día se reincorporaba a la comisaría. La sanción del comisario Exuperancio Martínez había concluido: volvía a ser policía en activo. ¿Qué haría a partir de ese momento? Lo que fuera. Había demasiadas cosas que investigar. La prensa estaba llena de sucesos, y esos solo eran los que podían contar. Algunos ni siquiera llegaban a los medios y, cuando lo hacían, ya estaban resueltos. No se iba a aburrir, desde luego. Aunque lo que le quitaba el sueño era el caso de Manuel Prieto, del que ya había conseguido acumular tantas pistas como incógnitas.

En ello pensaba mientras apuraba el café que decidió tomar antes de entrar en la comisaría. La cafetería estaba tranquila. Todavía no se notaba el trajín de clientes que llegaría en breve, cuando las ganas de quitarse el sueño y de inyectarse algo de cafeína en las venas atrajeran hacia ella a oficinistas, comerciantes, viajantes y toda clase de profesionales.

Gonzalo Suárez se había fijado como prioridad resolver el caso, y lo haría. Una cuestión personal. Poco le importaba que el comisario lo hubiera dado por cerrado. Andrew Morton le había puesto sobre la pista del principal sospechoso. Lo que no esperaba era la negativa de Liborio Solís a colaborar. Negativa cuyo origen se encontraba en la herida que el granadino se afanaba en ocultar bajo el peluquín. Quién y por qué eran dos preguntas para las que quería encontrar una explicación. Y no dudaba que le conduciría hasta el asesino de Manuel Prieto.

Puede que quedara lejos el 12 de enero de 1943, cuando recibió el título e insignia que le acreditaban como agente de tercera clase del Cuerpo General de Policía; cuando le insistieron en que tenía que ser policía las veinticuatro horas del día, tanto en la vida pública como en la privada. Debía ser un espejo en el que los demás se miraran; cuando le exhortaron a cumplir con su deber y a dar su vida por Dios, por Franco y por España, entre otras cosas. El día en que vio a su madre llorar de alegría. Antes de esta ocasión hubo otra, pero no la conoció. Él estaba en el frente, luchando en una guerra que no entendía y en un bando del que no sabía nada. Vinieron a por los jóvenes de la zona y se lo llevaron. También a por su padre, un par de días después, al que le descerrajaron un tiro en la sien por no querer dar una escopeta de caza a un sargento del mismo bando con el que luchaba su hijo. Sí, aquel día de enero quedaba lejos, pero no sus ganas, intactas por cumplir los preceptos que escuchó el día en que se convirtió en policía nacional. El motivo por el que juró a su madre que nunca más una madre lloraría la muerte de un marido o de un hijo sin conocer el porqué de esa muerte.

—¡Coño!

Gonzalo Suárez se disponía a pagar el café cuando ese grito le sobresaltó. Su autor, que acababa de entrar en la cafetería, fue el comisario Exuperancio Martínez. El cuerpo también le pedía su primera dosis de café del día.

—¿Se puede saber qué hace aquí? —preguntó el comisario después de pedir un café solo bien cargado.

—¿Acaso no recuerda que me reincorporo hoy?

—Claro que lo sé. Pero el que no tiene claras las cuentas es usted — admitió Exuperancio Martínez encogiéndose de hombros.

—Comisario, me suspendió de empleo y sueldo una semana, y eso ocurrió el martes pasado, día 20...

—¡Que sí, cojones! Siete días. Hoy se cumple el séptimo, así que hasta mañana.

—Pero...

—No hay peros que valgan, las normas son las normas. Aún le queda libre el día de hoy, así que aprovéchelo para hacer lo que quiera.

Gonzalo Suárez compuso un mohín de decepción. Un día. Un día entero sin nada que hacer. ¡Ansiaba tanto volver a la rutina! Pero el comisario Martínez no iba saltarse el reglamento. Él, tan proclive a pasárselo por el forro de los pensamientos cuando así le convenía, ahora esgrimía una legalidad que interpretaba a su libre albedrío. Era su manera de demostrar la autoridad que le confería un cargo ganado a base de favores, nunca por merecimientos.

—Cóbrese, y también el del comisario.

Gonzalo Suárez dejó el importe de los cafés encima de la barra del bar y se despidió del camarero dirigiéndole una señal con la cabeza. Igual que hizo con su superior, que comenzó a hojear el periódico mientras esperaba a que le sirvieran el café.

—Por cierto, espero que se le hayan quitado las ganas de remover el caso del violeta de la Casa de Campo...

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó el inspector, un tanto sorprendido—. ¿No dijo que ya estaba cerrado?

—Y lo está. Pero ¿cuántas veces ha continuado usted casos por su cuenta hasta resolverlos? El de la gitana muerta en Fuencarral, el de los estraperlistas de Embajadores —enumeraba el comisario ayudándose de los dedos de su mano izquierda—. ¿Sigo?

—Me pudo mi deber de policía.

—Como ahora. ¿O me equivoco?

Gonzalo Suárez resopló antes de contestar. Exuperancio Martínez le miraba con fijeza. El oficio, el roce, años de comisaría juntos. Se conocían demasiado bien.

—Eso era antes —respondió al fin Gonzalo Suárez—. Me voy haciendo mayor.

—Lo celebro.

—¿Que me haga mayor? —replicó el inspector, con sorna.

—Que ya no quiera hacer las cosas que hacía en su juventud. Ya ha levantado usted demasiados avisperos, ¿no cree?

A un centenar de pasos de distancia se abría un mar profundo y oscuro solo roto por unas cuantas farolas. Un escenario peligroso y bronco. Se palpaba en la atmósfera, extrañamente silenciosa. Hasta allí llegaban ecos perdidos de coches y camiones, retazos de una humanidad que había conquistado su condición frente a otra que aspiraba a lo mismo sin conseguirlo. En el corazón de ese escenario lúgubre se respiraba vida de día. De noche se convertía en el reino de los lamentos, de los quejidos, del ansia de alcanzar lo que a sus habitantes les estaba vedado.

Gonzalo Suárez arrojó la colilla al suelo, donde la aplastó con la punta de su zapato derecho. Pequeñas chispas rojizas despidieron al efímero compañero del inspector. ¿Qué hacía allí? Se lo estaba preguntando desde antes de encender el cigarrillo del que se acababa de deshacer. Se dejó llevar. Por eso había acabado allí, básicamente por dos razones: la primera, que en casa únicamente le esperaba un libro. Gonzalo Suárez buscaba los espacios abiertos, la extraña sensación de libertad que suponía sentirse fuera de las cuatro paredes que tanto le asfixiaban. Por eso se dedicó a vagar por las calles de Madrid tras despedirse del comisario Martínez, sin rumbo ni cobijo. El día —sol tibio en el cielo, ganas de andar en el cuerpo— le invitó a caminar sin rumbo ni destino. A media tarde, cansado y harto de vagar sin más criterio que el tiempo que perdía, enfiló el paseo de las Delicias. Incluso pasó por delante del colmado de Inés cuando el sol estaba a punto de plegar sus rayos hasta la jornada siguiente. Las primeras farolas encendidas le saludaron en la calle Cáceres, cuya acera izquierda acotaba un extremo del poblado de Jaime el Conquistador.

La segunda, los avisperos a los que refirió el comisario Martínez esa misma mañana. Demasiados, en su opinión. ¿Sería el caso de Manuel Prieto otro avispero? Por el modo en que se había expresado su superior, no le quedaba duda. Más respuestas para las nuevas preguntas. Y le daba igual ver a Rosa Prieto que a Escolástica Sainz. Cualquiera de las dos le serviría para saciar su sed de datos, de detalles, de cualquier pista que le permitiera resolver el caso. No solo le perdía su condición de agente del orden. En esta ocasión era una fuerza poderosa la que tiraba de él. El sabor de lo desconocido, el aroma del peligro, el color de la oscuridad y de sus madejas. Extrañas conexiones que buscan un porqué. Y él quería conocerlo.

A su espalda escuchó pasos. Se giró para cerciorarse de la identidad de su propietario y la oscuridad le devolvió el eco de las pisadas, rápidas y rítmicas, que iban en su misma dirección. Se sintió más seguro con la mano dentro del

abrigo y apretando el gatillo de su revólver marca Astra, que ocultaba en la funda sobaquera. Respiró y retiró la mano del arma en el momento en que los pasos le revelaron quién tenía a su espalda. Una mujer que gustaba de caminar con prisa. El tacón alto que provocaba el singular ruido al que dejó de prestar atención por mucho que estuviera cada vez más cerca de él. Así rebasó al inspector, que la vio pasar esquinando la mirada. Una chica resuelta, bien arreglada. Eso le pareció en primera instancia, hasta que el detalle del abrigo no le pasó desapercibido, ni tampoco el peinado de la mujer. Por eso se atrevió a articular un nombre. Decidió jugársela.

—¿Escolástica?

De ser ella, supuso, se detendría. De lo contrario seguiría andando, como así hizo la mujer. Pero unos metros más adelante se paró y miró hacia atrás, donde se topó con la presencia de Gonzalo Suárez.

—¿Inspector Suárez? —dijo ella con voz sorprendida.

—Así es.

—¿Qué está haciendo aquí? ¿Ocurre algo?

—Nada. Llegué andando sin rumbo y me disponía a regresar a mi casa.

—¿Quería algo de mí o de Rosa?

—En absoluto. El aburrimiento, ya ve usted las cosas que provoca.

—Sí que tiene usted una manera rara de matarlo... —dijo ella con cierto sarcasmo, que él ya le conocía. Ya juntos, volvieron a caminar—. Por cierto, tuve constancia de lo ocurrido con el caso. Lo lamento mucho.

—¡Vaya! Las noticias vuelan. ¿Y no le dijo nada más la persona que le informó?

—Que el caso está cerrado. ¿Tendría que haberme dicho algo más? — Escolástica Sainz dejó la frase en suspenso. Miró al policía con los ojos entornados antes de continuar—. Esa persona, digo.

—No, no —Gonzalo Suárez negó con la cabeza—. Cosas mías. Por cierto, ¿se lo ha dicho a ella?

—¿A Rosa? No, no lo sabe. Prefiero verla vivir con la esperanza de saber quién y por qué mató a su hijo.

—Mejor.

Escolástica Sainz caminaba con paso firme. La calle Cáceres parecía contener la respiración mientras ella recorría su inestable superficie. Los tacones impactando en el suelo —toc, toc, toc—, la manera en que su cuerpo se cimbreaba bajo el abrigo privando al inspector de esa agradable visión.

—¿Le importa que la acompañe? Por tener algo de compañía. Andar tanto tiempo solo afecta, se lo puedo asegurar.

—Tengo prisa, así que tendrá que apretar el paso.

—No es necesario que me lo jure —dijo Gonzalo Suárez, al que le costaba seguir a la muchacha—. ¿Acaso va a apagar un incendio?

El policía obtuvo la llamada por respuesta. A una decena de metros las farolas del paseo del Canal anunciaban el regreso a la civilización. La arteria confluía en la Glorieta de Santa María de la Cabeza, y de ahí, ya como paseo con el nombre de la santa madrileña, subía hasta la de Atocha; punto a partir del cual Madrid adquiriría un tono más señorial, en unos casos, o moderno, en otros. Golfo, silencioso y secreto cuando caía la noche, en todos ellos.

—¿Es que no me va a contestar, señorita Sainz?

Escolástica Sainz suspiró cuando ambos desembocaron en el paseo del Canal. El autobús número 6 ya subía desde la plaza de la Condesa de Pardo Bazán.

—¿Por qué habría de hacerlo? —se decidió al fin a contestar ella—. ¿Acaso es de su incumbencia saber lo que hago o dejo de hacer?

—No, no lo es, desde luego.

La mueca de disgusto dibujada en los labios de Escolástica Sainz advirtió al inspector Suárez de que la conversación la estaba importunando. Lo venía notando desde que se encontraron al pie del poblado donde vivía. Una sensación extraña. Daba la impresión de que la presencia del policía la incomodaba y por razones que Gonzalo Suárez desconocía, Escolástica Sainz deseaba desprenderse de su compañía.

Aquella levantó la mano al paso del autobús antes de escrutar el rostro del inspector, como si buscara en la expresión grave con la que le obsequiaba el repentino interés por saber de su vida, de sus planes, de sus intenciones. Fue la primera y única vez que lo hizo. Esos ojos negros, pensó el agente. Un inmenso pozo al que arrojarle. Quien tuviera la suerte de hacerlo. Y a tenor de la manera en que iba vestida y cómo olía a suave perfume, ella ya tendría quien se ahogara en ellos.

—Discúlpeme, inspector. No ha sido un buen día. Si quiere puede venir en cualquier otra ocasión a tomar café y podemos hablar de lo que quiera, pero le ruego que no insista hoy. Hoy no.

La puerta delantera del autobús se abrió y Escolástica Sainz subió al interior con rapidez, la misma que empleó en abonar los ochenta céntimos del billete. La puerta se cerró y el autobús, renqueando, se incorporó nuevamente a la escasa circulación. Algunos coches lo escoltaban camino de Santa María de la Cabeza. Gonzalo Suárez encendió un cigarro y se animó a subir también por el paseo que recorría el autobús.

Sus tripas rugieron. Ya lo hicieron con anterioridad mientras caminaba al lado de la mujer que le había abandonado camino de donde ella quisiera. Su reloj refrendó la petición de las tripas, así que se dejaría caer por el colmado de los padres de Inés antes de subir a casa. No le vendría mal un cálido baño de simpatía antes de enfrentarse a la agria soledad que le esperaba entre las cuatro paredes donde vivía.

La niebla impedía ver más allá de un par de pasos de distancia. Aunque de no vestir dicho fenómeno meteorológico un arrabal del oeste de la ciudad, tampoco se hubiera visto mucho más dada la hora —noche cerrada sobre Madrid— y la ausencia de farolas que sembraran de cierta calidez lo que era un entorno desabrido.

Por ese agreste escenario caminaba un hombre con paso tranquilo, casi relajado. A su izquierda fluía el río Manzanares con calma, como si supiera que ir más deprisa tampoco haría de él el río que nunca sería. El hombre silbaba y en ocasiones cantaba en su idioma natal: «Velha taberna, nesta Lisboa moderna, és a tasca humilde e terna...». La canción era de una cantante cuya voz admiraba. Más que eso, la amaba en silencio. La conoció trece años antes en el Retiro Da Severa, un local de Lisboa donde rompía el alma con su voz. Una voz que relataba dramas con una dulzura nunca oída hasta entonces, mientras daba los primeros pasos hacia la eternidad. Volvió a llorar con ella tres años después, ya en Madrid, cuando el embajador de Portugal, Pedro Teotonio Pereira, contrató a la joven y menuda cantante a la que él amaba en silencio y que respondía al nombre de Amália Rodrigues. Aquel ya lejano 7 de febrero de 1943 João se jugó la vida por verla. Merecía la pena morir por ella.

Porque João Leite sabía que iba a morir. El cuándo y el cómo era lo que desconocía. Detalles sin importancia para alguien al que la muerte conocía tan bien. Moriría, sin más, y sin importarle demasiado. Una vez escuchó que el hombre debe dejar algún recuerdo de su paso por la vida. Un libro, un hijo, un árbol plantado. Él dejaría muerte, lo único que conoció. La saboreó cuando levantaba algo más de dos palmos del suelo. Puede que ocho, quizás diez años, no lo recordaba. Le cortó el cuello a su padre con una botella rota mientras dormía. Ras, ras. Una degolladura perfecta. Su venganza por el mal que le enseñó, por matar a su madre ante sus ojos en una noche de vino y gritos.

Fue la primera de muchas, que casi le costaron la vida. La peor de todas, cuando trabó amistad con un padre y un hijo. Muy fanfarrones, se pegó a ellos en una taberna de la parte alta de la Alfama de Lisboa. Ambos amanecieron con las tripas fuera en la misma cama. El botín: un centenar de escudos, varios collares y anillos de oro. La primera noche del año de 1941 no sería muy diferente de otras que conoció, pero sí la consecuencia. El tribunal que le juzgó no tuvo piedad con él y la condena a muerte pondría fin a una vida violenta y sin sentido. Dos días antes de que se ejecutara la sentencia escapó del penal junto a otros cinco reclusos. Él llegó a España sin saber qué fue de los demás, allí sobrevivía como podía. Entre otras cosas, matando. Su mejor habilidad.

El motor de un coche alertó a João Leite. Encendió el mechero para comprobar la hora en su reloj. Su cita llegaba puntual. Lo hizo a bordo de un automóvil de gran tamaño que apagó las luces cuando el conductor atisbó la silueta que tenía delante. Dos ráfagas, la señal convenida, indicaron al portugués que podía subir al interior del vehículo, que abandonó el citado conductor, feliz por estirar las piernas.

—Espero que sea importante lo que tiene que decirme —dijo João Leite a la persona que encontró sentada en el asiento trasero del coche. Él lo hizo en el del copiloto—. Creo que ya sabe que el frío no me sienta bien.

—¡No me jodas! —replicó aquella otra persona, que acompañó el comentario con una carcajada—. Será que no estás acostumbrado a él.

—Nunca termina uno de acostumbrarse, por si le sirve de algo. ¿Y bien?

—Lo que espero que me cuentes.

—¿Se refiere a lo del bujarrón? No creo que vuelva a dar problemas.

—Eso me gusta. No me interesa que se vaya más de la lengua.

—Creo que ya le dejé claro lo que podría ocurrirle llegado el caso.

—Lo dejo en tus manos. Si hay que darle pasaporte... —El tipo hizo una pausa. En ese breve lapso cruzó la mirada con João Leite. A pesar de la oscuridad atisbó en la del portugués el brillo propio de quien no precisa de órdenes para disfrutar con lo que más le gusta—. En fin. Qué te voy a contar, ¿verdad?

—Me conoce de sobra.

—Y tanto, João, y tanto.

Cinco años hacía que se conocían. Leite vivía de vender sus servicios a discreción. Un ajuste de cuentas, el cobro de una deuda, un recado para que el inoportuno amante dejara en paz a la mujer de una persona importante. Su fama fue creciendo en el Madrid más oscuro y silencioso. El portugués cuya

tarjeta de visita firmaba la muerte. Eso llegó a oídos del hombre que le había citado aquella noche del 27 de enero de 1953. Un pequeño servicio a modo de tanteo, tras el que vinieron un par de ellos más. El luso se reveló como una persona discreta y cumplidora, por eso recurría a él siempre que quería resolver las cosas a su manera, que era la misma que la de João Leite.

El hombre le entregó un sobre. En su interior, encontró unos cuantos billetes y una foto.

—¿Qué hay que hacer? —quiso saber Leite después de contar con rapidez la cantidad de billetes.

—Vigilar a esa persona y también recabar todo lo que puedas acerca de ella. Ya sabes, lo de siempre.

El conductor del coche abrió la puerta y ocupó su asiento. Ni siquiera miró al portugués, cuya presencia le intimidaba. João Leite entendió que el encuentro había llegado a su fin.

—¿Y el sarasa?

—Tampoco le pierdas de vista. Por si se complican las cosas.

—¿Crees que eso podría ocurrir?

—Menos la muerte nada es seguro en esta vida, amigo João. Nunca lo olvides.

João Leite se bajó del coche, cuyas luces engulló la niebla. Se guardó el sobre en el bolsillo interior de su abrigo y comenzó a caminar. Al tiempo volvió a recordar la canción de Amália Rodrigues —«És o templo da pinguinha, dois dos brancos, da gimbrinha da boémia e o pifão»—, que ahora cantaba sin miedo a que nadie le escuchara. Y pobre del que se atreviera a importunar su alegría.

Estaba contento. Siempre lo estaba con dinero en el bolsillo.

capítulo 15

Madrid, 19 de febrero de 1953.

—¡Dichosos los ojos!

El teniente Arturo Saavedra articuló aquella expresión de alegría con un tono demasiado impostado. La ensayó durante un buen rato, pero no consiguió darle el tono que deseaba. Y lo sabía. Se levantó del sillón que ocupaba en su despacho para saludar a la pareja de hombres que acababa de entrar. Les estrechó la mano y les conminó a tomar asiento en dos sillas preparadas para la visita. Los dos hombres se sentaron mientras, a su espalda, el alférez Jesús Ezquerro traspasaba la puerta del despacho cargado con una bandeja. Un termo de café recién hecho, una jarra de leche y bollería surtida, así como otra de zumo y un par de vasos hacían compañía a tres tazas de fina porcelana. El desayuno con el que el teniente había decidido agasajar a sus invitados Kevin McKormick y Andrew Morton.

—Caluroso recibimiento el suyo, señor Saavedra —replicó el más mayor de los dos hombres. Por la comisura de los labios del general asomó el brillo metálico de una muela—. Se agradece, sin duda.

—Es lo menos que merecen ustedes después de... —Arturo Saavedra entrecerró un ojo. Se tomó unos segundos para pensar antes de volver a hablar—. ¿Cuánto tiempo hace de la última vez que nos vimos? ¿Un mes? Puede que sí, ¿verdad?

—Algo más —apuntó McKormick, que cogió la taza que le ofreció el alférez. Andrew Morton, por su parte, prefirió un vaso de zumo de naranja.

—Espero que su estancia en Washington fuera fructífera y...

—Señor Saavedra —le cortó McKormick—. Si no le importa prefiero dejar esos detalles para otra ocasión y centrarme en lo que nos ha traído hasta aquí.

—Por supuesto —admitió el militar español, algo enfadado por la brusquedad de su homólogo.

—Y creo que a partir de ahora deberíamos ser más directos, ¿no cree?

—Si es así como quieren hacer las cosas...

—No se trata de hacerlas de una forma o de otra, sino de cerrar de una vez por todas estas negociaciones. ¿Le queda claro, señor Saavedra?

—Como el agua, mi general.

«Vendrán con ganas de cerrar las negociaciones cuanto antes. Les urge. Así se lo ha hecho saber Eisenhower en persona». Mientras Kevin McKormick y Andrew Morton daban buena cuenta del café y el zumo de naranja, Arturo Saavedra recordó parte de la conversación que mantuvo con el general Malo de Molina tres días antes, en la que le informó de la vuelta del equipo negociador norteamericano con el objetivo de firmar el acuerdo militar que uniría España al destino de los Estados Unidos. Cuanto antes, mejor.

El teniente Saavedra no se dejó impresionar por la seguridad y vehemencia con la que se expresaba el general McKormick. Malo de Molina le instruyó para lo que iba a pasar, como si previese el impulso con el que llegaría el equipo negociador americano a Madrid. «No es que esté acojonado, pero sí siente respeto por la URSS. El presidente Eisenhower dice poseer evidencias de que los rusos ya disponen de armas atómicas. Lo afirmó ante el Senado y el Congreso», recordó que le explicó el general después de tomar un café en Recoletos, de regreso al ministerio. Y él no es Truman. Ahora tiene a China entre ceja y ceja y ha determinado acabar con lo de Corea en el menor plazo posible, pero mira a Europa de reojo. No se fía de Stalin, como tampoco se fían de él en Londres. Y si estalla el alboroto nos necesitarán. Es nuestro momento, Arturo.

—Por lo que veo, han regresado ustedes con las ideas más claras que cuando se fueron... —apuntó con ironía el militar español.

—Puede ser... —dejó caer McKormick.

—¿O más bien es su nuevo presidente, el señor Eisenhower, al que Dios ilumine en su tarea, quien tiene las ideas más claras?

—¿A qué se refiere? —respondió, algo molesto, el general americano.

—Esa repentina preocupación asiática, la creencia de que los rusos posean armas atómicas...

La carcajada del americano no sorprendió al teniente, consciente del farol que se acababa de tirar. Una manera de ganar tiempo como otra cualquiera, y también de conocer las intenciones de su contendiente.

—Puede estar tranquilo en ese sentido, señor Saavedra. Nunca atacaremos a los rusos. Pero...

—Quieren atar todos los cabos sueltos, por si acaso. ¿Me equivoco?

—Para nada.

—Imagino que estarán al tanto de los planes rusos. Su nuevo Plan Quinquenal, por ejemplo. Se dice que se ha diseñado para preparar al país para la guerra...

—Le veo muy bien informado...

Arturo Saavedra sonrió por la referencia que el general norteamericano hizo a un artículo publicado en la revista *Fortune* —del que se hicieron eco algunos periódicos españoles—, y que preveía una ofensiva relámpago rusa sobre Europa o los Estados Unidos en un par de años, a lo sumo.

—Procuro hacerlo.

—Permítame un consejo: deje de leer basura —Kevin McKormick torció el gesto y su voz adquirió un tono más grave—. A cambio, céntrese en lo que realmente nos importa.

—Que es llegar a un acuerdo cuanto antes.

—Lo que sería bueno para ustedes.

—También para ustedes.

—Señor Saavedra, su obstinación puede resultar altamente irritante, ¿no se lo ha dicho nadie? —estalló el general McKormick—. ¿Sabe cuánto dinero se está perdiendo por culpa de personas como usted que se niegan a avanzar?

—Lo desconozco —replicó el militar español con serenidad. La ira le consumía por dentro y trataba de mantenerla a raya—. Si me lo dice usted...

—¡Por todos los santos! ¡Estamos hablando de millones de dólares! ¿Me ha oído bien? ¡Millones de dólares que nuestro Gobierno puso a disposición del suyo hace meses y que siguen sin destino concreto porque no se sabe si ustedes van o vienen en este asunto! ¡Y los necesitan! ¡Maldita sea, señor Saavedra! ¡Los necesitan! —El general McKormick estaba fuera de sí. A su lado, Andrew Morton asistía a la vehemente retahíla de argumentos del militar con aparente serenidad. Sin embargo, se sentía incómodo por la escasa diplomacia de la que hacía gala su compatriota—. ¡Así que dígales a sus superiores que acepten de una maldita vez todas las condiciones recogidas en los borradores y fírmenlos ya!

Arturo Saavedra ni siquiera respondió. McKormick y Andrew Morton, que no abrió la boca en ningún momento, se marcharon del despacho. El primero, preso de la ira; el segundo, todavía confuso por la escena. Saavedra tardó en serenarse. Para ello se encendió un cigarrillo y llenó su taza de café. Malo de Molina estaba en lo cierto, pero no esperaba una reacción tan extemporánea como la del general McKormick. Y eso le preocupaba. Los americanos habían vuelto con instrucciones muy claras: el acuerdo debía firmarse sí o sí y en el menor tiempo posible.

Saavedra marcó un número de teléfono y esperó a que contestaran. La voz que le escuchó notó el enfado y la agitación que todavía le embargaban. Por eso tenían que verse lo antes posible.

—He de atender una llamada y dar salida a un par de informes. Podemos vernos en una hora. ¿Dónde siempre? —preguntó su interlocutor.

—No, prefiero este otro lugar. Lo frecuento desde hace un mes, más o menos. Es nuevo —Arturo Saavedra hizo una pausa—. Creo que te gustará.

Tras comunicarle la dirección, colgó. Ya en pie, se dirigió a la ventana de su despacho. El reloj de pared marcó las seis de la tarde. El día se escapaba como un suspiro y en breve las tinieblas se encargarían de vestirlo todo con su oscuridad, que sería muy fría. Tanto o más que el día anterior, cuando la temperatura se desplomó hasta los tres grados bajo cero. Un poco de calor en el cuerpo no le vendría mal. El del alcohol que, igualmente, le ofrecería la suficiente lucidez para pensar qué hacer con los americanos.

Sentado en una butaca y con un vaso de *whisky* en la mano, el general Agustín Malo de Molina escuchó con atención el resumen de la conversación que el teniente Arturo Saavedra mantuvo un par de horas antes con los miembros del equipo negociador americano. El local donde ambos se citaron se encontraba detrás de los Nuevos Ministerios, a poca distancia de lo que sería la prolongación de la Castellana, una avenida larga y ancha sin más vida a sus lados que el estadio nuevo de Chamartín o la Colonia de la Prensa y de las Bellas Artes.

—No está mal... —dijo Malo de Molina después de echar un par de vistazos al local.

—Vengo desde hace un mes, más o menos. Me lo recomendaron. Como puedes ver, discreto y tranquilo.

—No me cabe duda —admitió el general. Una sonrisa se le escapó. A su alrededor departían algún que otro subsecretario, un director general, varios militares de alta graduación e incluso un ministro cuya rectitud moral en nada hacía imaginar que visitara locales de esa índole—. Nadie dirá nada de lo que aquí se diga u ocurra...

—Por eso vienen. Saben que estas cuatro paredes jamás hablarán. El dueño es...

—Prefiero no saberlo —le cortó el general—. Cuanto menos sepa, mejor.

—Te sorprenderías —insistió Arturo Saavedra.

—«Prefiero la ignorancia a un saber afectado», afirmó en una ocasión Nicolás Boileau —articuló Malo de Molina para zanjar el asunto—. Todo lo contrario que nuestros amigos americanos, ¿no?

Arturo Saavedra apuró su vaso y lo dejó sobre la mesa. Luego llamó la atención de una chica que charlaba con un par de hombres, la misma que los había atendido antes. El cuerpo del teniente ya se había refrescado con un par de vasos de *whisky*, pero le pedía más.

—¿No estás bebiendo más de la cuenta? —dijo Malo de Molina.

—No, aún no —replicó el teniente, no sin enfado—. Los hijos de puta de los americanos me hierven la sangre. Y tampoco lo que me espera en casa es un aliciente como para ponerme a bailar. Tendré que evadirme de alguna manera, ¿no?

—No me gusta que bebas demasiado, y menos cuando nos traemos algo tan importante entre manos.

—Sabes de sobra que no lo hago —le tuteó Arturo Saavedra, algo que el general le permitía cuando se encontraban solos.

—¿Y qué diantres es esto? ¿Acaso estamos de celebración? ¡Rectitud, Arturo, rectitud! —estalló el militar de graduación superior—. ¡Me da igual que aquí nadie diga nada del otro, pero los comentarios tarde o temprano terminan por volar para llegar a oídos que no tienen por qué oírlos!

—¡Por Dios, Agustín! ¡Tendré que despejarme!

—Esto es incluso más importante que la guerra, Arturo, ¡mucho más importante! ¡Nos jugamos demasiado como para que todo se vaya al traste por una chiquillada tuya! ¡Y no me obligues a recordarte las veces que te he salvado el culo!

El teniente se recostó en la butaca. Con los dedos de la mano derecha se frotó los ojos. Suspiró. Tensión, hartazgo. También los recuerdos de las veces que el general le sacó de más de un atolladero. Como cuando se quedó dormido tras una soberana borrachera mientras las tropas republicanas cruzaban el Ebro ante sus narices. Cientos de soldados republicanos se echaron al río a bordo de barcazas y él, tirado en el suelo, durmiéndola. Disparos, gritos, aullidos que sonaban a muerte, otros que alentaban a seguir adelante, a cruzar las aguas del río. Ni se enteró hasta que lo despertaron los ademanes de un compañero con los ojos inyectados en sangre y unas enormes ganas de pegarle un tiro. Por tonto, y por inconsciente. Allí estuvo Malo de Molina para echarle un capote ante el mismísimo general Yagüe. «El cansancio de las tropas, mi general. Hágase cargo. Es un gran soldado y nos será de gran ayuda en las próximas semanas». Bastante tenía Yagüe con

contener a las tropas republicanas, lo que salvó la vida al ahora teniente Arturo Saavedra. De no ser por la intervención de su superior inmediato entonces, el mismo que ahora le estaba recriminando su afición por la bebida, no hubiera conocido el amanecer de ese 25 de julio de 1938, fecha elegida por el Ejército Popular para comenzar su ofensiva sobre el río Ebro.

—Otro más —pidió el teniente entregando su vaso a la chica que acudió a su llamada—. El último, te lo prometo. —Miró después al general.

—¿El señor no desea nada más? —preguntó ella a Agustín Malo de Molina.

—No, es suficiente. Gracias.

La chica se marchó llevando consigo el vaso que no tardaría en devolver lleno al teniente, que la siguió con la vista. Llevaba un vestido negro de punto de landa que resaltaba una cintura estrecha y un buen culo. La forma de caminar de la muchacha, sin duda, era marca de la casa. Por eso su fama creció por toda la ciudad a las pocas semanas de abrir al público. El dueño podría ser tal o cual, se oía decir, alguien bien relacionado con El Pardo y también con ciertos personajes dotados de una especial habilidad para evitarle problemas, a los que sabía recompensar como ellos quisieran. Las chicas que servían en el local se movían de la misma manera, pero la que atendía a la pareja de militares era especial.

—Aquí tiene, señor Saavedra.

—Muchas gracias, Tica.

Arturo Saavedra dio un sorbo al vaso de *whisky* que le acababan de servir con la vista en la camarera, que regresó a la barra. Desde allí ella le dedicó una sonrisa.

—Veo que ya conoces bien al personal de la casa... —dijo el general Malo de Molina con mucha sorna.

—No me puedo quejar.

El teniente no dejaba de mirar hacia la barra del local, donde la chica que decía llamarse Tica departía con otro cliente, aunque, de cuando en cuando, lanzara miradas insinuantes al militar. Este no necesitó mucho tiempo para interpretarlas. A su lado, el general le hablaba de cómo conducir la siguiente reunión con los americanos. Palabras como firmeza, cabeza fría, diálogo. Y también algo relacionado con un servicio. Quizás eso escuchó. Esa última palabra. Fue cuando se dio cuenta de que se había quedado solo. Intuyó que el general estaría aliviando la vejiga. Volvió a mirar a Tica, que le guiñó un ojo, y dio un nuevo trago al vaso. El que mejor le supo hasta ese momento de la tarde.

«Que antes prefiro morrer, do contigo viver, sabendo que gostas dela...». Nadie le escuchaba cantar. Todo era oscuridad a su alrededor. Delante de sus ojos, un mar de chabolas e infraviviendas del que se escapaban lloros de niños, gritos de mujeres y voces de hombres borrachos. ¿A quién le iba a importar que tarareara una canción de su amada Amália que, de hecho, muchos, por no decir la mayoría de los que poblaban aquellas infraviviendas, ni siquiera sabían que existía?

João Leite saboreó la última calada antes de arrojar el cigarrillo al suelo. Le gustaba el tabaco español. Duro, golpeaba sus pulmones y le inyectaba la dosis justa de empuje según las ocasiones. A la que se enfrentaba ahora, por ejemplo. Podía ser un hijo de puta, no lo negaba, pero con valores. Por eso, cuando le tocaba enfrentarse a algo que chocaba con alguno de los que componían su escala vital, se lo tomaba con calma. Mujeres, niños. No eran un límite, más bien dilemas que sorteaba con más o menos habilidad según la cantidad de dinero que se pusiera sobre la mesa. Y lo que le llevó a aquel poblado de Madrid que recibía el nombre de Jaime el Conquistador fue una mujer, a la que buscó durante varias semanas y encontró finalmente en aquel poblado. «Quien paga, manda», y quien le encomendó la tarea que tenía entre manos no quería dejar suelto ningún cabo. Esa mujer podría ser uno de ellos. Por eso estuvo indagando, recabando datos, pagando por alguna que otra información. Costes que merecía la pena afrontar con tal de tener contento a ese cliente.

Sacó la pequeña linterna que guardaba en el bolsillo y comenzó a recorrer los estrechos pasillos que zigzagueaban entre las chabolas, hasta que se detuvo delante de una puerta. La examinó antes de llamar, así como la fachada. Allí vivía la mujer que buscaba. Llamó con suavidad a la puerta y se apartó de ella pegándose a la pared. Desde dentro, una voz le advirtió que esperara.

Por la puerta apareció una mujer embutida en una bata desgastada que sostenía una palmatoria con su mano derecha. La luz de una vela iluminó la silueta de una presencia que la empujó dentro de la chabola.

La palmatoria cayó al suelo y la vela se apagó. Una vez dentro, João Leite cerró la puerta. Rosa Prieto, asustada, encontró refugio junto a una de las paredes de su infravivienda.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de mí?

—Que enciendas otra vez la vela.

—¿Qué?

—¡Que enciendas la vela, he dicho!

Rosa Prieto se incorporó como pudo y comenzó a tantear a ciegas una pequeña estantería, en la que encontró una caja de cerillas. Abrió la caja y varias de ellas se desparramaron por el suelo. Estaba nerviosa.

—¡Vamos, que no tengo toda la noche!

Empezó a gemir. La primera que cogió no provocó más que unas chispas que no se transformaron en llama. La segunda fue por el mismo camino.

—¿Qué pasa? —rugió el portugués.

—No... No se enciende ninguna...

—¡Trae, inútil!

João Leite le arrebató la caja regalándole un empujón que la llevó de nuevo al suelo. Una pequeña llama devolvió algo de claridad al lugar y perfiló el rostro del intruso: era alto y una cicatriz fea recorría su mejilla izquierda. Sonrió de mala gana y sacó una navaja que abrió a ojos de la mujer.

—Conocí a tu hijo. ¡Qué pena! ¡Tan joven, tan guapo! Aunque no me extraña —Leite acarició la barbilla de Rosa Prieto, que seguía temblando—. Tú lo sigues siendo...

Rosa Prieto no podía hablar. Quién era ese tipo. Qué pretendía. Demasiados qué.

—Pero tu hijo ya está muerto y a los muertos hay que dejarlos en paz. Es lo mejor. ¿No te parece?

—¿Quién... es... usted? —balbuceó ella.

—Alguien que ha venido para pedirte que pases página en tu vida. Es lo mejor para ti.

—Pero yo... —A Rosa Prieto le costaba hablar—. ¿Por qué está aquí? ¿Qué quiere?

—Que mantengas la boca cerrada.

—¿Qué le pasó a mi hijo? ¿Acaso usted lo sabe?

—No es bueno que preguntes tanto, Rosa. Es así como te llamas, si no me equivoco... Deberías dejar de hacerlas por tu bien.

—¡Usted lo sabe, usted lo sabe! —Ella avanzó hacia el portugués. Sus mejillas se humedecieron con varias lágrimas—. Lo sabe, ¿verdad? Lo sabe... ¡Dígame! ¡Por el amor de Dios, dígame que le pasó!

João Leite agarró a Rosa Prieto del cuello, que notó el filo frío de la navaja sobre su piel. Sí, poseía un código de valores, pero también poca paciencia. Y la madre de Manuel Prieto había consumido la que le quedaba para terminar la jornada.

—Calladita estás igual de guapa. ¿Me harás caso? No me gustaría ensuciar este bonito acero de sangre. ¿A que tú tampoco lo quieres?

Rosa Prieto asintió entre lágrimas. Respiró cuando el portugués la soltó.

—Haz tu vida, pero olvida lo que le pasó a tu hijo. Está muerto, ya está. ¿Lo harás?

Paseó el filo de su navaja por los ojos de Rosa, que volvió a asentir con mirada acuosa. Con la mano que tenía libre abrió la puerta de la chabola.

—Tengo oídos en todas partes, así que espero que cumplas tu promesa. Si no lo haces, volveré. Y la próxima visita no te gustará.

Ya sola, Rosa Prieto se arrodilló en el suelo y lloró. Nadie podría consolarla. No sabía dónde estaba Escolástica Sainz, que llevaba varios días saliendo de casa rodeada de la penumbra sin decirle a dónde iba. Quién, por qué. Otra vez las preguntas. El recuerdo de su hijo, la pesadilla. Puertas que se cerraban, pero no como ella quisiera. Otra vez la angustia. Otra vez vivir con miedo.

capítulo 16

Madrid, 20 de febrero de 1953.

Solo uno y sería él. La hora, cercana al mediodía y el lugar, el que ya conocía. Liborio Solís, le dio el soplo al inspector Gonzalo Suárez el día anterior. Podía tomarlo como una gratitud. Le debía una. Varias redadas en lugares concretos sembraron el terror entre quienes ocultaban su verdadera orientación sexual, aunque, de puertas para afuera, se mostraran como ejemplares maridos y padres de familia u hombres de intachable imagen pública y rectitud moral. Chivatazos que dieron con los huesos de diversos sujetos en los calabozos de distintas comisarías madrileñas. Algunos afortunados ni siquiera llegaron a pisarlos. Reputación, contactos... Los menos. La mayoría abandonó esos calabozos con más de un recuerdo en forma de ojo amoratado o diente partido. El granadino fue de los primeros gracias al aviso del policía. Y el Canelita era hombre de palabra, conocía los códigos a pesar de sus pesares.

Gonzalo Suárez oteaba el panorama que ofrecía a aquella hora la calle Montera. Lucía un sol tibio, el mismo que le acompañó la tarde anterior en el Stadium Metropolitano, donde el Atlético de Madrid se llevó por delante al Murcia por cinco goles a uno. Varios taxis cruzaron por delante de su vista ocultándole el objeto de su atención, que era el establecimiento que ocupaba el número 21, el de la camisería Gómez Martín.

—Le juro por mi querida Virgen de las Angustias que el cliente que visitará mañana la camisería es el hombre que usted busca.

Eso le dijo el Canelita, y le creía. Se hizo el contradicho con él en la barra de Casa Alfredo. Gonzalo Suárez apuraba un bocadillo antes de marcharse para el Metropolitano. El granadino le buscó con la mirada desde la esquina opuesta de la barra, y lo hizo después de lanzar varias miradas a su alrededor. Como si tuviera miedo. Sus pesares. De qué o de quién era algo que el inspector desconocía. Ya no le veía tan risueño como en otras ocasiones. Hedía a miedo. Y le interesaba tenerle de su lado en plenas facultades.

—Te lo agradezco, Canelita.

—Espero no tener que arrepentirme de esto.

—No lo harás. Te lo prometo.

Faltaban cinco minutos para las doce del mediodía y ya llevaba una hora apostado junto a la puerta de la cafetería La India. No quería que su presa se le escapara. Y la presa era José, el amante al que Manuel Prieto dio calabazas para echarse en brazos del americano Andrew Morton. Este degustaba un café en el interior de la cafetería en compañía de David Estévez. Los dos fueron avisados por el inspector en cuanto recibió el soplo de Liborio Solís. Morton era el único que conocía el aspecto de José; David Estévez sería útil en caso de que las cosas se complicaran.

La puerta de la camisería Gómez Martín se abrió. Un tipo regordete y vestido con el mismo traje que recordaba haberle visto cuando le conoció se despedía de otro más alto que él. El primero era Segismundo Gómez Martín, dueño de la camisería. El segundo debía de ser la persona que buscaban. Gonzalo Suárez entró en la cafetería y se dirigió a la mesa que ocupaban los americanos.

—Ya ha salido. Se está despidiendo del dueño —informó a ambos. A continuación, miró a Andrew Morton—. Lo mejor es que se levante el cuello del abrigo y se cubra la cabeza para que no le pueda reconocer. Que David le preste su sombrero.

El trío salió a la calle, donde un sol desvaído no concedía esperanzas de algo de calor. El sospechoso todavía se estaba despidiendo del dueño de la camisería. Los dos reían.

—¿Cree que irá hacia arriba o hacia abajo? —preguntó David Estévez.

—Irà hacia arriba —respondió, sin dudar, el inspector Suárez.

No hizo falta. La ira se adueñó del rostro de Andrew Morton, que mantenía la vista clavada en el tipo que, una vez se despidió de Segismundo Gómez, comenzó a andar calle Montera arriba camino de la Red de San Luis. Gonzalo Suárez detuvo al americano, que estaba decidido a lanzarse tras el principal sospechoso de la muerte de la persona a la que más había amado.

—Bien. Ya sabemos cómo es José. Ahora habría que recabar información acerca de él —dijo el inspector.

—Déjelo de mi cuenta —apuntó David Estévez—. Creo que no tardaremos en saberlo.

—En sus manos queda.

—Por cierto, ¿cómo supo que iría hacia arriba?

—No lo sé —replicó Gonzalo Suárez encogiéndose de hombros—. Será que ayer ganó el *Atleti* y que, por eso, estoy inspirado.

—¿*Atleti*?

—Eso déjelo de mi cuenta —contestó el inspector guiñándole un ojo al americano.

David Estévez repitió el gesto con el que Gonzalo Suárez respondió a su pregunta. Le estaba costando comprender las costumbres españolas, tan particulares. El policía, en cambio, se mostraba feliz. Cada paso que daba junto a los americanos le acercaba más a la resolución del caso de Manuel Prieto. Algo para lo que aún le quedaba un difícil camino por recorrer.

Y muy doloroso.

Cuando el odio envenena la sangre es difícil controlar los sentimientos. Nubla la razón, induce a dar rienda suelta a los peores deseos. Matar, destrozarse, humillar, revolver... No tiene fin, siempre quiere más. Y el torrente sanguíneo que corría por las venas de Marga Uriarte era puro veneno. A diferencia de otras personas, sabía controlarlo. Había aprendido a hacerlo. Por mucho que deseara liberar todo ese odio que la consumía, debía esperar. ¿Cuánto? Unas semanas, tal vez algún mes. Quería pensar que no se alargaría mucho más. El partido tendría lo que quería y ella, también. *Quid pro quo*.

El odio la llevó hasta el lugar donde se encontraba esa tarde. Trataba de darse pequeños festines, en su dosis justa, antes de saciarse por completo. Lo que tanto deseaba. Mientras, y a sabiendas de que un dulce no amarga a nadie, quería ser testigo de cómo sufría el hombre al que tanto odiaba. Esas pequeñas victorias.

Le vio entrar en el local que frecuentaba desde hacía varias semanas, el mismo en el que trabajaba la persona de la que se valía para preparar su particular venganza. Le encantaba el olor de la sangre de su víctima, de la que conocía todos sus movimientos. Arturo Saavedra representaba todo lo que exterminaría de la faz de la tierra si pudiera hacerlo. Sin embargo, necesitaba verle. Una necesidad creciente, casi ansia. Le despertaba recuerdos. Recuerdos que la mantenían viva, que la hacían sentirse persona. La imagen del teniente ejercía de gatillo en su cabeza. Una tras otra se sucedían escenas del pasado. Con la mirada perdida, quieta, disfrutaba de esos instantes que, a fuerza de repetirlos, ya eran eternos para ella. Cualquiera que reparara en su figura, plantada en la calle, con las manos dentro de los bolsillos del abrigo, creería encontrarse con una persona ida, con las facultades mentales muy

perturbadas, que no era el caso. Momentos que disfrutaba, que la transportaban a otro tiempo. Un tiempo breve. El tiempo en que fue feliz.

Y el protagonista de esos momentos era su padre. Tan moreno, tan risueño, siempre presto a arrancarle una sonrisa. Unas cosquillas, un beso, un susto. Ella esperaba todos los días que volviera del campo para lanzarse a sus piernas. Él la levantaba como si de un fardo se tratara y la izaba en brazos o la subía al cielo para decirle lo alta que era. Hombres. Tan necesarios como prescindibles, según el momento. Había conocido a pocos en su vida, y menos fueron los que le dejaron huella. El que más honda impresión le causó fue su padre, del que aún tuvo tiempo de aprender cosas. Una formación que después su madre completó. El otro... De haber sido las cosas de otra manera hubiera sido el hombre de su vida. ¿Amor? «Quizás», pensó antes de entrar en el local ubicado en la calle de Maudes, perpendicular a Nuevos Ministerios. Tan atento, tan buen amante, tan buena persona. De haber sabido amar, él se hubiera convertido en la persona con la que iniciar el viaje que le devolviera el amor por la vida. Pero ella no sabía lo que era amar.

Marga Uriarte no quería marcharse a la cama sin ver la frustración en el rostro del teniente Saavedra. A diferencia de ella, no sabía que Escolástica Sainz no acudiría a trabajar esa tarde. La chica estaba cumpliendo. Poco a poco había conseguido arrancarle algunas confidencias. Primero, las personales, las que le corroboraron qué clase de persona era el teniente. Un hombre que no merecía respeto alguno, totalmente prescindible. Llegado el momento, nadie le lloraría. Es más, incluso su desaparición supondría más de un suspiro de alivio, y eso le gustaba. Cada día que pasaba aumentaba su excitación, el deseo de acabar con la vida de Arturo Saavedra. Y las segundas, las que interesaban al partido, las profesionales. Los consejos y consignas que le daba el general Agustín Malo de Molina, al que consideraba un hermano mayor. El que nunca tuvo. Y algunas confidencias acerca de los americanos. Pocas, por ahora. Marga estaba convencida de que habría más. Por la boca muere el pez, reía en silencio. Y Arturo Saavedra no tendría inconveniente en recordar hasta la primera nana que le cantaron con tal de yacer en la cama con Tica.

Entró en el local y le vio en la barra, preguntando por Escolástica Sainz a otra camarera. Al obtener una negativa, golpeó con rabia la misma barra. Por los aspavientos adivinó que quería beber. Y por la rabia con que lo hizo supuso que la que estaba pidiendo no sería la última copa que regara su cuerpo esa tarde.

Marga Uriarte se marchó de allí satisfecha sabiendo que el teniente Arturo Saavedra había caído rendido a los encantos de la muchacha. Y esta, por un poco más de dinero, cumpliría todas las peticiones del militar, tan abyectas como su persona. Pasar ese trago requería una recompensa, y esta vez el partido no le regatearía ni una sola peseta.

Arturo Saavedra vaciló en un par de ocasiones antes de introducir por primera vez la llave en la cerradura, y no fue hasta el cuarto intento cuando lo consiguió. Iba bastante bebido. Una manera como cualquier otra de aliviar la frustración de saber que tendría que regresar a casa sin el habitual alivio que le tranquilizaba y daba la vida; hastiado de compartir espacio con una persona a la que detestaba.

Esa noche no pudo acostarse con la camarera del local cercano a Nuevos Ministerios que frecuentaba un día sí y otro también y que decía llamarse Tica. Un asunto personal, le dijeron cuando preguntó por ella, extrañado por su ausencia. Y no se lo tomó demasiado bien. Tica poseía un encanto especial, una manera de moverse distinta a las demás y, lo más importante, sabía llevar una conversación, detalle por el que muchos requerían su compañía en el local que frecuentaba casi a diario. Y él había conseguido centrar su atención. De ahí que la simple solicitud de bebidas de los primeros días diera paso a la charla distendida de los siguientes sentados en un sofá del local, y después a una cama en un hotel cercano, una vez la confianza se instaló entre ellos. Calor y compañía encontraban acomodo en un lecho donde, después de apagar el deseo que consumía al teniente, había tiempo para todo tipo de confidencias. Quien primero se desnudó fue ella: su vida, las penurias que pasó cuando llegó a Madrid... Vencido por la confianza, Arturo Saavedra no tardó también en confesarle lo hartó que estaba de su vida: de su mujer, de su suegro, el general, de los americanos con los que negociaba un tratado muy importante para España...

Una figura de porcelana cayó a su paso por el pasillo que le conducía hasta el despacho. Masculló algo parecido a un insulto. Tenía la boca pastosa y ninguna gana de discutir, lo que ocurriría en cualquier momento. Su mujer estaría despierta, esperándole, algo que llevaba haciendo meses y meses en vano. Arturo Saavedra la evitaba.

La luz del pasillo se encendió y no fue él quien lo hizo. Tenía la mano izquierda sujetando el pomo de la puerta del despacho en el que se encerraría hasta que el reloj le advirtiera que su mujer ya estaría profundamente

dormida. Un ritual que seguía desde hacía días. Pero no la abrió. Se dio la vuelta despacio, consciente de que, en su estado, un movimiento rápido lo llevaría al suelo. Allí estaba ella, al pie de la puerta del dormitorio, esperándole en actitud desafiante.

—¿Otra vez vuelves borracho? —dijo Lourdes, su mujer.

—¿Te importa? —replicó él con desgana.

—¿Crees que le estás ofreciendo un buen ejemplo a nuestro hijo?

Arturo Saavedra escuchó el sonido de otra puerta que se abría, aunque no del todo. Por ella asomó una pequeña cabeza que le miró con ojos asustados. Conocía lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Vete al infierno!

Consiguió abrir la puerta del despacho y encender la luz. La oscuridad desapareció para dejar paso a un escenario desordenado, lleno de papeles y que apestaba a tabaco.

—¿Es que Pascuala no sabe que hay que ventilarlo? —protestó acercándose a la ventana, que abrió no sin dificultad—. ¡No estoy más que rodeado de inútiles en esta puta casa!

—¡Vete de aquí si tan a disgusto estás! ¡Eres un borracho asqueroso y un putero! ¡Eso es lo que eres! —chilló su mujer presa de un ataque de nervios—. ¡Y mañana mismo se lo diré a mi padre! ¡Esto es un horror! ¡Ni nuestro hijo ni yo merecemos esto!

Arturo Saavedra cayó al suelo en su intento de volver a la puerta. Al agarrarse a la mesa una lluvia de papeles acompañó su caída, y eso le enfadó todavía más. Se incorporó, reparó en el desastre que había causado —además de los papeles, también cayeron al suelo varias carpetas y un par de periódicos—, y caminó hasta la puerta del despacho, que cerró tras de sí ya en el pasillo. Pero no de cualquier forma. Fue un portazo atroz, que hizo temblar varios de los cuadros colgados en las paredes. Y se fue directo a por su mujer.

—No vas a hablar con tu padre ni tampoco te vas a marchar de aquí. Es más, ¡os quedaréis conmigo hasta que a mí me salga de los cojones!

No fue tan atronador como el portazo, pero el bofetón que Lourdes recibió la tumbó en el suelo, donde comenzó a llorar.

—¡Eres un monstruo, un maldito monstruo! —gritó ella entre sollozos—. ¡¿Por qué te casaste conmigo?! ¡¿Qué te he hecho para que me odies tanto?!

—¡Existir! ¿Te parece poco? ¡Eso es lo que haces!

—¡Tú sí que no mereces la vida que tienes! —replicó Lourdes con rabia y secándose las lágrimas—. ¡Eres un muerto de hambre que no tendría dónde caerse muerto de no ser por mi padre! ¿O es que ya no recuerdas quién eras y

qué tenías antes de que nos conociéramos? ¡Eres lo que eres gracias a él, y él te quitará todo lo que tienes! ¡Te lo juro por Dios que así será!

Arturo Saavedra se llevó las manos a la cabeza, que echó hacia atrás en un gesto de hartazgo, de paciencia ya colmada. El pasado y su recuerdo, que detestaba tanto o más que a su mujer. Su frustración la pagó el primer cuadro que encontró en la pared, al que rompió el cristal de un puñetazo. Le siguieron otro par de cuadros más y un retrato de ambos posando. ¿Dónde? Ya no lo recordaba. Miró a su mujer. ¡Cuánto odio había en sus ojos! Tanto como en los suyos.

¿Cómo y cuándo habían llegado a esa situación? Quizás en el mismo momento que conoció a Lourdes. Nunca se enamoró de ella. Ya ni *sábado*, *sabadete* ni paseos por el estanque del Parque de Madrid... Rutinas que quedaron atrás, silenciadas por un olvido consciente. Y las comidas con la familia, con su cuñado Joaquín y su suegro, el general, por los que sentía la misma animadversión, contadas con los dedos de la mano.

Arturo Saavedra agarró por el cuello a su mujer y lo apretó con la mano izquierda.

—¡Hazlo y te juro que será lo último que hagas en tu puta vida!

No contaba el teniente con que su mujer, a pesar de tener el cuello aprisionado, le devolvería la bofetada. Y lo hizo. No tan fuerte como él, desde luego, pero sí le sorprendió la contestación. La docilidad se había convertido en hostilidad hacia él. Lourdes parecía no tenerle miedo, y eso le preocupaba tanto como le enervaba.

—¡Serás hija de puta!

Y respondió con un puñetazo de parecida intensidad al bofetón que le asestó antes. Un hilillo de sangre asomó por debajo de la nariz de su mujer.

—¡Te arrepentirás de lo que estás haciendo hoy! —le juró. Su voz, su mirada... Hasta ahí había llegado. Ya no habría vuelta atrás en su matrimonio, y eso supondría un alivio para ella y su hijo.

Arturo Saavedra no contestó. Se encaminó hacia el despacho, donde se encerró con llave. Los gemidos de Lourdes fueron el único sonido que dejó en un pasillo que olía a huida y no sabía a nada.

¿Qué podría haber dicho? ¿Que se acabó el amor? ¿Que de lo que fue ya no quedaba más que el olvido? ¿Dónde había quedado la chica morena de graciosos andares y cierto atractivo que llamó su atención en el Madrid de la posguerra? Por mucho que quisiera ya no la reconocía en la mujer que dejó tirada en el pasillo. El paso del tiempo, el peso de los kilos, una vida aburrida... ¡Qué lejos quedaba aquella tarde de primavera del 42! Empezaron

a hablar, a pasear, a compartir terrazas y conversaciones. Y su padre era general. Un posible ascenso, un futuro despejado, libre de las penurias que siempre conoció. Los paseos dieron paso al noviazgo, a una boda por todo lo alto y a un hijo que ahora tenía diez años. Lo último que vio antes de cerrar la puerta del despacho fue su mirada cargada de miedo. Una mirada que conocía, aunque estaba convencido de que con espectáculos como el que acababa de ver adquiriría el poso suficiente de indiferencia para caminar por la vida. A él le ocurrió así. Un padre carente de sentimientos y una madre sobreprotectora a la pegaba siempre que quería, y más cuando llegaba borracho a casa. Años de dolor y de sufrimiento en un pueblo cainita, donde la familia vivía estigmatizada por lo que los demás sabían y callaban. El ejército fue su huida y salvación. Allí se hizo hombre, y conocer que sus progenitores no sobrevivieron a la guerra le llenó de gozo. Se prometió que no sería como ellos, ni el hijo de puta que fue su padre, ni el títere en que se convirtió su madre. El paso de los años le convenció de que los genes son lo que son y no se pueden cambiar. Se había convertido en su padre. Igual de hijo de puta que él.

Arturo Saavedra recogió algunos de los papeles que quedaron esparcidos por el suelo. Fechas, nombres, reuniones... En ellos dejaba anotadas sus impresiones de unas negociaciones, las que mantenía con los americanos, que le sacaban de quicio. Sus peticiones, los consejos de su mentor, Agustín Malo de Molina, y también apuntes de la impresión que le causaban el general Kevin McCormick y el agregado Andrew Morton. Negociaciones duras, intensas, pero que veía próximas a su final. Más pronto que tarde terminarían, y para bien. Y con ello también desaparecerían de su vida Lourdes, su hijo Adrián, y la sombra de su suegro, el general, siempre presente.

«Ya queda poco, Arturo. Aguanta, que ya queda poco...».

capítulo 17

Madrid, 21 de febrero de 1953.

A Marga Uriarte le extrañó que la citaran en una dirección distinta a la de la primera vez. Cuestión de seguridad, se convenció nada más llegar al lugar convenido. El tranvía número 24 la llevó hasta la calle del general Ricardos, en el extrarradio de Madrid. A su espalda languidecía una ciudad bajo un cielo plomizo que amenazaba lluvia. También ella era de la opinión de que, por mucho que se empeñaran los voceros del Régimen, Madrid seguía teniendo los mismos ojos grises que lucía su rostro desde que acabara la guerra.

El paisaje que apareció ante los suyos no le pareció muy diferente al que conocía: un mar de casitas bajas y alguna que otra edificación con pretensiones de algo más. El aire olía a la podredumbre que parecía contener el río Manzanares, que hacía las veces de barrera protectora, que encerraba esa miseria e impedía que penetrara en las calles de la ciudad; por la que corría a sus anchas, por mucho que el río marcara la distancia entre ambas orillas.

Todo lo que pisaba eran barro e inmundicias, pero también estaba acostumbrada a hacerlo. Había memorizado la dirección, que no le costó encontrar a pesar de que todas las calles le parecían iguales: cortas, estrechas e insípidas. Allí no había luces de neón ni carteles con los estrenos de la semana, como en la avenida de José Antonio. Tampoco circulaban los coches de los ricos como lo hacían por el paseo del Prado. Llamó a la puerta y la recibió el rostro sonriente de Andrés Rodríguez.

—Pasa. Te estaba esperando.

—¿Y Camilo? —respondió Marga Uriarte una vez dentro, mientras se quitaba el abrigo.

—Delega en mí. Prefiere que me vea a solas contigo.

—¿Tanto me teme? —rio Marga.

—No te tiene en demasiada estima como persona.

—Al menos coincidimos en algo...

La casa era de planta baja y con varias habitaciones que se adivinaban tras las cortinas que ocultaban su entrada. Una mesa camilla y tres sillas hacían las veces de mobiliario de una estancia fría y húmeda, como el resto de la casa.

—¿Qué ha pasado con el piso de la plaza de España? ¿Alguien dio el chivatazo?

—He preferido que nos veamos aquí. No tienes nada que temer en mi casa.

—¿Tu casa? —repitió Marga sin poder evitar la sorpresa.

—¿Dónde pensabas que vivía?

En silencio, y ante la atenta mirada de Andrés, que la observaba con curiosidad, Marga Uriarte se paseó por la casa con naturalidad, como si fuera suya. Al apartar una de las cortinas encontró una cama pequeña y una mesilla a su lado. Abrió la puerta de un armario desvencijado, en el que contó un traje, varios pantalones y un par de camisas. Abajo, en el suelo, dos de zapatos.

—¿Qué fue de la habitación de la calle de la Magdalena? —preguntó Marga.

—¿Tanto la echas de menos?

Quizás fue una sonrisa lo que se dibujó en los labios de Marga Uriarte. Andrés quiso pensar que eso fue. Una sonrisa producto del recuerdo de los viejos tiempos. Una cama, una palangana y una ventana por la que podían contemplar cómo el sol bañaba los tejados de Madrid al atardecer. No necesitaban más para ser felices. Tiempos de los que parecía haber pasado una eternidad.

—Puede.

Marga separó una silla de la mesa y se sentó. Con el gesto hizo saber a Andrés que no tenía todo el tiempo del mundo. Había venido para hablar y no para recordar lo que fue.

—Tan directa como siempre —dijo él tras emitir un suspiro a modo de protesta.

—Entonces, para qué perder más el tiempo. Necesito más dinero.

—Marga, no disponemos de más. ¡Es mucho el esfuerzo que estamos haciendo!

—Es una lástima. —Marga abrió el bolso que llevaba consigo y extrajo de su interior unas cuantas hojas de papel manuscritas que mostró al otro—. Esa chica se está empezando a enterar de cosas.

Andrés cogió las hojas y comenzó a leerlas con detenimiento. Varios nombres de personas, un par de lugares, incluso hasta cantidades. Tampoco

demasiadas, y siempre en dólares, pero sí suficientes como para llamar la atención. Las dejó sobre la mesa, extendidas, y miró a Marga.

—¿Cómo lo hace?

—Al tipo le gusta beber. Es entonces cuando se va de la lengua. Dice que así se desahoga. Pero cuando realmente se relaja es en la cama. Y ahí ella le podría sacar hasta los ojos. Pero, claro...

—Quiere más dinero...

—Todos tenemos un precio en la vida. Y si dice que puede sacarle cualquier cosa en la cama, eso hay que pagarlo.

—Puede que lo consiga. Dame tiempo.

—¿Puede? —Marga soltó una carcajada—. Lo conseguirás. Y cuanto antes, mejor. Al menos que le merezca la pena complacerle.

—Veré lo que puedo hacer.

—Ese es tu problema —soltó Marga. Empezaba a enfadarse—. Nunca dices que sí, no ofreces seguridad. Te vales de la indeterminación para tirar para adelante.

—¿A qué viene ese ataque? —protestó Andrés, muy molesto—. ¡No depende de mí! Tengo que hablar con gente y esa gente con más gente. ¡No es tan fácil como te crees!

—Me refiero a ti, Andrés. Eres tú, no el partido.

Andrés rio. Una risa silenciosa que acompañó con la cabeza. Negó hasta tres veces con ella.

—Creo que una vez te demostré hasta dónde puedo llegar a ser de directo. En aquella ocasión, la que fallaste fuiste tú.

«La risa va por barrios», era uno de los refranes que Marga oía a su madre. Siempre tenía uno en la boca para cada ocasión. La risa. La suya, en esta ocasión, que acompañó imitando el mismo gesto con la cabeza que Andrés.

—Siempre me has caído bien, Andrés, por eso no tengo reparos en confesarte que sí, que la culpa fue mía.

—Me alegra saberlo. Hice lo que pude... Y volvería a hacerlo si quisieras.

—Tarde, Andrés.

Amargura, decepción. Quizá fue eso lo que Andrés atisbó en la mirada de Marga. Le hubiera encantado conocerla, amarla; hubiera dado años de su vida por saber qué bullía en esa cabeza que nunca paraba de dar vueltas, por descifrar el enigma que era el interior de Margarita Uriarte, la mujer que más amó en su vida y de la que todavía estaba enamorado.

Andrés miró su reloj, que marcaba las cinco de la tarde.

—Ven —le pidió a Marga.

Los dos entraron en la habitación. Él abrió la ventana y la luz inundó la estancia. Andrés le tendió la mano para que se aproximara hasta la ventana.

—Mira.

Idéntico cielo plomizo y los mismos edificios grises que vio cuando descendió del tranvía. Y, sin embargo, la vista ahora le parecía más cálida que antes. Quizás por sentir detrás de ella el cuerpo de Andrés, cuyo brazo izquierdo rodeó el de Marga.

—¿Recuerdas aquellas tardes?

Marga entrecerró los ojos. Aquellas tardes. Una ilusión siendo la ilusión eso, un espejo de una realidad que nunca sería más que un proyecto. Se acostumbraron a hacer el amor sobre el colchón en el suelo para no llamar la atención de la casera. Tardes y tardes de pasión y de engaño. De engaño para Andrés, que creía estar disfrutando con la mujer de su vida, con la que le daría hijos y con la que soñaba envejecer; de engaño para Marga, por dar alas a la imaginación de Andrés. Cosas que nunca serían.

Andrés acercó su boca a la de Marga y se besaron. Un beso lento y duradero que el primero disfrutó como si se fuera a morir al minuto siguiente. Abrió los ojos y se encontró con los de ella, tan fríos como siempre.

—No te engañes más, Andrés. Lo que fue, fue.

Él se sentó en la cama, vencido. La vio colocarse el abrigo y coger el bolso. Antes de marcharse, Marga volvió a entrar en la habitación, donde le dio un beso en los labios. Un beso superficial, insípido. Cosecha propia.

—Consigue el dinero lo antes posible.

«No es bueno que el hombre esté solo», repitió.

La frase era del Génesis, y en la voz de Gonzalo Suárez adquirió una solemnidad mayor, casi pétrea. La pronunció en voz alta, tumbado en la cama. Con esa frase comenzaba el libro segundo de *La sombra del ciprés es alargada*, la obra de Miguel Delibes que su compañero Julián Ordóñez le prestó para que se entretuviera durante la semana de sanción de empleo y sueldo que le impuso el comisario Martínez.

—No es bueno que el hombre esté solo... —repitió el inspector.

El hombre, la soledad. La vida. Encrucijadas, incertidumbres, caminos que se abren sin conocer su final ni su destino. Cuestión de prioridades. Algo que tenía muy asumido. Compuso una suerte de sonrisa melancólica antes de

cerrar el libro, que abandonó encima de la cama, y fue al cuarto de baño a refrescarse la cara.

La soledad del hombre. El libro de Delibes. Cada página que leía le hacía sentirse plenamente identificado con Pedro, su protagonista. ¡Qué gran habilidad había tenido el escritor vallisoletano para narrar una existencia tan parecida a la suya! Al menos, hasta el momento. Soledad. Repitió un par de veces más la palabra mientras el agua se agarraba a los poros de su piel buscando inyectarle la frescura necesaria que despertara su lucidez. La iba a necesitar después de pasar buena parte de la tarde durmiendo. Solo cuando despertó se puso a leer.

«Soledad», la palabra había pronunciado la tarde anterior Inés, la chica del colmado. Y no una ni dos. Hasta tres veces la repitió. El colofón a un día en el que, por fin, supo quién era José, el presunto asesino de Manuel Prieto. Camino de casa, con la atardecida por compañera, fue pensando en cómo averiguar su identidad, dónde encontrarle. Y ahí volvería a jugar un papel esencial Liborio Solís; y también sabía ya cómo vencer sus reticencias para ayudarle. Contra el miedo, la seguridad. Una oferta que Gonzalo Suárez estaba convencido de que el granadino no rechazaría.

En ello pensaba cuando pasó por delante del colmado de los padres de Inés. Entró a saludarla y también a comprar algo que calmara su estómago hambriento. La encontró más guapa que de costumbre. Labios pintados, un poco de sombra de ojos, unas medias de cristal que ella mostró en su justa medida, lo imprescindible para despertar la curiosidad del policía.

—¿La veo distinta o es que va a salir, Inés?

—Es usted muy observador, inspector —dijo la aludida tras reír. Una risa forzada, la suya, deseosa de alargar la conversación todo lo posible—. Ya ve, de cuando en cuando es bueno salir a divertirse. ¿No cree?

—Así que tiene un admirador secreto...

—Bueno... —admitió ella sin poder evitar sonrojarse.

—¿Algún cine? ¿Una sala en la que bailar?

—Me han hablado muy bien de la Parrilla Recoletos. ¿La conoce?

—De oídas, nada más. Nunca he estado allí.

—Hay una nueva cantante francesa, Hélène Robert. Dicen que es sensacional. ¡Ah! Y también actúan unas acróbatas fenomenales. ¡Quienes las han visto no dudan en afirmar que son la monda!

—Celebro que se divierta, Inés. Hace bien, que la vida son dos días.

La muchacha del colmado envolvió el par de latas de sardinas que pidió Gonzalo Suárez con un papel de periódico y le entregó el paquete. Ambos

sintieron un calambre en los dedos. Se miraron. El primero en retirar la mirada fue él, turbado como estaba. Pero Inés no había dicho su última palabra:

—¿Por qué no se viene? No le vendría mal un poco de distracción. Además, —ahora fue ella la que bajó la mirada. Tras una pausa, volvió a hablar— me haría ilusión que me acompañara.

—¿Y qué iba a decir su compañía? ¡Por Dios, Inés! Se lo agradezco, de verdad.

—Es usted aún joven como para que la soledad sea su único refugio... Véngase. Le prometo que no se arrepentirá —dudó antes de continuar hablando—. ¡Y por la compañía no se preocupe! ¡Cuanto más seamos, más nos divertiremos!

—Quizá otro día, Inés.

La mujer del colmado vio salir al inspector Suárez con gesto meditabundo. La soledad, le oyó bisbisear antes de marcharse. Él ya estaba lo suficientemente lejos como para no escuchar el puñetazo que ella pegó en el mostrador, y las lágrimas que siguieron a esta acción. La forma que eligió para exteriorizar su frustración. No existía Parrilla Recoletos ni tampoco compañía que la llevara allí esa tarde. No había nadie más en su universo particular que el inspector Gonzalo Suárez. Por eso se vistió así. Creyó que, dándole celos, él se acercaría más a ella. Aprovechando la ausencia de sus padres, se arregló como hacía tiempo, para llamar la atención del policía. Medias nuevas y también el pintalabios y el colorete.

Nada de eso sirvió.

Y más hubiera llorado Inés de haber sabido que el agente se detuvo un par de veces antes de regresar a casa con la vista en el colmado. Dudó. Dudó como nunca en su vida. Una mujer que le había pedido un poco de compañía. ¿Existía alguna otra que no fuera la suya? La duda que, junto a la soledad, acompañarían a Gonzalo Suárez durante el resto del día.

Salió del cuarto de baño, se puso la americana y tomó el abrigo, que colocó sobre el brazo izquierdo. En un par de horas le esperaba Julián Ordóñez, que insistió en llevarle a un sitio especial.

—Una recomendación muy buena. ¡Ya verá cómo le gusta! —Frase con la que el sevillano terminó de convencerle esa misma mañana, tras toparse casualmente con él al pie de la calle Montera, cerca de donde vivía su compañero.

—¡Que no le vendrá mal salir! ¡Que ya está bien de ir nada más al Metropolitano a ver perder al Atlético de Madrid!

—¡Ordóñez! —recordó que replicó al escuchar el comentario del sevillano.

—¡Nada! Lo vamos a gozar a lo grande.

Ya era de noche cuando Gonzalo Suárez salió a la calle. Hasta llegar al lugar convenido había un buen trecho, por lo que se armó de paciencia. La tarde todavía no se había escapado y la noche no tardaría en llegar. Y con ella, una sorpresa. Y también la contestación a una pregunta que llevaba haciéndose mucho tiempo.

En la puerta le esperaba Julián Ordóñez, con Bermúdez, algo que le sorprendió, junto a otra persona cuya identidad desconocía. Por mucho que febrero se escapara en el calendario y marzo asomara en el horizonte, seguía haciendo bastante frío en Madrid. El termómetro rebasó por poco los once grados la jornada anterior y cayó por debajo del cero llegada la noche. La presente tampoco sería muy distinta de la anterior, por lo que Gonzalo Suárez no tenía intención de deshacerse del abrigo hasta que entrara dentro del local.

Bermúdez levantó la mano izquierda para saludarle. Lo habitual en él. Costaba Dios y ayuda sacarle una palabra.

—Le presento a Augusto Montero, viejo compañero de andanzas en mi Sevilla natal —le dijo Julián Ordóñez al inspector, desvelándole así la identidad de la tercera persona que esperaba en la puerta del local.

Augusto Montero también era bajo, como Julián Ordóñez, y de parecida edad, casi sacados del mismo patrón: crencha bien perfilada, bigotillo brillante y edad en la que las hormonas todavía bullen con fuerza. El cuarteto entró en el lugar escogido por el sevillano.

—Un lugar distinguido y discreto. Nada de lo que aquí pasa sale de sus paredes.

Eso le dijo Julián Ordóñez al traspasar las puertas de aquel local, situado a un centenar de pasos de Nuevos Ministerios. No tardó Gonzalo Suárez en saber el porqué. La clientela era distinguida y discreta. Personas que de puertas para fuera suscribían punto por punto el discurso oficial, pero que de puertas para dentro daban rienda suelta a sus instintos más primarios. Una mentira muy bien vestida.

—Vayamos a la barra a tomar algo. ¡Que hay que empezar a tono!

Julián Ordóñez se manejaba con soltura. En opinión de Gonzalo Suárez, no era la primera vez que acudía allí.

—He venido ya en un par de ocasiones. La primera lo hice intrigado, por recomendación. La segunda...

—Fue tras gustarle la primera —continuó la frase el inspector.

—Para qué le voy a decir lo contrario.

«Así que esto es España...», caviló Gonzalo Suárez. Pura hipocresía. El juego de la doble moral, el cinismo sin recato. Gente de misa y comunión diarias que, amparada por la tenue luz que iluminaba el local, jugaba con las sombras a juegos de manos.

—¿Qué van a tomar los señores? —les preguntó una chica en la barra.

—Un escocés bueno para mí, guapa —pidió el sevillano guiñándole un ojo—. Y para mis amigos...

Uno de ellos no supo qué pedir a la chica, y no fue Augusto Montero ni tampoco Bermúdez. Ella se quedó igual de sorprendida que el tipo que la miraba fijamente con cara de sorpresa.

—Escolástica... —articuló Gonzalo Suárez, aturdido.

—Inspector Gonzalo Suárez...

—¡Coño con el inspector! —chilló Julián Ordóñez. ¡Qué calladito se lo tenía!

—No, no es eso... —balbuceó su superior, azorado por el inesperado encuentro—. Pues... *whisky*, sí.

—¡Y también para Augusto y Bermúdez! ¡*Whisky* para los cuatro! ¡A ver si hoy te sueltas de la lengua, Bermúdez!

Bermúdez sonrió. Era su manera de expresarse. Ya fuera por timidez, por economía de palabras o porque no le gustaba hablar, todo lo dirimía con gestos faciales. Algo a lo que ya estaban acostumbrados todos sus compañeros, que no hacían nada por cambiar su forma de ser. Respondía, era eficaz y nunca protestaba por nada. Un policía ejemplar.

—¡Hay que ver con qué garbo sirves la bebida, guapa! —piropeó Julián Ordóñez a Escolástica Sainz, que hizo caso omiso a los elogios.

El policía sevillano hubiera hablado más de no ser por el empujón que le propinó otro cliente al acercarse a la barra.

—¡Eh! ¡Tenga más cuidado! —incurrió al que le empujó.

—¿Cómo dice?

—¡Que tenga más cuidado! ¿Es que acaso no me ha oído?

El tipo se encaró con Julián Ordóñez. Era dos cabezas más alto que él y en su rostro no había más lugar que para el odio, a tenor de cómo miraba al policía.

—Don Arturo, tenga su copa.

El teniente Arturo Saavedra soltó un bufido y se giró para recoger el vaso de *whisky* que le tendió Escolástica Sainz. Aún le dio un trago en presencia de los tres agentes y de su acompañante antes de marcharse de la barra.

—Tenga cuidado con esa boquita, pimpollo... —le amenazó el militar.

Bermúdez fue más rápido y logró sujetar a Julián Ordóñez cuando se disponía a sacar a pasear su mano derecha. Pero más que el intercambio de pareceres entre el militar y Ordóñez, lo que todavía tenía intrigado a Gonzalo Suárez era qué hacía allí Escolástica Sainz.

—No se preocupe, Ordóñez, mi copa ya la recojo yo. Ustedes vayan para allá, ahora los buscaré.

Era la oportunidad que necesitaba para hablar con ella. La cosa sería breve, pero se lo pedía el cuerpo. Qué, por qué, cómo. Preguntas que uno siempre se hace cuando quiere encontrar una explicación plausible a algo que le descoloca.

—Se lo ruego, inspector. Usted no me conoce ni sabe dónde trabajo.

—Pero ¿por qué?

—Es largo de explicar, se lo contaré todo en otro momento. Pero se lo ruego por el amor de Dios, no diga nada a nadie de dónde me ha visto. ¡Ni mucho menos a Rosa!

Gonzalo Suárez vio sonreír a Escolástica Sainz, correspondiendo así al brindis que le dedicó el teniente Arturo Saavedra desde una esquina de la barra. Esperándola como la esperaba. Con ansia. Como casi todas las noches.

—Confíe en mí, inspector.

—Descuide... —musitó Gonzalo Suárez alejándose de la barra para tomar asiento en un pequeño sofá desde el que se gozaba de una perfecta vista de todo el local.

Se bebió el vaso de *whisky* de un solo trago; iba a necesitar uno más para asimilar lo que había visto y oído. La noche, con sus secretos y contradicciones. Por su oficio escuchaba todo tipo de rumores y de comentarios, unos ciertos y otros no tanto. El reducto de los sonámbulos, de los atrevidos, de los diferentes; un mundo con sus propios códigos y leyes donde tenían cabida personas como Manuel Prieto, Liborio Solís, el enigmático José o mujeres como Escolástica Sainz. Ese mundo impenetrable, con su doble cara, sus juegos, sus ilusiones. Desconcertante y mágico a la vez.

—¿Qué hace aquí sentado, inspector? ¿Que hemos venido a divertirnos!

La voz de Julián Ordóñez sacó a Gonzalo Suárez de su ensimismamiento. Lo que estaba viendo era la realidad; la verdadera España, tan alejada del

postureo oficial, de lo que contaban los diarios, de lo que se decía desde los púlpitos. La España de siempre, tan canalla como inmoral y libertina.

—Creo que tomaré otra copa...

Gonzalo Suárez se acercó a la barra, donde esta vez le atendió otra chica. Escolástica Sainz acababa de marcharse del local. Lo hizo del brazo del teniente Arturo Saavedra.

La copa que le sirvieron se la bebió de un trago. ¿Quién era Escolástica Sainz y qué hacía allí? La única forma de mantener su mente en blanco era bebiendo. Y eso se disponía a hacer.

Hasta donde aguantara.

capítulo 18

Madrid, 22 de febrero de 1953.

¿Estaba muerto? ¿Tanto se le fue la mano con la bebida la noche anterior? Fueron las primeras preguntas que se hizo al abrir uno de sus ojos, tan pegados como un sello en un sobre. Un haz de luz iluminaba la pequeña estancia en la que despertó Gonzalo Suárez. Y la poca luz que se filtraba a través de un exiguo ventanuco cubierto por una manta —o eso le parecía— resaltaba la figura de una mujer que se movía haciendo el menor ruido posible. Tenía el pelo del pubis recortado y un culo del que era imposible apartar la mirada. Una imagen irreal, casi celestial, que le llevó a preguntarse otra vez dónde narices estaba. «En el cielo, no, desde luego, pero casi», se convenció tras observar atentamente que la manta que cubría el ventanuco se movía de fuera para dentro. El viento, sin duda. Muy real todo.

Le dolía mucho la cabeza y no sabía qué pasaría si trataba de incorporarse. Lo experimentó en cuanto lo hizo. El dolor se extendió a los brazos y a las piernas. Una sensación terrible, pero tenía que incorporarse, averiguar dónde se encontraba y quién era la mujer a la que vio desnuda antes de que cubriera su cuerpo con una bata de cretona. «Esa bata la conozco», caviló mientras su propietaria le tendió una mano para ayudarlo a levantarse.

—¡Menuda tajada agarró anoche!

Escolástica Sainz descorrió la manta que cubría el ventanuco y el sol de la mañana inundó la habitación, a la que el agente no sabía cómo había llegado. Se encontraba en casa de la chica. De eso estaba seguro.

—¿Cómo...?

—¿Llegó usted aquí? Le encontré tirado en un sofá dentro del local. Sus amigos no sabían dónde llevarle y me ofrecí a hacerme cargo de usted. Cosa de la vecindad, ya sabe. Montamos en un taxi, pero lo pensé mejor y le traje aquí en lugar de llevarle a su casa. Le vi tan dormido que me resultaba violento despertarlo. Una propina me bastó para convencer al taxista de que me ayudara a traerle hasta mi casa.

—Pero si usted se marchó...

—Y regresé. Quería hablar con usted, pero no estaba en condiciones de hacerlo —expuso ella con una tímida sonrisa en sus labios.

Gonzalo Suárez se llevó una mano a la cabeza y compuso un rictus de malestar.

—Le prepararé un poco de caldo. Le irá bien.

Escolástica Sainz salió de la pequeña estancia por un hueco oculto tras una sábana que hacía las veces de cortina. Al fin, el inspector se levantó y se arrepintió de hacerlo: era un dolor perpetuo. Apartó la cortina y la vio trastear con un hornillo junto al que había preparado un cazo lleno de una sustancia grasienta que intuyó sería caldo.

—Por qué, ¿verdad? —le dijo ella sin mirarlo.

—Entre otras muchas cosas.

—Necesidad —dijo Escolástica Sainz, muy seria.

—¿Tanta?

—No lo sabe usted bien. ¿Qué camino me queda?

—Existen otras ocupaciones más...

—¿Dignas? —le interrumpió—. Explíqueme qué entiende por dignidad.

—Emplearse en algo sin necesidad de rebajarse ni de vender su propio cuerpo...

Escolástica Sainz rio, y con fuerza.

—¿Acaso no recuerda nada de lo que le conté acerca de mi vida, lo que supone servir en casa de una persona para la que no eres más que un trozo de carne? ¡Eso sí que es carecer de dignidad! —rugió, muy furiosa.

—Lo siento. No quise...

—Únicamente pretendo que me entienda. Necesito dinero, nada más.

Escolástica Sainz colocó el cazo sobre el fuego del hornillo.

—En nada estará listo el caldo. Ya verá cómo le sienta estupendamente.

—Se lo agradezco. Me vendrá bien —dijo el inspector mientras echaba un vistazo a su alrededor.

La decoración era aún más exigua que la de la chabola de Rosa Prieto. Un calendario en una de las paredes como único elemento decorativo compartía protagonismo con un par de sillas y una mesa.

—Le gustaría marcharse de aquí, ¿verdad? ¿Es por eso? —elucubró Gonzalo Suárez.

—No —replicó Escolástica Sainz con sequedad—. No puedo dejar a Rosa. En realidad, todo esto es por ella. ¿Sabe? —Ahora le miró fijamente—. Se le da bien coser, pero desde la muerte de Manolito dejó de hacerlo. Quiero

comprarle una máquina, una buena. Ya le he echado el ojo a una, una Alfa en una tienda de la calle del Clavel esquina con la de la Reina.

—¿Es cara?

—Es un dinero que no tengo. Por eso hago lo que hago.

—Sobra la justificación, señorita Sainz. No tiene por qué dármele.

—Era de recibo. No quiero que piense que soy lo que no soy. Las cosas vienen así, y ahora mi prioridad es Rosa y su futuro antes que mis circunstancias.

Escolástica Sainz apagó el fuego del hornillo y vertió el contenido en una taza que ofreció al inspector.

—Tenga, bébalo con calma.

—¿Cree que Rosa Prieto estará en casa? —quiso saber él recibiendo la taza de manos de la chica—. Me gustaría hablar con ella. He averiguado algunas cosas acerca de la muerte de su hijo.

—¿Cómo? ¿Pero no estaba el caso cerrado?

—Oficialmente, sí.

—¿Qué quiere decir?

—Digamos que esto corre de mi cuenta. Un deseo personal de llegar hasta el final —le confesó sin esconder una sonrisa de pillo—. ¿Ve? Otro secreto. Ahora usted también conoce el mío. Estamos a la par.

—Y no sé cuál de los dos es más peligroso... —conjeturó Escolástica Sainz limpiando el cazo en el agua de un balde que tenía dentro de casa—. En fin, allí la encontrará. Últimamente la veo cada vez más rara, si cabe. Mira a todas partes cuando sale de la barraca e insiste, cuando estoy con ella, que no la deje sola. Muy raro su comportamiento.

—¿Desde cuándo lo viene notando?

—No sabría decirle. Desde hace varios días, quizás. Creo que necesita ahuyentar los fantasmas que lleva dentro. Por eso mi idea de comprarle una máquina de coser. Quiero que vuelva a sentirse persona, útil a ojos de los demás.

—Tiene usted un gran corazón, señorita Sainz.

—¿Y de qué me sirve tenerlo?

Gonzalo Suárez apuró el caldo de la taza y lo dejó sobre la mesa. El calor del líquido provocó en su cuerpo una sensación agradable.

—Dios terminará por recompensarla. Ya lo verá.

—Dios... —masculló con la vista perdida—. Una vez soñé que me casaba, que tenía un marido que me quería y criábamos juntos muchos hijos. Tres, cuatro... ¡Muchos! Diez años tenía cuando lo soñé. Una vida feliz,

normal —relataba Escolástica Sainz. Su mirada no enfocaba a ninguna parte, seguía navegando por universos que solo ella conocía—. Eso le pedí a Dios en la ingenuidad de esos diez años. Por lo que se ve, no me escuchó demasiado.

—Es joven todavía.

—¿Sabe lo mejor de todo, inspector? Que aún sigo creyendo que ese sueño podría ser posible.

Terreno pantanoso, adivinó Gonzalo Suárez. Cuando los recuerdos afloran, tarde o temprano terminan por salpicarte de manera directa o indirecta. Un recuerdo lleva a otro, a otro más... Y a una invitación a abrir el alma propia tras conocer mejor una ajena. Y no quería hacerlo. Al menos en ese momento.

—Hablaré con Rosa antes de marcharme. Y no se preocupe. Ya le digo que mis labios están tan sellados como los suyos.

Gonzalo Suárez abandonó la chabola de Escolástica Sainz con muchas imágenes en la cabeza. Su cuerpo desnudo, el pubis cuidado, la cara de cansancio, sus sueños... La vida, nada agradable cuando se lo propone. Y con las personas que escoge, mucho más. Y Escolástica Sainz parecía ser una de sus mejores elecciones.

«Nunca dejes un caso sin resolver». Aquel profesor de la academia se llamaba Ginés, don Ginés Alonso Martínez, y Gonzalo Suárez siempre tenía presente esa frase. Fue quien más le marcó. Hombre de carácter, pero que mostraba una actitud paternalista en el cara a cara.

Nunca supo por qué se fijó en él, por qué él y no otro compañero de la academia; por qué le inculcó todo su saber, su experiencia... Lo necesario para ser el policía que quería ser. Puede que fuera su orfandad —ningún dato pasaba desapercibido entre aquellas cuatro paredes. Todos sabían de todos— o la manera en que le despidió su madre, enlutada de arriba abajo, a las puertas del centro.

Don Ginés Alonso Martínez le transmitió mucha templanza y mucha sabiduría. Todo su saber compilado en una suerte de mandamientos que el ahora inspector de segunda Gonzalo Suárez cumplía a rajatabla. El más importante de todos, el que recordaba una y otra vez: nunca dejes un caso sin resolver. Palabra de don Ginés Alonso Martínez. Amén.

Por eso llegaría hasta el final en el de Manuel Prieto. Sin embargo, a Gonzalo Suárez no le gustó la mirada con la que le recibió la madre del

finado, cuya chabola era contigua a la de Escolástica Sainz:apestaba a sorpresa inesperada bañada en miedo. En el cielo brillaba el sol, pero en el entramado de callejuelas que era el poblado de Jaime el Conquistador mandaba el frío, seco y penetrante.

—¿Me recuerda, señora Prieto?

—Sí, claro que le recuerdo... —admitió Rosa Prieto asomando su cara por el resquicio de la puerta entreabierta—. Inspector Suárez, ¿verdad? ¿Qué hace aquí a esta hora tan temprana?

—Paseaba. —Gonzalo Suárez trató de mentir sin que se notara. Para su desgracia, era un pésimo mentiroso—. ¿No recuerda que vivo cerca de aquí? Quería saber cómo se encontraba, charlar con usted un rato, si lo desea.

—Le agradezco su atención e interés, pero preferiría dejarlo para una mejor ocasión.

—¿Le ocurre algo?

—No, nada, pero es mejor que se marche. Preferiría estar sola.

—La noto distinta. ¿Está segura de que no le pasa nada? —insistió el agente.

—¡Simplemente no deseo hablar con usted! —estalló la madre de Manuel Prieto—. ¡Márchese, se lo suplico!

—Venía a decirle algo sobre su hijo...

Al escuchar la referencia al vástago, Rosa Prieto abrió por completo la puerta. «A ver cómo salgo de esta sin decirle nada que me comprometa», caviló con rapidez el inspector Suárez.

¿Qué posibilidades tenía? Podía informarle de la existencia de una persona que tenía todos los visos de ser el asesino de su hijo, o bien mentirle diciéndole que alguien acudió a la comisaría y le dio el soplo desconociendo que el caso estaba cerrado. Ahí residía el *quid* de la cuestión: ni Rosa Prieto, ni nadie más, Escolástica Sainz era la excepción, aparte de los americanos David Estévez y Andrew Morton, podían estar al tanto de las últimas pesquisas, cada vez más certeras y claras.

—Mi hijo está muerto, inspector. ¿Me ha oído bien? ¡Muerto! ¡Así que le ruego que le deje en paz y no hurgue más en este asunto!

Rosa Prieto zanjó tan extemporánea reacción con un portazo que sorprendió al policía tanto o más que la reacción en sí. Lo que más le sorprendió fue esa mirada cargada de miedo. Muy parecida, curiosamente, a la que últimamente mostraba Liborio Solís a todo aquel con el que se encontraba. Por no decir idénticas.

¿Por qué una y otro habían mostrado tanto miedo cuando estaban delante de él? Lo desconocía. Aunque quizá no sus amigos americanos. En ellos tenía depositadas todas las esperanzas para resolver el caso del asesinato de Manuel Prieto.

Antes de marcharse encendió un cigarrillo. De pronto, escuchó un llanto. Buscó el origen, de qué casa podía proceder, y lo encontró. Detrás de la puerta de la chabola de Rosa Prieto. La persona que había oído llorar.

La foto fue tomada en la plaza Mayor en un día de finales de otoño del año anterior. Él vestía un traje de estambril en gris azulado; a su lado, Manuel Prieto lucía otro de idéntico tejido en *beige*. Fue un regalo suyo, una prueba de amor hacia el joven que conoció semanas antes y del que se había enamorado. Un español. ¡Quién se lo iba a decir! Decidieron posar delante del fotógrafo para tener una foto de los dos. Un recuerdo de su paso por Madrid, le dijeron a aquel a modo de ardid. Por los gestos que se prodigaban era más que posible que adivinara una condición que iba más allá de la amistad.

La mirada de Andrew Morton se humedeció. Echaba mucho de menos a Manolito, como le llamaba. Sus ojos llenos de vida, la cara limpia, el rostro risueño. Una luz en medio de la oscuridad que era su vida en una ciudad gris y desangelada. Eso fue lo que experimentó cuando lo conoció, a las pocas semanas de aterrizar en un país al que el suyo ahora miraba de otra manera. Allí estaba para negociar el establecimiento de unas bases militares consideradas prioritarias para los intereses de su país.

La culpa la tuvo uno de sus profesores de Berkeley, universidad en la que se licenció en Económicas con la mejor nota de toda su promoción. Una mente lúcida, un espíritu analítico y unas condiciones innatas para la negociación. Así le vendió a quienes le preguntaron por el estudiante rubio que, entre otras condiciones, causaba furor entre el género femenino...

Antes de marcharse a España le avisaron de lo que allí encontraría: un infierno aún peor para los que eran como él. Mal vistos, peor tratados y desconsiderados. Ser homosexual era lo más parecido a padecer una enfermedad o ser un apestado. Como en todas partes, sí, pero en España tendría que extremar las precauciones, le dejaron bien claro. Era americano, un extranjero en una tierra regada de odio, desprecio, animadversión y repulsa hacia personas como él. Y encontrar a Manolito fue un regalo de Dios, al que rezaba todas las noches antes de acostarse. Su madre fue la culpable. Era muy creyente, y él no iba a serlo menos.

Deslizó los dedos de su mano derecha por la foto y musitó algo parecido a: «Te echo de menos». Las huellas dactilares quedaron impresas en el cristal, tanto o más que el recuerdo de Manuel Prieto en su alma. Nunca le olvidaría, ni tampoco los meses que pasó en su compañía, las noches en la cama de su hotel, su pasión, tan ardiente...

Tres golpes en la puerta de su habitación le pusieron en alerta. No esperaba visita, y menos un sábado por la tarde. Podía tratarse de cualquiera de sus compañeros del equipo negociador. Nadie más sabía que estaba allí. O también, recordó entonces...

—David —saludó a la persona que llamó a la puerta. La misma en la que acababa de pensar—. ¿Qué te trae por aquí? —le preguntó en inglés.

—José.

David Estévez le mostró el informe que traía consigo.

—¿Ya sabemos quién es?

—Punto por punto.

—Entonces...

—Lee con calma.

El otro se sirvió un vaso de *whisky* de la botella que tenía Andrew Morton en su habitación. Bebía mucho desde la muerte de Manuel Prieto, y era consciente de ello. Lo hacía para olvidarle, un vaso tras otro, hasta, ya borracho, caer dormido y rendido en la cama. Una aspirina y una ducha calmaban la resaca con la que se despertaba al día siguiente.

David Estévez observó las reacciones de Morton a cada línea que leía. José no era un tipo fácil ni mucho menos asequible. Eso sí, estaba orgulloso. La red de soplones y confidentes que desplegó al llegar a Madrid funcionaba como un reloj. La identidad de José fue el segundo trabajo que encargó a dicha red. En apenas dos días recopiló tantos datos como para elaborar una completa biografía del tipo en cuestión.

—¡Hijo de puta! —exclamó Andrew Morton, entre sorprendido y malhumorado, mientras seguía leyendo el informe.

—Veo que has llegado al punto de sus contactos...

—Esto sí que no me lo esperaba.

—Ya ves. Nuestras sospechas se han confirmado.

Andrew Morton terminó de leer el informe, que arrojó a la cama, y se sirvió un vaso de *whisky*. Lo necesitaba para pasar el trago. Amargo, muy amargo.

—¡Tengo que hablar de inmediato con...!

—Espera. —David Estévez le detuvo antes de que Morton cogiera el auricular del teléfono—. No avises a nadie todavía. Vamos a esperar un tiempo prudencial.

—¿Cuánto?

—Un par de semanas a lo sumo. Esto se escapa de nuestras competencias. —Estévez miró a su compatriota—. A partir de ahora estamos en manos de ese policía español. Para eso decidimos contar con él. Ha llegado su hora.

—¡Pero...! —protestó David Estévez.

—Andy, recuerda que estamos en España y que la gente que aparece en el informe no es cualquiera. Son personas con recursos, bien relacionadas con el poder. Gente peligrosa, en suma. Se trata de proporcionar a ese inspector lo que necesita para llevar a ese tipo ante la justicia. En eso consiste nuestro papel. Olvídate de cualquier otra cosa.

Andrew Morton apartó la cortina de la ventana de su habitación, desde la que gozaba de una extraordinaria vista de la avenida de José Antonio, sobre la que caía el atardecer. La Gran Vía, había oído a alguien referirse así a ella. Un remedo de Broadway, más modesto, eso sí. Luces de neón, cines, carteles de películas, gente arremolinada a las puertas de esos cines esperando asistir al estreno de la última película de Hollywood... Más allá de dicha gran avenida, la oscuridad, el páramo. La España real, sin maquillaje.

—De acuerdo, pero con una condición —pidió Andrew Morton después de dar un trago a su vaso de *whisky*.

—Tú dirás.

—Quiero estar presente en el momento que se detenga a ese hijo de puta.

—No sé si será posible.

—¡Pues habla con el inspector, con el general Franco o con el sursuncorda, si es preciso, pero consíguelo!

—No sé qué pretendes con todo esto.

—Eso es cosa mía.

David Estévez vio asomar un brillo de odio en los ojos de Andrew Morton. Y eso le preocupaba. Por lo poco que le conocía creía ver en él un hombre afable, nunca dado a excesos ni tampoco a manifestaciones extemporáneas. El amor, que desnorta a cualquiera, caviló. Si a Daisy, su mujer, le pasara algo similar a Manuel Prieto, ¿acaso no se comportaría igual que Andrew Morton? Un escalofrío recorrió su cuerpo. Era la contestación a la pregunta que se acababa de hacer.

Le entendía. Y muy bien.

—Haré todo lo posible —dijo David Estévez para zanzar la conversación sobre el tema.

capítulo 19

Madrid, mediodía del 25 de febrero de 1953.

A su espalda se levantaba la plaza de las Ventas y tras ella, los últimos edificios de la calle Alcalá y los de las distintas vías perpendiculares al coso. El día había amanecido agradable, con un sol que ya se venía disfrutando desde jornadas anteriores. Esa misma mañana, mientras tomaba un café, leyó que la temperatura rozaría los quince grados, y no iba desencaminado el servicio meteorológico. Gonzalo Suárez se quitó el abrigo mientras esperaba a su cita.

¿Quién? A pesar del ruido que había en la comisaría, reconoció la voz al otro lado del auricular.

—Tendría que inventarme una excusa para salir de aquí —le advirtió mirando a un lado y a otro de la sala.

—Hágalo. Si no fuera importante no le hubiera llamado a este número.

Se levantó nada más colgar con intención de salir a la carrera tras memorizar el lugar y la hora. Por la puerta de su despacho apareció el comisario Martínez, que reparó en las prisas del inspector de segunda.

—¿Dónde va, Suárez?

—Me acaban de dar un chivatazo de lo de ayer en Lavapiés. Voy a husmear por allí.

—¡Ordóñez, acompañe al inspector!

—¡Marchando! —respondió el sevillano, que leía el periódico sentado ante su mesa.

—Tranquilo, Ordóñez, no se moleste. Será algo rutinario —se disculpó Gonzalo Suárez con su compañero camino de la puerta de salida.

—¡Inspector! ¡Vuelva! —chilló el comisario Martínez.

—Se ha... ido. —Articuló un estupefacto Julián Ordóñez.

—¡Ya lo he visto! ¿O es que se cree que soy ciego? —admitió con enfado el comisario Martínez. Se dio media vuelta y regresó a su despacho. Aún tuvo tiempo de acordarse de Gonzalo Suárez antes de desaparecer de la vista de todos—: ¡La madre que lo parió!

El inspector vio venir un vehículo negro que rebasó la plaza de toros por un costado para coger un pequeño camino que, al caer en una hondonada, quedaba apartado de cualquier mirada.

El coche se detuvo a una decena de pasos y de él descendió David Estévez. El trecho que le separaba del agente lo hizo caminando con calma y cantando. Tarareaba una de sus canciones favoritas, *You belong to me*, de Jo Stafford: «See the pyramids along the Nile, watch the sunrise from a tropic isle...». Gonzalo Suárez concluyó que Estévez estaba contento.

—Al final ha conseguido venir... —dijo a modo de saludo—. Que sepa que no lo dudé en absoluto.

—Más le vale que sea importante lo que tiene que decirme. —Le recibió Gonzalo Suárez con rostro circunspecto—. Oficialmente estoy recabando pistas de un incidente ocurrido ayer en el barrio de Lavapiés.

—¿Grave?

—Una mujer herida por arma blanca en la puerta de un bar. El agresor se dio a la fuga. Una deuda pendiente de cien pesetas, parece ser. Todo muy oscuro.

—¿Es mucha cantidad?

—Depende de para quién. Para la víctima debía de serlo.

—Comprendo.

Ya juntos, comenzaron a caminar alejándose del coche y de la plaza de Toros. Más allá, en la dirección en la que caminaban, había varias chabolas levantadas en un paisaje de escombros y polvo. El inspector intuyó que no irían muy lejos a tenor de cómo fue el primer encuentro con David Estévez, muy parecido al que mantenían ahora.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante que tenía que contarme? —preguntó Gonzalo Suárez.

—José.

David Estévez entregó un sobre al policía, que lo abrió con premura para extraer el par de folios que había en su interior. Gonzalo Suárez empezó a leerlos sin dejar de andar.

—¡La madre que lo parió! —exclamó—. Pero, pero... ¿Cómo ha podido recabar toda esta información? ¿Quién...?

—Los métodos son cosa mía. Lo importante es que ya está en condiciones de seguir la pista de ese tipo.

—¡Menudas agarraderas!

—Fácil no va a ser, presumo.

—¡Un momento...! —Gonzalo Suárez se detuvo—. Ahora lo entiendo todo.

—¿A qué se refiere?

—Su interés en este caso.

—¡Vaya! Es usted muy perspicaz, inspector Suárez.

—Lo sabía todo desde el principio.

—No es así, exactamente.

—Esto prueba que sí —insistió Gonzalo Suárez mostrando el informe. Su gesto se crispó—. Han estado jugando conmigo.

—Ya le dije que teníamos nuestras sospechas, pero necesitábamos confirmarlas. Y también...

—Ayuda legal, ¿no es así? —terminó la frase el agente al ver que David Estévez no encontraba las palabras que buscaba.

—Podríamos llamarlo de esa manera.

El policía chasqueó la lengua y miró en todas direcciones antes de centrar la mirada de nuevo en el informe. José, sus amistades. Se podría llamar inquietud a la sensación que anidó en su cuerpo al terminar de leer el informe.

—No va a ser nada fácil.

—¿Quién dijo que lo sería?

—Estoy solo.

—¿Me admite un consejo? Le convendría buscarse ayuda.

El inspector Suárez retomó el paso negando con la cabeza. David Estévez acababa de abrirle una puerta, la que conducía directamente a José. De él dependía que aquella puerta fuera la de su casa o la de la Catedral de San Isidro.

—No puedo involucrar a mis compañeros. Nadie sabe que sigo con esto.

—Yo puedo protegerle... —El americano bajó la vista al suelo. Suspiró—. Hasta donde pueda, eso sí. Le recuerdo que no existo, no puedo exponerme. Lo siento.

—Me está pidiendo demasiado.

—Ese era el trato y creo que hasta la fecha se está cumpliendo. Al menos por nuestra parte, ¿no es así?

No era una amenaza, sino una evidencia. Gonzalo Suárez pudo sortear, y con holgura, la suspensión de empleo y sueldo gracias al dinero aportado por David Estévez. Y habría más, le prometió el americano, según cómo avanzara el caso.

—No obstante, si es por dinero...

Extrajo otro sobre del bolsillo interior de su abrigo y se lo entregó al inspector, que se lo guardó de inmediato. Por el peso intuyó que debía de tratarse de una cantidad importante.

—Con eso podrá comprar voluntades, pedir favores, lo que estime oportuno. Y si necesita más, no dude en decírmelo.

Gonzalo Suárez asintió en silencio. Meditó lo que iba a decir antes de soltarlo. Y lo hizo pasados unos segundos:

—Lo que necesitaré es tiempo.

—No lo demore demasiado. Hay mucho en juego.

—Deme tres semanas.

—Intente que sean dos.

David Estévez se detuvo, giró sobre sus pasos y se quedó mirando la plaza de Toros de las Ventas. Empezó a sonreír.

—A mi papá le encantaban los toros. Había un torero al que vio en un par de ocasiones en México antes de marcharse a los Estados Unidos. ¿Le suena alguno apellidado El monte o algo así?

—Querrá decir Belmonte.

—Sí, puede que sea así, Belmonte. ¿Le conoce?

—¿Y quién no conoce a Belmonte en España? Se retiró antes de la guerra. Era muy buen torero. Puede que el mejor.

—Mi padre entre ellos.

—Buen entendido entonces.

A una señal de David Estévez el conductor del coche arrancó el motor. Siguieron caminando en silencio, pero el americano no había dicho su última palabra.

—A partir de ahora sería bueno que me informara de los avances que consiga. Digamos que cada dos o tres días, ¿le parece bien?

—¿Acaso no confía en mí?

—Todo lo contrario. Por si necesita ayuda, nada más. Asimismo, cuando esté a punto de detener a ese tipo, hágamelo saber. Hay una persona que tiene cierta cuenta pendiente con él y le gustaría saldarla.

—Puedo imaginar quién es, ¿verdad?

David Estévez abrió la puerta del coche y se dispuso a entrar en el asiento trasero. En última instancia se detuvo y dio la vuelta para dirigirse de nuevo al inspector.

—Si me permite la libertad, no comprendo cómo sus superiores no le permiten volar más alto.

Gonzalo Suárez se encogió de hombros esbozando una tímida sonrisa.

—Este país es así...

—Entonces mejor que siga como está.

—Vaya... —dijo el inspector enarcando las cejas.

—No se preocupe. Lo entenderá a su debido tiempo.

El coche del americano se alejó dejando tras de sí una estela de polvo. ¿Qué había querido decir David Estévez con aquellas palabras? Por lo que el inspector le iba conociendo, era aficionado a los dobles sentidos, le gustaba jugar con enigmas.

Gonzalo Suárez encendió un cigarrillo y enfiló el camino que le llevaría hasta la estación de metro. En un bolsillo de su abrigo portaba una cantidad indeterminada de dinero y un plazo que cumplir. Por delante tenía un trayecto de muchas estaciones para pensar en qué le contaría al comisario Martínez de sus pesquisas por Lavapiés.

Si es que José le dejaba tiempo para hacerlo.

Antes de llamar al timbre, el inspector Suárez echó un vistazo al reloj, que marcaba las seis de la tarde. Se arregló el cuello del abrigo y comprobó el estado de su sombrero, ligeramente ladeado. «Una buena impresión es lo que cuenta. Lo mismo doblega voluntades que abre puertas», le dijo su madre la primera vez que le obligó a ponerse un traje. Escuchó unos pasos viniendo hacia él. Pasos lentos, casi cansinos. «La casera ya tiene una edad», le informaron antes de presentarse en la pensión de la calle Desengaño ante cuya puerta se encontraba. Número 5, segundo derecha. Era propiedad de doña Agustina, una mujer viuda que se ganaba la vida alquilando habitaciones a quien dispusiera a bien pagarle unas pesetas por ello. Doña Agustina era viuda y se conformaba con asomar la cabeza para otear el paisaje, que en los tiempos que corrían ya era bastante. A Gonzalo Suárez le interesaba uno de los alojados en la pensión, un tipo locuaz y desprovisto de vergüenza, que de un tiempo a esta parte mostraba un proceder un tanto mohíno: Liborio Solís, alias el Canelita.

La puerta se abrió. Los sesenta ya no los volvería a conocer y puede que tampoco los setenta, intuyó el inspector solo con ver la cara de doña Agustina, la dueña de la pensión, que le observaba con rostro desconfiado y un brillo vivaz en los ojos.

—¿Qué desea?

—Busco a Liborio Solís.

—¡Aquí no vive nadie con ese nombre! —le chilló la anciana intentando cerrar la puerta, lo que el agente impidió con su pierna derecha.

—Vive aquí y necesito verle de inmediato. Y procure no montar ningún escándalo, se lo ruego.

La visión de la placa de policía estremeció a la anciana, que agachó la vista y dejó entrar al inspector dentro de la pensión.

—¿De qué se le acusa? Lleva tiempo sin meterse en líos, señor policía, se lo puedo asegurar. ¡Si apenas sale de casa!

—Ni que fuera usted su madre... —respondió Gonzalo Suárez con tono guasón—. ¿Cuál es su habitación?

—La segunda del fondo siguiendo el pasillo... —dijo la casera señalando la dirección con el dedo índice de su mano izquierda, tan fino y apergaminado como su rostro, en el que la edad ya había cincelado el cutis con el que se marcharía al otro barrio.

El pasillo era estrecho y largo. Alguna foto, un par de cuadros, la estampa de un calendario... Motivos para dar un poco de alegría a un espacio que olía a naftalina. En el camino hasta la puerta Gonzalo Suárez escuchó varios lamentos sobre la inocencia de su inquilino.

«Un buen hombre, con sus rarezas, pero que paga puntualmente. Cortés y educado, no da ni un solo problema y, además, luchó contra los rojos en el frente de Madrid y estuvo a punto de dar su vida por la gloriosa cruzada nacional capitaneada por nuestro caudillo Francisco Franco, al que Dios conserve la vida muchos años». Todo eso escuchó tras de sí el inspector en boca de la anciana. Ni siquiera le hizo falta llamar a la puerta de la habitación del Canelita. Las voces de doña Agustina alertaron a este, que se adelantó al propósito del policía.

—¡Inspector Suárez! —exclamó el granadino entre asustado y sorprendido—. ¿Qué hace aquí?

—Quiero hablar contigo, Canelita. Solo hablar, que es verme y parece como si hubieras visto al mismísimo diablo.

—¡Ay, por Dios! —Empezó a gimotear el otro. Un gesto muy estudiado, el suyo—. ¡No quiero saber nada! ¡No me meta más en sus líos, se lo suplico! ¡Bastantes disgustos me está dando ya!

—Que yo sepa, ninguno. Al contrario, te he evitado muchos. ¿No será que tienes miedo a algo o a alguien?

—¿Miedo yo? —El Canelita se arrancó con una carcajada—. ¿Miedo yo? ¡Aún no ha nacido el hombre que me asuste a mí! ¡A mí, que me dispararon en la guerra y aún herido fui capaz de...!

—Sí, Canelita, lo sé —le cortó Gonzalo Suárez con gesto aburrido—. Mataste a tres rojos de un solo tiro. Ya me conozco la historia.

—¡Se lo juro por mi Virgen de las Angustias que fue así! —admitió el granadino besando una medalla que llevaba colgada y que se sacó apartando el fular de color rojo que le cubría el cuello. Muy chillón, como era su costumbre. Llamaba demasiado la atención en el conjunto que vestía, un traje de franela gris.

—Hace tiempo que no se te ve por Casa Augusto...

Todo hombre tiene una capacidad de resistencia. Que sea mayor o menor depende de la fuerza de voluntad propia, de la fortaleza de su universo personal. De distintos valores, en definitiva. Liborio Solís era una caja de sorpresas, capaz de la defensa más tenaz, duro como un pedernal, y de derretirse como un hielo bajo el sol del mediodía en un día de verano. Ambas facetas ya las conocía Gonzalo Suárez. ¿Con cuál se encontraría esa tarde? Eso es lo que no sabía.

—¡Ay, inspector! ¡Que se me llevan los demonios por no poder salir de aquí! ¡No sabe cuánto! —se lamentó. Cogió el pañuelo que lucía en el bolsillo de la americana para secarse unas lágrimas que no existían más que en su imaginación—. ¡Qué sé yo! El frío, que este año me está afectando en demasía, y yo si no tengo a alguien que me dé calor...

El inspector Suárez respondió a la ocurrencia del Canelita con una sonrisa. Un tipo de extremos, moviéndose de uno a otro con la misma rapidez con la que cambiaba la risa por el llanto, la broma por la ira. Por qué estaba encerrado allí era algo que no le preocupaba tanto como obtener la ayuda que le había llevado hasta él. Y no se marcharía de la pensión sin lo que buscaba.

—Necesito hablar contigo, y es importante.

—No creo que sea el momento ni el lugar. —Liborio Solís agachó la cabeza e hizo ademán de cerrar la puerta para retirarse a su habitación. Así daba a entender que la conversación había llegado a su fin.

—Lo es. —El tono grave de voz que empleó el inspector estremeció al granadino—. Esta vez sí que lo es.

Liborio Solís miró a su interlocutor. Estuvieron varios segundos sin hablarse. El primero resopló, dando a entender que se daba por vencido.

—¿Le importa que hablemos en la salita de estar el señor policía y yo, doña Agustina?

—Pero, no se lo llevará usted detenido, ¿verdad? —preguntó la dueña de la pensión a Gonzalo Suárez— ¡Es muy buen chico!

—No se preocupe, es mera rutina. No habrá escándalos en su pensión. ¿Verdad, Canelita?

—Usted siga a lo suyo, doña Agustina. El inspector y yo somos viejos conocidos.

La sala de estar era pequeña. Un par de sillones, una mesa camilla y una cómoda, sobre la que descansaba un aparato de radio —de antes de la guerra, como poco, apreció el policía— dejaban poco espacio a las maniobras, por lo que tomaron asiento sin más dilación.

—Creo conocer el motivo de su visita... —soltó el Canelita nada más sentarse en uno de los sillones. Volvió a resoplar, pero esta vez mirando a través la ventana, que daba a un patio interior—. Es José, ¿verdad?

—Lo es.

Liborio Solís retiró la mirada de la ventana para cruzarla con la del inspector. Cerró los ojos negando con la cabeza y volvió a abrirlos tras mascullar algo que Gonzalo Suárez nunca hubiera podido escuchar por muy buen oído que tuviera.

—Es usted inasequible al desaliento.

—Cumpló con mi deber.

—El caso se cerró hace tiempo. ¿Se lo tengo que recordar?

—Mi deber es para con Rosa, la madre de Manuel Prieto. —Tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa camilla—. Se lo debo.

—No puedo ayudarle, ya se lo dije.

—Necesito que me digas dónde le puedo encontrar. La identidad te la puedes ahorrar. Ya no me hace falta.

—¿De modo que ya sabe quién es?

—Solo falta ese pequeño detalle, ya ves.

Liborio Solís se mordió el labio inferior con los dientes antes de echarse a llorar. Una llorera de verdad, para nada impostada. Gruesos lagrimones descendían por sus mejillas. Gonzalo Suárez prefirió mirar hacia la ventana. No soportaba ver llorar a nadie, y menos aún a un hombre.

—¡Por lo que más quiera, inspector! Si sigo hablando me va a buscar usted la ruina. ¡La ruina!

—¿Qué ruina? ¿De qué estás hablando? ¿Acaso no te he demostrado de lo que soy capaz? ¿Cuántas veces te he protegido de la ira del comisario? ¿Cuántas te avisé de redadas en las que podías haber caído como cualquier otro? ¿Todavía dudas de mí?

—No es eso, inspector. ¡No es eso! —articuló el Canelita entre lágrimas—. ¡No me complique más la vida, se lo pido por el amor de Dios!

—¿Acaso es dinero? Eso se arregla rápidamente...

Gonzalo Suárez sacó su cartera del bolsillo interior de su traje. El billete de 1000 pesetas que extrajo lo dejó sobre la mesa a la vista del granadino, cuyos ojos apenas parpadeaban, centrados en tan goloso billete.

—¿A que con esto ya es menor la ruina?

El rostro de Liborio Solís se iluminó. Aquel billete parecía el sol del amanecer, cuando sus rayos impregnan de vida todo lo que tocan. Un breve lapso, una ráfaga de aire fresco para sus pensamientos, que se nublaron otra vez volviéndose oscuros. Más lágrimas afloraron de sus ojos.

—¡Si pudiera me marchaba ahora mismo de aquí y me olvidaba de todos! ¡De usted, de Manolito y de...!

Liborio Solís se calló. Y tragó saliva. Había hablado más de la cuenta, lo que no pasó desapercibido para el inspector, que clavó la mirada en el rostro lívido del granadino.

—¿De quién, Canelita? ¿De quién más te quieres olvidar?

—¿Por qué me tiene que pasar esto a mí? ¿Por qué? —se maldijo secándose las lágrimas.

—Acabáramos... —La mirada del inspector Suárez adquirió un brillo único. Algo que le ocurría cuando sentía interés especial por algo—. Tú te estás escondiendo de alguien. ¿Verdad que no me equivoco?

—No siga, se lo ruego —balbuceó el Canelita entre lágrimas—. ¡No me haga hablar más!

—¿Fue él quien te hirió?

—¿Cómo lo sabe?

—Por mucho que la intentases ocultar con el peluquín, la herida se veía demasiado. Fue esa persona, ¿verdad?

—Sí —admitió, lacónico, el granadino.

—¿Quién es?

—¡Ese hombre malvado! Lo veo, lo huelo en cada esquina. ¡En cada puerta que abro temo encontrármelo! ¡Es horrible, inspector!

—¿De quién estás hablando?

—Un tipo alto, con la cara cortada por un tajo. Portugués. Me amenazó con matarme si seguía hablando con usted. ¡Llegué a sentir su aliento detrás de mí en todo momento! Por eso me encerré aquí aún a sabiendas de que mis recursos están al límite.

Gonzalo Suárez anotó la descripción en la libreta que siempre llevaba consigo.

—¿Crees que fue él quien mató a Manuel?

—No lo sé —respondió Liborio Solís encogiéndose de hombros—. Si llego a saber que la muerte de ese muchacho acabaría por causarme tantos problemas...

—En tu mano está resolverlo.

—No es tan fácil.

—Lo es. Dime dónde puedo encontrar a José. Así de simple.

Liborio Solís se levantó del sofá y dio varios pasos hasta alcanzar la ventana, cuyas hojas abrió. Se oían voces. Mujeres gritando a sus hijos, niños llorando... Un paisaje ocre e insalubre.

—¿Sabe una cosa, inspector? Antes de que muriera Manolito se me pasó por la cabeza marcharme de Madrid.

—¿Por qué?

—Hartazgo, desidia, nostalgia...

Dejó de mirar a través de la ventana y ahora el protagonista de su atención fue el policía, que atisbó en los ojos del Canelita un brillo especial, muy diferente al habitual.

—Sí. Llevo mucho tiempo pensándolo, y si tuviera dinero me marcharía ahora mismo de Madrid.

Después de la mirada, Gonzalo Suárez escrutó el rostro de Liborio Solís. No era mal tipo, desde luego. Sarasa, alcahueto, muy suyo, pero en el fondo no era mal tipo. Escondía una bonhomía que en ocasiones salía a la luz, incapaz de seguir ocultándola.

—¿Y a dónde irías?

—Volvería a mi *Graná* —replicó con la vista perdida—. Que ya va siendo hora.

—Tendrías que empezar una nueva vida...

—Abriría una sastrería. En la Alcaicería. Trajes para hombres y mujeres. Trabajaría con sedas de vivos colores. A ellos les vestiría de ensueño, la pizca de seriedad justa con vivos matices. El aire del sur en cada respunte, en cada trozo de tela —relataba el Canelita con los ojos cerrados, como si estuviera en su imaginario taller de costura—. Y a ellas las vestiría de purísima y oro en las fiestas de guardar y de amarillo con el toque del rojo intenso de unos labios recién pintados por aquello de dar un poco de color a la vida. —Dejó de soñar. Abrió los ojos y suspiró—. ¡La de cosas que haría, inspector!

—No está nada mal, desde luego...

—Mi madre me enseñó a coser de niño. Era costurera, la pobre. —Los ojos de Liborio Solís adquirieron una tonalidad húmeda—. Mi padre nos abandonó... Fue culpa mía, pero no se lo reprocho. A mi madre no le quedó

más remedio que dedicarse a bordar todo lo que le pusieran por delante y yo la ayudaba en todo momento. Pantalones, trajes, faldas... ¡Qué bien se me daba! Me miraba con esa cara de satisfacción que ponía cuando estaba contenta por algo... «¡Qué bien te podrías ganar la vida con esto si quisieras, Liborio!». Pero no le hice caso, ya ve.

—¿Te gustaría regresar a Granada entonces?

—¡Mañana mismo si pudiera!

Gonzalo Suárez se acarició la barbilla. Esas decisiones, momentos en los que hay que tomar una determinación. Instantes que separan el éxito del fracaso, de ganar a perder para siempre. Una encrucijada, y de él dependía convertirla en favorable para sus intereses. Esbozó una tenue sonrisa y volvió a sacar la cartera. La orfandad del billete de mil pesetas terminó con los otros cuatro que le acompañaron.

—¿Se puede saber cómo puede llevar usted tanto dinero encima? —dijo el granadino, más sorprendido aún que cuando vio al inspector poner el primer billete sobre la mesa.

—Suficiente para marcharte a Granada y empezar una nueva vida, ¿no crees, Canelita?

Diez minutos más tarde, Gonzalo Suárez se cubrió la cabeza con el sombrero antes de salir a la calle. Un coche cruzó por la calle Desengaño camino de la avenida de José Antonio. Presencia, la suya, ninguna más. Una calle solitaria, en apariencia, aunque llena de vida cuando las tinieblas advirtieran a las almas solitarias que había llegado el momento de salir. Él también tomó la misma dirección que el coche. Se detuvo para encender un cigarro. Mientras lo hacía echó la vista atrás, al portal del que acababa de salir. En el segundo piso quizás hubiera una persona haciendo planes en su habitación. Comprar un billete de autobús y unas cuantas maletas para meter en ellas toda la vida que le cupiese, que tampoco era tanta, para empezar una nueva vida en su Granada natal. Quién sabía.

El reloj del inspector Suárez marcaba las siete menos cuarto de la tarde. Temprano para sus propósitos.

—En el fondo hasta te voy a echar de menos, Canelita.

Gonzalo Suárez había articulado esa frase después de echar un último vistazo al portal. Atrás dejaba una parte de la historia de la que era —y se sentía— protagonista para encarar su recta final. La más excitante, sin duda. Todavía no había pensado cómo lo haría, pero sí estaba seguro de que no tiraría todas las cartas sobre la mesa esa misma noche. A esa partida todavía le quedaban algunas manos por jugar.

Se metió las suyas en los bolsillos del abrigo e imprimió una marcha mayor a su caminar. Así le vio pasar un tipo que le venía observando desde que abandonó el portal, con la espalda apoyada contra la pared de un bar y una caña de cerveza en la mano. El tipo dio un sorbo al vaso, que saboreó con calma, y después encendió un cigarrillo. El sol anunciaba que febrero no tardaría en marcharse llevándose consigo el invierno. Aquel hombre expulsó la primera calada del cigarro, cerró los ojos y se puso a tararear una de sus canciones preferidas: «Ai Mouraria, do homem do meu encanto, que me mentia mas que eu adorava tanto...».

Nunca se regresa igual a casa. Todo depende de la cantidad de vivencias que transporte el cuerpo. Si han sido buenas, tardará en hacerlo. Buscará cualquier excusa para retrasar el momento, para no enfrentarse a lo inevitable, que es acabar la jornada encerrado entre cuatro paredes, en el mejor de los casos, o metido en una cama que no siente suya. Si no lo han sido, deseará con ansia arrojar sobre esa cama: un paraíso que nunca pregunta ni quiere saber. Acoge, sin más, y da calor.

El cuerpo de Gonzalo Suárez se debatía entre la disyuntiva de seguir adelante o de retirarse cuanto antes a la espera de tiempos mejores. Aunque quisiera, a nadie podía pedir consejo. El paseo de Santa María de la Cabeza, por el que descendía sin prisa alguna, estaba vacío; todo lo contrario del local que había visitado un par de horas antes. Lo que fue una bendición para sus propósitos. Allí estaba José, acodado en la barra. Un local de música lenta, manos furtivas, sonrisas tenues y susurros al oído.

Un local del que José era asiduo. Allí le encontraría, le aseguró el granadino. Mantenía buena relación con el dueño, y después del incidente con Manuel Prieto prefirió la seguridad que le ofrecía el lugar, no muy distinto a otros que conocía. Una vez le vio, decidió seguir los consejos que le dictó el Canelita. «Déjese ver poco a poco. Hágase el distante, que todo le dé igual. Cuando le vea, manténgase firme. Y dele largas. Le gusta. En cuatro días le tendrá comiendo de su mano... O lo que usted quiera». Tras el consejo, en los ojos de Liborio Solís adivinó un mar de tranquilidad que estaba deseando abrazar. Granada se lo daría. ¿Volvería a verle?, se preguntó el inspector. Suspiró. Solo la vida lo sabía. En cuanto a José, tenía claro lo que ocurriría. De su pericia dependería acortar o alargar más la situación.

Un autobús se detuvo en una parada junto a la glorieta de la santa a la que daba nombre el paseo. Delante de la parada, Gonzalo Suárez esperaba a que el

semáforo le diera permiso para cruzar al otro lado de la vía. Miró al autobús, esperando a que prosiguiera su marcha, y al semáforo, a punto de cambiar al rojo. Un rojo frío, sin vida. Todo lo contrario que su mirada, que se incendió tanto o más que la de la persona que se colocó a su lado con la misma intención que la del agente.

—¡Inspector Suárez! —exclamó sorprendida Escolástica Sainz, al bajar del autobús.

—¡Señorita Sainz!

Cruzaron juntos el paseo en silencio y pronto tomaron la calle Embajadores. Las farolas lucían intermitentes y había más sombras que luz en un sendero de oscuras motas que se extendía hasta la plaza de la Beata Mariana de Jesús. Ambos conocían sus caminos, que en parte eran el mismo.

—Parece que nuestro destino es encontrarnos en los lugares más insospechados...

Escolástica Sainz rompió el silencio. Palabras que acompañó del vaho de su boca, que se perdió en la fría y oscura noche.

—El destino, supongo.

—Supongo que será eso.

Gonzalo Suárez no quería preguntarle de dónde venía; lo intuía. Tampoco se lo quería decir Escolástica Sainz por la misma razón. A uno le bastaba con recordar la mañana que amaneció en casa de aquella. A la otra, lo mismo. Ahora las circunstancias eran distintas, lo mismo que el entorno. Y que todo.

—Su amigo el Canelita se marcha de Madrid... —dijo el inspector. Al acabar la frase se dio cuenta de que su tono, al referirse al granadino, había cambiado. Ya no era tan neutro como antes. Algo más cálido, tal vez.

—Al fin se marcha...

—¿Lo sabía?

—Hace tiempo. Era una vieja idea suya. Hace unos años lo intentó, pero no pudo. Me alegro por él. Granada, ¿verdad?

—Así es.

—Granada —repitió—. Será feliz, no tengo ninguna duda. Más que aquí.

—Acudí esta tarde a verle a la pensión donde para.

—¿Fue Manolito la excusa?

—¿Cómo lo sabe?

—Liborio vale más por lo que calla que por lo que sabe. E imagino que ahora verá mucho más cerca esclarecerse el caso.

—Con un poco de suerte, sí.

El diálogo acortó la duración del paseo. Nunca imaginó Gonzalo Suárez que el trayecto entre la Glorieta de Santa María de la Cabeza y la calle de Jaime el Conquistador se le haría tan corto. A su izquierda se extendía un mar de oscuridad respunteado de exiguas y diminutas luces. De su interior salió el ladrido de un perro, también el bufido de un gato; alguna que otra voz rompió la quietud del momento.

—Me agrada su compañía, inspector Suárez, pero mi camino termina aquí.

Habían llegado al poblado en el que vivía Escolástica Sainz. Gonzalo Suárez echó un vistazo a uno de los senderos que conducía al interior de aquel entramado de casuchas y chabolas. Mucha oscuridad. Y peligrosa. La que escrutó el inspector antes de volver a hablar:

—¿Quiere que la acompañe? —se ofreció indicando con el mentón la dirección que debía tomar la chica.

—No se preocupe. Lo conozco de sobra. —Escolástica Sainz dudó antes de continuar hablando. Finalmente lo hizo—. No quiero alimentar más la imagen de mí que tendrá en su cabeza.

—Si se refiere a lo del otro día, está completamente olvidado —respondió él. En sus labios asomó una tibia sonrisa.

—Ya le dije que no soy lo que pensaba que era cuando me vio en aquel local, y se lo repito —prosiguió ella—. Aparenta usted ser un buen tipo y quería aclarárselo. Para evitar malos entendidos, ya sabe.

—¿Acaso creía que...? —La sonrisa dio paso a un gesto de estupor en el rostro del policía—. ¡Por Dios, le aseguro que no era esa mi intención! Solo me interesaba por su seguridad, nada más.

—Otro en su lugar actuaría de otra manera.

—Otro —sonrió de nuevo el inspector—. Lo ha definido usted perfectamente.

—Perdóneme, pero le interpreté mal. No sé, la forma en que me miró la mañana que se despertó en mi casa...

—Le recuerdo que soy un hombre.

—Que necesita compañía.

—Vaya —rio Gonzalo Suárez—. ¿Ahora es usted la que se insinúa?

—En absoluto —también rio ella—. Basta con verlo en su expresión. Echa de menos a alguien a su lado.

—Eso es cosa mía —articuló él. La expresión de su rostro se endureció de nuevo.

—Recuerdo que me dijo que tenía cuarenta y dos años, ¿verdad?

—Dentro de dos meses, cuarenta y tres.

—Todavía es joven. Le voy a dar un consejo: búsquese una buena mujer que le quiera, que le cuide de verdad. Se la merece.

—Si usted lo dice...

—Hágame caso, inspector. Usted necesita una mujer que le quiera. Y de verdad.

Escolástica Sainz se acercó al inspector, al que besó en una de sus mejillas. Un beso cálido que le aturdió. Tenía muy presente cuándo fue la última vez que le besaron. Un recuerdo amargo, doloroso.

Y la vio marcharse y desaparecer engullida por la oscuridad. Ese beso le sumió en un mar de recuerdos del que no lograría salir hasta la mañana siguiente. Una noche en la que apenas pegaría ojo recordando una y otra vez, pero también dando vueltas a las últimas palabras de Escolástica Sainz. Tantas o más como las que daría en la cama, debatiéndose entre lo que fue y nunca sería y lo que era y podría ser. El pasado y el futuro con el presente de juez. El deseo y el recuerdo, el amor y el calor. Demasiadas vueltas por culpa de dos mujeres. Le correspondía a él poner fin a una situación que hacía de su vida un gris peregrinar por una existencia anodina. De él dependía iluminarla un tanto o sumirla definitivamente en la oscuridad. Solo de él.

capítulo 20

Madrid, mediodía del 28 de febrero de 1953.

Un niño arrastraba un pequeño caballo de cartón. Lo llevaba asido de una cuerda a modo de brida, paseándolo orgulloso cogido de la mano de su madre. Ella presumía de galas y no las ocultaba. El abrigo de visón que lucía no bajaba de las cuatro mil pesetas a ojos de Marga Uriarte. Sentada en un cercano banco del paseo, observaba esta escena. Puede que lo que vistiera debajo tampoco desmereciera al envoltorio, lujoso y llamativo. A su lado caminaba el marido, también vestido impecablemente. Y no era la única pareja que paseaba su palmito a la vista de todos por el paseo del Prado. La tarde era agradable y brillaba el sol en el cielo. Conforme se acercaba marzo la primavera avisaba con más fuerza de su próxima llegada.

De pronto, el niño tropezó y cayó al suelo, donde comenzó a llorar. Marga se levantó para ayudarlo ante la tardanza de la madre. Lo hizo obsequiándola con una mirada de odio infinito. Detestaba a las madres displicentes que escatimaban cualquier caricia a sus hijos. Aquella, sin embargo, se agachó para auxiliar al suyo. Le ayudó a levantarse, le sacudió el pantalón para quitar el polvo adherido del suelo, le dedicó algunas palabras y después le besó. El llanto se transformó en sonrisa en el rostro del niño y el trío prosiguió su camino, tan feliz. Marga Uriarte regresó al banco.

Felicidad que no sentía. Durante un buen rato mantuvo la vista en el trío, que se alejaba camino de la plaza de Cánovas del Castillo arrastrando ese don que a ella le faltaba y que sospechaba que nunca conocería.

¿Qué significaba ser feliz? Cuando hablaba de sí misma lo hacía en pretérito. No era, sino fue; no pasaba, sino pasó; no amaba, sino amó. Y no era madre, sino que lo fue. Felicidad hubiera sido tener el hijo que salió de su vientre con otro tipo de persona, o al menos que ese hijo siguiera vivo. Un consuelo, su oasis para refugiarse de un mundo que le repugnaba. Al menos se congratulaba de que tan dolorosa pérdida ocurriera cuando aún no había tenido tiempo de acostumbrarse a él, a su olor, a su calor. Fue madre, pero no lo fue.

Era en instantes como el que ahora la mantenía ocupada en silencio y en solitario cuando repasaba lo que había sido su vida hasta entonces. Pero no tardaba en dejar de hacerlo. Todo era dolor, desesperación, llanto y rabia. ¿Cuándo la felicidad decidió que siempre le daría la espalda? La eterna pregunta. Una imagen bastaba para despertar en su cabeza tal o cual recuerdo. La del niño llorando en el suelo, sin ir más lejos. El suyo. Solo le conoció así, llorando. Unos instantes a lo sumo antes de que la monja que lo acunó entre sus brazos lo ahogara en un bidón de agua. Fruto del pecado, masculló nada más extraerlo de las entrañas de Marga; vientre que preñó uno de los sacerdotes que impartía moral y rectitud en el internado donde Marga Uriarte fue a parar tras la muerte de su madre.

Si alguna vez concibió la existencia del infierno sobre la tierra, no tenía dudas de que sería aquel internado. Un lugar donde las vejaciones eran moneda común, el insulto un halago y los malos tratos el pan nuestro de cada día. Luego estaba el cura, que comulgaba y prestaba auxilio espiritual con la misma facilidad que penetraba vaginas y perforaba orificios anales de las niñas y muchachas a las que cogía cariño. Un eufemismo de lo que estaba por venir. Con todo, las segundas eran las afortunadas. Nunca se quedarían preñadas como las primeras. La excepción fue Marga. Con ella era lo primero y lo segundo, y de lo primero nació una criatura cuyo llanto todavía resonaba en sus oídos a pesar de haber transcurrido ya muchos años desde que ocurrió.

Aquel cura fue el culpable de que no supiera amar, de que detestara los besos y las caricias; de que aborreciera el placer de sentirse querida y halagada por quien más te quiere; de que le costara abrir su cuerpo para alcanzar el cielo —si es que existía—. La excepción fue Andrés, al que quería a su manera. Por eso pudo ser, pero no fue. El pretérito, siempre el pretérito. Pudo ser la felicidad. Se quedó ahí, en el intento.

La consecuencia de todo era un odio profundo hacia el mundo, hacia sus semejantes. Y Marga odiaba. Odiaba a España, a sus gentes, a una sociedad pazguata y aborregada. Por eso no dudó en decirle que sí cuando Andrés se presentó el día de Nochebuena del año anterior para pedirle ayuda. El partido le dio la vida, la posibilidad de salir adelante cuando llegó a Madrid con una mano delante y otra detrás huyendo del internado; sin más esperanza que un par de nombres que le dejó escritos su madre en una nota a modo de testamento junto a una dirección. «Si siguen vivos te ayudarán, hija. Buenas personas, comunistas como nosotros, pero ellos dentro del partido. Pídeles ayuda». Lo hizo. Agustín y Mateo. Sobrevivieron a la guerra y la ayudaron.

Sobre todo, el hijo de Agustín, un joven llamado Andrés que se quedó prendado de Marga Uriarte en cuanto la vio.

Pero también necesitaba el dinero para un destino mejor, para una nueva vida. Desde que alguien le habló de París no había día en que no soñara con aquella ciudad. Un lugar donde el pasado no existía y el futuro estaba por construir, le dijeron. Allí vivían camaradas que podrían ayudarla si se decidía a dar el paso. Para eso hacía falta dinero, y Escolástica Sainz era la llave que le abriría la puerta a esa nueva vida que tanto deseaba.

En su corazón albergaba la esperanza de empezar de nuevo. Tenía toda la vida por delante y ganas. De vivir, por encima de todo. Porque siempre quedaría París. Se lo oyó decir a Humphrey Bogart en *Casablanca*, una de las últimas películas que vio en compañía de Andrés, que sí conocía París. Aquel día, a la salida del cine, él le propuso ser su Rick Blaine a cambio de que ella fuera Ilsa Laszlo para él. ¿Por cuánto tiempo? «Por toda la eternidad», le respondió. Pudo ser, pero no fue.

Marga se levantó del banco y comenzó a andar hacia la plaza de Cánovas del Castillo. Si todo marchaba según creía, la cambiaría por la de la Concordia o la de la Vendôme en pocos meses. Quería empezar de nuevo en París.

Y así lo haría.

Había ropa esparcida al pie de la cama. Un pantalón, una camisa hecha un ovillo, una falda... Las prisas. Y el deseo. Sobre esa cama, el cuerpo de un hombre se estremecía doblegado por un fugaz pero electrizante escalofrío. Su gemido se apagó tan pronto como dejó de sentirlo. Bajó él, con los ojos cerrados y la boca abierta, jadeaba una muchacha. La lámpara de la mesita estaba encendida. A su izquierda, una ventana por la que asomaba la oscuridad de la noche, que ya se había adueñado de Madrid.

Los dos conocían el hotel. Era el habitual, en la avenida de Raimundo Fernández Villaverde. Nuevo, discreto. Allí se citaban cuando él lo pedía. Dueños conocidos y recepcionistas que miraban hacia otro lado a sabiendas de lo que pasaría en la habitación. Nadie sabía ni decía nada, y todos contentos. Un lugar ideal, desde luego, para sus pretensiones, que para el teniente Arturo Saavedra no eran otras que desahogarse con Escolástica Sainz. De ser otro cliente las cosas podrían ser distintas, pero él se servía de su influencia y también del miedo. Un cliente especial. La España real frente

a la que se propagaba por prensa, radio y púlpitos de iglesia. Esa España católica, apostólica y romana.

La semana había sido intensa para él. Los americanos no cedían en sus pretensiones y él, tampoco. Demasiado estrés. Solo ella le tranquilizaba. Escolástica Sainz sabía cómo hacerlo. La necesitaba. Le complacía en todo lo que le pedía y también le escuchaba. Como circunstancial consejera le daba su opinión o le mostraba su manera de ver tal o cual postura. Ella le sorprendió por su agilidad mental, por su capacidad de análisis. Todo un hallazgo esa chica, que vendía su cuerpo por necesidad, como le explicó el día que la conoció. Madre de un niño de corta edad y sin padre que se responsabilizara del bombo con el que la abandonó, su sueldo como costurera no daba para más. Eso le vendió. Arturo Saavedra era un sobresueldo.

Incluso el teniente había reducido la ingesta de alcohol cuando estaba con ella. Solo en casa o cuando no frecuentaba su compañía, volvía a echarse en brazos de cualquier líquido de alta graduación que le permitiera evadirse de todo lo que le preocupaba. Las negociaciones, los americanos, su mujer...

—Tengo que echar un trago.

Arturo Saavedra se levantó de la cama. Escolástica Sainz se revolvió inquieta. No le gustaba que bebiera. Una copa estaba bien, dos... Se volvía irascible y saltaba por cualquier cosa.

—¿Por qué no vienes aquí y devuelves la botella a la mesa? La mano que ahora la sostiene puede hacer otras cosas... —le provocó con una sonrisa pícaro.

—Uno, te lo prometo. Nada más.

La muchacha chasqueó con la lengua. El teniente estaba preocupado. Demasiadas señales lo evidenciaban. Aparte de las ganas de beber, su empeño en penetrarla de inmediato, de derramarse en su interior sin ni siquiera besarla o buscar con la boca aquellos lugares que le enloquecían.

—Ven —le dijo casi con un susurro—. ¿Qué te pasa?

El militar vertió una gota de *whisky* en el vaso, no más de un dedo, que se bebió de un trago. Dejó el vaso junto a la botella y regresó a la cama, donde Escolástica Sainz le recibió rodeándole el cuello con sus brazos. Las negociaciones. No hacía falta que se lo dijera. Le dio un beso en los labios para tranquilizarle.

—¿No avanzan?

—¡Hijos de la gran puta! —estalló el teniente, que golpeó el colchón con rabia—. ¡No se mueven de su posición y así no hay manera!

Escolástica Sainz se había ganado la confianza del teniente. Sus dos primeros encuentros fueron decepcionantes para él. Él lo achacó al alcohol, así que tuvo que hacer uso de todas sus artes para concluir el servicio de manera satisfactoria. Él se desahogaría y ella cobraría.

—¿Qué piden ahora?

—Pedir no piden nada. Más bien amenazan.

—¿A ti? ¿Te amenazan? —articuló Escolástica Sainz, que dio un respingo—. ¿Por qué?

—A mí, no —replicó él desviando la mirada a la ventana. Un recuadro oscuro a sus ojos—. A España. En realidad, todo es cuestión de dinero. Ellos lo tienen y nosotros, no —se sinceró el teniente—. Pero lo que quieren cuesta y no quieren pagar lo que pedimos.

La cuarta vez que se encontraron el trabajo desbancó al alcohol como excusa. En la quinta, unas negociaciones que le estaban matando. Escolástica Sainz conoció la naturaleza de dichas negociaciones en la sexta cita. El teniente, además de sexo, buscaba alguien que no fuera el general Malo de Molina para hablar de ellas. La muchacha cumplía el doble papel a la perfección.

—¿Y eso es mucho?

—Además de dinero, se trata de contar con las condiciones mínimas de seguridad en caso de que los rusos nos atacaran por aliarnos con los americanos.

—¿Van a atacarnos los rusos? ¿Cuándo? ¡Por Dios!

—Tranquila, que no será mañana ni tampoco pasado. No seremos un objetivo hasta que firmemos con los americanos.

—¿Y queda mucho para eso?

—Puede que en pocas semanas nos convirtamos en aliados suyos. Todo bien rubricado en contratos llenos de cláusulas. A ojos de los rusos seremos enemigos suyos y si se inicia una nueva guerra, esta vez entre ellos y los americanos, no podríamos quedarnos fuera como en la anterior.

—Otra guerra... —Escolástica Saiz tenía la mirada perdida. La posibilidad de una nueva guerra era algo para preocuparse. Arturo Saavedra se percató y le acarició el pelo para después hacer lo mismo con la barbilla. La besó en los labios.

—Tendríamos que ayudarles. Y de eso se trata, de estipular las condiciones de ayuda, pero también de contar con los medios para ofrecerles esa ayuda.

—Las bases...

—Chica lista. Bases para sus aviones, para sus barcos, para que sus soldados estén listos aquí, en Europa, listos para desplegarse en caso de conflicto. A cambio, nos ayudarían a modernizar nuestro ejército, que hace mucha falta, con material. Y habría dinero para que este país sea un poco mejor. Un tira y afloja. Ahí estamos.

—Pero tú haces todo lo posible para que España salga ganando...

—No lo dudes.

—¿Volverás a verlos el lunes?

—Puede. Desde los Estados Unidos no dejan de presionar a los que negocian con nosotros. Hay mucho dinero en juego —contestó el teniente después de suspirar—. Me esperan semanas complicadas por delante.

—¿Quieres que nos veamos el lunes? Puede que te venga bien...

Escolástica Sainz acarició el sexo de Arturo Saavedra, que adquirió el vigor que requería una nueva penetración. Se besaron. El beso desató las hostilidades, que se intensificaron cuando él se colocó encima de ella. La acometió una y otra vez, pero ahora con calma. Se estaba gustando, y más a la muchacha. Si la guerra estallaba y la situación internacional no invitaba al optimismo, que le cogiera haciendo lo que más le gustaba. Y si tenía que morir, que fuera a punto de explotar en las entrañas de una mujer que ya no era una cualquiera para él.

Para ser un reputado jugador de cartas no basta con tener una buena mano. Hay que saber cuándo y cómo tirarse un farol cuando vengan mal dadas. Puedes tener buenas cartas, las mejores, y no ganar la partida con ellas; o manejar una pésima mano y dejar al rival con un palmo de narices. No hay más truco. Sangre fría y un poco de inteligencia.

Las cartas de Gonzalo Suárez eran las mejores. Si sabía jugarlas, la partida le saldría redonda. No obstante, la mano también dependía del farol. Sin él, nada tendría sentido. El que se disponía a jugar era peligroso. ¿Sabría usarlo bien? Eso le preocupaba, porque para que el ardid resultara era necesario el concurso de otro jugador. Y su oponente era complicado.

Pero si estaba allí era para sacar adelante su jugada. El cuándo no era cosa suya, aunque estaba preparado. El otro jugador venía observándole desde hacía un buen rato, acodado en un extremo de la barra del local del que el inspector era asiduo desde que el Canelita le informó de su existencia. Se notaba que era sábado. Parejas que bailaban juntas, otras que en breve lo

harían, hombres que departían, se miraban o se besaban. ¿Haría José eso con él? Gonzalo Suárez esperaba no llegar a ese extremo. ¿Y si...? El farol.

Desde que puso los pies por primera vez en el local se dedicó a poner en práctica los consejos que le dio Liborio Solís. Insinuarse lo justo, hacer ver al otro que la puerta estaba entreabierta y que sería él quien la terminara de abrir. Dejarle la iniciativa, en definitiva. El otro era José y no terminaba de decidirse.

¿Tendría que bailar otra vez con el tipo solitario que también le observaba desde una esquina del local para despertar sus celos? Gonzalo Suárez lo hizo nada más llegar. Preparaba el terreno. No lejos de él, en otra esquina del local, David Estévez rechazaba a todo aquel que se le acercaba con intención de echarse un baile, hablar o tomar una copa. Una mirada suya bastaba para quitarse de encima a los inoportunos moscones. Y en aquel local revoloteaban demasiados.

El americano estaba allí. Se lo pidió el inspector. «Hágase cargo —le dijo—. Que esta noche puede ser nuestro, y para ello necesito ayuda». Estar allí y que le arrancaran una uña suponía para David Estévez la misma experiencia, pero su palabra iba a misa. Andrew Morton quiso acompañarlos, pero su compatriota y Gonzalo Suárez se opusieron. De los tres era el único al que José conocía. Un riesgo innecesario. Morton pataleó, protestó. Quería estar presente en el momento de la detención. Que si vengar la memoria de Manolito, que si él hubiera hecho lo mismo en su lugar... Argumentos que no convencieron a David Estévez ni tampoco al policía.

Pérez Prado decidió invitar a bailar a todos los presentes con su *Mambo n.º 8*. Gonzalo Suárez dirigió la mirada a la esquina desde la que José le observaba. No le encontró. En cambio, notó una mano en su espalda. Se giró. José sonreía. El pelo bien surtido de brillantina, el bigote recortado y unos ojos que se lo comían.

—¿No crees que es hora de que nos conozcamos?

—Pensé que nunca te decidirías...

La sonrisa que compuso José le permitió al inspector Suárez admirar su dentadura y tener claro que el que venía ganas de algo más que una mera conversación. Blanca, bien cuidada, no le habría salido barata, intuyó el policía. José era de posibles, un detalle a tener en cuenta.

—Esperaba que te decidieras. Pero algo me dice que no te gusta llevar la iniciativa —dijo José—. ¿Y sabes? A mí sí.

—¿Llevar la iniciativa?

—Y saber que te dejas hacer...

El farol. Era el momento de jugárselo. Gonzalo Suárez se dejó abrazar por José. Él llevaría el peso del baile. Pérez Prado encaraba los compases finales de su canción. ¿Cuál sería la siguiente?, se preguntó el policía. La duda vino acompañada de una caricia en el cuello. «No tardará en decirle que quiere algo con usted. ¿Cómo? Una caricia en el cuello, después un susurro al oído, quizás la mano derecha en su entrepierna...». Cambió la música. Tocaba algo más lento. Menguaron las luces y Conchita Piquer comenzó a atacar los primeros compases de *A la lima y al limón*.

Andrew Morton le avisó de las posibles fases a las que se exponía. Cosas del farol. Y de tirárselo tendría que llevarlo hasta el final.

«De Madrid, con chistera y patilla, vino un mozo real muy cortesano...». Así sonó el susurro de José en el oído izquierdo de Gonzalo Suárez. El cuello le olía a colonia. Unas cuantas gotas, nada más. Y el aliento, a *whisky*.

El susurro al oído. José quemaba etapas con más rapidez de lo que el inspector esperaba. La siguiente era la que demostraría el material del que estaba fabricado el farol del que se valdría para detenerle. Su cabeza bullía. Por encima del hombro de su pareja de baile buscó a David Estévez, que encogió los suyos. «Nunca he estado con un hombre», le vino a decir. El brazo derecho de José abandonó la espalda de Gonzalo Suárez. Los preámbulos de la tercera fase, pensó el agente. «Va al grano. Ha decidido saltarse la segunda», caviló.

—Tú no tienes quien te quiera... —siguió cantando José. El susurro lo acompañó de una caricia en el cuello del inspector. «¡Ahí la acaba de soltar, el muy cabrón!», se recriminó el policía. El brazo de José no fue donde él esperaba. Aún no. Todavía tenía que recrearse.

—¿Acaso no te gusta que te acaricien, mozo cortesano?

—No, no es eso... —se disculpó Gonzalo Suárez—. Hace algo de frío aquí.

—Así que frío... —José separó la cabeza del hombro del inspector. Se miraron—. Eso se podría arreglar...

—¿De veras?

—Conozco un sitio más cálido y acogedor que este. Si tú quieres...

Todo proceso se compone de unas fases que se suceden con una secuencia lógica. No se puede saltar de la primera a la tercera, aunque todo indique que la segunda nunca existirá. Es parte del ritual. Y la tercera no distó mucho de la segunda. Gonzalo Suárez quiso gritar, deshacerse de tan insolente presencia, darle un puñetazo por propasarse con un agente del orden. Cualquier cosa con tal de evitar un nuevo contacto de José. «Todavía si

hubiese sido el Canelita...». La cabeza de Gonzalo Suárez ya era un volcán en erupción. Para su desgracia, la lava no era suya, sino de José. Distintos tipos de volcanes. Unos, efusivos; otros, explosivos. José era de estos últimos.

Su única salida era David Estévez. Buscó la esquina con la mirada. Ayuda urgente, una excusa. Un receso en el fragor del momento cuya temperatura se encargaba de subir José. No estaba en la esquina. Gonzalo Suárez maldijo su suerte. Por eso y por la pasión que le ponía su pareja de baile tardó en darse cuenta de lo que estaba ocurriendo junto a la puerta de entrada del local.

—¿Qué...? —articuló el inspector con la cara desencajada.

—¿Qué te pasa? —preguntó José extrañado por la reacción del policía.

David Estévez discutía en la puerta con otro tipo más alto que él. Le decía que se marchara de allí, pero las intenciones del recién llegado revelaban que no lo haría sin quedarse a gusto consigo mismo. De un empujón se deshizo del americano y se lanzó a por la pareja. Gonzalo Suárez le vio venir. José, no.

—¡Quieto! —le chilló el inspector.

José cayó al suelo. El puño impactó en su mandíbula derecha. Un puñetazo certero, de boxeador curtido. Con estilo. Se lo propinó un hombre rubio, joven y con cara de pocos amigos, al que reconoció antes de incorporarse con la mano en la zona dolorida.

—¡Pero si es el cabrón del americano que me robó a Manolito!

Andrew Morton hubiera golpeado de nuevo a José de no ser porque Gonzalo Suárez le detuvo.

—*Manolito wasn't your property!*^[9] —bramó Morton en inglés—. ¡Era libre y tú le mataste! ¡Irás a la cárcel por lo que hiciste! *Fucking killer!*^[10] —bramó fuera de sí—. ¿A qué espera para detenerlo, inspector? —pidió a Gonzalo Suárez con el rostro contraído.

—¡Un policía! ¡Un policía! —gritó ahora José.

Hay lugares donde ciertas palabras son tabú. En aquel local, entre otras muchas, lo era la profesión del inspector Suárez. Fue pronunciarla José y desatarse un tumulto alrededor del trío. Carreras, hombres que buscaban la salida. Poco importaba que ahora cantara Miguel de Molina. Su voz era capaz de templar ánimos, pero estaban demasiado encendidos para lograrlo. La seguridad era lo primero, y con un policía nadie se sentía seguro en el local. El temor a las redadas, a la noche en el frío calabozo de una comisaría. Miedo.

El más rápido de reflejos de los tres fue José, que aprovechó la confusión para correr hacia la puerta ante la mirada atónita de Gonzalo Suárez, que no

tuvo tiempo de reaccionar.

—¡David, deténgalo!

Tampoco pudo hacerlo el americano. Andrew Morton reaccionó a destiempo y cuando quiso hacerlo, un tapón humano le cerraba el paso. Por mucho que quisiera, nunca lograría alcanzar a José, que ya llevaría un par de calles de ventaja.

Donde antes bailaban parejas ahora había silencio y soledad. De nada sirvió el cambio de música y que Pérez Prado invitara a bailar con su *Cumbanchero* en un local casi vacío. Gonzalo Suárez se metió las manos en los bolsillos y se quedó allí, en el centro del local, con la mirada fija en el suelo. El farol no había resultado. Y ya no había lugar para ninguno más.

capítulo 21

Madrid, 1 de marzo de 1953.

—¿Recuerdas la primera vez que paseamos por aquí?

—Creo que sí...

—¿Solo crees?

Andrés Rodríguez miró a Marga Uriarte como quien examina un objeto desconocido. ¿Qué o quién le impedía mostrar un gesto mínimo de calor, de complicidad? ¿Qué o quién le arrancó la humanidad que en algún momento de su vida habitó dentro de ella? Sentimientos, emociones... ¿Qué? ¿Quién? No pudo averiguarlo cuando fue suya. Marga nunca bajaba la guardia. Sentía el placer que desbordaba su cuerpo como un latigazo cada vez que Andrés culminaba el éxtasis momentáneo que se apoderaba del suyo y, pasado su efecto, volvía a ser la misma. Para ella no existía el pasado. Lo que fue, fue, era su frase preferida.

—No me pidas lo que no puedo darte.

Siempre la misma excusa, la misma disculpa. Esa frase que percutía en la cabeza de Andrés una y otra vez. Cuando intentaba acariciarla después de hacer el amor, si se acercaba a ella para decirle que contara con él, que le daría la vida si así se lo pedía. La frase. La puerta que vedaba el acceso al interior de la mujer más enigmática que jamás hubiera conocido; la misma de la que seguía enamorado, aunque a Marga eso poco le importaba; la mujer que incluso le regateaba un simple recuerdo. El vano intento por parte de Andrés de volver a tender un puente que Marga se encargó de romper. No hubo explicaciones. Fue. Punto.

—Solo te he preguntado si te acuerdas de aquel día... —articuló él después de suspirar. Lo que más hacía en compañía de Marga. No se cansaba de repetir ese gesto una y otra vez. Ni de mirarla de soslayo. Marga era su amor y su dolor.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Que era un sábado de abril del 47? ¿Que esa tarde hacía ya calor? ¿Que después compartimos una limonada? —Marga había escupido esa retahíla de datos como quien se deshace de un lastre. En su

cabeza almacenaba muchos más. Datos, la esencia de la frialdad para resumir un cálido momento—. ¿Qué te apetece que recuerde en especial de aquel día?

Andrés agachó la cabeza. «No insistas», se convenció. Hablarían de lo que ella quisiera. Para eso estaban allí. Marga hacía y deshacía a su antojo. Marcaba las horas, el lugar, el punto final al encuentro. ¿Merecía la pena mantener la ilusión por una persona que no manifestaba ninguna?

—Y si estamos aquí es para hablar de lo que nos compete —sentenció Marga—. No de nosotros.

Las negociaciones. Solo le interesaba informarle de su desarrollo. Y para eso estaba allí con él.

—Además, ¿de qué sirve recordar lo que ya es pasado? Veo que te gusta fustigarte...

—Al contrario. Si lo hago es porque aquella fue la época más bonita de mi vida —se justificó él—. Y si lo hago es...

—¡Para! —estalló Marga de repente—. No sigas por ahí.

—De acuerdo, tú mandas —dijo Andrés. Lo mejor era claudicar, pensó—. ¿Qué novedades tenemos?

Su voz sonó fría, sin interés alguno por lo que Marga le pudiera contestar. Datos y más datos, nombres, fechas y reuniones. Todo salía de su cabeza. Ni un papel, ni un apunte que darle esta vez. Una memoria prodigiosa que, en otras circunstancias, hubiera destacado en cualquier ámbito de la vida. Muy, muy inteligente. ¿Acaso alguna vez pensó en ser más de lo que era? Otra incógnita más de las tantas que aguardaban una explicación en la cabeza de Andrés.

—El nuevo embajador ya está en Madrid. Llegó antes de ayer.

—¿Ya? —replicó Andrés con sorpresa—. Tenía entendido que no estaría aquí por lo menos hasta finales de marzo.

—Ya ves. Los americanos tienen prisa. Y su primer objetivo es cerrar las negociaciones en el menor tiempo posible.

—¿Consignas?

—Quieren esquilmarnos.

Andrés iba de sorpresa en sorpresa. Marga era clara. Demasiado en ocasiones.

—No pongas esa cara de tonto. Tienen claro que el acuerdo ha de cerrarse cuanto antes —prosiguió ella—. De manera oficial servirá para estrechar las relaciones entre los dos países. Pero el propósito es el que te he dicho.

—¿Cómo lo piensan hacer?

—El militar que se acuesta con Tica afirma que los americanos están muy interesados en todo tipo de recursos. Insisten en sus posibilidades de desarrollo. Sin embargo, España ni los olerá. Serán todos para los yanquis, o al menos los más importantes. No te vendría mal leer la prensa.

—Para eso estás tú, ¿no?

—¿Y si no estuviera?

Andrés calló de nuevo. Marga sabía cómo avergonzarlo.

—Hoy mismo lo dice en el *ABC* —prosiguió—. Según James Dunn, que así se llama, existe una gran necesidad de desarrollar los ricos recursos españoles. Con un par, el gachó. Y sabe de lo que habla, ha estado varias veces aquí. Perfecto para el cargo, como podrás comprobar.

Una niña se detuvo delante de la pareja. Iba abrigada, quizás en exceso para la buena mañana que se disfrutaba en el Parque de Madrid. Miró a Marga y echó a correr de nuevo entre risas y gritos de alegría. La de Marga fue más efímera. Por eso giró la cabeza en sentido contrario a la dirección que tomó la niña para que Andrés no advirtiera el brillo de melancolía que tiñó sus ojos. Y siguió relatándole los pormenores de lo que sabía acerca de las negociaciones entre americanos y españoles:

—Los economistas llevan las de perder. Mandan los militares. Ellos imponen sus directrices. No obstante —Marga dejó de hablar al cruzarse con una joven pareja que también paseaba tranquila. Él iba vestido de militar. Se volvió para verla alejarse de ellos. Y retomó su discurso—, quieren exprimir al máximo a los yanquis dentro de lo que dan.

—Que será poco o nada.

—Los economistas están que trinan —admitió asintiendo con la cabeza—. Sospechan que la ayuda yanqui no vale ni por asomo lo que piden.

—¿Entonces?

—En las dos próximas semanas tendremos noticias definitivas, presumo. Tica se esforzará por estar más cerca del militar y si tiene que ser su sombra, lo será. Porque...

—Buen trabajo el de tu fuente, sin duda.

—Tica vale mucho.

—No lo dudo.

Las palabras de Andrés quedaron en el aire. Un comentario a todas luces inocente, como otro cualquiera, pero que cogió con el pie cambiado a Marga. ¿Por qué? Ella, y nadie más, conocía las razones. Por eso se encaró con él, sin avisar.

—¿El qué no dudas? —Marga detuvo a Andrés agarrándole del brazo izquierdo. El paseo había llegado hasta allí, al menos de manera momentánea. Eso parecía decirle.

—De su trabajo. ¿De qué va a ser? Para eso te estamos pagando, ¿no? ¿O acaso lo hace por amor al arte?

—¡Qué desagradable puedes llegar a ser cuando te lo propones!

El volcán Marga había entrado en erupción. Lo hizo como las montañas explosivas, con violencia. ¿Cómo de destructivos serían sus efectos? Andrés desconocía el alcance, pero no su poder. Marga enfadada era temible. Ahora, ¿cómo apagar una erupción que acaba de comenzar? Nadie lo sabe ni tampoco lo ha intentado. Y él, las veces que se atrevió, salió chamuscado. Pero había demasiada gente a su alrededor paseando. No podía permitirse que la erupción fuera a mayores. Sería devastadora para él.

—Por lo que más quieras, Marga, no saques las cosas de quicio. ¡Era un comentario sin más! No hay razón para ponerse así.

—¡La estás menospreciando, y eso no te lo consiento ni a ti ni al camarada Stalin!

Varias personas de las que paseaban por la Rosaleda del Parque de Madrid habían alzado la mirada o se giraron para ver a Marga. La discusión crecía. Lo peor de la erupción estaba por llegar.

—¡En absoluto! Pero temo por ella. Es más, no quiero saber nada más de esa persona. Si mañana la cogen no pasará un rato demasiado agradable, y en mi conciencia quedará que puse de mi parte para que eso ocurriera.

—Cuánta sensibilidad...

La contestación de Marga desató los demonios que Andrés mantenía a buen recaudo dentro de su alma. Su faz se crispó. Ahora era a él a quien el comentario no le había hecho ni la más mínima gracia. El tiempo se detuvo para ambos, pero no para el resto. Paseaban asistentes con la cabeza tocada por una cofia que empujaban carricoches de niños, alguna que otra pareja que se rozaba los dedos de las manos que no podían entrelazar y ancianos que agradecían que el crudo invierno no fuera más que pasado.

—Vaya. Quién fue a hablar de sensibilidad... —contrató Andrés—. Se ve que a ti te sobra.

Varias personas se habían girado al escuchar el bofetón que Marga propinó a Andrés. Después, la vio alejarse taconeando con furia, sin ni siquiera darle la oportunidad de una réplica, de encauzar aquella conversación.

¿Cuánto tardaría en pasársele el enfado? Cuatro, cinco días a lo sumo cuando eran pareja. Un enfado que quedaba enterrado entre la ropa que arrojaban al pie de una cama donde se fundían en uno. Segundos mágicos en los que permanecían abrazados mientras el placer todavía recorría sus cuerpos. Una vez dicha sensación desaparecía, volvían a ser ellos, cada uno con sus circunstancias. Y Marga le dejó con la miel en los labios. Fue lo último que dijo antes de encenderse. ¿Qué sería lo que quería decirle?

Esa tarde le esperaban Camilo y otros camaradas del partido. Se anunciaba reunión intensa y tensa, por lo que él pudiera contar del estado de las negociaciones entre españoles y americanos, y también porque llegaban rumores desde Moscú. No eran más que eso, rumores. Andrés había aprendido a vivir con ellos, pero su intuición le decía que tras esos rumores se escondía algo gordo, muy gordo, que tarde o temprano le afectaría. Fue Camilo quien se los transmitió. En un principio pensó que eran una fábula más del camarada. Después dio vueltas a esos rumores, a sus repercusiones... ¿Y si fueran verdad?

De ser así tendría que ver a Marga de nuevo. Su amor y su dolor.

Y ambas cosas le dolían por igual.

Era posible encontrar animales con más alegría en la Casa de Fieras del Parque de Madrid —salvo la de los chimpancés, siempre fumando las colillas que les arrojaban. Ya eran adictos al tabaco— que la que exhibía Arturo Saavedra. Un rostro avinagrado, nada cordial, que mostraba sin pudor alguno. Para eso estaba en su casa, donde podía hacer, manifestarse, comportarse como le diera la gana. Nadie le reprochaba nada.

Era domingo al mediodía. Suficiente para no ocultar su rostro. Pero había otra razón: que toda la familia de su mujer estuviera allí, en su casa, reunida en torno a una mesa. En los veinte metros cuadrados que medía el salón se concentraban todos sus demonios.

¿Quiénes eran esos demonios? El general José Francisco Martínez, su suegro, era al que más despreciaba; su mujer, Lourdes, por la que sentía asco. Nunca la quiso. Ser algo una vez finalizada la guerra exigía disponer de contactos o haber ascendido durante la contienda. Lo primero lo tenía al alcance y no lo desaprovechó. Llamarla Lourditas ahora, con veinte kilos de más, era tan estúpido como que se arreglara para despertar interés en él. Hacía meses que dejó de hacerlo; su hijo Adrián, que venía en el paquete con su madre. Sentía verdadera pasión por su abuelo. «Él sí luchó en la guerra», le

soltó una tarde en el parque. No recordaba si tenía seis o siete años cuando se lo dijo, pero no había olvidado la bofetada que le soltó. Incluso se hizo daño. Arturo Saavedra no consentía que nadie le humillara, y menos un mocoso que, para colmo, era su hijo; y sus cuñados. Por Angustias, la hermana de Lourdes, sentía el mismo asco que por ella. Y por Joaquín...

Joaquín Batres, su cuñado, era un caso especial. Un trepa, pero no como él. Joaquín sabía disimular. Gracias a ello, a los contactos de su suegro, el general, y del teniente, y a unos estudios en comercio que no terminó por culpa de la guerra, ahora se ganaba la vida en el ministerio de Hacienda. Se movía en la esfera del ministro Francisco Gómez de Llano, que apreciaba en él su frialdad, capacidad de análisis y resolución. Se ganaba bien la vida, en definitiva. De puertas para fuera su matrimonio era un ejemplo. Lástima que no habían podido tener hijos. Ese era el lamento del general. Angustias, cinco años menos que Lourdes —que tenía la misma edad del teniente, 43 años— era su ojito derecho, y le hubiera gustado tener una nieta suya. Unos decían que era ella, otros que era él.

Todos los demonios de Arturo Saavedra estaban allí, en el salón.

El reloj de pared que presidía el comedor —un regalo de un militar amigo de su suegro. Excesivo por el tamaño y horrible por el gusto— dio las dos de la tarde. Pascuala, la asistenta doméstica, revisó la cubertería de la mesa. Desde la cocina se oyó la voz de Lourdes, que advertía de la próxima llegada de la sopa. Cocido madrileño de menú. Los garbanzos con su tocino, su chorizo... Y el suflé sorpresa. El menú de Lhardy pagado por el general y traído directamente desde el restaurante a la hora acordada. Una comida pesada y de peor digestión. Eso temía Arturo Saavedra.

La sopa y los garbanzos se consumieron en medio de una atmósfera artificial. Adrián escuchaba embobado los recuerdos de su abuelo. Un par de sillas más allá Joaquín asentía con una risa tan cínica y falsa como sus sentimientos hacia el protagonista del monólogo; que era lo que más detestaba de él el teniente Saavedra. Esa sonrisa. En más de una ocasión quiso borrarla de la cara. Todavía esperaba la oportunidad.

El general José Francisco Martínez era el protagonista de la atención de todos los comensales menos de uno: del teniente. Pero por un detalle al que no le prestó atención hasta entonces. Había escrutado el rostro de Joaquín. Al principio lo hizo de pasada, y luego con curiosidad. En reiteradas ocasiones su cuñado se llevó los dedos de la mano derecha a la cara. Los deslizaba una y otra vez cerca de la comisura de los labios. Un curioso gesto.

Tras retirar los platos y cubiertos del cocido y sustituirlos por otros destinados al postre, Pascuala depositó el plato con el suflé sorpresa sobre la mesa. El postre estrella de Lhardy. En breve regresaría al salón con el servicio del café. Arturo Saavedra deseaba que aquella pantomima concluyera lo antes posible. Lo que no esperaba es que su suegro le preguntara por el estado de las negociaciones con los americanos.

Y mucho menos lo que vendría después.

—Tengo entendido que se suben mucho a la parra nuestros amigos americanos... —dijo el general mientras troceaba el suflé con la cuchara.

—Están en su papel y nosotros en el nuestro.

—En El Pardo se preguntan cuándo se llegará a un acuerdo.

—Eso me gustaría saber, mi general —Arturo Saavedra siempre se refería así a su suegro tanto en público como en privado—. Pero no creo que se retrase mucho la firma.

—Su Excelencia espera ansioso esa noticia. —El general José Francisco Martínez miró directamente a su yerno. Hasta entonces se había dedicado a jugar con el postre, ninguneándolo. Disfrutaba haciéndolo—. Esos acuerdos son esperados como agua de mayo. Supondrían una gran noticia para España.

—No lo dudo —replicó Arturo Saavedra sosteniendo la mirada de su suegro. Hacía esfuerzos para que el asco que sentía hacia él no se tradujera en forma de mueca o expresión alguna—. Llegarán en breve.

—De todas formas, que Dios nos coja confesados. Tengo entendido que hay más de un sarasa entre los americanos. —El general volvió a mirar al plato. Su yerno dejó de importarle. Tomó un trozo de suflé con la cuchara y se lo llevó a la boca—. Y no disimulan su condición, los condenados.

—De todo tiene que haber en la viña de Señor —terció Joaquín Batres.

—Claro, claro... Luego pasa lo que pasa. Sin ir más lejos, lo de anoche —volvió a la carga el militar con más graduación.

—¿Qué ocurrió anoche, padre? —quiso saber Lourdes.

—Parece ser que uno de ellos provocó una pelea en un local de Madrid, uno de esos frecuentados por ese tipo de gente. —Una sonrisa cínica se dibujó en los labios del general—. Hubo mucho tumulto, detenidos y tal. Como es de recibo, el susodicho acabó en comisaría junto a otro compatriota suyo. Creo que los soltaron esta mañana. ¡Incluso hasta había un policía! ¿Dónde iremos a parar, señor, dónde iremos a parar si esa gente viene a este país?

—¡Esa gente del demonio vendrá a pervertir a nuestros hijos! —estalló Lourdes mirando al suyo—. ¡Los de allí, los de aquí!

—¿Es que su Excelencia no va a hacer nada? —preguntó su hermana al padre.

—Tampoco saquemos las cosas de quicio —dijo Joaquín Batres—. Por unas pocas manzanas podridas no...

—¿No qué? —le interrumpió Lourdes—. ¿Acaso te gustaría que tu sobrino acabara siendo un perverso por culpa de esa gente? Verá lo que no tiene que ver, escuchará lo que no tiene que escuchar. ¡Sodomitas! ¡Que son unos sodomitas!

Arturo Saavedra encendió un cigarro. El debate le estaba divirtiéndolo. No era la primera vez que el tema salía a relucir y siempre permanecía callado. Detestaba al viejo general, pero eso no le impedía reconocer su inteligencia. Sabía que siempre sospechó de su yerno, Joaquín Batres, y más tras su incapacidad para engendrar un nieto tras unos cuantos años de matrimonio con su hija.

Expulsó la primera bocanada de humo con calma y sin perder la sonrisa. Prefería ver los toros desde la barrera, disfrutarlos. Tuvo el presentimiento de que lo mejor estaba por llegar.

—Repito que no hay que sacar las cosas de quicio —insistió el cuñado—. Imagino que a los americanos tampoco les gustará que esas cosas se aireen, y menos en España. No hay nada que temer.

—¡Claro que no! ¡Porque no es tu hijo, por suerte!

Y vino el silencio. Eso trajo consigo la frase pronunciada por Lourdes, la esposa del teniente Saavedra. Y también una sima, enorme y profunda, entre ambos. ¿Cuánto duró? Cinco segundos. Los que marcó el segundero del reloj de pared. Interminables, pesados. Salvo para Arturo Saavedra. Miró a una y a otro con la íntima convicción de que la tormenta estaba a punto de desatarse. Una tormenta impredecible. Por su potencia y daños.

—¿Qué quieres decir? —Joaquín Batres se encendió con la réplica de su cuñada—. ¿Acaso crees que si tuviera un hijo saldría maricón?

—¿Cuánto tiempo hace que te casaste con mi hermana? ¡Ni siquiera has sido capaz de darle uno!

—¡Eso son cosas nuestras! —contestó todavía más airado el otro—. ¡No te metas en asuntos que no te competen!

—¡Tengamos la fiesta en paz, por Dios! —se oyó chillar al general, preocupado por el cariz que estaba tomando la discusión.

—¡Me meto donde me da la gana, que para eso es mi hermana! ¡Nos ha merengao!

—¡Nadie te ha dado derecho a meterte donde no te llaman! ¿Estamos? — replicó el cuñado amenazándola también con el dedo índice.

—De tal palo tal astilla...

¿Cómo es posible que el aleteo de una mariposa pueda escucharse en medio de la selva? La complejidad del sistema auditivo. Selecciona los sonidos. Lo que Angustias, la esposa de Joaquín Batres y hermana de Lourdes, emitió como un susurro lo recogió a la perfección el de su marido. Palo, astilla. El padre y el hijo. Nadie más que él en el salón escuchó el susurro; la bofetada que Joaquín propinó a su mujer la escucharon todos. Rápida y dolorosa. Más que por el dolor físico, que remitiría con el paso de los minutos, por el daño moral que le causó a Angustias. No era la primera vez que le pegaba, pero sí delante de su familia.

—¡Serás hijo de puta! —El general se incorporó y fue directo a por su yerno—. ¡No te consiento que...!

—¡Tranquilo, mi general!

Arturo Saavedra también había levantado y se interpuso entre suegro y cuñado. Este último estrelló la silla contra el suelo y abandonó el salón con un portazo.

—¡Juró que lo mataré! —chilló, muy exaltado, el militar de mayor graduación—. ¿Me oyes, hijo de puta? ¡Juro que te mataré!

—¡Vamos a tranquilizarnos todos!

El teniente quería ganar tiempo, calmar la situación. Lourdes se llevó a su hermana Angustias a la cocina. Lloraba amargamente. El general tomó asiento de nuevo, todavía enfadado. Los labios le temblaban. O quizás estaría insultando a su yerno. Arturo Saavedra reparó en la mirada de su hijo Adrián, sentado junto a su abuelo. El miedo navegaba por ella. La misma que el día que vio a su padre pegar a la madre por última vez.

—Voy a hablar con él. Mi general, le ruego que no me siga —le pidió el teniente—. Ocúpese de su hija. Le necesita.

Arturo Saavedra encontró a su cuñado llorando y sentado en el suelo, con la espalda pegada a la pared. Se había derrumbado.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa? ¿Es que te has vuelto loco?

—¡Todo me da igual ya!

—Vamos a mi despacho.

El militar ayudó a levantarse a su cuñado. Se oyeron gritos en el salón. Eran de su mujer, que había regresado con su hermana. Su suegro también gritaba. De una manera u otra, Joaquín Batres ya estaba muerto.

Sentó a su cuñado en el sillón y después abrió el ventanal. La luz del mediodía, suave, y una fresca brisa entraron en el despacho. «Le vendrá bien», pensó. Regresó junto a su cuñado, al que levantó la barbilla. Sonrió.

—Estuviste anoche allí...

—Sí... —musitó Joaquín Batres.

—¿La pelea la empezaste tú?

El cuñado se llevó las manos a la cabeza, que agachó. Quería llorar.

—Para ser un violeta te gastas muy mala hostia.

O no le escuchó, o las ganas de hacer uso de la fuerza física le habían abandonado. Había solo unos metros de distancia entre el despacho y el salón, pero millones de kilómetros entre Joaquín Batres y las personas que allí se reunían. Arturo Saavedra se había convertido en su cordón umbilical con aquella familia, pero también con la vida. A su alrededor todo se desmoronaba.

—¿Dónde está la ayuda que me prometiste?

—Y lo hice —dijo el teniente con rostro serio—. Pero las cosas han cambiado.

—¿Qué cosas?

—Tú mismo, para empezar.

El cuñado se secó las lágrimas con un pañuelo que extrajo del bolsillo de su americana. Miró a su cuñado, que se disponía a encender un cigarrillo. Arturo Saavedra le imitó.

—¿Por qué me engañaste? —El teniente se sentó en el pico de la mesa del despacho. Trajo para sí el cenicero. La seriedad de su rostro asustaba—. ¿Por qué aquella absurda historia que me contaste en mi despacho? Fíjate que he llegado a sospechar, pero luego me convencía de que no podía ser, por la de veces que te he visto rodeado de mujeres. Aunque, claro... —cayó, de repente—. Negar la evidencia cueste lo que cueste. Siempre lo hacéis.

Joaquín Batres lloraba. Ni siquiera tenía fuerzas para replicar.

—Ya has visto que tu suegro y el mío te la estaba guardando. Y ahora mismo seguro que está pensando en fusilarte. Lo que no sé es si por pegar a su hija, o por certificar que eres un sarasa. —Arturo Saavedra saboreaba cada palabra. Eran un triunfo. Humillar. Le encantaba. Y más si el humillado era un ser tan pusilánime como su cuñado—. Ahora ¿qué te queda?

—¡No me has ayudado! —bramó entre lágrimas.

—¡Calla, violeta de mierda! ¡Sí que lo he hecho! ¿Sabes por qué? ¡No me quedaban más cojones! Lo quiera o no eres de mi familia. Y pensé en tu mujer, en tu suegro, que en cuanto aparezcas en el salón querrá matarte otra

vez. —Arturo Saavedra abandonó el pico de la mesa y comenzó a dar vueltas alrededor de su cuñado—. «He tenido un lío de faldas y tuve que matarla para evitarme problemas. ¡Me he metido en un gran lío! ¡Ayúdame, por favor!» —dijo con voz atiplada, imitando la de la persona que ahora le miraba con ojos encharcados—. Ahora resulta que la mujer no era tal, sino un hombre. Y resultó ser el chico que te llevabas a la cama, al que mataste por celos. No soportabas verlo en brazos de otro, por eso te lo cargaste. ¿Cuántas más mentiras me quedan por conocer?

—Arturo...

—Lo siento, Joaquín. Yo que tú me iría ahora mismo de esta casa y desaparecería de la vida de tu mujer. Estás muerto.

Una sonrisa de satisfacción asomó en los labios de Arturo Saavedra. La jornada árida que presentía se había transformado en un triunfo. Su cuñado desenmascarado, su familia política partida, su matrimonio roto... Solo faltaba cerrar las negociaciones con los americanos para que su triunfo fuera definitivo.

Joaquín Batres se levantó del sillón y dio varios pasos hacia la puerta. Se detuvo. Cambió de opinión y en lugar de abandonar el despacho reparó en el ventanal, que estaba cerrado.

—Así que para ti estoy muerto...

Se fue hacia él. Dos hojas tan grandes como él. Descorrió las cortinas y lo abrió.

«¡Tírate si tienes cojones!», caviló el militar. «¡Danos esa satisfacción!».

Joaquín Batres apoyó las manos en el alféizar del ventanal. Calculó la distancia, unos diez metros. Eso le separaba del suelo. También de la muerte y de dar una gran satisfacción a más de uno. A su mujer, a su suegro, a su cuñado. La vía más rápida y sencilla de quitarse de en medio.

A su espalda, Arturo Saavedra aguardaba el momento. Lo esperado no tardaría en llegar. Una paz transitoria para su familia política antes de asestarle el golpe definitivo. El suyo.

«¡Tírate de una puta vez!».

Joaquín Batres no lo hizo. Cerró el ventanal y regresó junto a su cuñado, que hacía esfuerzos por ocultar su estupefacción.

—Una de las cosas que más te reprocho es no haber participado conmigo en aquel torneo de mus al que me apunté hace un par de veranos en El Escorial, durante las vacaciones. —Batres cogió un cigarrillo del paquete de tabaco y lo encendió—. Presumes de jugar bien y aquel torneo nos lo hubiéramos llevado de calle. Una pena.

—¿Se puede saber de qué coño me estás hablando?

—De que el destino me va a dar la suerte de jugar otra partida junto a ti.

—¡Se te ha ido la cabeza!

—En absoluto. Es más, tengo que darte las gracias por animarme a jugar esa partida.

—Yo no pienso jugar a nada contigo.

—Sí que lo vas a hacer, Arturo. —La sonrisa de satisfacción que antes asomó en los labios del teniente ahora decoraba los de su cuñado—. ¡Vaya si lo vas a hacer! Y de esta partida dependen tu futuro y el mío.

Por mucho que quisiera, Arturo Saavedra no podría recordar la última vez que sintió un escalofrío como el que acababa de sacudir su cuerpo. Fue en la guerra, en el Ebro. Diez o doce soldados rojos despachando a todo el que encontraban a su paso en las orillas del río. En la distancia se escuchaba el fragor de la batalla. El ejército republicano se defendía de las acometidas nacionales, cada vez más insistentes. No era lugar para la misericordia. Por eso se hizo el muerto arrimándose al cuerpo de sus compañeros caídos. La patrulla republicana se aseguró de que ninguno de los soldados se revolvería contra ellos. Dos ráfagas a su izquierda y derecha. El frío silbido de la muerte. Como el escalofrío que devastó su cuerpo. Salió vivo, consiguió regresar junto a los suyos y vengar aquel proceder de los soldados rojos. Mató. Mató con ansia de sangre.

—Ya has visto que hay demasiada gente que conoce este asunto. El policía de anoche, un par de americanos, un bujarrón de medio pelo... ¿Me sigues?

Arturo Saavedra miró hacia otro lado. Le molestaba la estúpida sonrisa de su cuñado. Su victoria. Y maldijo en silencio. Únicamente tomaba parte en partidas de las que se fiara o en las que participara gente de confianza. Ninguna de ambas condiciones se daba en la que le proponía Joaquín Batres.

—De ti depende que esto se quede en nada y que nadie lo sepa... — Joaquín Batres soltó la calada de humo que había aspirado en la faz del teniente— o que también te afecte a ti. Tú decides cuándo empezamos a jugar en serio.

Ya era la tercera farola apagada que Gonzalo Suárez dejaba atrás, lo habitual en el paseo de las Delicias. ¿Lo sabría el alcalde, el Conde de Mayalde? «¡Claro que lo sabía!», se lamentaba. La falta de electricidad, los suministros, hacemos lo que podemos, una ciudad demasiado grande... El ramillete de

excusas podría alargarse hasta la eternidad. Es lo que tenía vivir en el sur de la ciudad, una de las más descuidadas. No se trataba del barrio de Salamanca ni tampoco la prolongación de la avenida del Generalísimo y sus calles adyacentes. Cada cual ha de saber qué papel juega en la vida, y a él le tocó el de ver, oír y callar. Un papel servil. Policía. A fin de cuentas, lo que siempre quiso ser.

Alcanzó la plaza de Luca de Tena con más sombras que luces a su alrededor. Caminaba despacio, con la gabardina recogida en el brazo derecho. No hacía frío, o al menos él no lo sentía. Y caminaba contento dentro de lo que cabe. La culpa la tenía el Atlético de Madrid, su *Atleti*. Venía del Stadium Metropolitano, donde le había visto cómo su equipo vencía a la Real Sociedad por cuatro goles a tres. Un partido soso en el que cada equipo puso lo que tenía, más bien poco. No obstante, lo disfrutó. Lo necesitaba.

Cada balón que recogió Ontoria, el meta donostiarra, fue una interrupción en sus pensamientos. Pensó que el partido le serviría de distracción, y no fue así. Lo de la noche anterior pesaba en su ánimo. Toda vez que, tal y como presagiaba, iba a suponer una vuelta a la casilla de inicio en un tablero imaginario en el que la última era la resolución del caso Manuel Prieto. Por culpa de Andrew Morton.

Días de seguimiento y acercamiento a José se fueron al traste por el comportamiento irreflexivo —con esas palabras lo calificó en sus mismas narices, delante de David Estévez— del tal Morton. Se lo dijo una vez se serenó. Poco antes le gritó que la había cagado bien cagada, para después, en vista de que el americano no entendió la expresión, reprocharle su comportamiento suicida. Lo que el propio Andrew Morton le reconoció. «La bebida, inspector. Me dio valor y fuerzas», fue la excusa con la que se disculpó. Tan insuficiente como fuera de lugar.

José se había escapado. Y no solo eso: las posibilidades de encontrarlo habían quedado reducidas a la nada. Inteligente como le suponía el inspector, daría la voz de alarma a todos sus conocidos y allegados. Cualquier puerta a la que llamara, acudiera o quisiera abrir, nunca cedería. Seguridad, protección. Se le podía llamar de muchas maneras.

Sus únicas opciones tenían nombres y apellidos: Julián Ordóñez y Ramón Bermúdez. ¿Cómo pedirles ayuda?

—¡Gonzalo!

El grito rescató al inspector de sus pensamientos. Desde un extremo de la plaza vio venir hacia él a Inés. Iba muy arreglada. «Vendrá de fiesta», pensó el policía.

Inés siempre le sonreía. Sin embargo, la sonrisa difería según la ocasión: podía ser de alegría, como la que le mostraba ahora, o de melancolía, la que trataba de ocultar cuando le veía marchar del colmado todas las noches, después de comprar cualquier cosa que llevarse al estómago. Sabía qué emociones mostrar mucho mejor que él, desde luego.

—La veo. Quiero decir —Gonzalo Suárez chasqueó la lengua. Se le olvidaba que quería que la tuteara. Así se lo pidió la última vez que se vieron, el viernes anterior— te veo muy guapa, Inés.

—Tú tampoco vienes nada mal. —Los dos se juntaron en el centro de la plaza. La casa del agente se encontraba no más allá de una decena de pasos de distancia. La de ella, por el estilo—. ¿También vienes de fiesta?

—No, hoy tocaba fútbol.

—¡Ah! Es cierto, que eras del Atlético de Madrid. ¿Ha ganado?

—Cuatro a tres. Un buen partido.

—¡Cuánto me alegro! —celebró Inés agrandando su sonrisa y aplaudiendo con las manos.

—¿Y tú?

—De ver a John Dereck.

—¿Te ves con un americano?

La carcajada de la chica del colmado, sana y sin malicia, contrastaba con la cara de estupor que compuso Gonzalo Suárez. Y no es que le extrañara que Inés conociera a otros hombres, pero sí que fuera americano. Aunque cada día había más en Madrid.

—No. He ido a verle al cine. ¡Es tan guapo...!

—¡Actor! ¡Acabáramos! —También rio. Él lo hizo a modo de alivio. Le molestaba la idea de ver a Inés con otro hombre que no fuera él. Si es que se decidía a serlo. Todavía tenía muy frescas las últimas palabras de la conversación con Escolástica Sainz.

—Protagoniza *Llamad a cualquier puerta* junto a Humphrey Bogart. Si no la has visto, deberías hacerlo.

—Aceptaré tu consejo.

Hasta ahí llegó la conversación. Y no por ganas de Inés, que deseaba alargarla hasta el final de los tiempos si fuera preciso. Fue él quien calló. No sabía cómo continuarla. Miedo, inseguridad... «¿Cuánto tiempo hace que no está con una mujer?». Esa frase de Escolástica Sainz que percutía una y otra vez en su cabeza. De haberla respondido en ese momento le hubiera dicho que mucho, mucho tiempo. Desde que Laura se marchó de su vida. La veía pasar todos los días por delante de la puerta de la academia de policía.

Morena, bajita, resuelta, tenía una sonrisa que enamoraba. Y el rostro moteado de pecas. Cruzaron la primera palabra por casualidad. Ella pidió información y él se la dio. Después vinieron un café, un paseo, otro... Y la ilusión, una perspectiva de futuro. Luego un beso furtivo con la oscuridad como testigo, más besos cuando se lo podían permitir, y la promesa de felicidad eterna... hasta que la encontraron bajo las ruedas de un camión. Ocurrió a los pocos meses de empezar a salir. El amor acabó para él. Habían pasado muchos años, pero su amor por Laura seguía siendo el mismo que el del primer día.

—De todas formas, no me importaría volver a verla —articuló Inés.

—¿El qué? —replicó Gonzalo Suárez, aturdido por el recuerdo que secuestró su pensamiento para llevarlo al pasado. La mejor época de su vida.

—La película, Gonzalo —respondió Inés. La sonrisa nunca se le borraba de los labios.

—Claro, claro, la película. —El inspector miró su reloj. La excusa perfecta para dar por concluido aquel encuentro—. Podemos hablarlo esta semana si quieres, no me importaría ir a ver esa película.

—A mí tampoco. Me gustaría hacerlo contigo.

¡Ahuuuu, ahuuu! Una imaginaria sirena sonó en la cabeza del policía. Momento de marcharse, de abandonar antes de que la cosa se complicara, advertencia de peligro... Y la mirada sin despegarla de la esfera de su viejo reloj.

—Lo hablamos entonces. Tengo que marcharme. Mañana me espera un día complicado.

—Lo entiendo.

No hubo lugar a más despedidas. Gonzalo Suárez se alejó de la plaza lo más rápido que pudo. No obstante, echó una mirada hacia atrás y vio a Inés allí, plantada donde la había dejado, observándole desde la distancia; presta a esperarle el tiempo que hiciera falta, lanzándole una proposición tras otra; ansiando el calor necesario para, cuando su vida iniciara la irremediable cuesta abajo, hacer más llevadero el último paso. Un sentimiento que también asaltaba al policía. Y cada vez con mayor frecuencia.

Abrió la puerta de casa y se dirigió de inmediato al dormitorio, donde se desvistió con prisa, casi rabia, antes de meterse en la cama y cerrar los ojos. Por mucho que lo intentara no podía dormir. Encendió la luz del dormitorio y decidió leer. El libro de Miguel Delibes le esperaba donde lo dejó. El recuerdo de Laura, el asalto de Inés a sus sentimientos. Para colmo, Delibes

quiso complicarle aún más la existencia esa noche. Decía aquel sexto capítulo del segundo libro de *La sombra del ciprés es alargada*:

—¿Por qué he de darte miedo? ¿No ves que soy un ser inofensivo, infrahumano, cobarde?

Jane vino hacia mí y me puso las manos sobre los hombros. Se había recuperado en un esfuerzo de voluntad.

—Ven, siéntate a mi lado. No me das pizca de miedo..., ¿sabes? Te quiero.

Cerró el libro. La imagen de Inés le vino en la cabeza. Los dos juntos rodeados de una inmensa soledad en la plaza de Luca de Tena. Ella, un ser indefenso que pedía amor. Él...

Gonzalo Suárez abrió el cajón de la mesilla y cogió una foto. La guardaba envuelta en un plástico para que se conservara. Una foto tomada en un parque. Fue una tarde de primavera. Un hombre y una mujer. Posaban sonrientes. Él vestía un traje de lino de color claro y ella un bonito vestido estampado. Las lágrimas brotaron de los ojos del inspector, que acarició la foto con los dedos de su mano izquierda. Fue la tarde que le pidió matrimonio a Laura, dos semanas antes de que ella muriera.

—Ya ves, amor mío. Otra me reclama lo que nunca te pude dar. ¿Qué hago, Laura? Dime, ¿qué hago?

No era normal ver a gente por caminar por el paseo de Camoens. Mucho menos de noche, cuando los relojes marcaban las diez. El domingo se marchaba con una temperatura ya propia de la cercana primavera. Rápidos y continuos silbidos de tren percutían en una atmósfera silenciosa con el cielo cuajado de estrellas. Brillaban algunas farolas, no todas las del paseo.

Y, sin embargo, alguien se atrevía a pasear por allí. Lo hacía con gesto despreocupado, cantando.

«Não tarda o dia em que ela, enfim, já vencida. Terminará a agonía de arrastar na Mouraria toda a cruz da sua vida».

De pronto, João Leite dejó de hacerlo. Seguía caminando en silencio, sin coche alguno que perturbara su tranquilidad. Le dio por pensar, de ahí que anduviera en silencio, con las manos dentro de los bolsillos de su americana. Siempre que tarareaba *María da Cruz*, de Amália Rodriguez, pensaba en su destino. ¿Qué le depararía en la siguiente curva de la vida? Con lo fácil que hubiera sido ser como los demás. Su madre soñó con verlo casado y llenándole la casa de nietos. La pobre mujer se quedó con las ganas. Él no era

hombre de una sola compañía ni mucho menos de ataduras en forma de hijos. ¿Su destino? Lo único que deseaba es que, cuando la parca viniera a por él, le pudiera decir a la cara que había aprovechado para beberse la vida de golpe. Que es lo que hacía.

Dos luces se aproximaron hacia él. Las ráfagas que emitió el conductor le confirmaron que en el coche viajaba la persona que a media tarde le había pedido verle con tanta urgencia.

El conductor detuvo el vehículo y descendió de él. João Leite ocupó su lugar. En el asiento trasero, la persona que le saludó con una economía de palabras que preocupó al portugués. Le tenía por locuaz y sarcástico. Esa noche, no. El asunto debía de ser importante.

Sin mediar palabra, el tipo le entregó un sobre lleno de dinero.

—Termina tu trabajo esta semana. ¡No quiero ni un retraso, ni mucho menos un error! —hablaba de manera atropellada, con prisa—. En cuanto acabes, lárgate de Madrid una temporada. Si es necesario volveré a contactar contigo.

—¿Qué ha pas...?

—¿Es que no me has oído? —le cortó el otro con violencia—. ¡Obedece, que para eso te pago!

El portugués contó los billetes. Le miró. Sus ojos brillaban. Almas gemelas. Eso eran. Idénticos sentimientos, misma manera de pensar, pero distintos objetivos. Él se conformaba con tener un poco de dinero en el bolsillo para disfrutar de la vida. Y no le importaba matar para conseguirlo. Era lo único que sabía hacer. El otro, por lo que sabía, ambicionaba llegar a lo más alto. Y si para ello tenía que dejar cadáveres a su espalda, no había problema.

João Leite asintió y abrió la puerta del coche.

—¿Por quién empiezo?

—Por quien te salga de los cojones, ¡pero no pierdas el tiempo! —le ordenó el hombre.

—De acuerdo.

—Espero tus noticias para saber que has cumplido mis órdenes.

—Siempre lo he hecho —se defendió, algo molesto, João Leite—. No creo que tenga quejas de mí.

—Por eso quiero que acabes con esto de una vez por todas. Confío que tu discreción. —El hombre se acercó al portugués, que pudo oler su aliento. Apestaba a alcohol—. ¡Quiero buenas noticias ya!

El portugués descendió del vehículo, guardó el sobre en el bolsillo interior de su americana y se adentró en la arboleda que descendía hasta las cercanías de la Estación del Norte. Debía llegar cuanto antes a la pensión donde vivía. El encargo era urgente y no había tiempo que perder. Cuanto antes lo acometiera, mejor para todos.

Así se lo había recalado el teniente Arturo Saavedra antes de que abandonara el coche. Y no deseaba desairarlo. Un encargo más por cumplir. Qué más le daba cuando de matar se trataba. Una rutina demasiado familiar para él.

capítulo 22

Madrid, primera hora de la mañana del lunes 2 de marzo de 1953.

«A la vera del agua tengo un barco de vela que es de miel y canela, de plata y cristal. Un barquito de ensueño que es la envidia del mar...».

A Liborio Solís se le escapó una lágrima que se enjugó con rapidez. Esa canción. Le evocaba un tiempo pasado, una época distinta, feliz. Añorada. Por todo. Por él, por la época, por quien la cantó. Por él, recordando cómo era con diecisiete años menos. Muy distinto a la imagen que le reflejaba el espejo. Había perdido mucho pelo y engordado otro tanto. El Canelita que abandonó Granada y volvería a pisarla en unas horas —bastantes más de las que quisiera— apenas se parecían en el nombre y en su condición sexual. Todo lo demás había cambiado. Por eso regresaba, para reencontrarse con sus raíces. Para volver a ser él.

La época también era distinta. Tampoco quería hacerse ilusiones. Dejó la ciudad por miedo, cuando los pistoleros de la Falange pasaron del insulto a los hechos y encontró en la huida la única manera de seguir con vida. Otros no tuvieron oportunidad de correr su suerte. Cayeron. Se quedaron en el camino. Sabía a dónde regresaba y a qué se enfrentaba. Y, como entonces, lo hacía huyendo. Siempre huyendo. Ahora, de Madrid.

Terminó de atusarse el peluquín delante del espejo y se colocó el nudo de la corbata. Había escogido una de tonos discretos. No quería llamar la atención. Comprobó que el nudo estaba bien hecho, en su sitio. De nuevo cantó mirándose al cristal:

«Vente conmigo, serrana, que ese vinillo da ganas y nos va a sentar bien...».

Otra lágrima. La canción. El recuerdo del día en que Miguel de Molina la cantó en Granada. Los aplausos se mezclaron con los vítores y las flores que el público arrojó al escenario para darle las gracias por la actuación. Entre ellas, las suyas. Fue unos meses antes de que la locura incendiara el país. Miguel de Molina arrastraba ahora su pena por Buenos Aires y él regresaba a Granada. La vida.

Revisó la maleta que llevaría consigo. Un par de trajes, algunos recuerdos y poco más. El resto lo dejaba en la pensión de doña Agustina, de la que todavía no se había despedido. Le iba a costar hacerlo, pensó mientras descontaba los minutos que quedaban para tomar el autobús que lo llevaría a su ciudad natal.

Llamaron a la puerta.

Suspiró. No era de despedidas, no le gustaban. Tanto, que salvo el inspector Gonzalo Suárez y la dueña de la pensión, nadie más sabía que se marchaba de Madrid. ¿Volvería? Puede. De visita, pero nunca a vivir. Su sitio estaba en Granada, y a ella regresaba.

Llamaron de nuevo a la puerta.

Otra lágrima se derramó por su mejilla izquierda.

—¡Ay, doña Agustina! ¡Cuánto la voy a echar de menos! —chilló con el pañuelo en una mano mientras con la otra abría la puerta—. ¡No lo sabe usted...!

De la dueña de la pensión no encontró rastro alguno. En su lugar se topó con una sonrisa peligrosa. Muy peligrosa.

—¡Vaya! Parece que el pajarito abandona el nido...

João Leite sonreía. Le gustaba hacerlo. Se sentía a gusto cuando sonreía. Todo lo contrario que los destinatarios de sus sonrisas. Pocos eran los que no temblaban al verla, los menos. Los más se meaban encima.

—¿Qué quieres de mí?

—Despedirme, nada más. ¿O es que pensabas irte sin hacerlo?

—¿Qué te he hecho? ¿Por qué me persigues? —Liborio Solís retrocedió buscando la protección de su habitación, las cuatro paredes bajo las que vivía en los últimos cinco años. Una efímera seguridad. Eso creía.

—Eres tú quien huyes de mí. ¿Por qué lo haces?

João Leite cerró la puerta. El Canelita tropezó con la cama y cayó sobre ella, de la que ya no escaparía. Aquel corrió las cortinas y se subió encima de Liborio Solís.

—¿Te parece poco que quisieras matarme la primera vez que nos vimos? —dijo el granadino, al que el portugués había aprisionado las piernas. Luego siguió con los brazos. João Leite agachó la cabeza. Quería la boca de Liborio Solís.

—Y créeme que me quedé con ganas...

—¿Ganas de qué? ¡Suéltame!

Fue el primer intento de zafarse de los brazos y piernas del luso del Canelita. Habría más y todos terminarían de la misma manera. Su sexto

sentido, muy afinado, percibió un aroma nada agradable. El aroma que desprende quien está acostumbrado a causar el mal, a hacer daño porque sí. Por puro placer.

—¿Me vas a negar un buen rato ahora que te marchas?

—¡Suéltame! ¡Ni siquiera eres sarasa! ¡Vete de aquí y déjame en paz!

—¡Así me gusta! Que te resistas. ¡Eso me gusta más!

João Leite besó con furia la boca de Liborio Solís, que chilló al retirarse el portugués. El mordisco que le propinó dolía, y seguiría haciéndolo durante un buen rato.

—¡Por favor, déjame de una vez! ¡Yo no te he hecho nada!

Las primeras lágrimas afloraron en los ojos del Canelita, y eso acrecentó la excitación del otro. Su siguiente objetivo fue su pecho. Le arrancó la corbata y rompió los botones de la camisa. Sin ropa de por medio, el portugués comenzó a acariciarle el pecho primero con suavidad para, después, incrementar la velocidad y acabar clavándole las uñas.

—¡Por Dios! ¿Qué te he hecho? ¡Déjame en paz! ¡Déjame en paz! —le pidió llorando de puro dolor.

—¿Ahora que acabamos de empezar a divertirnos?

João Leite movió al granadino sobre el colchón y le colocó de tal manera que le fuera sencillo quitarle los pantalones, cosa que hizo a continuación; gesto con el que quería advertirle de sus intenciones. João se bajó los suyos y el Canelita para intentar escapar. Una zancadilla acabó con sus aspiraciones.

—Así que te gusta más en el suelo...

Es curiosa la mente. Basta un gesto, un movimiento, un olor, un color. Cualquiera de esas cosas es suficiente para despertar un recuerdo, un hecho del pasado. En ocasiones son tan agradables que nos aferramos a ellos con ansia. Deseamos eternizar ese momento, alargarlo más allá de lo que fue su duración original. Si no lo son, hacemos lo posible y lo imposible por volver a sepultarlos en el rincón del olvido. Pero no siempre se puede.

Semejante viaje es el que experimentó la mente de Liborio Solís al sentir cómo João Leite le penetraba. Chilló, pataleó, bramó. Alguien tenía que rescatarle, acudir en su auxilio. ¿Por qué no lo hacía doña Agustina? ¿Dónde estaba? Solo confiaba en ella. El resto de alquilerados le odiaban. Lo atisbaba en sus miradas cuando comían o cenaban todos juntos. Odio por ser un sarasa.

Las imágenes del pasado, los recuerdos. El Canelita lloraba de dolor con cada acometida de João Leite. Como ocurriera recién cumplidos los diecisiete, en su Granada del alma, el día en que su padre se enteró de que era homosexual. Rumores que escuchó, cada vez más fuertes, y alguna que otra

certeza. «¡Mi hijo no es maricón!», soltaba a quien se atreviera a hacer alusión a la presunta condición sexual de su vástago. Hasta que decidió comprobarlo por sí mismo. El día que se lo preguntó a la cara, Liborio Solís agachó la cabeza. Su padre se lo preguntó varias veces más. ¿Respuestas? Ninguna.

Ahora chillaba y chillaba. Como aquella tarde. Su padre cogió el palo de una escoba, le obligó a desnudarse y se lo ensartó por el culo. «¡Dime que disfrutas, dime que disfrutas!», le repitió su padre. Desde fuera de la habitación se oyeron los gritos de la madre pidiendo que cesara tamaña humillación. Liborio Solís lloró aquella tarde, ni una palabra salió de su boca. Un trago amargo que merecía la pena soportar si se trataba de no renegar de una identidad sexual que tenía marcada a fuego.

Al fin, suspiró. João Leite terminó. Durante unos segundos permaneció tendido en el frío suelo de la habitación. Agradeció el silencio, la tranquilidad que, de repente, llenó la habitación. Como si todo lo anterior, lo que acababa de acontecer, incluso la misma presencia del portugués, fueran producto de su imaginación. La mente, de nuevo, muy caprichosa. Una sucesión de imágenes de las últimas semanas. La cara del João Leite allá donde fuera, sus últimos escarceos sexuales, nada satisfactorios... Pero le quedaba Granada. Allí todo sería diferente. Y eso le daba motivos para sonreír, a pesar de todo. En breve volvería a su ciudad y olvidaría para siempre Madrid, y a tanto y tanto indeseable como conoció allí. Y más a João Leite, su pesadilla de las últimas semanas.

—Espero que ahora me dejes en paz para siempre.

Liborio Solís se dio la vuelta. Pensó que se toparía con la cara de satisfacción del portugués, con la mirada de loco que tanto le asustó cuando comenzó a besarle. Lo que encontró delante de su cara fue un cañón negro: el de la pistola con la que el tipo le apuntaba. En sus ojos, la misma mirada peligrosa. En la boca, una sonrisa. Una sonrisa muy desagradable.

—No lo dudes.

La visita del general Malo de Molina cogió por sorpresa al teniente Arturo Saavedra. Se presentó en su despacho sin avisar.

—No acostumbras a visitarme los lunes...

—Pasaba por aquí.

—No te creo.

—Me conoces demasiado...

La risa con la que el general despachó la respuesta contagió al teniente, y todavía le duró hasta que tomó asiento en su sillón.

Eran poco más de las diez de una mañana que amaneció soleada y así seguía. El sol iluminaba el despacho. Arturo Saavedra llamó al alférez Jesús Ezquerro para que trajera un servicio de café. Para él sería el segundo del día. Recostado en el sillón y en compañía del general, comenzó a relajarse.

No estaba de buen humor.

El culpable, su cuñado Joaquín Batres y la amenaza que pendía sobre él, la misma a la que se enfrentaba. Una amenaza real y dañina. Conocía a Joaquín, su forma de ser y su carácter. Explosivo cuando se lo proponía —en pocas ocasiones, casi contadas— y pusilánime y apocado en la mayoría, se había convertido en un peligro. Le había mentido acerca de su condición sexual y, para colmo, también golpeado a un policía. Sarasa y perseguido por atentado contra la autoridad. Y era su cuñado. En plenas negociaciones, estancadas, la existencia de Joaquín Batres suponía un problema para él. Un grave problema.

¿Por qué no lo mataba?

Lo pensó. Y maduró la idea durante toda la tarde. Si no lo hacía él, lo haría su suegro, que se lanzó a por el otro yerno hecho una furia en cuanto lo vio entrar en el salón acompañado de Arturo Saavedra. Este le sacó de su casa como pudo, conteniendo a su suegro, nuera y mujer. Toda la familia en contra. No le habría costado nada quitárselo de en medio, ni tampoco nadie hubiera llorado tal pérdida.

Eso creía.

Joaquín Batres demostró ser más inteligente de lo que el teniente intuía. Amigos con los que compartió confidencias. Fechas, lugares, conversaciones... Y sus promesas de ayudarlo, de impedir que el caso de la mujer asesinada saliera a la luz. Con el matiz de que sus amigos conocían la identidad del asesinado, que no era mujer, sino hombre; y también la del asesino a sueldo contratado por Arturo Saavedra para limpiar la reputación de su cuñado. Que ahora también era la suya.

Joaquín Batres lo tenía claro: si Manuel Prieto no era suyo, no lo sería de nadie más.

Por eso le mató la víspera de Nochebuena.

Sí, su cuñado había matado. Sorpresas que da la vida. Esas situaciones que el hombre resuelve de una manera irracional impulsado por sentimientos tan irracionales como aquella. El amor, la ira, el odio. Capaces de conducir a una persona hasta el borde del precipicio. Y es entonces cuando surge la

irracionalidad, brota de manera espontánea. La tenemos oculta, a la espera de una oportunidad para expresarse, para ser lo que somos. Seres irracionales por naturaleza.

El borde del precipicio, que asusta. Lo mismo despierta las ansias de matar que empuja a confesar. Joaquín Batres era un asesino. Se lo aseguró con ojos llorosos en su despacho la tarde anterior. Y se arrepentía de ello. Lo peor, que si había de morir lo haría matando, una vez más. Y si él caía, arrastraría a Arturo Saavedra en su caída.

—Si me pasa algo, Arturo, mañana lo sabrá todo Madrid. Lo sabrán en el ministerio, lo sabrá tu suegro y el mío, y hasta en El Pardo... Y no querrás que pase eso. ¿Verdad que no?

Fue la última conversación que mantuvo con Joaquín Batres. Le llamó poco antes de las siete de la tarde de un domingo que aún olía a tragedia en su domicilio. Él cogió el teléfono después de que Lourdes, su mujer, quisiera estamparlo contra la pared nada más reconocer la voz de su cuñado. La ayuda, la que estaba esperando por su parte. Ese fue el motivo de la llamada.

Por eso no podía matarle. La misma razón por la que llamó a João Leite. Necesitaba verle con urgencia. Una limpieza rápida, exhaustiva y sin miramientos. Que nada de la muerte del chico llamado Manuel Prieto pudiera salpicar a su cuñado a posteriori, ni tampoco a él.

Sin embargo, la vida de Arturo Saavedra se iba a complicar todavía más. La sonrisa del general Malo de Molina iluminó su rostro durante algunos instantes más. Se sirvió tres cucharadas de azúcar.

—El nuevo embajador viene con las ideas claras —dijo el militar con mayor graduación. Removía lo justo el café de su taza. Le gustaba apreciar la dulzura del azúcar. Por eso lo dejaba en el fondo para que el último trago fuera el mejor.

—Eso es lo que nos interesa, ¿no? Un aliado.

—En efecto. Ayer atacó a aquellos países que nos boicotean o ningunean. Da la cara, y eso es muy importante.

—Entonces hemos de ser optimistas con su llegada —Arturo Saavedra dio un sorbo al vaso de agua. Tenía la boca seca—. Puede que las negociaciones se cierren con su llegada.

—De lo que estoy convencido es de que tomarán un nuevo impulso. Viene con órdenes expresas del presidente Eisenhower. —Malo de Molina dio un sorbo a la taza, que dejó sobre la mesita del servicio de café—. Salvo que...

El gesto que compuso el general alertó a Arturo Saavedra. Le conocía lo suficiente como para saber que se avecinaba borrasca. Y no era Malo de Molina persona de enfados, ni de verbo agresivo cuando eso ocurría. Nunca lo fue. Dignidad, ante todo, firme el ademán, pero si torcía el gesto y miraba hacia arriba —ya fuera el techo o el cielo, según el momento y lugar— era signo de que algo no le gustaba. Si lo torcía mucho había motivos para la preocupación. Ese era el rostro que exhibía el general Malo de Molina.

—... todo se vaya al garete. Las imprudencias se pagan.

—¿De qué estás hablando?

—Los americanos están preocupados. Los rusos conocen al detalle el contenido de las negociaciones.

—¿Los rusos? Pero ¿cómo?

—Hace un par de días fue detenida una persona en París, un tipo perteneciente a una célula del PCE en Francia. Llevaban días siguiéndole y le interceptaron cuando iba a reunirse con alguien en un restaurante del Barrio Latino. Una lástima, porque el otro huyó. Nos hubiera venido bien saber de quién se trataba.

—¿Ruso?

—Es más que posible. —Malo de Molina dio un nuevo sorbo a su taza de café. Antes de depositarla en el plato comprobó la cantidad de líquido que aún quedaba. El último sorbo, lleno de azúcar, sería el próximo—. Lo que importa es que el detenido llevaba consigo información relativa a las negociaciones.

—¿Qué tipo de información?

—Fechas de las reuniones, personas que tomaron o tomarán parte en ellas, su contenido... Información sensible, muy sensible, Arturo.

Este se levantó. Necesitaba aire fresco, aire que le despejara, que serenara su ánimo. Agradeció la brisa que entró en la habitación nada más abrir el ventanal. A su espalda, el general seguía explicándose.

—Estamos hablando con todas las personas que forman parte de nuestro equipo negociador. Puede que haya sido una imprudencia o una negligencia. Cosas que se deben evitar.

—¿Dudas de mí? —Se volvió airado hacia el general.

—Sabes que no —le aseguró Malo de Molina. Seguía igual de serio—. Pero es mi deber poner en tu conocimiento lo que está ocurriendo. Ya hay una investigación en marcha. No podemos permitirnos errores, Arturo. Nos jugamos mucho.

El teniente se acercó a la mesa para coger un cigarro del paquete de tabaco y encenderlo. Decidió sonreír. Sabía que un gesto así tranquilizaría a

su superior y amigo. Al verlo de semejante guisa, también sonrió. Malo de Molina removió el café con la cuchara y dio el último trago a la taza. Después miró su reloj y la dejó sobre la mesa.

—En fin, tengo que marcharme. Me esperan en el Palacio de Santa Cruz.

—¿Para lo mismo?

—Voy a ver qué me encuentro.

Se dieron un apretón de manos y se despidieron con la misma cordialidad que Malo de Molina recibió al entrar al despacho.

—Arturo, ten cuidado. El enemigo está al acecho y quiere destruirnos. Cualquier descuido puede costarnos caro. Cuida los detalles.

Ya solo en su despacho, el teniente regresó al ventanal. El viento mecía las copas de los árboles del jardín. Seguía luciendo el sol. Un buen lunes que se le haría eterno hasta que llegara la tarde. Tenía cita con Escolástica Sainz.

Y también mucho de qué hablar con ella.

A Gonzalo Suárez se le quitaron las ganas de comer, que es lo que estaría haciendo de no haberse personado en una pensión de la calle Desengaño. Le gustaba hacerlo sobre la una y media del mediodía, con calma. Ese día se lo impidió una llamada. La de un inquilino que no podía entrar y que, extrañado, acudió a un amigo cerrajero. Lo que encontró dentro, una vez abierta la puerta, revolvería las tripas de cualquiera. Como las del inspector de segunda.

—Doña Agustina era muy seria. Abría al tercer toque de timbre, era su costumbre. Por eso acudí a Rogelio, que es cerrajero. ¡Y fíjese!

La persona que recibió al inspector con un pañuelo en la mano para limpiarse las lágrimas dijo llamarse Braulio Agudo y cumplía su primer año como alquilado en la pensión de doña Agustina. Esta yacía en el suelo, junto a la puerta de entrada, con un tiro en la cabeza. Un disparo limpio y certero. Obra de un profesional, según apreció el policía.

—Ya tenemos trabajo... —expuso Julián Ordóñez tras ponerse en pie. Había examinado el tiro que acabó con la vida de la dueña de la pensión. Bermúdez le imitó en el gesto.

—Ya lo creo.

Los dos agentes observaron, a la vez, a Braulio Agudo, que, con su mirada, dirigió la de los policías al lugar donde les esperaba una enorme sorpresa.

—¿Allí?

Braulio Agudo asintió con la cabeza.

—Esperadme aquí.

Gonzalo Suárez llegó a la puerta de la habitación. Era su deber, aunque deseara que nada de lo que cruzó por su mente en ese momento se hiciera realidad. Se detuvo. Abrió la boca mesándose el cabello con la mano derecha. Luego la posó en la frente, que se masajeó con los ojos cerrados.

—¡Dios mío!

Julián Ordóñez y Bermúdez entraron a continuación. El sevillano se mostró más impresionado que sus compañeros. Ojos abiertos, expresión de asombro, brazos quietos, caídos... La reacción de una persona estupefacta, sobrepasada por lo que tiene ante ella. A su lado, Bermúdez bajó la mirada. El único de los tres que mantenía la suya fija en el cuerpo de Liborio Solís era el inspector.

El granadino estaba boca abajo encima de la cama. La muerte impregnaba la colcha, teñida de sangre. Sobre ella, brazos y piernas abiertos, el cadáver. Un palo de escoba ensartado en el culo completaba la escena que el asesino concibió para recibir a la policía. Una imagen digna de portada de *El Caso*.

Julián Ordóñez se recompuso con la ayuda de Bermúdez. Al igual que el inspector, reparó en la maleta.

—Se iba a marchar...

—Quería regresar a Granada.

—¿Se lo dijo él?

—Sí —respondió Gonzalo Suárez de manera lacónica. Se giró para seguir hablando con su compañero—. Y también quién le quería matar.

—¿Sabía que le iban a matar? —replicó el policía, sorprendido por lo que acababa de escuchar—. ¿Por qué?

—Manuel Prieto.

Bermúdez y el policía sevillano miraron con idéntica cara de sorpresa al inspector, que se llevó las manos a los bolsillos. Requirió la presencia de Braulio Agudo, que permanecía en el pasillo, junto a la puerta.

—¿Algún teléfono cerca?

—Sí, aquí al lado.

—Voy a llamar a la gente de Santa Isabel para que se hagan cargo de los cadáveres. Pondré el asunto en conocimiento del juez. Ustedes espérenme en el bar de la esquina. Tenemos de qué hablar. Y mucho.

Julián Ordóñez y Bermúdez vieron entrar al inspector en el bar. Sentados a una mesa, cada uno con una caña, daban cuenta de un plato de queso.

Gonzalo Suárez rechazó la invitación. No tenía hambre. La imagen de Liborio Solís seguía impresa en sus retinas. Por fortuna todo se desarrolló con celeridad: la llegada del juez y de los forenses, el traslado del cuerpo del Canelita donde le practicarían la autopsia. También había pensado en pedir ayuda a Escolástica Sainz, la única persona que conocía y decía ser amiga del finado, por si sabía del paradero de sus familiares en Granada. Se lo debía.

Eso ocurriría más tarde, después de hablar con sus compañeros. Cogió un palillo y empezó a jugar con él trazando letras imaginarias sobre la mesa.

—Así que sabe quién es el asesino.

La pregunta de Julián Ordóñez llegó antes de que Suárez tuviera tiempo de tomar asiento. La ansiedad le quemaba los labios.

—En efecto.

—Y se lo dijo el Canelita...

—Le voy a ahorrar el trabajo, Ordóñez. Nunca dejé este caso, si es eso lo que quiere saber.

—Si me permite el atrevimiento, inspector, sabía que eso ocurriría.

—Veo que me va conociendo, Ordóñez...

—No lo dudábamos, ¿a que no, Bermúdez?

Este asintió con la cabeza, como era su costumbre.

—Se oyen cosas de usted, inspector, de su forma de ser, de actuar, de no dejar ningún cabo suelto. Ni tampoco un caso que cerrar. Puede que esto le sorprenda, pero en la comisaría se le tiene en mucha estima. Un policía intachable, íntegro y honrado. Eso se dice de usted.

—Cada cual es responsable de sus actos, Ordóñez, y este caso necesita una resolución por mucho que el comisario se empeñara y se empeñe en lo contrario. —El inspector cogió otro palillo tras destrozar el primero—. Dígame, ¿usted por qué se hizo policía?

—¿Yo? —La pregunta cogió por sorpresa al sevillano. Miró a todas partes menos a su superior, al que tenía delante—. Pues... Esto —balbuceó.

—Lo mío fue por convicción, ser consecuente con mis ideas. Quería ser policía para ayudar a los demás. A Rosa Prieto, por ejemplo. Seguramente estará más tranquila si sabe que el asesino de su hijo está entre rejas y no disfrutando del sol en la calle. ¿O no tiene derecho a conocer la identidad de la persona que mató a su hijo? Por eso continué con este caso. Uno tiene sus valores, Ordóñez. Soy consecuente con ellos.

—Entonces permítanos ayudarle.

Gonzalo Suárez apretó demasiado la punta del palillo con el que estaba jugando contra la superficie de la mesa. Crack. La respuesta de Julián

Ordóñez, la que estaba esperando. Un respiro de alivio en forma de rotura de palillo.

—¿Verdad, Bermúdez?

El tercer policía asintió nuevamente mientras masticaba el enésimo trozo de queso que se llevaba a la boca. Era legendaria su conformidad. Ni una palabra, solo gestos de aprobación. Incluso había apuestas en la comisaría, que comenzaron con diez pesetas, para quien fuera capaz de arrancarle más de tres palabras. Dos años después, rondaba las mil. Un dineral.

—Además, la muerte del Canelita obligará al comisario a reabrir el caso —admitió Ordóñez antes de apurar la cerveza de su vaso—. Tendrá que hacerlo.

—Es posible, pero no seguro. Por si acaso, habrá que trabajar a espaldas del comisario. ¿Cuento entonces con ustedes?

El inspector Suárez pagó la consumición de sus compañeros. No le quedaba demasiado dinero en el bolsillo. Tampoco pensaba en ello, ni siquiera en la cena. Siempre podría pedir a Inés que le fiara, que no le pondría pero alguno. Llegado el caso, tenía claro cómo resolver el asunto.

Antes de eso había otro. Y no podía aplazarlo.

Se lo debía a Liborio Solís.

Rosa Prieto sorteó a un par de chiquillos en su camino hasta la barraca. El sol no tardaría en ocultarse por el este tras los edificios que delimitaban el perímetro del poblado de Jaime el Conquistador. Después vendría la oscuridad.

Caminaba con un balde de agua, la suficiente para beber, fregar los cacharros de la cena y guardar una cantidad para el aseo del día siguiente. Rutina. A ella se aferraba. El futuro, le repetía Escolástica Sainz. El que había que encarar. Pero ¿cómo hacerlo sin el apoyo de la persona que más quería? ¿Cómo enfrentarse a la vida si lo que se desea es poner punto final? La vida. A Rosa Prieto le quitó su única razón de vivir. «Los padres nunca deberían sobrevivir a los hijos». Lo escuchó muchos años antes en su pueblo. La frase la pronunció una mujer delante del féretro de su único hijo. La tuberculosis le dejó sin él. Imagen que le venía una y otra vez desde la muerte de Manolito. Empeñarse en vivir o empeñarse en morir. A eso se resumía la vida.

Abrió la puerta de la barraca y entró dentro de ella con el balde en las manos, que dejó en una esquina de la estancia principal. La luz del sol penetraba por el pequeño ventanuco practicado en una de las paredes de la

endeble construcción. Habitualmente lo tapaba con un trozo de tela, pero esa tarde lo dejó descubierto para que entrara la luz del sol; y para retrasar el encendido de las velas que iluminarían la barraca en cuanto se fuera el sol.

También dejó la puerta abierta. Cuanta más luz entrara, mejor. Como los gritos de los chiquillos, que pasaban corriendo por delante de su puerta. No quiso verlos. Hacían lo mismo que Manolito a su edad. Era todo su universo. Sí prestó atención a una página de periódico doblada que cogió de la mesa. La desdobló y le saludó la cara sonriente de una mujer. Una modista, según el anuncio. Cosía con una máquina de coser Alfa. Maravillosa para coser y bordar, rápida, segura y económica, rezaba la publicidad.

Escolástica Sainz se había empeñado en regalársela. Decía haber encontrado trabajo. La veía salir por las noches y regresar en la madrugada. El insomnio, que no la dejaba dormir. Con ella podría coser más piezas de las que ahora arreglaba con las manos. Un apaño para seguir adelante que también le había conseguido su vecina, y hacía todo lo que estaba en su mano por mantenerla entretenida, por atarla a la vida.

—Si así es feliz...

Rosa Prieto dobló la hoja de periódico, que abandonó encima de la mesa. Tenía sed. Buscó una taza para beber...

... Y la sed desapareció.

La sed, el hambre. Cualquier instinto primario que tuviera. Todos hubieran desaparecido de su pensamiento de la misma manera que lo hizo aquel otro. Sucede en momentos puntuales, cuando ocurre algo imprevisto.

Como que te apunten con una pistola.

Eso era lo que hacía el tipo al que reconoció de inmediato. Su rostro, la enorme cicatriz que partía su mejilla izquierda, esa sonrisa. Y los ojos grises fijos en ella.

Rosa Prieto tragó saliva.

João Leite había regresado.

—No he hablado con nadie, se lo prometo...

Rosa Prieto dio dos pasos hacia atrás. La pared. Fin de la escapatoria. La pequeña estantería tembló. El álbum de fotos, una taza con una vela... También temblaron, pero no tanto como su cuerpo.

—Lo sé, me consta —respondió el portugués.

—Entonces, ¿qué hace aquí?

—Ayudarla.

—¿A qué?

João Leite avanzó el mismo número de pasos que retrocedió Rosa Prieto. Eso le permitió cerrar la puerta. Previamente se aseguró de que nadie hubiera reparado en su presencia antes de entrar en la barraca. No quería más muertos de los necesarios.

—A dejar esta vida. ¿No es lo que desea? —replicó el luso—. Será rápido, sin dolor. Lo contrario de lo que le ocurrió a su hijo.

«Así que así acaba todo». Fue lo primero que se le pasó por la cabeza a Rosa Prieto. Se estremeció al sentir el frío acero pegado a su frente. Un punto pequeño, el del cañón, que en lo que duraba un suspiro haría de ella un recuerdo.

—Casi le estoy haciendo un favor, ¿verdad?

Rosa Prieto cerró los ojos. Leite no mentía. De haber tenido fuerzas lo hubiera intentado, y también de haber contado con el coraje suficiente. Intentaba seguir adelante, se lo prometió a Escolástica, pero no podía vivir sin Manolito.

Mantuvo los ojos cerrados.

Manolito regresó. Su nacimiento, el día que se le cayó el primer diente, el traje que se compró con su primer sueldo y el ramo de rosas que le regaló... La vida de su hijo. Muy rápida, tanto como la vivió. No obstante, tuvo tiempo de disfrutarla. Ver de nuevo con vida a su hijo merecía la pena. Incluso morir. Solo por el lapso que su cerebro le regaló merecía la pena morir.

—Sí —admitió ella, serena—. Hágalo, por favor.

De golpe, abrió los ojos. El disparo, el sonido de la detonación, las voces de alerta de los vecinos más cercanos. Y vio a João Leite arrinconado contra la pared y a Escolástica Sainz agachándose para coger la pistola del portugués, arrinconado contra la pared. El golpe fue duro. Se lo dio con un palo grueso que la recién llegada le asestó con la mano izquierda. Con la derecha le apuntaba. Rosa Prieto se asustó. La seguridad que transmitía Escolástica Sainz no admitía dudas. Dispararía. Cualquier otra en su situación hubiera hecho lo mismo llevada por la desesperación, pero llegado el momento de disparar... Había que tener mucha sangre fría. Y Escolástica Sainz parecía tenerla.

—¡Lárgate de aquí, hijo de puta!

—Te arrepentirás... —le amenazó el otro con su mirada fiera y voz profunda.

—No dejes que lo piense. Saldrías perdiendo —contrató ella cargada de aplomo—. Ahora, dime ¿quién quiere quitarse de en medio también a la madre? ¡Dímelo ahora mismo!

João Leite rio.

—Quedan cinco balas. Puedes usarlas todas. No te lo pienso decir.

Escolástica Sainz examinó la pistola, una Walther P38.

—¿Cuántas puede llevar?

—Ocho.

—¿Y las otras?

—Usadas. Bien usadas —recalcó.

—¿Cuándo?

João Leite sonrió. Era un tipo peligroso. Y suelto, aún más, concluyó Escolástica Sainz. Introdujo el dedo en el gatillo. El portugués advirtió el gesto.

—Te faltan narices para matarme —dijo sin que la sonrisa se borrara de sus labios. Una sonrisa cínica, desagradable.

Escolástica Sainz apuntó hacia la puerta con el cañón.

—¡Vete!

—Volveremos a vernos. Las dos volveréis a verme.

João Leite abandonó la barraca con calma, sin prisa. Todos sus movimientos eran pausados, calculados. Para qué correr, decía a menudo. Todo tiene su tiempo, exige unos preparativos. Las prisas son malas, al igual que los nervios. La primera no la conocía; los segundos dejó de saber qué eran hace mucho tiempo.

Rosa Prieto rompió a llorar y se abrazó a Escolástica Sainz, que la acarició con calma. La tensión. La madre de Manuel Prieto lloraba con amargura. Su deseo de morir, la llegada de Escolástica, la manera en que se enfrentó al peligroso portugués...

—¿Por qué quieres morir? ¿Por qué?

Rosa Prieto no contestó. Lloraba. Lo único que hacía desde que murió su hijo.

Le echaba tanto de menos... Tanto como las ganas que tenía de reunirse con él.

Escolástica Sainz daba las primeras caladas al cigarrillo que le pidió al inspector Gonzalo Suárez, aún aturdido por la escena que encontró en la barraca donde vivía Rosa Prieto. Llegó al poblado de Jaime el Conquistador con el propósito de verla y lo que encontró fue un revuelo de gente delante de la infravivienda. Nervios, crisis de ansiedad, lágrimas en los ojos. Quiso hablar con Rosa Prieto, pero esta no hacía más que llorar. Imposible

arrancarle más de una palabra. Escolástica Sainz pidió a un par de vecinas que la cuidaran mientras hablaba con el policía, profesión que reveló Gonzalo Suárez al llegar al lugar. Fue decirlo y notar de inmediato miradas de resquemor. Nada bienvenida allí.

Ahora los dos hablaban con calma en un bar cercano al poblado. Ella le pidió un cigarrillo para acompañar al café con leche al que le invitó el inspector. Le contó lo sucedido y él aportó los detalles que conocía: que el tipo era portugués y se hacía llamar João Leite. Dónde y cómo encontrarle era lo complicado. Lo llevaba intentado desde hacía un par de días sin éxito.

—¿Le hubiera disparado? —preguntó Gonzalo Suárez.

—Lo pensé, pero estaba Rosa.

—Es decir, que de no haber estado ella presente...

—Le hubiera matado, sí —precisó Escolástica Sainz, muy seria.

—Mejor que no lo haya hecho.

—Depende.

—Lo digo por usted —dijo el inspector negando, queriendo borrar la imagen que le vino a la cabeza: la de Escolástica Sainz matando a João Leite —. Se hubiera metido en un buen jaleo.

—Pero ese tipo sigue suelto y volverá. Lo ha prometido. Nos matará a las dos, a Rosa y a mí.

—En eso de que sigue suelto tiene razón. —Gonzalo Suárez se echó hacia atrás. Hasta entonces se mantuvo con los brazos apoyados en la mesa. Buscó el respaldo de la silla.

—Cinco balas le quedaban —recordó ella—. ¡Pobres desgraciados lo que se hayan cruzado con él hoy! Quiénes habrán sido...

—Su amigo Liborio es uno de ellos.

El rostro de Escolástica Sainz se puso lívido. Y sufrió un profundo escalofrío que el inspector atisbó en el repentino temblor que sacudió la mano con la que sostenía el vaso de café.

—¿Cuándo?

—Esta mañana, en la pensión donde vivía. Y también mató a la dueña. Por suerte, no había nadie más. A saber qué carnicería podría haber perpetrado ese asesino.

La mirada de Escolástica Sainz comenzó a navegar por mares que solo ella conocía. Mares salpicados de imágenes de Liborio Solís: el día que le conoció, la delicadeza con la que siempre la trató, los ramos de rosas que le regaló...

—Fue como un padre para mí. Siempre listo para ayudarme desde el día que nos conocimos —comenzó a relatar con ojos humedecidos—. ¡Y lo primero que pensé es que era un tipo desagradable que quería tirarme los tejos! ¡Lo que nos pudimos reír cuando me dijo que era de la otra acera!

—Por eso he venido a verla. Tenían muy buena relación y quisiera saber si conoce usted a algún familiar. Por hacerle llegar sus cosas e informarle del deceso.

—Sé que su madre vive en Granada, pero poco más. ¡La quería con locura! Siempre me decía que volvería allí para hacerla de oro y vestirla de tal.

Gonzalo Suárez le tendió un pañuelo, que Escolástica Sainz agradeció asintiendo con la cabeza. Se secó las lágrimas y siguió hablando:

—La obsesión de Liborio era Manolito, lo adoraba desde que se lo presenté, pero le amenacé con matarle si le tocaba un solo pelo —esbozó una sonrisa al recordar ese episodio—. Le quería con locura y le protegió en todo momento. —La sonrisa desapareció—. Hasta que llegó...

—José.

—Ese hijo de puta. —Escolástica Sainz dio un sorbo al vaso de café—. ¿Ya ha dado con él?

—Es cuestión de días, no se preocupe.

—¡Ojalá!

—Mientras, le rogaría que Rosa y usted extremaran las precauciones.

—¿Qué quiere? ¿Qué me quede en casa todo el día encerrada?

—Le estoy pidiendo que ambas tengan cuidado. Ese portugués puede regresar en cualquier momento o buscarla a usted por la ciudad. Por desgracia, al no estar abierto el caso, no puedo protegerlas a ambas.

—Por eso no ha de preocuparse. Rosa es muy querida, y más después de la muerte de su hijo. Si ese tipo vuelve a poner los pies en el poblado empezará a tener problemas. Y muy serios.

—Claro, claro... —Gonzalo Suárez abandonó el respaldo de la silla. Buscó la sujeción de la mesa para sus brazos—. Aunque espero que no se le ocurra hacer ninguna tontería.

—¿A mí? ¿Como cuál?

—Matarle. ¿O me va a decir que le devolvió la pistola y que se marchó de buena gana?

—Rosa la tiró.

—¿Dónde?

—Pregúnteselo a ella.

Gonzalo Suárez no quiso insistir más. Sabía que Escolástica Sainz se había quedado con la pistola. Y también que conocía a la perfección su manejo. No todos hacen gala de la frialdad necesaria para empuñarla con intención de disparar, y ella la tenía. De ahí la recomendación de que no cometiera ningún error.

—Espero resolver este caso en una semana.

—Demasiado tiempo con ese tipo suelto.

—Se lo prometo.

Escolástica Sainz introdujo la cucharilla en el vaso para remover el azúcar. Clavó la mirada en el líquido y navegó por sus pensamientos. Gonzalo Suárez la observaba en silencio. No había más clientes en el bar. El camarero limpiaba vasos en la barra y en la radio Jorge Sepúlveda atacaba los primeros compases de *Por qué te conocí*. «Por qué te conocí si causas mi sufrimiento, por qué te conocí si era feliz sin amar», cantaba Sepúlveda. La muchacha volvió a mirarle. Otra vez con ojos humedecidos.

—Liborio soñaba con abrir una sastrería en su Granada del alma.

—Lo sé, me lo contó.

—Hubiera tenido mucho éxito. ¿Sabía que se hacía sus propios trajes?

—No, lo desconocía.

—Tenía una máquina de coser. Pantalones, trajes, chaquetas, vestidos... A mí me hizo uno estampado. ¡Precioso! Fue su regalo por mi último cumpleaños. —Una lágrima humedeció la mejilla derecha de Escolástica Sainz—. En el fondo todo se resume en una frase: empeñarse en vivir o empeñarse en morir. Y él quería vivir. ¡Amaba tanto la vida!

Dicho lo cual, suspiró. Se pasó el pañuelo por los ojos y la mejilla humedecida antes de devolvérselo a su propietario.

—Ame la vida, inspector. Es lo mejor que tenemos.

Ante la sorpresa del policía, se levantó de la silla, Gonzalo Suárez la imitó.

—Tengo que marcharme. Espero que la próxima vez que nos veamos esta pesadilla ya haya concluido.

—Así será. Y por favor, tengan cuidado las dos.

Escolástica Sainz sonrió. Quiso decir algo, pero en el último momento se arrepintió. El inspector la siguió con la mirada hasta que salió del bar. Y lo hizo con el presentimiento de que ya no habría próxima vez para uno de los dos.

capítulo 23

Madrid, 5 de marzo de 1953.

Languidecía la lluviosa tarde y a sus pies tenía toda la avenida de José Antonio hasta la Red de San Luis. A su derecha, la plaza de Callao era un hormiguero de gente. Era viernes y muchos marchaban camino de los cines que jalonaban la ancha avenida. Las luces de neón iluminaban los grandes carteles con las mejores películas del momento. De todas, la que más público atraía era *Solo ante el peligro*, en el Gran Vía, con un Gary Cooper del que, decían, se consagraba como una estrella con este filme. No obstante, los seguidores de Bette Davis preferían acudir al Palacio de la Prensa para verla en *Llama a un desconocido*.

La que interpretaba Gary Cooper sí llamaba la atención del teniente Arturo Saavedra por lo que leyó en la prensa antes de su estreno. De ella dijeron en el *ABC* que representaba la quintaesencia de los valores de la Norteamérica de 1952. Quizás la viera. Aunque solo fuese por conocer esos valores y, así, ponerlos en práctica delante del general McKormick, su interlocutor en las negociaciones que mantenían los Gobiernos de España y Estados Unidos.

A la hora convenida vio entrar en la planta superior del Café Manila al general Malo de Molina. Ya habían dejado de extrañarle los repentinos avisos de su compañero y amigo militar. Si eso ocurría es que algo importante se traía entre manos. No obstante, había ocasiones en las que las demandas del general chocaban con sus intereses personales, y esa noche quería pasarla con Escolástica Sainz. Tuvo que posponerla para el día siguiente. «Es muy urgente e importante lo que tengo que decirte», le informó Malo de Molina a primera hora de la tarde por teléfono. Por eso estaban allí los dos.

—No me negarás que la vista es maravillosa.

Arturo Saavedra saludó con un apretón de manos al general para tomar de nuevo asiento. Giró la cabeza un instante para corroborar las palabras de su superior. Subían y bajaban coches por la avenida de José Antonio y las aceras

rebosaban vida. Se respiraba paz. Más no se le podía pedir a una ciudad que parecía haber recuperado la normalidad tras una dura posguerra.

—Desde luego que lo es.

—Y con mejores ojos la vas a ver en cuanto te trasmita lo que he conocido esta tarde.

El curioso local, que ocupaba los bajos del edificio Carrión, conocido en Madrid por su fachada parabólica, destacaba por su discreción. Uno podía acudir allí para charlar y hablar sin miedo a que cualquier conversación fuera conocida por todo Madrid horas después. Malo de Molina llamó la atención a un camarero, al que pidió un par de *whiskies*.

—¿Y eso? —se extrañó Arturo Saavedra por la petición del general.

—Hoy me lo pide el cuerpo, ya ves tú.

—¿Tiene que ver con las nuevas?

—Tiene.

La celeridad de los camareros del local era conocida. Malo de Molina tomó su vaso y propuso un brindis al teniente.

—Por los buenos tiempos.

Arturo Saavedra tardó en reaccionar. La tarde iba de sorpresa en sorpresa, y no había hecho más que empezar.

—Que siempre lo son —dijo, al fin, chocando su vaso con el del general. Dio un trago corto y lo depositó sobre la mesa—. ¿Y a qué se debe el buen humor que te gastas? Ardo en conocer esas noticias tan magníficas que vienes a contarme.

—Stalin se muere, Arturo.

—¿Cómo? —La cara del teniente era una sorpresa continua.

—En Moscú ya están prevenidos para el desenlace, que se espera para las próximas horas. Su equipo médico así se lo ha asegurado a los miembros del Politburó y allegados que están junto a él.

—Así que ese viejo cabrón se muere...

—Estaba pasando unos días en su *dacha* de Kúntsevo y, según parece, sufrió algún tipo de ataque hace dos o tres días. Le afectó al corazón y al cerebro. —Malo de Molina se deleitó con el sorbo que dio a su vaso de *whisky*. Le supo a gloria—. La situación es crítica. Incluso Radio Moscú se ha hecho eco de su estado de salud a primera hora de esta tarde. Stalin se muere, Arturo.

—Y ahora, ¿qué? ¿Se sabe quién le podría sustituir?

—El Kremlin es otro mundo. Cualquiera sabe. Molótov, Malenkov... Hasta Beria, que es un cabrón de cuidado. ¡A saber!

—Ya...

Arturo Saavedra giró la cabeza dando buena cuenta de su *whisky*. Había anochecido. La avenida de José Antonio era un crisol de luces y gente. Prefirió que el general no advirtiera el gesto crispado que tiñó su rostro. La cita con Escolástica Sainz debía esperar hasta el día siguiente. Y todo por escuchar de labios de su amigo, el general Malo de Molina, que Stalin se estaba muriendo. A él con esas cosas, que se la traía al paio lo que le pasara a Stalin o al mismísimo Caudillo.

—Espero que me entiendas —comenzó a articular atemperando su expresión de contrariedad—, pero no creo que sea una noticia como para celebrar así, por todo lo alto.

—¿A qué te refieres?

—Que se muera o no Stalin me importa un comino. Sinceramente esperaba otra cosa.

Malo de Molina soltó una risa.

—La muerte de Stalin podría cambiar muchas cosas. Incluso el devenir de las negociaciones. No lo olvides.

—Si tú lo dices...

—Lo que no las va a cambiar es otra cosa que ha sucedido esta mañana.

La cara del teniente Saavedra mudó. Ahora compuso un gesto de extrañeza que, viendo la sonrisa de su interlocutor, pronto pasó a ser de curiosidad. El ojo izquierdo entrecerrado del teniente y la manera de morderse el labio superior y de jugar con la lengua, que pasaba por detrás de aquel labio. A Malo de Molina siempre le gustó mantener en vilo a Arturo Saavedra. Y hoy era una de esas ocasiones.

—¿Qué más ha pasado?

—Esta mañana han sido detenidos dos tipos. Uno responde al nombre de Eustaquio Gómez y el otro dice llamarse Cirilo Buendía. Creo que a esta hora estarán cantando en Sol hasta la primera nana que les tarareó su madre.

—Me consta —terció Arturo Saavedra—. ¿Y por qué es tan importante la detención de esos individuos?

—Los dos son miembros del Partido Comunista de España. Eustaquio Gómez aquí, en España, y Cirilo Buendía milita en Francia. En concreto, en Aubervilliers, un suburbio a las afueras de París —prosiguió Malo de Molina tras dar otro trago a su vaso—. Al primero se le conoce por el alias de Camilo. Lástima que un tercer elemento haya conseguido escapar. Espera, no pongas esa cara de impaciencia —interrumpió momentáneamente el general su hilo argumental, consciente del estado de nerviosismo que se había

apoderado del teniente—. Por lo que he podido saber, el tal Camilo y la persona huida utilizaban al francés para transmitirle el estado de las negociaciones con los americanos. Y ahora viene lo mejor: los dos detenidos coinciden en el mismo argumento.

—¿Cuál? —preguntó Arturo Saavedra.

—Que las negociaciones se han roto definitivamente por nuestra parte, instrucción que Cirilo Buendía debía transmitir a sus compañeros de París.

—Rotas... —repitió el teniente. Una clara y espontánea sonrisa llenó su rostro.

—El tercero que ha escapado transmitirá a Moscú que todo ha terminado. De todas formas, creo que allí tienen cosas más importantes de las que preocuparse en este momento.

—Al menos se ha desmantelado la red de información de los comunistas.

—De momento.

Arturo Saavedra acabó con el contenido de su *whisky* y se recostó en su sillón mostrando el vaso vacío al general Malo de Molina.

—Tenías razón, mi general. ¿Otro? Las buenas noticias siempre hay que celebrarlas.

Joaquín Malo de Molina requirió la presencia de un camarero. Mientras, Arturo Saavedra volvió a mirar a través del cristal, que le devolvía una de las mejores estampas de la avenida de José Antonio. Incluso le parecía que los neones de los cines brillaban más. Todo a su alrededor había adquirido una nueva intensidad. Hasta su futuro, que volvía a brillar con fuerza. Al día siguiente se reuniría de nuevo con Escolástica Sainz. Tenía ganas de verla. Muchas ganas.

João Leite no las tenía todas consigo. Con ese ánimo acudía al repentino requerimiento del teniente Arturo Saavedra, que le había citado en otro lugar, distinto a los anteriores. La ubicación es lo que más le extrañaba. Muy céntrica y que, en su opinión, destilaba un fuerte aroma a peligro. «Sus razones tendrá», pensó el portugués camino del lugar de la reunión.

Ni siquiera tenía ganas de cantar. Caminaba por la calle Joaquín Costa con paso rápido. Si la hora de su reloj no le engañaba —nunca lo hacía, y ya iba para diez años que lo tenía—, llegaba con retraso. Su cabeza era un mar de preguntas. El teniente ya sabría de la muerte de Liborio Solís, el Canelita, que apareció en los periódicos. ¿También sabría que no pudo acabar con la vida de Rosa Prieto? Una mácula en su expediente. Nunca dejaba un trabajo sin

resolver; la madre de Manuel Prieto era un borrón que no se podía permitir. Y no lo haría.

Al alcanzar la plaza de Chamberí, le vio. Allí le estaba esperando Arturo Saavedra. Vestía ropa cómoda, de estar por casa —bata de lana a cuadros y zapatillas—, por lo que João Leite dedujo que no debía vivir lejos de allí.

—Llegas tarde.

—Estaba lejos cuando me llamó —se disculpó el portugués.

—No importa.

Arturo Saavedra echó a andar. Olía a lluvia —que había estado cayendo durante toda la jornada— y las calles estaban mojadas. El tiempo había refrescado. Sopló una racha fría y João Leite se preocupó por el teniente, al que miró.

—Más frío pasé en la guerra. Será un rato, no te preocupes por mí —dijo Arturo Saavedra.

—El sarasa ya es historia —soltó el portugués.

—Sí, vi la noticia, aunque no se explayaron demasiado. Espero que lo hagan los de *El Caso*.

—En cuanto a la madre...

—Sé que se te escapó. Por ella no te preocupes. Ya habrá tiempo. Hay otro encargo antes que cumplir. —Las miradas de ambos se cruzaron. Cargada de odio la del teniente, expectante la del luso—. Y esta vez no admitiré fallos por tu parte.

—Usted dirá.

—Mañana tienes que matar a esta persona.

El militar le tendió una foto. Era reciente. Por la calidad de la imagen —nueva, sin tacha alguna— y la ropa que vestían las dos personas que aparecían en ella. Una de ellas era el teniente. A la otra también la reconoció.

—Esperaré ansioso tus noticias.

—Será un placer, se lo aseguro.

Llegado el momento, Arturo Saavedra se detuvo y dio media vuelta para desandar el camino hecho. João Leite entendió que la reunión había llegado a su fin y también todo lo que aquel le tenía que decir. Él tomó Eduardo Dato, por la que bajaría hasta la avenida del Generalísimo. Lo hacía con distinto ánimo. Contento por comprobar que aún gozaba de la confianza del militar y contento también por el encargo recibido. Una tarea que le entusiasmaba. Detestaba dejar las cosas a medio hacer, no iba con su estilo. De ahí su fama de no dejar ningún cabo suelto. Se había ganado un prestigio. Quien lo mancillara, lo pagaría claro.

Por eso le entusiasmaba tanto esta nueva misión.

«Os fidalgos e, os artistas. Iam prá aí, horas mortas. Ouvir o fado e cantar».

Tendinha era una de sus canciones favoritas de Amália Rodrigues. Solía cantarla cuando estaba contento o tenía motivos para estarlo. Como ahora. Hasta agradeció el frío y la humedad de la noche, que invitaban a buscar un poco de calor. Y él sabía dónde encontrarlo y quién se lo podía dar.

Le vendría bien para zanjar el último encargo de Arturo Saavedra. Le apetecía. Y mucho.

Marga Uriarte se despertó sobresaltada. ¿Qué hora sería? No tenía ni idea, pero sí que era tarde. Quien quiera que fuera aporreaba la puerta de su casa con desesperación. La luz de la vela recién encendida disipó parte de las tinieblas que asfixiaban la habitación. Salió con ella en la mano y abrió la puerta. Se topó con una persona que tenía el miedo impreso en su rostro.

—¡Andrés!

—¡Déjame pasar, por favor!

El recién llegado lo hizo con una pequeña maleta, que dejó en el suelo. Estaba muy asustado.

—¿Qué te pasa?

—¡Han detenido a Camilo!

—¿Cuándo?

—Esta mañana, cerca de la plaza de Oriente. Nos citamos allí con el camarada Ángel para transmitirle las últimas consignas que le arrancó tu amiga Tica al teniente fascista. Nos estaban esperando. Alguien les tuvo que dar un chivatazo, posiblemente algún vecino. ¡Mira que le dije a Camilo que no volviéramos allí después de estar contigo, pero se empeñó! Que era un sitio tranquilo y discreto... ¡La madre que lo parió!

Andrés se llevó las manos a la cabeza. Se mesó los cabellos y comenzó a caminar por la pequeña estancia dando pasos sin sentido.

—¡Siéntate y cálmate! —le conminó ella acercándole una silla—. Al menos tú no caíste.

—He tenido mucha suerte. Nos rodearon cuatro personas, dos por delante y otras tantas por detrás, nada más salir del piso. Nos estaba esperando. Eran policías. Sacaron sus armas y nos encañonaron. Los tres levantamos las manos, pero me negué a entregarme. Aproveché que había un hueco a mi izquierda entre dos coches y me tiré al suelo para escapar. Esquivé un coche

que casi me atropella y los disparos de uno de los policías. ¡Todavía no sé cómo estoy vivo! —terminó de relatar Andrés, ya con lágrimas en los ojos.

—Lo importante es que estás aquí, a salvo —le tranquilizó Marga acariciándole la cabeza. Andrés la tenía entre sus brazos. Se incorporó secándose las lágrimas.

—Me fui rápidamente a casa e hice la maleta con lo justo. También me deshice de papeles y libros comprometedores en un arroyo cercano. A estas horas la estarán revisando palmo a palmo. Camilo les habrá dicho todo lo que quieran. No conocía más sitio seguro al que acudir que este.

—Has hecho bien. Aquí no vendrán a buscarte.

—Te prometo que solo será esta noche. Mañana me iré.

—¿A dónde?

—No lo sé, pero lejos de Madrid. La operación queda suspendida. Han desmantelado la estructura, y también...

Andrés pidió un vaso de agua. Marga llenó una taza de porcelana con una botella y se la entregó. Se la bebió de golpe. Y siguió hablando.

—El camarada Stalin ha muerto.

Después, miró a Marga. La conocía. Y sabía que una noticia como esa no provocaría ningún cambio en la expresión que tuviera hasta entonces. Cualquier otro comunista lo sentiría, se mostraría afligido. Lo que le ocurrió a él, que lamentó tan gran pérdida. Pero Marga...

—Que nos espere allí muchos años.

—Seguramente en Moscú tendrán otras cosas en las que pensar. Lo de los americanos en España quedará enterrado —prosiguió Andrés—. Además, necesitamos dinero para montar otra estructura y no disponemos de él.

—Entonces todo se acabó.

—Sí —respondió Andrés. Después, resopló—. Habla con esa muchacha, con Tica, para que deje de ver al teniente fascista. Que se complique la vida lo menos posible. Aún está a tiempo.

—No te preocupes por ella. Sabrá cuidarse.

—¿Y tú?

Marga sonrió. Se acercó a Andrés, al que tomó de una mano, y lo llevó hasta su habitación, donde lo tiró a la cama. Se quitó la bata y los ojos de Andrés se encendieron al ver el cuerpo desnudo de Marga.

—No pienses en eso ahora.

Al acabar esa madrugada, Andrés podría jurar que la había pasado en el paraíso. Él, un ateo recalcitrante, no tendría inconveniente alguno en contar cómo era, lo que había visto y sentido. De niño su madre le hablaba de la

existencia de un lugar donde siempre reinaría la felicidad y no habría espacio para el dolor ni el sufrimiento, un lugar donde el placer y la alegría serían eternas.

Sí. Andrés podría jurar que había conocido el paraíso. Y ese paraíso estaría allí donde estuviera Marga, la mujer a la que más amó en su vida y que esa noche quiso regalarle la mejor que nunca tuvo.

capítulo 24

Madrid, 6 de marzo de 1953.

Cerró la maleta. En su interior, revueltas, engurruñó varias prendas interiores, un par de faldas y dos jerséis de punto. También algunas medias y un pantalón. Suficiente para el viaje que se disponía a emprender. Lo demás era cuestión de dinero, y eso era lo que le sobraba a Marga Uriarte. En París podría gastarlo a manos llenas.

París.

Antes de apagar la radio escuchó con atención la voz del locutor. Las seis de la tarde, articuló con calma para dar paso a una fanfarria poderosa. En pocas horas todo lo que le rodeaba pasaría a ser historia. Hasta Andrés, del que se despidió con frialdad a primera hora de la mañana. Insistió en que se fuera con él. Silencio. Marga tenía sus propios planes. Nadie más que ella los conocía. Ni pestañeó cuando él le prometió que volvería cuando todo se hubiera calmado.

—Ocúltate unos cuantos días, un par de semanas si acaso. Será suficiente —le aconsejó Andrés.

—¿Para qué?

—¡Por tu seguridad, Marga!

—¿Mi seguridad? —rio—. ¡Sé buscarme las habichuelas! Estate tranquilo.

—¿Por qué demonios no quieres entender que te quiero, que solo pienso en ti, en tu bien?

Fue ese el momento en el que vio llorar de nuevo a Andrés. Por el mismo motivo que la última. Ella. Ella era la culpable de las lágrimas que recorrían las mejillas del hombre que tenía ante sí, derrotado. Por los acontecimientos, pero también por la terquedad de la mujer que más amaba.

—¿Tan difícil es que puedas comprender que eres la mujer que más he amado en la vida?

—No, no lo es. —Marga tardó en recomponerse de la sacudida inicial. El amor, los sentimientos. Un terreno que desconocía—. Pero puedes marcharte

tranquilo. No me pasará nada.

—Volveré —le prometió Andrés—. Te buscaré y te encontraré.

París.

En la mente de Marga no había más espacio que para esa ciudad, a la que tenía previsto llegar después de un largo viaje que iniciaría esa misma noche. Y lo haría después de cobrarse una vieja deuda.

Lo tenía todo planeado.

Marga se colocó el abrigo con calma mirándose al espejo, igual que hacía su padre antes de salir de casa. Tan distinto a la prenda raída con la que la protegía del frío del invierno. Y su mirada se perdió. Dejó de mirar al espejo. Tenía las manos en los bolsillos y la cabeza ligeramente ladeada hacia la izquierda. El calor que sentía en las manos le regaló un nuevo recuerdo. Su padre admiraría con la boca abierta y ojos brillantes el abrigo que ahora vestía. El dinero que costaba ese abrigo les hubiera dado de comer durante algunas semanas. Así de cruel era la vida. El hambre, el pasado, el miedo.

De pronto, el calor de una mano se desvaneció. Se encargó de hacerlo una fría y metálica forma que acarició antes de agarrarla con los dedos. Y la extrajo del bolsillo. Era una pistola. Una pistola que, de hablar, contaría las vidas que segó, los sueños que apagó. Volvió a mirarse al espejo sosteniendo la pistola con las dos manos para encañonarse. ¡Pum, pum! Y fin a todo. Lo que tanto deseaba.

Todo estaba calculado. Desde el tiempo que debía permanecer donde se disponía a acudir hasta el que tardaría en alcanzar la Estación del Norte, donde un expreso la sacaría del país rumbo a París. Con el alma en paz.

Una lágrima resbaló por su mejilla izquierda. Marga tragó saliva, como si con ello buscara espantar todos los fantasmas que la rodeaban. De nuevo, los recuerdos. El de la última noche que vio a su padre. Su mirada, firme, digna, a sabiendas de que le quedaba poco más que un suspiro. Incluso después de recibir un golpe en la cara. Se lo dio el militar que estaba al mando del pelotón que llegó al pueblo con sed de venganza. Dos miradas que Marga nunca olvidó, la de su padre y la del militar. La de este último cargada de odio. Y su expresión, tan soberbia.

—¡Que subas al camión, rojo de mierda! —chilló a su padre aquel militar.

—Subiré, no te preocupes... —replicó él, consciente de la cercanía del final de todo—. ¡Pero a mí nunca me callaréis!

Una noche que llevaba impresa a fuego en el alma. Las últimas palabras de su padre, imposibles de olvidar, antes de subir al camión.

—Que nadie te quite la dignidad.

Ni tampoco sus lágrimas, ni las de su madre, sujeta por varias mujeres. Ni mucho menos la expresión triunfante del militar, ni tampoco su mirada. Clavada para siempre en su retina, y que ha llevado consigo durante años. Miradas que nunca se olvidan. Por eso, cuando se volvió a cruzar con la del militar, ahora convertido en el teniente Arturo Saavedra, cerró los ojos y murmuró varias palabras que iban dirigidas a su padre.

—Al fin, padre.

Marga dejó de apuntar al espejo y se guardó la pistola. Cogió la maleta y cerró la puerta de casa sin echar un último vistazo. En su mirada solo había espacio para otra, la del militar que le arrancó a su padre. La que ella se disponía a cerrar para siempre.

Salió a la calle. Comenzaba a anochecer. Y sonrió. En la habitación de un hotel de Madrid un tipo esperaba a una chica con la que se estaba acostando desde hacía varias semanas. Esa tarde ya no lo haría. No sería Escolástica Sanz, sino ella, quien visitaría al teniente Arturo Saavedra. La única persona de la que se despediría antes de viajar a París.

Y para siempre.

A ninguno de los dos les sorprendió la muerte del secretario general del PCUS, Iósif Stalin. Era lo previsto. Incluso hablaron de ella en la tarde del día anterior sin saber que pocas horas después, a las 21:50 de la noche, tuvo lugar el deceso. El teniente Arturo Saavedra y el general Agustín Malo de Molina departían junto al ventanal del Café Manila con la avenida de José Antonio a sus pies. Las luces de neón de los cines brillaban con intensidad. Como las del Cine Gran Vía, donde se proyectaba *Solo ante el peligro*, que ya era un éxito tras ser estrenada el lunes de esa misma semana.

—¿Y ahora?

—Un misterio. —El general se encogió de hombros ante la pregunta de Arturo Saavedra—. De lo que estoy convencido es de que la atmósfera que se respira en Moscú no debe ser nada sana.

—¿Lo dice por Beria?

Los dos bebían *whisky* y también fumaban. Malo de Molina se llevó el cigarrillo a los labios con calma, la misma con la que expulsó el humo.

—Puede que sea un hijo de puta, pero no es Stalin.

—Comprendo —admitió Arturo Saavedra antes de tomar su vaso, al que dio un trago corto.

—Por lo pronto, parece que Mólotov se ha hecho con los asuntos del Kremlin. Mientras, el partido ha quedado en manos de Malenkov, que sería ahora el nuevo secretario del comité central. Y Beria... —el general volvió a dar una calada a su cigarrillo—, a lo suyo. Se ha limitado a dar el visto bueno. Claro que todo esto son suposiciones.

—Entonces cree que habrá baile...

—Son rusos, y comunistas. Como Roma, pero elevado a la máxima potencia. Puñaladas por la espalda a diestro y siniestro, viajes a Siberia sin billete de vuelta. Esas cosas que tanto les gustan —detalló el general—. Mucha gente coincide en que lo mejor que le ha podido pasar a Rusia es que haya muerto Stalin. Asimismo, tampoco se cree que estalle una revolución, no al menos como la que acabó con los zares. Algo en lo que sí creen, no obstante, algunos americanos. Se avecinan días decisivos en Moscú, y eso me hace concebir esperanzas de que desde Washington se querrá cerrar el acuerdo lo antes posible. Por lo que pueda pasar. Por cierto, ¿has hablado con ellos?

—Con el general, esta mañana.

—¿Y qué dice?

—Que hay que esperar. Cauteloso, como siempre.

—Es viejo zorro, el general McKormick.

—No obstante, cree que Eisenhower puede dar algún tipo de paso adelante —Arturo Saavedra echó un somero vistazo al reloj mientras hablaba—. Ofrecer una entrevista al sucesor de Stalin en un punto intermedio. Algo así.

—Que vengan los dos aquí. Total, ya puestos...

El primero en romper el diálogo con su risa fue el mismo Malo de Molina, que aprovechó la ocasión para dar otro trago a su vaso de *whisky*, el segundo de la tarde. Arturo Saavedra soltó una breve carcajada para revisar la hora de su reloj. Las manecillas marcaban las ocho de la tarde. Detalle que no pasó desapercibido al general.

—Ya es la segunda vez que miras el reloj...

—Cosas mías.

—¡Ah! Cosas tuyas...

—Espero una llamada, si así se queda más tranquilo.

—Que me quede más o menos tranquilo es lo de menos. Pero, conociéndote como te conozco, me gustaría saber a lo que me enfrento.

—¿Tú? —preguntó Arturo Saavedra, sorprendido.

—Arturo, ¿acaso te crees que me chupo el dedo? Tu suegro ya le ha ido con el cuento a más de uno... Menos su Excelencia, medio El Pardo sabe lo de su hija.

Arturo Saavedra resopló.

—Vaya con el cabrón de mi suegro... ¿Y qué va contando?

—Que no cuidas de su hija.

—¿Sin más?

—Me ahorro los detalles.

La cínica sonrisa que se dibujó en los labios del general Malo de Molina le bastó.

—Ten cuidado, Arturo —le advirtió—. El general tiene mucha ascendencia sobre su Excelencia, y si tiene que hundirte, ten por seguro que lo hará.

—Me consta —admitió el teniente apurando el *whisky* de su vaso.

—Y no siempre podré salvarte el culo, ¿comprendes?

Arturo Saavedra asintió en silencio. Harían falta los dedos de muchas manos para contar las veces que eso ocurrió, Guerra Civil incluida. No podía negar que el general le había evitado más de un disgusto. Mano izquierda, templanza. Su manera de actuar, sus modales. Esa capacidad de persuasión de la que hacía gala cuando era necesario, que derribaba hasta los muros más robustos.

—Comprendo. Pero en lo que concierne a este asunto puedes estar tranquilo, mi general.

—Que así sea.

Un camarero se aproximó a la pareja con una tarjeta en la mano, que entregó al teniente. Tras leerla, se le escapó una sonrisa. Joaquín Malo de Molina hizo lo mismo que él.

—Parece que la llamada trajo buenas noticias...

—Las mejores. ¿Otra copa?

—Arturo... —trató de reconvenirlo Malo de Molina.

—Es viernes, ¿qué tal si nos relajamos un poco?

—En fin... —El general se encogió de hombros y abrió los brazos con las palmas de las manos hacia arriba—. Eso sí, el mío cortito. Uno ya tiene su edad.

Arturo Saavedra requirió la presencia de un camarero, al que pidió otros dos vasos de *whisky*, incluida la petición del teniente. Luego posó la mirada en el amplio ventanal del local, cuya fachada era una de las esquinas más afamadas de la avenida de José Antonio. Desde que había recibido la noticia

que esperaba, su cuerpo había experimentado una plácida sensación de tranquilidad. Cuerpo que también empezaba a pedirle otro tipo de sensaciones y una cama en la que dejarse llevar por ellas. Pero ya no sería Escolástica Sainz quien se la proporcionaría. Para el teniente ya era historia. Otra habría que la sustituyera.

Al sabor de la sangre seca se le unió el del polvo. Una desagradable mezcla la que masticaba Marga Uriarte. Estaba tendida en el suelo, bajo el Puente de los Franceses, donde la arrojó João Leite tras sacarla del coche. Se limpió la sangre del labio, que tenía partido. Dos bofetadas y un puñetazo del portugués tuvieron la culpa. Apoyada en un pilar de dicho puente, buscaba un momento de calma. Para calmar la respiración, muy agitada, pero también para ordenar ideas y hacerse una composición de lugar. Y esta era complicada, muy complicada.

—Veo que te sobran arrestos para pegar a una mujer...

—No eres la primera ni tampoco creo que seas la última —dijo el portugués. La observaba desde una distancia de tres o cuatro pasos—. Cosas del oficio.

—¿Pegar a mujeres?

—Hacer bien mi trabajo.

João Leite encendió un cigarro. La breve luz de la cerilla se extinguió tras soplar la llama con suavidad. La noche era fría y brillaba la luna llena en el cielo.

—Vas a matarme, ¿verdad?

—Chica lista —contestó el otro tras emitir una rápida carcajada—. Desde luego no hemos venido aquí para dar un paseo bajo la luz de la luna. Aunque, si te place...

—¿Con un hijo de puta como tú? —replicó ella. Rio. Una risa cínica la suya—. Creo que al único sitio que iría contigo sería al infierno, que es lo que nos merecemos los dos. ¿Me equivoco?

Se aproximó a Marga Uriarte, y le propinó una violenta bofetada con el envés de la mano derecha.

—Habla por ti —articuló después. Regresó al lugar en el que parecía estar cómodo. Expulsó el humo del cigarrillo mirándola—. Y sí, te voy a matar.

Marga Uriarte lo tenía claro desde que el portugués la abordó unas horas antes. A su espalda escuchó un frenazo y, a continuación, una puerta que se abría. Luego vino un golpe muy fuerte en la cabeza y la oscuridad absoluta.

El golpe le hizo perder la noción del tiempo. Atardecía cuando el luso se lo propinó, y ahora ya era noche cerrada. Había escogido el lugar a conciencia: apartado de la ciudad y con un aliado, el Manzanares, para deshacerse de su cadáver sin complicaciones. Un plan perfecto. Tenía que reconocerlo: João Leite conocía bien su oficio.

—Al menos te pagarán bien.

—No me quejo. Es un buen cliente.

—El teniente, supongo.

—Los clientes con los que trabajo son cosa mía —escupió—. Ahí reside el éxito de mi trabajo. Luego, como es el caso, hay otros condicionantes. Digamos que más ganas.

A los detalles ya descritos Marga unió un tercero, el que la convenció de que su final estaba escrito. Le bastó con llevarse la mano derecha al bolsillo de su abrigo, donde debía estar la pistola con la que iba a matar al teniente Arturo Saavedra. Debía. João Leite se la quitó.

—Creo que estás buscando esto —le dijo el portugués cuando recuperó la conciencia, mostrándole la pistola.

Muy profesional, en definitiva. Marga Uriarte apoyó la cabeza en el pilar y cerró los ojos un instante. Los abrió para mirar el cielo. Preciosa la luna que brillaba, sin duda. João Leite la imitó.

—Cuando era pequeño subía de noche hasta un monte que había cerca del Tajo. Era mi refugio. Desde allí veía la luna llena rielar sobre el río, el cielo cuajado de estrellas los días sin ella. Comparado con una y otras me sentía pequeño, casi diminuto. Entonces pensaba en Dios, en lo insignificantes que somos al lado de su inmenso poder.

—Una tierna estampa, desde luego.

João Leite volvió a acercarse a Marga Uriarte. Esta ni se inmutó. Qué más le daba ya una bofetada más o menos. El portugués le acarició el labio, por el que deslizó un dedo. Eso sí que la estremeció. Incluso pensó en una posibilidad que no había contemplado hasta entonces. Por eso lo miró fijamente. Leite sonrió. Habían pensado lo mismo.

—Sería la guinda, ¿verdad?

—Sí que lo sería, sí... —Se agachó para aproximar sus labios a los de Marga Uriarte—. Lástima.

—¿Lástima?

—Que prefiera otro tipo de compañías, otro tipo de calor.

—No me digas que eres sarasa...

—En la cárcel no hay posibilidad de elegir. Hay lo que hay —le dijo él endureciendo su mirada—. Y cuando sales de allí lo haces con los vicios adquiridos.

El portugués se incorporó. Dio unos cuantos pasos hasta alcanzar la orilla del río. En la distancia dormía la ciudad, acunada en un mar de luces. Se agachó y comprobó la temperatura del río metiendo una de sus manos. Se estremeció.

—¿Está muy fría? —oyó a su espalda.

—¿El qué? —contestó él volviéndose para mirar a Marga Uriarte.

—El agua.

—No tanto como el viaje que vas a emprender.

Apagó el cigarro pisándolo con la puntera de uno de sus zapatos y después miró el reloj. Levantó la vista para fijarse en la luna, majestuosa. Igual que la que contemplaba por las noches en su Lisboa natal, cuando el futuro era un sueño que empezaba a enturbiarse. Las compañías que lo acogieron, que se preocuparon de él. La calle fue su vida, su escuela, su refugio. Un plato de comida caliente, un lugar donde dormir. Después vino el dinero fácil, las responsabilidades. Viendo esa luna nunca pensó que se ganaría la vida matando y que la muerte sería su única compañera.

El rumor del agua llenaba la atmósfera del lugar. Por un instante lo quebró un estallido. Un ruido seco, sordo. Cuando se desvaneció volvió a escucharse el lento discurrir del Manzanares. Ese río que aspiraba a ser eso, un río de verdad, y no el hilillo de agua que bañaba una ciudad que al día siguiente conocería el asesinato de una mujer.

capítulo 25

Madrid, 7 de marzo de 1953.

El policía Julián Ordóñez enarcó una ceja al ver entrar al inspector de segunda Gonzalo Suárez en la comisaría de la calle Leganitos. Dirigió una mirada de sorpresa a su compañero Bermúdez, que dejó aparcada la lectura del diario *Marca*. El reloj colgado de una de las paredes, a la vista de todo el mundo, marcaba las nueve de la mañana. Julián Ordóñez había dado por finalizada la llamada que acaba de recibir. Una llamada que era parte de la sorpresa que le embargaba.

—¡Pero si hoy no le tocaba trabajar! —le soltó Ordóñez a modo de bienvenida.

—El deber manda.

—¿Entonces ya lo sabe? —preguntó el policía a su superior. Gonzalo Suárez se quitó el abrigo para dejarlo en el respaldo de su silla.

—¿El qué he de saber?

—Lo de la muerte.

—¿Qué muerte?

Ordóñez esbozó una mueca de incredulidad mirando ora a Bermúdez, ora al inspector Suárez. Idéntica a la de su compañero, que se levantó de la silla. El servicio le reclamaba, y a él se marchó con el periódico debajo del brazo.

—Ha aparecido el cuerpo de una mujer muerta en el cauce del Manzanares, a la altura de San Antonio de la Florida.

—¿Cuándo? —quiso saber el inspector. Ahora fue él quien enarcó una ceja.

—Un anciano que paseaba por la zona ha dado el aviso. Descubrió el cadáver a primera hora de esta mañana.

—¡Vaya por Dios! Tenía que ser hoy.

—¿Me he perdido algo?

—Necesito un mapa de Madrid —pidió Gonzalo Suárez. Sus movimientos denotaban un gran nerviosismo.

Julián Ordóñez se incorporó ligeramente para extraer un pequeño callejero de un cajón de su mesa. Se lo extendió a su superior. Este lo abrió y empezó a pasar las páginas con rapidez, hasta dar con lo que buscaba.

—Calle Abades.

—¿Qué pasa con esa calle?

—Ahí es donde vive João Leite.

—¿Quién? —preguntó Ordóñez con cara de extrañeza. Bermúdez, que regresaba del baño, compuso el mismo gesto.

—El asesino del Canelita.

Ordóñez dio un respingo en su silla, en la que había vuelto a sentarse.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Ayer, antes de marcharme, me dieron un soplo. Gente que apreciaba a Liborio y que le tiene ganas al tipo, un portugués de muy dudosa reputación. Fui hasta donde vive para comprobar la veracidad del soplo. El tal Leite regresó a casa a última hora de la noche, por lo que es seguro que todavía esté allí. Así que vamos a ir a por él.

—¿Ahora? ¿Y qué hacemos con la muerta?

Gonzalo Suárez se acarició la barbilla componiendo un gesto pensativo. Después miró a Bermúdez.

—Usted vendrá conmigo. Y usted —se dirigió a Ordóñez— acuda a la zona e investigue lo que pueda. Ya nos ocuparemos del asunto.

—¿Creen que se bastarán para detener a ese portugués? —conjeturó Ordóñez—. Quizás...

—¿Se refiere a pedir ayuda? —le interrumpió el inspector—. ¿A quién? Le recuerdo que esta investigación es extraoficial. Además —Gonzalo Suárez miró a Bermúdez—, hay gente que nos va a ayudar. Usted preocúpese por averiguar todo lo posible del asesinato de esa mujer.

—Esa gente... Quiero decir... —dudó el otro policía si continuar hablando. Al final lo hizo—: si la gente a la que ha recurrido es de fiar.

Bermúdez regresó junto a sus compañeros con las llaves de un coche, que mostró al inspector. Este negó con la cabeza. No lo necesitarían.

—En las actuales circunstancias, la mejor —le aseguró al sevillano.

Gonzalo Suárez abrió el cajón de su mesa y se aprovisionó de balas, que guardó en un bolsillo de su abrigo. Hizo un gesto al agente que le acompañaría en la misión y los dos abandonaron la comisaría con paso rápido. Julián Ordóñez lo haría unos instantes después, camino de un nuevo caso por resolver. Sin saber que el caso de la mujer que había aparecido muerta en el Manzanares junto al Puente de la Reina podría quedar cerrado en

horas. Todo dependía de la detención de João Leite. La que tanto deseaba el inspector Suárez.

—¿Está seguro de que no ha salido en toda la mañana?

Gonzalo Suárez miró a David Estévez, que mantenía las manos aferradas al volante. En la parte trasera, Bermúdez compartía compañía con Andrew Morton, que se empeñó en acompañar a su compatriota y al inspector. Los cuatro ocupaban un Hispano-Suiza de los americanos aparcado en una esquina de la calle Abades con la de Embajadores. Madrid olía en aquel punto a sábado por la mañana, a gallinejas recién sacadas del aceite. En el cielo, un sol que prendía su calidez sobre la ciudad.

—¿Cree que de haberlo hecho estaríamos todavía aquí? Tranquilo, inspector —le pidió el americano—, todo saldrá bien.

Gonzalo Suárez chasqueo la lengua, contrariado, al revisar la hora en su reloj. Su expresión de fastidio se convirtió en excitación. El cambio fue súbito. La culpa la tuvo un tipo que salió del portal que hacía el número 6 de la calle Abades.

—¡Ahí está! ¡Arranque! —ordenó a David Estévez.

El coche comenzó a deslizarse con calma. El portugués caminaba una decena de pasos por delante, ajeno a lo que ocurría a su espalda.

—Aproxímese despacio.

—Yo haría todo lo contrario.

—¿Acaso quiere que nos descubra?

—¿Cree que no lo hará si circulamos tras él a tan escasa velocidad?

Se miraron durante un par de segundos. El primero en bajar la vista fue el inspector. Puede que David Estévez fuera más joven que él, pero en lo que a experiencia tocaba le superaba con creces. Bastaba con reparar en su manera de coger el volante, con la izquierda, mientras con la derecha sujetaba la palanca de cambios. Rapidez, nunca perder la capacidad de sorpresa. Anticiparse al enemigo, en suma.

David Estévez apretó con fuerza el acelerador y el Hispano-Suiza tomó velocidad. Las ruedas traseras derraparon y la goma quemada levantó una pequeña nube de humo.

—¡Nos ha descubierta! —chilló Gonzalo Suárez, que vio como el portugués se lanzó a correr después de echar un breve vistazo a su espalda.

—¿Dónde va? —gritó ahora David Estévez. Gonzalo Suárez había abierto su puerta y calculaba el momento preciso para bajarse del coche y correr tras

el luso.

—Si sale de esta calle será imposible seguirle con el coche.

La puerta izquierda trasera también se abrió y por ella asomó el corpachón de Bermúdez. El inspector le hizo una señal con su pistola, que ya sostenía con la mano derecha.

—¡Corriendo tras él en cuanto doble la esquina!

Eso fue lo que hizo João Leite. El coche frenó en seco por no atropellarle. Gonzalo Suárez y Bermúdez aprovecharon la detención para poner pie en tierra y seguir la estela del portugués.

—¡Alto, policía! —chilló el primero.

Los dos agentes agradecieron que Leite tomara Mesón de Paredes en dirección a la Ronda de Valencia. Una cuesta abajo pronunciada, mucho mejor que subirla.

—¡Alto! ¡Alto! —volvió a gritar el inspector.

El luso corría a mayor velocidad que ellos. Gonzalo Suárez apretó los dientes para imprimir un mayor ritmo a sus piernas, pero la respiración no le daba para más. Para su sorpresa, Bermúdez le rebasó siguiendo la carrera del luso, que tropezó y cayó al suelo. El enorme policía aprovechó la circunstancia para lanzarse sobre él.

El inspector Suárez aún tardó unos segundos en alcanzar el punto en el que su compañero y el portugués habían empezado a enzarzarse a puñetazos. Golpeó primero el portugués en la cara del policía, pero este no tardó en responder devolviéndole un rodillazo en los testículos. El otro se dobló de dolor.

—¡Arriba las manos! —le ordenó Gonzalo Suárez con un hilillo de voz y apuntándole con la pistola.

—Me... ha... roto los huevos —acertó a decir Leite, apretando los dientes de dolor.

—¡He dicho que levantes las manos! —le ordenó nuevamente el inspector. Lo que este no esperaba es que Bermúdez soltara un puñetazo en la cara a João Leite, que quedó tendido en el suelo, inconsciente.

—¿Es que acaso no ha visto que ya le estaba apuntando? —reprendió el inspector a su compañero.

Bermúdez le miró con cara de pocos amigos y la mano derecha protegiéndose la boca. Al descubrirla asomó por ella un hilillo de sangre, que resbaló por la comisura de sus labios.

—¡Será cabrón el tío! —protestó el policía—. ¡Que me ha roto un diente!

Una hora después de lo ocurrido en la calle Mesón de Paredes, João Leite estaba sentado en una silla de la comisaría de la calle Leganitos. Delante de él tenía al agente Bermúdez y al inspector Gonzalo Suárez. Los dos americanos decidieron esperar en un bar cercano.

—En caso de que no quiera hablar, déjenoslo a nosotros —le sugirió David Estévez al inspector antes de que este y Bermúdez entraran en las dependencias policiales junto al portugués.

—¿Teme que no sea capaz de sacarle nada?

—No pongo en duda sus métodos —prosiguió el americano mirando a Bermúdez, que no despegaba la vista del detenido—. Pero, de todas formas, estaré cerca por si me necesita.

Gonzalo Suárez tenía la convicción de que no haría falta recurrir al americano. El método Bermúdez haría hablar a un muerto si las circunstancias lo aconsejaban. A su lado, y enfadado —y eso ocurría de Pascuas a Ramos—, el comisario Martínez no pasaba de aprendiz.

—¿Sabes por qué estás aquí?

El luso no respondió. Sí lanzó una mirada provocadora hacia los dos policías que tenía delante.

—Mataste a un hombre.

El silencio prosiguió. Y ni una arruga en las facciones del rostro de João Leite.

—Veo que no tienes muchas ganas de colaborar...

Existen códigos, gestos producto del trabajo, de una relación que va más allá del mismo. Gonzalo Suárez y Bermúdez se conocían bien, detalle que desconocía el portugués. De conocer el código, hubiera sabido que, tras enarcar una ceja el inspector, vendría la monumental bofetada que Bermúdez le plantó en la cara con la mano abierta.

—Lo repito: mataste a un hombre.

—Podéis pegarme todas las veces que queráis, no me dais miedo —dijo con tono orgulloso, desafiante.

—No te hagas el gallito, que no estamos para bromas.

—¿Qué me espera? ¿Qué este tío con cara de mono —se refirió a Bermúdez, al que dedicó una mirada despectiva— me pegue hasta que se harte? ¿Qué me dejéis en el calabozo toda la noche? Me suda los cojones lo que me podáis hacer —y terminó la frase escupiendo al suelo. Un hilillo de sangre manchaba la comisura de sus labios.

—O que acabes en la cárcel ahora mismo, sin pasar por el calabozo. ¿Habías contemplado esa posibilidad?

—La cárcel... —rio João Leite—. ¿Cree que me asusta acabar en una cárcel española?

—Tienes pinta de haber conocido alguna en Portugal, ¿me equivoco?

—¿De cuál quiere que le hable? —volvió a reír el portugués—. Cárceles españolas a mí...

Gonzalo Suárez se retiró de la vista de Leite y comenzó a dar vueltas por la sala donde tenía lugar el interrogatorio. Necesitaba pensar, dar una vuelta a la situación. Ni la fuerza bruta, ni las amenazas surtirían efecto con el portugués. Se detuvo y lo miró desde el otro lado de la sala.

—De todas formas, no estarás demasiado tiempo en ella. ¿Quieres saber por qué? —Se volvió a aproximar a João Leite—. Antes de un par de meses serás historia. Humo. —Con la mano derecha, el inspector imitó el movimiento de una nube.

—Eso no va a ocurrir. Tengo amigos poderosos —le advirtió Leite sin borrarle la sonrisa de la cara—. Me sacarán de allí.

—En eso te equivocas. Ni Dios te sacará de allí con la lista de causas que te caerá.

La sonrisa se borró del rostro del portugués.

—Te presentarás ante el juez con no menos de cinco muertos a tus espaldas, todos los que encontremos. Buscaremos en los archivos de los últimos meses. En dos estarás muerto.

Ahora quien sonrió fue Gonzalo Suárez. Bermúdez también, a la espalda de João Leite.

—No puede hacer eso.

—Claro que puedo. Es más, ¡estoy deseando hacerlo! Esta noche la pasarás en el calabozo mientras recabamos informes. Mañana pasarás ante el juez y en menos de tres días estarás en Carabanchel. ¿Conoces la expresión «De Madrid al cielo»? Puede que se la hayas oído cantar a María de los Ángeles Morales.

—No.

—La vas a conocer, pero al revés. De Madrid al infierno, que es donde acabarás después de pasar por la cárcel. Fin del interrogatorio.

Bermúdez agarró por la espalda al detenido, que permanecía esposado en todo momento.

—Usted no me quiere a mí.

Gonzalo Suárez asintió con la cabeza en silencio sin dejar de mirar al portugués. Arqueando las cejas pidió a Bermúdez que volviera a sentar a João Leite.

—Eres un tipo muy inteligente.

—Hablando se entiende la gente, ¿no? Como decís por aquí...

Gonzalo Suárez cogió una silla y la colocó delante del portugués. Se sentó y le pidió a Bermúdez que saliera de la sala y se quedara junto a la puerta, vigilando.

—Que el señor Leite y yo tenemos que hablar.

Arturo Saavedra se relajaba en el despacho de su casa. Estaba solo toda vez que su mujer e hijo habían decidido marcharse al Escorial para pasar el fin de semana junto a su suegro. A las diez de la noche también le abandonaría Pascuala. Había hecho planes para pasar la noche allí. Una compañía llegaría a la hora acordada, sobre las once.

Escuchaba la radio, tranquilo. Quedaba media hora para que Bobby Deglané diera comienzo a su *Cabalgata de Fin de Semana*, programa que emitía la Sociedad Española de Radiodifusión. Eso anunció un locutor de voz veterana a través de la radio. A unos cuantos anuncios le siguieron unos compases musicales y la voz de Lorenzo González desplegando todo su arte para cantar *Hola, qué tal*. El teniente tarareó la canción. Le gustaba.

Le gustaba tanto como saber que toda la casa sería suya durante el fin de semana. Así venía ocurriendo desde que Lourdes había decidido pasar los fines de semana en El Escorial. El matrimonio estaba roto, y ni uno ni otro se cuidaban de guardar las apariencias, por lo que tanto ella como su hijo hicieron suya la casa del general desde finales de febrero. Qué pasaría con el matrimonio, con ellos, era algo que no le importaba. En ese momento su única preocupación era Jaqueline, de la que le habían dicho que era rubia, tenía un busto y un culo para parar un tren y poco más de veinticinco primaveras.

Pascuala llamó a la puerta, por lo que se levantó de su sillón, extrañado, y mirando el reloj.

—¡Qué raro! Todavía falta una hora.

Junto a la chica del servicio encontró a dos hombres que le observaban con gesto adusto. El rostro de Pascuala no anunciaba buenas noticias.

—¿Quiénes son ustedes?

—¿Teniente Arturo Saavedra? —preguntó el más bajo de los dos hombres, que enseñó su placa al militar—. Gonzalo Suárez, inspector de segunda del Cuerpo General de Policía.

—¿Qué están haciendo en mi casa? ¡Váyanse de aquí! —le contestó el teniente, visiblemente irritado—. Soy militar y con muy altas influencias. Así que, si no quieren tener problemas, les rogaría que se marcharan por donde han venido.

—Enseguida nos iremos. Pero con usted. Y a la comisaría.

—¿Qué está pasando aquí?

—Un asesinato.

—¡Yo no he matado a nadie!

—¿Y quién ha dicho eso? —contestó Gonzalo Suárez—. Nadie le está acusando de haber matado a alguien. Lo ha hecho, usted solito. Pero va a acompañarnos a comisaría, y ahora mismo.

—¿Y si me niego?

De nuevo, los códigos. El inspector esquinó la mirada y al gesto respondió su compañero Bermúdez, aproximándose al teniente. Para este fue como ver la nube de una tormenta aproximándose a una población. Negra, muy alta, amenazante.

—No se preocupe, se trata de que conteste a unas preguntas.

—¿Y no me las pueden hacer aquí?

—No. La persona que se las tiene que hacer está allí, esperándole.

—El comisario, entiendo.

—No. Un tipo llamado Joaquín Batres.

El pasillo por el que caminaba el trío era largo, de paredes blancas y con numerosos cuadros y distinciones colgados en ellas. De no ser por el pelo, el rostro del teniente se hubiera mimetizado con la blancura de la pared.

capítulo 26

Madrid, 9 de marzo de 1953.

Soplaba un viento frío que acompañó la entrada de Gonzalo Suárez en el poblado de Jaime el Conquistador. Sobre su cabeza, un cielo plomizo, amenazante. En cualquier momento podía llover. Ante sus ojos, un entramado de callejuelas estrechas que delimitaban las casuchas y chabolas del poblado. Conocía el camino, así que no tuvo problema en encontrar la casa que buscaba. La localizó después de callejear durante un par de minutos. Llamó a la puerta, que abrió una mujer de ojos tristes.

—Inspector, ¡qué sorpresa!

—Venía a verla, Rosa —saludó el policía a la madre de Manuel Prieto—. Me gustaría hablar con usted.

—Pase, por favor.

Gonzalo Suárez encontró la mesa de la estancia llena de ropa. Junto a ella, una máquina de coser y una silla. Hacía tanto frío fuera como dentro de la chabola.

—¿Cose?

—Sí. Pantalones, camisas... Hago remiendos, trajes... De todo.

—Entonces no le va mal —conjeturó el inspector, a la vista del montón de ropa.

—No me puedo quejar, desde luego.

—Me alegro por usted.

—Bueno...

El rostro de Rosa Prieto no varió ni un ápice a pesar de los comentarios de Gonzalo Suárez, lo que le extrañó.

—¿Acaso no se alegra de ver que las cosas le empiezan a ir bien?

—¿Llama que las cosas vayan bien a coser unas cuantas camisas y pantalones?

—Junto a alguna que otra buena noticia, sí.

—¿Qué noticia? —Rosa Prieto se llevó las manos al pecho, como si intuyera lo que el inspector iba a transmitirle. Sus ojos se humedecieron.

—No me diga que...

—Hemos detenido al asesino de su hijo.

La madre de Manuel Prieto buscó la silla, en la que se sentó. Empezó a llorar.

—¿Es eso verdad?

—Sí, Rosa, lo es. Y no solo eso —Gonzalo Suárez buscó otra silla con la mirada, que encontró. Tomó asiento y agarró las manos de Rosa Prieto—: también hemos detenido al hombre que intentó matarla.

—¿Al tipo que vino aquí? ¿A ese extranjero?

—No volverá a molestarla nunca más, se lo aseguro.

—¿Y ahora qué va a pasar? —Rosa Prieto se enjugó las lágrimas con un pañuelo.

—Eso es algo que está por saber. Imagino que habrá un juicio y una condena.

—Espero que se haga justicia.

—Le prometo que así será.

—Al menos una buena noticia que alivie mi pesar.

El inspector acarició las manos de la mujer, que seguía agarrando.

—¿Me permite que le dé un consejo? Debería empezar a vivir. Manuel ya no va a volver y seguro que le haría feliz verla bien.

—¿Manuel? Mi pobrecito ya está en el cielo al lado de Nuestro Señor. Es otra cosa...

—¿Qué cosa? Si es que me la quiere contar, claro está.

Rosa Prieto se levantó de la silla y se encaminó hacia la puerta, que abrió. La estancia se iluminó con el haz de luz que penetró a través de ella.

—¿Me acompaña?

La casa en la que ambos entraron —la puerta estaba rota— distaba unos metros de la de Rosa Prieto. De factura similar a la de aquella, era un caos: sillas por el suelo, la mesa rota, estanterías derribadas... Conforme los dos avanzaban por la vivienda el panorama no era muy distinto: la cama patas arriba y el colchón acuchillado —la lana asomaba por varios agujeros practicados con navaja— compartían protagonismo con un armario sin puertas —estaban en el suelo, rotas— y su contenido estaba desparramado por el suelo en lo que antes fue una habitación.

—No he vuelto a verla desde el pasado viernes.

—¿Le dijo a dónde iba o qué iba a hacer?

—No.

—¿Así, de repente?

—Se comportaba de manera muy rara últimamente. Ya le dije que salía con la atardecida y regresaba a casa de madrugada. ¡Espero que no se haya metido en un lío! Ella, no, ¡por Dios! ¡Mi niña, no!

El inspector consoló a Rosa Prieto. Suspiró. ¿Cómo podía permitir Dios que el infortunio se cebara con aquella mujer y de manera tan repetida? Sus designios, que eran inescrutables. Amén. Dio varias vueltas por la casa de Escolástica Sainz, que era la moradora de la vivienda. O lo que quedaba de ella, visto el estado de devastación en el que se encontraba.

—Esté tranquila. Seguro que no le ha pasado nada —trató de calmarla—. Puede ser consecuencia de todo lo ocurrido en los últimos días. Pero todo acabó ya.

—Esto ocurrió hace dos o tres días, puede que tres —comenzó a relatar Rosa Prieto con los ojos encharcados—. Vino gente preguntando por ella. Nada más saber dónde vivía abrieron la puerta por la fuerza y revolvieron toda la casa.

—¿Quiénes?

—Dijeron ser policías.

—¿Policías? —repitió Gonzalo Suárez, extrañado.

—Regresaron al día siguiente. Y lo mismo que el día anterior: entraron en la casa y pasado un buen rato, salieron. Revolvieron, miraron... ¡Pobrecita mía!

Gonzalo Suárez escrutaba todo con atención. En su cabeza se sucedían varias imágenes de Escolástica Sainz. El momento en que la conoció, la conversación que mantuvieron en el bar, o la de la noche que se encontraron en la Glorieta de Santa María de la Cabeza. Rosa Prieto tenía razón: era una chica muy reservada. Sin embargo, lo que tenía ante sí era motivo de preocupación, pero prefería ocultárselo. Parecía cosa de sus compañeros de la Brigada Político-Social, más bien, que no se andaban con chiquitas. Por qué y qué había hecho Escolástica Sainz eran las dos preguntas que flotaban en la mente del inspector Suárez mientras daba vueltas por la chabola.

—Y luego...

—Luego, ¿qué?

La madre de Manuel Prieto dejó de mirarle para posar la vista en el suelo. Movía el pie izquierdo, nerviosa. Levantó la mirada para escrutar el rostro del policía, que la observaba en silencio. Dudaba. Dudaba si hablar o no. Eso le permitió a Gonzalo Suárez conjeturar que allí había gato encerrado. Y mucho.

—¿Me está ocultando algo, Rosa?

—Es todo tan raro, inspector...

—¿El qué?

Rosa Prieto se acercó al ventanuco por el que entraba una luz difusa y fría. Fuera se oían voces, algunas conversaciones e incluso a gente cantar. Una voz de mujer, muy bonita.

—No solo han venido personas que decían ser policías. Ayer por la tarde también lo hizo otra persona.

—¿Quién?

—No lo sé. Un hombre joven, de aspecto amable y gesto preocupado. Lo vi entrar aquí y salir mirando a un lado y a otro, perdido. Me vio, estaba revisando el respunte de un pantalón en la calle. Se acercó y me preguntó por la persona que vivía en la casa.

—¿Conocía a Escolástica?

Rosa Prieto se apartó de la ventana para aproximarse al inspector. Su rostro reflejaba una honda preocupación.

—No. Me juró y perjuró que quien vivía aquí se llamaba Margarita Uriarte.

—¿Margarita Uriarte?

—La misma cara que ha puesto usted fue la que compuse yo. Y, sin embargo, le vi tan seguro de lo que decía que me parecía imposible que estuviera mintiendo. Antes de marcharse me pidió que le entregara una carta.

—¿Dónde tiene esa carta?

—En casa.

—Enséñemela, por favor.

Madrid, mañana del 10 de marzo de 1953.

Gonzalo Suárez respiró, pero también sufrió un leve escalofrío que recorrió todo su cuerpo.

—Está en el depósito. Nadie ha reclamado ese cadáver —certificó el tipo que le recibió en el vestíbulo de un edificio en cuya atmósfera se respiraba un intenso olor a formol—. Suele pasar cuando el finado no tiene familiares.

—¿A menudo?

—Dos, tres al año, a lo sumo. Pero ocurre.

Gonzalo Suárez recorría los fríos pasillos escasamente iluminados del Instituto Anatómico Forense.

—Al menos la pobre no sufrió —dijo el hombre que caminaba junto al inspector.

—¿Murió al instante?

—Recibió un disparo a bocajarro. Cuando la arrojaron al río ya había dejado de existir. Mejor.

—¿Por qué?

—Morir de hipotermia no debe de ser nada agradable, y por la naturaleza del disparo ese habría sido su destino. No habría podido salir del río por sí misma. Por eso me alegro de que no sufriera.

Gonzalo Suárez contuvo la respiración cuando el hombre abrió la puerta del depósito de cadáveres: un cementerio de olvidados y de cuerpos que nunca conocerían una mínima muestra de cariño o una simple despedida. La sala era un rectángulo de techo bajo y atmósfera fría. A un lado, apilados, reposaban una veintena de cadáveres envueltos en sábanas. El hombre revisó varias etiquetas hasta dar con la que buscaba.

—Aquí está. ¿Quiere que lo abra?

—Claro.

Ante sus ojos apareció un rostro amoratado, ya sin vida. De nuevo, un escalofrío. Esta vez más agresivo que el primero; el regusto que deja la muerte, gozosa de haber cumplido con su objetivo.

—Es suficiente.

Gonzalo Suárez salió a la calle, donde le recibió una mañana menos fría que en días anteriores. Atisbó un banco en la distancia y caminó hasta él. Se sentó y respiró agradeciendo el aire, la atmósfera fresca. Un descanso, no aspiraba a nada más. Poner en orden todos los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, tan excitantes como peligrosas. Un periodo que tocaba a su fin.

—Pobrecilla...

Nadie más que él pudo escuchar su lamento. La calle estaba vacía. Es lo que tiene saber de un cadáver, conocer su historia. Una persona, el color de sus ojos, el tono de su voz. Un apretón de manos inicial, un beso después en las mejillas, un café por compartir. Una muesca más en el alma.

Se sentó en un banco a ver la vida pasar. Había acudido a Santa Isabel esperanzado, y salía de allí derrotado. Un nuevo revés, otra mala noticia. Sacó el sobre de un bolsillo de su abrigo y lo abrió. En su interior, la carta. El contenido ya lo conocía. Apenas pudo pegar ojo la noche anterior, tras leerla, después de que Rosa Prieto se la confiara. Y seguía percutiendo en su ánimo. El alma humana. Tan misteriosa, tan particular. La desdobló y se reencontró

con la letra pulcra de un individuo llamado Andrés. Una radiografía de sus sentimientos.

«Querida Marga», comenzaron a releer los ojos de Gonzalo Suárez...

Espero que cuando leas esta carta estés bien. Y si es así, quiero que sepas que no veo el momento de que volvamos a encontrarnos los dos. No solo porque te necesite y seas la mujer de mi vida. Y estoy convencido de que seré capaz de despertar en ti las ganas de amar a alguien. Sí, Marga, sé que, en el fondo, sabes amar y tienes mucho amor que dar. Me bastaba con leer tus ojos y darme cuenta de que, a pesar de lo que has sufrido, quieres amar, necesitas hacerlo. Llámame loco, pero son detalles pequeños que tu cuerpo transmite cuando la mente deja de regir su destino. Tú no lo crees así, pero te viertes por completo en la otra persona, te derramas en su interior, buscas su calor como una fiera muerta de frío. Luego, cuando recuperas el control de las emociones, vuelves a ser la persona que aparenta carecer de sentimientos, la que se protege de todo y de todos para que nadie pueda leer lo que chilla su interior. Cualquiera otro se preguntaría por qué, por qué ese proceder, por qué pasas del ardiente calor que emanabas a la frialdad más absoluta. Y yo he conseguido escuchar algunos de esos gritos. Sí, los he escuchado. Piden amor, alguien que te comprenda, que te quiera como eres. Como esa persona maravillosa con la que me gustaría pasar el resto de mis días sin importar el lugar ni las circunstancias. Los dos juntos, viviendo nuestro futuro, nuestra vida, sin miedos ni temores. Sé que sería capaz de darte lo que nadie nunca te ha dado. Espero que me des la oportunidad de que te lo pueda demostrar. Nadie más será capaz de amarte como yo lo hago.

Por otra parte, si lees esta carta es que estás a salvo, de lo cual me alegraré, pero también quiero que sepas que ya no hay peligro que temer. Todo se acabó. La misión dejó de existir. El partido dio la orden de que así fuera tras recibir orden expresa de Moscú. Bastante tienen allí con encontrar al mejor sustituto del Camarada Stalin, si es que eso es posible. Además, las negociaciones entre españoles y yanquis se han acelerado en los últimos días y que se firme el tratado para que instalen sus bases en España es cuestión de tiempo. Por eso habrán soltado a los compañeros que fueron detenidos por agentes de la Brigada Político-Social. Ni ellos mismos desconocen las razones de su libertad a pesar de que preveían pasar una temporada en la cárcel. Mejor así para todos.

Termino, Marga. Quiero imaginar que sigues por Madrid. Si es así, te dejo mi nueva dirección donde te estaré esperando con los brazos abiertos. Esperando verte para hacerte la mujer más feliz del mundo.

Tuyo siempre, el que te quiere,
Andrés.

Gonzalo Suárez terminó de leer la carta, que volvió a guardar dentro del sobre. Lucía el sol en un cielo azul, sin apenas nubes. Se levantó y comenzó a caminar sin prisa ni destino. Podía tomarse el día libre dado que no había casos urgentes que resolver en la comisaría. Puede que caminara sin más intención que dejarse llevar allá donde le condujeran sus pasos. En ese caso puede que el subconsciente le condujera hasta el lugar donde decía vivir Andrés, el hombre que esperaba a Marga con los brazos abiertos. Claro que, entonces, destrozaría la ilusión de una persona que amaba a otra como a nada en el mundo. Quién era él para ir destrozando ilusiones; o hasta el poblado de Jaime el Conquistador, si es que decidía volver a casa antes de tiempo. Aunque tampoco tenía ganas de comunicarle a Rosa Prieto que Escolástica Sainz, su Tica, no era tal, y que jamás volvería a verla.

La ilusión, siempre la ilusión. Intacta, imperecedera. A pesar de estar muerta la persona que decía llamarse Margarita Uriarte y se hacía pasar por Escolástica Sainz, su recuerdo sabía a ilusión. Y así seguirían saboreándolo dos personas esperando el día en que pudieran abrazarla de nuevo, volver a besarla. El beso, el abrazo al ser más querido. Algo que él echaba tanto de menos. Una ilusión a la que agarrarse. Eso que tanto buscaba el inspector de segunda del Cuerpo General de Policía Gonzalo Suárez.

capítulo 27

Madrid, 27 de septiembre de 1953.

Gonzalo Suárez leía con atención el periódico sentado en la mesa de una cafetería de la plaza de Santa Ana. Las manecillas de un reloj colgado de la pared marcaban las diez de la mañana. Era un lugar poco concurrido a esa hora: el camarero que preparaba un café y otro que servía un par de ellos a una pareja de ancianos eran la única compañía que tenía en la cafetería. Así lo prefería quien lo había citado allí. Discreción, le dijo. Su manera de actuar.

Pasó por encima de las noticias del día, a las que apenas prestó atención, para centrarse en lo que realmente le importaba: ese día su *Atleti* jugaba en Jaén, al que sacaba un punto en la clasificación. Las reapariciones de Coque y Silva serían vitales para afrontar un partido difícil para los madrileños, decía el titular del *ABC*. Gonzalo Suárez dejó de leer. Frente a él tomó asiento el tipo que acababa de entrar en el bar. David Estévez sonreía. Se quitó el sombrero —el día amaneció frío, con amenaza de lluvia; el anterior jarreó bastante—, que dejó encima de la mesa y pidió un café al camarero.

—¡Dichosos los ojos que le ven! —dijo el americano, a modo de saludo.

—Bastante, sí.

—Dejó de contestar a mis llamadas.

El inspector se tomó unos segundos antes de contestar, el tiempo que tardó el camarero en servir el café al americano.

—Quería oxigenarme, limpiar mi cabeza.

—¿De la decepción?

—Usted lo ha dicho. De la decepción.

—Ese individuo tiene muy buenas agarraderas. Ha logrado salir casi limpio del asunto.

—¿Casi? —repitió Gonzalo Suárez elevando el tono de voz—. ¡Ha salido vivo!

—Que la justicia española absolviera de todo cargo al teniente Arturo Saavedra por el asesinato de Liborio Solís era previsible. Tenía muy buenas agarraderas, le repito. Sin embargo...

David Estévez se llevó la mano al bolsillo interior de su americana, del que extrajo lo que parecía ser un informe. Se lo entregó al inspector.

—Léalo con detenimiento. A ser posible, en casa. Me hubiera gustado entregárselo antes, pero me ha sido imposible dada su ausencia reiterada — articuló dotando de un tono ácido a las últimas palabras.

—¿Y esto?

—También nosotros quisimos saber más del asunto. Le recuerdo que estaba en juego la reputación de un compatriota.

—¿Interrogó al teniente Saavedra?

—Digamos que hablamos con él. No le hizo mucha gracia, se lo aseguro.

—¿Hablaron con él?

—Lea el informe. Se lo ruego.

Gonzalo Suárez se lo guardó tal cual se lo entregó David Estévez, que meneó el café con la cucharilla antes de darle el primer sorbo.

—¿Y Andy? ¿Qué tal está?

—Regresó a Estados Unidos hace un par de semanas, ya finalizadas las negociaciones. España ya no tenía sentido para él sin... —David Estévez hizo una pausa. Después, se encogió de hombros—. Ya sabe.

—¿Y usted? Por lo que acabo de leer, ayer se firmó el acuerdo entre nuestros Gobiernos...

—Efectivamente, señor Suárez. Oficialmente ya somos países amigos. ¡Una amistad que nos traerá muchos beneficios! Ya lo verá.

—Si usted lo dice...

—Mi mujer y mi hijo vinieron en agosto. ¡No sabe qué ganas tenía de reunirme de nuevo con ellos!

—¿Quiere decir que...?

—Mi Gobierno quiere que me quede aquí, en España, trabajando —usó el mismo tono ácido de antes para dar énfasis a esta última palabra—. Por eso quería hablar con usted.

—El caso de Manuel Prieto ya es historia.

—Sí, pero usted me interesa.

—No le entiendo.

—Mire, señor Suárez, a mi Gobierno le gusta saber de todo y de todos de una manera —hizo una pausa para buscar la palabra exacta— discreta. Está claro que la situación política es la que es, pero nos gustaría que fuera otra. Y lo será con el tiempo.

—¿Quiere que trabaje para usted?

—Siempre le he considerado un tipo inteligente, señor Suárez.

—¿Me está pidiendo que deje la policía?

—En absoluto. Queremos que siga siendo lo que es, pero que colabore puntualmente con nosotros.

—Mis superiores lo sabrán tarde o temprano. Le recuerdo que esto es España. Todo se sabe, David.

—Por sus superiores, no se preocupe —insistió el americano—. Si lo dice por el comisario Martínez, lo negará todo llegado el caso. Algo que nunca ocurrirá, se lo aseguro.

—Conoce como nadie los secretos y silencios de Madrid. Usted no sabe hasta dónde alcanzan sus tentáculos.

—Lea el informe, se lo ruego.

Gonzalo Suárez se recostó en la silla con gesto pensativo.

—¿En qué consistiría esa ayuda?

—Eso lo dirá el tiempo, la situación, las personas... Depende. ¡Ah! Y le pagaremos bien. Un dinero que le vendrá de perlas, como dicen ustedes por aquí. Ahora que va a cambiar de situación personal.

—¿Cómo ha sabido usted...? —La cara de sorpresa del inspector era todo un poema.

—¿Lo de Inés, la chica con la que usted trata? Parece mentira, Gonzalo... —se atrevió, por primera vez, a llamarlo por su nombre de pila—. ¿Acaso no recuerda que nos tomamos la molestia de saber todo acerca de las personas con las que vamos a trabajar? Cuestión de escoger a la persona adecuada —dijo David Estévez sin perder la sonrisa—. Porque va a tener gastos con la boda. ¿O me equivoco?

—No, no se equivoca —acertó a responder Gonzalo Suárez.

—Piénselo con calma. Es una buena oferta y no tiene que hacer más de lo que viene haciendo hasta ahora.

—¿Nada más?

—Nada más. Nos interesa mucho contar con usted. Tiene olfato y mucha mano izquierda. Ideal para lo que está por venir en los próximos años.

—¿Y qué es lo que está por venir?

David Estévez llamó al camarero para pedirle la cuenta.

—Eso, si le parece, se lo cuento en otro momento, cuando tengamos más tiempo. Ahora, si me disculpa, me voy a pasear por el Parque de Madrid junto a mi mujer y mi hijo. Por cierto, me gustaría empezar a adquirir costumbres españolas. Por ejemplo, el fútbol, por el que he visto que ustedes tienen gran pasión. ¿A qué equipo me recomienda que siga?

—Al *Atleti*, ¡faltaría más! —respondió Gonzalo Suárez con una pequeña sonrisa que asomó en sus labios.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Pues porque... —El inspector se quedó pensativo. Su sonrisa se hizo más grande pensando en lo que iba a decir—: sus jugadores luchan como hermanos defendiendo sus colores. —De nuevo, hizo otra pausa—. Derrochando coraje y corazón.

—Derrochando coraje y corazón... —Ahora el que se quedó pensativo fue David Estévez—. Entiendo.

El americano extendió su mano derecha a Gonzalo Suárez, que se la estrechó.

—Derrochando coraje y corazón... —repitió—. ¡Qué hermosa estrofa para un himno podría ser esa!

El inspector Suárez vio a través de la cristalera cómo la figura de David Estévez se alejaba camino de la calle del Príncipe. Estaba seguro de que, le volvería a ver. Y durante bastante tiempo.

Gonzalo Suárez esperó a que Inés González, la chica del colmado, terminara de hablar con el grupo de mujeres al que su madre hacía reír con algún chascarrillo. Eran cinco junto a ella. Dos vestían de riguroso luto y la madre de Inés, un abrigo largo bajo el que asomaban unas medias de licra. Idéntica vestimenta a la de su hija, con la diferencia de que las de Inés eran de cristal.

Inés se aproximó a él con rapidez. Sabiendo cómo eran su madre y las demás mujeres, no quería escuchar los cuchicheos que estallarían con su marcha del grupo. Llevaba los labios pintados, lo que gustó al inspector.

—No esperaba verte hasta esta tarde —dijo ella.

—Mientes muy bien.

—¿Por qué lo dices?

—Llevas los labios pintados, y solo lo haces cuando vas a verme. A menos que...

—¿Qué?

—Que estés esperando a otra persona.

—Tienes cada cosa, Gonzalo...

Inés se volvió para echar una mirada al grupo de su madre. Las mujeres andaban a lo suyo, ya despreocupadas de ella, por lo que le tendió la mano izquierda que el inspector acarició con las suyas. Calor. Eso fue lo que sintió. Una cálida sensación parecida a la primera vez que se la dio.

Eso ocurrió a finales de abril. Cogió la lata de sardinas y la pistola de pan que Inés le entregó, pero siguió asido a su mano. Su mirada, clara, brillaba.

—Menos mal que llegó la primavera —articuló ella.

—Al menos se aleja el frío por una temporada.

—Así que a usted tampoco le gusta.

—Demasiado frío en mi casa. Y con poco que me caliente, se puede imaginar.

—Eso será porque usted quiere...

—Puede ser —se quedó pensativo el inspector—. No vendría mal comprar uno de esos calefactores modernos.

—O una compañía.

Aunque Inés hubiera dejado de hablar en ese momento, Gonzalo Suárez ya tenía muy claras sus intenciones. No era una señal, sino un torpedo definitivo a su línea de flotación. Y ella sería el flotador que le evitaría irse al fondo del mar.

—La suya, supongo —admitió el inspector. El juego había terminado.

—¿Sabe? Me encantaría sentir calor a mi lado el siguiente invierno. Los inviernos son muy duros cuando no se tiene con quien paliar ese frío.

Estaban solos en el colmado. Aquel día fue un viernes. Las farolas ya llevaban un par de horas encendidas y después de atender a Gonzalo, Inés echaría el cierre a la cancela del negocio de sus padres. El agente buscó los dedos de la mano de Inés, que entrelazó con los suyos.

—Parece que ha quedado una buena noche. Si quiere puedo acompañarla hasta casa —se ofreció él.

La sonrisa que asomó en los labios de Inés González le dijo que aceptaba su compañía de buen grado.

Desde aquel día del mes de abril fueron decenas los paseos, las películas de cine en la avenida de José Antonio y unos cuantos bailes los domingos por la tarde en Pasapoga. Hasta que una tarde de finales de agosto, Gonzalo dio el paso que tanto ansiaba Inés.

—A ver si con un poco de suerte el invierno que viene no pasamos tanto frío...

Solo faltaban dos meses para la boda. Uno y otra sabían que debían pasar por el trámite para estar juntos; perfectamente evitable a sus ojos, pero no a los de una sociedad que se regía por costumbres ancestrales. Una cosa era lo que ellos quisieran y otra lo que imponían el momento y todo lo que conllevaba: padres, amigos, el sacerdote de la parroquia del barrio...

—Sabía que saldrías de misa —se justificó Gonzalo Suárez—. Me apetecía verte un instante, pero tengo que marcharme rápido a casa.

—¿Pasa algo? —Un rictus de preocupación asomó en la cara de Inés González.

—Nada importante. Trabajo, nada más.

—Me alegro entonces —sonrió de nuevo—. ¿A las cinco?

—A las cinco. Aquí mismo, si quieres.

—Quiero. Como tantas otras cosas.

Se dijeron adiós con la mirada toda vez que hacerlo de otra manera, a ojos del grupo que esperaba Inés, era una temeridad. Esta regresó junto a su madre y las demás y el agente se encaminó hacia el semáforo que le permitiría cruzar el paseo de las Delicias. Miró hacia atrás para verla por última vez y compuso una sonrisa. Ella hizo lo mismo. Hasta su madre los imitó al verlos de semejante guisa.

Gonzalo Suárez cruzó la calle sin que la sonrisa se le borrara de los labios. El pasado no había sido bueno con él, pero el futuro pintaba que sí lo sería. De él dependía de que así fuera. Solo de él.

Apenas probó bocado al llegar a casa. Ya lo haría en compañía de Inés, por la tarde. Una visita a Casa Mingo, por ejemplo. Le apetecía tener ese detalle con ella. Además del informe, David Estévez le adjuntó otro sobre junto a aquel del que no tuvo conocimiento hasta que lo extrajo del bolsillo de su chaqueta. Estaba lleno de dinero. Gonzalo Suárez contó, al menos, diez billetes de mil pesetas, como poco.

—¡Virgen santa! —exclamó al ver tanto dinero junto.

En el sobre también había una nota de papel. La desdobló y leyó las tres líneas escritas a mano por el propio americano: su agradecimiento por los servicios prestados y también, de nuevo, el ofrecimiento de extender la colaboración hasta cuando el inspector quisiera.

Sin embargo, lo que le interesaba era el informe. Después, se echaría una pequeña siesta, que no le vendría mal, así que dejó encendida la radio del salón y se dirigió a su habitación. Tumbado en la cama, comenzó a leer el informe redactado a máquina. Un informe que recogía la declaración prestada —de manera voluntaria, según constaba— por el teniente del Ejército del Aire Arturo Saavedra Bandrés, de cuarenta y tres años.

En las dos primeras páginas el militar explicaba los motivos que le habían llevado a contratar a João Leite, del que nunca más volvió a saber nada, según

declaró. Una cuestión de imagen, recalcó Arturo Saavedra en su declaración, para evitar que el asesinato de otro maricón —especificó Arturo Saavedra— acabara por salpicarle. Su cargo, las negociaciones con los americanos, su suegro, el general...

De ahí que recurriera a un profesional. Arturo Saavedra dijo conocer al portugués desde hacía cinco años. No era la primera vez que recurría a él —leía Gonzalo Suárez con atención—. Su discreción le avalaba. Así, llegó la muerte de Liborio Solís y el intento de asesinato de dos mujeres, cuya vida no pudo segar el mencionado asesino a sueldo. Ese fue su fallo, admitió Arturo Saavedra, quien al final del informe había insistido en que desconocía el paradero del portugués. Y no mentía.

Un suspiro puso fin a su lectura del informe. A ojos de la justicia española, Arturo Saavedra había sido absuelto de cualquier cargo. Un general llamado Agustín Malo de Molina, supo después el inspector, se encargó de sacarle las castañas del fuego. Lo que dicho militar no consiguió fue, tal y como se recogía al final del informe, evitar que la carrera militar de Arturo Saavedra acabara en ese mismo instante. Lo exigía el Gobierno de los Estados Unidos.

—¡Coño!

En ese punto recordó la frase que le dijo David Estévez después de darle el informe.

—Muchas cosas empezarán a cambiar en este país a partir de ahora. En ese informe encontrará una de ellas.

Arturo Saavedra se había visto obligado a abandonar el ejército por exigencia de los americanos. Algo que nunca hubiera imaginado Gonzalo Suárez.

Sin embargo, el informe no acababa ahí. Había un anexo, una conversación con fecha, nombre y apellidos. La lectura de estos últimos hizo que Gonzalo Suárez enarcara las cejas, pero que también se dibujara en su rostro una estupefacción que no lo abandonaría hasta terminarlo. Conocer la condición homosexual del comisario Exuperancio Martínez no era para menos, ni tampoco que confesara haber tirado los tejos a Manuel Prieto. Al igual que admitir haber entorpecido el caso e incluso darlo por cerrado en cuanto tuvo la oportunidad de hacerlo, así se lo pidió Batres. Con lo que no contaba, admitía en su declaración, era que el inspector Gonzalo Suárez siguiera investigando a su espalda.

Abandonó el informe encima de la mesilla, donde seguía el libro que le prestó en su momento su compañero Julián Ordóñez. Lo cogió. Le faltaban

cuatro páginas para acabarlo.

—Por qué no... —pensó.

Las leyó en diez minutos. Antes de cerrarlo se recreó en las últimas tres líneas con las que Miguel Delibes concluía la historia de Pedro, el niño huérfano. Líneas que Gonzalo Suárez leyó en voz alta:

Me sonreía el contorno de Ávila allá, a lo lejos. Del otro lado de la muralla permanecían Martina, doña Gregoria y el señor Lesmes. Y por encima aún me quedaba Dios.

Dios. Lo único a lo que decía temer João Leite. Así se lo confesó en la sala de interrogatorios el día que se prestó a colaborar con la policía a cambio de quedar absuelto del crimen de Liborio Solís, el Canelita. Leite le dio las direcciones de Joaquín Batres, el asesino de Manuel Prieto, y de su cuñado y encubridor, el teniente Arturo Saavedra. Y también de la chica llamada Margarita Uriarte. Algo que supo esa misma tarde antes de salir a detener al teniente y a su cuñado. Fue a través de una llamada efectuada desde una cabina.

—Le voy a ahorrar trabajo, inspector —dijo una voz con marcado acento portugués. Era João Leite—. También maté anoche a una chica que apareció muerta esta mañana en el río Manzanares. Se llamaba Margarita Uriarte. Eso sí, no pienso desvelarle la sorpresa.

—¿Qué sorpresa?

Gonzalo Suárez no volvió a escuchar la voz de João Leite. Este le juró que regresaría a Portugal. No creía que lo hubiera hecho. Algo en su interior le decía que sus caminos volverían a cruzarse tarde o temprano.

Gonzalo Suárez dejó el libro a su lado, encima de la cama, y recostó la cabeza en la almohada. ¡Cuánto había cambiado su vida en apenas unos pocos meses! Y más que lo haría en los siguientes. Libertad absoluta de acción tanto en el Cuerpo General de Policía como con los americanos. Y sin miedo a lo que pudiera hacer o decir el comisario Martínez. A ello se habría comprometido a instancias de los estadounidenses con tal de que su verdadera condición sexual nunca saliera a la luz pública. Y Gonzalo Suárez tenía al comisario por ser un hombre de palabra.

Desde el salón le llegaba la voz de Gregorio Barrios. «Luna, lunera, cascabelera. Ve y dile a mi amorcito, por Dios, que me quiera», cantaba Barrios al compás de unas maracas. El sueño fue venciendo al inspector. Sonreía. La letra. A él, en cambio, no le hacía falta pedirle a Dios que su amorcito le quisiera. Ya lo hacía. Y lo haría para siempre.

Epílogo

Madrid, comienzos de octubre de 1953.

Rosa Prieto cosía sin ganas. Remendaba un pantalón que debía entregar al día siguiente. Encima de la mesa había más ropa: varios pantalones —casi todos de hombre, alguno de niño—, cinco camisas y una falda que arreglar. Desde que se corrió la voz que tenía máquina de coser no le faltaba trabajo. Se daba buena maña y era rápida, cualidades que apreciaron primero sus vecinos del poblado de Jaime el Conquistador; después, los del barrio, e incluso de varios puntos de Madrid. Su fama de costurera crecía.

Colgó los pantalones recién arreglados en el respaldo de la silla, que colocó a su lado. Seguiría con una camisa, pero prefirió descansar un rato. Apartó el pie del pedal y miró la máquina de coser, una Singer de color negro: la única manera que tenía de recordar a Escolástica Sainz. La compró con el dinero que ella le dejó. Una buena cantidad que nunca sabría de dónde había salido. Demasiado para el trabajo que decía tener, sospechaba Rosa Prieto. Como tantas y tantas otras cosas.

Para la madre de Manuel Prieto siempre sería Tica, la chica que recogió en la plaza Mayor, muerta de hambre, pero con la dignidad suficiente, a pesar de su temprana edad, como para no arrastrarse ni dar pena. La vida le había enseñado a ser adulta antes de tiempo, y como tal se comportaba. Orgullosa, digna. Nunca conocería a otra persona igual, también sospechó.

Cuatro golpes a la puerta la alertaron. Sonaba la radio en la pequeña chabola. Antes, el locutor informó de que eran la diez de una despacible noche. Ahora cantaba Antonio Machín *Espérame en el cielo*. Que fue el culpable de que Rosa Prieto dejara de coser. Manuel. Los recuerdos.

Abrió la puerta.

Y se estremeció.

Hay miradas que no se olvidan.

Miradas penetrantes y peligrosas que no ocultan sus intenciones. Como la que traspasaba su cuerpo junto al alféizar de la puerta. Una mirada dura y

negra que provocaba asfixia; una mirada que abría una puerta al pasado y que nunca se va de la vida de uno porque es imposible.

Y le provocó tanto estremecimiento como el chasquido que escuchó. Metálico, frío, sonaba a muerte. Como la voz de la persona que le apuntaba con una pistola. «Espérame en el cielo rogando por mi adiós, para que pronto estemos allí juntos los dos», cantaba Antonio Machín en la radio.

Caprichosa coincidencia. La vida. Siempre tan oportuna.

—Así que tú eres Rosa Prieto...

—Sí.

—Bien.

Arturo Saavedra cerró la puerta a su espalda. Sonrió. Fue la suya una sonrisa cínica, victoriosa.

—¿Sabes a qué he venido?

Rosa Prieto suspiró. Cerró los ojos y los abrió pasados un par de segundos. Relajada.

—A matarme —dijo con calma.

La mujer tomó la silla, que apartó de la máquina de coser, y se sentó delante de Arturo Saavedra. Se movía con la parsimonia de quien sabe que, haga lo que haga, no volverá a ver la luz del sol. Le había bastado con ver la mirada del tipo que la apuntaba con la pistola. Claro que iba a matarla.

—¿A qué esperas?

El tipo apuntó a la cabeza de Rosa Prieto. Introdujo el dedo en el gatillo, que acarició. El guante negro que protegía su mano derecha se fundía con el arma. Inquietante visión la que tenía ante sí la madre de Manuel Prieto. Ni pestañeaba.

Cinco, seis segundos... Ninguno de los dos hablaba. Y de no ser por Conchita Piquer, cuya voz deleitaba a la audiencia de Radio Madrid, la emisora de la Sociedad Española de Radiodifusión, con *Romance de la Reina Mercedes*, hasta podrían escuchar sus respiraciones. Pausadas.

—¿A qué esperas? ¡Mátame! —escupió Rosa Prieto con rabia—. ¡Y no me dejes muerta en vida otra vez!

Arturo Saavedra bajó la pistola. Lo hizo despacio, con gesto pensativo.

—¿Otra vez? ¿Qué quieres decir con eso?

—Ya me mataste una vez en vida.

—¿Cuándo nos hemos cruzado tú y yo? Te recordaría.

—Yo sí te recuerdo. Cada día de mi vida me acuerdo de ti.

Los ojos de Rosa Prieto ardían. Odio. ¿Qué más le daba si iba a morir? «Nunca te dejes nada dentro, di lo que pienses. Tus ideas hablan por tu alma»,

solía decirle su padre.

—Así que tú y yo ya nos conocemos... —Arturo Saavedra cogió la única silla que había libre en la estancia. Arrojó al suelo la ropa que esperaba la mañana de Rosa Prieto. Se sentó frente a ella—. Me encantaría escuchar esa historia.

—Decía mi padre que la vida es muy puta. Por lo que te da, por lo que te devuelve. Escoge fechas, momentos que te marcan para bien y para mal. En ocasiones lo hace para siempre. Una fecha. La mía fue un día soleado de octubre de 1934. Yo vivía en Oviedo.

Arturo Saavedra abrió la boca, sorprendido. Sintió ganas de fumar. Encendió un cigarrillo. Saboreó la primera calada.

—Fue cuando la revolución. Llegaron los soldados para sofocarla. Aquel día mis padres salieron de casa para hacerles frente. Me pidieron que no me moviera de mi habitación. No pude. Bajé a la calle y encontré a varios soldados. Regresé al portal, y allí entraron también ellos. Mataron a algún vecino, violaron a alguna vecina. Yo hui escaleras arriba. Uno me siguió.

El odio seguía impreso en los ojos de Rosa Prieto. Por los de Arturo Saavedra asomó un brillo de curiosidad. Los recuerdos, ese poderoso detonador. Imágenes que se suceden en la cabeza, una tras otra. Se llevó el cigarrillo a la boca. Expulsó el humo con calma.

—Me refugié en mi habitación, pero no tardó en entrar. Luego... —Rosa Prieto tragó saliva. Cerró el puño derecho—. Ese soldado me violó como un animal. Después se incorporó y me miró. Yo lloraba. Él reía. Y le pedí que me matara. Cogió la pistola y me apuntó a la cabeza. Yo temblaba, pero no de miedo. Por todo lo vivido, por la repugnancia que sentía por lo que me hizo. ¡Mátame!, le chillé. Soltó una carcajada y se marchó.

—Había otras cosas que hacer. Ya tenía lo que buscaba —soltó Arturo Saavedra, disfrutando del relato que estaba escuchando; saboreando cada calada que daba al cigarrillo.

—Mis peores temores se hicieron realidad. Un hijo sin padre, una criatura que no tenía culpa de nada. Y lo tuve que sacar adelante sola, porque mis padres se dejaron la vida en las calles de Oviedo aquel día. Luego llegó la guerra, la miseria. El hambre. Vagué de un lado para otro con mi hijo. No comía para que él lo hiciera. Lo veía, reía y yo lloraba. ¿Qué culpa tenía él de todo aquello? ¡Era mi hijo, mi hijo!

Arturo Saavedra arrojó la colilla al suelo, que aplastó con la puntera del pie derecho. Su faz se vistió de una repentina seriedad. Las sorpresas de la vida. Lo quiera uno o no, afectan. Todo depende del cómo.

—Así que te dejé preñada...

—Me desviví por él. La guerra fue dura, pero más lo que vino después. Madre de un hijo sin padre conocido, hija de rojos... Llegamos a Madrid sin nada, ni un lugar donde cobijarnos. Me inventé un marido muerto en el frente. Un nacional. Una manera como otra cualquiera de pasar menos vergüenza por ser madre soltera y de intentar salir adelante. Y acabamos aquí. Pero estoy orgullosa. Conseguí criar a Manuel con dignidad, con mi trabajo. Horas y horas cosiendo para que a él no le faltara nada. Mi Manolito. —Los ojos de Rosa Prieto se llenaron de lágrimas—. ¡Era la envidia! Todos tenían palabras para él de niño y ya hecho un adulto. Guapo a rabiarse, con don de gentes... Con toda la vida por delante... Hasta que...

No pudo seguir hablando. Calló unos segundos en los que lloró en silencio. Después se recompuso y miró al tipo que tenía delante. Nunca había visto tanto odio en una faz como el que vistió la de Rosa Prieto.

—¡Me lo matasteis! ¡Me quistasteis la única razón que tenía para vivir! ¿Y qué me queda? Morir sola como un perro, ¡eso es lo que me espera! —Se levantó y se encaró con él—. ¡Pero no, no voy a pasar por eso! —Obligó al hombre a que le apuntara con la pistola—. ¡Mátame! ¡Si eres hombre de verdad, mátame! ¡Haz lo que has venido a hacer!

Arturo Saavedra levantó la barbilla de Rosa Prieto con la mano izquierda. Escrutó su rostro en silencio. Cinco, seis segundos. Sin prisa. Una siniestra sonrisa asomó en sus labios. Se aproximó a ella.

—Todavía estás para hacerte un homenaje, ¿lo sabías? —Buscó su culo con la mano derecha, que palpó sin soltar la pistola—. Y no me importaría repetir lo de aquel día en Oviedo —le dijo. Buscó la cama con la mirada. Su tono sonó amenazador, siniestro—. Pero no quiero que me salga otro hijo maricón.

—¡Eres un hijo de puta!

—Y me encanta que me lo digan —admitió—. Por eso no te voy a matar.

—¡Eres un maldito cobar...!

Arturo Saavedra plantó el dedo índice de su mano izquierda en los labios de Rosa Prieto. Cállate, no empeores las cosas, vino a decirle. Incluso estuvo tentado de besarlos. Carnosos, insinuantes a pesar del odio que transmitían los ojos y su faz.

—¿Quieres saber por qué no te voy a matar? Prefiero que vivas, lo que menos deseas. Si tuvieras el coraje suficiente te pegarías un tiro y acabarías con lo que consideras una existencia inútil. Pero no lo tienes. Vivir es un castigo para ti, y saber eso me excita. Saber que, en cualquier momento, habrá

una cama esperándome para hacerme lo que quiera. ¿Crees que voy a renunciar a eso? No, bonita. Nos esperan deliciosos momentos juntos...

—¡No volverás a verme viva!

—Adelante, zorra. ¡Mátate si tienes cojones!

Rosa Prieto bajó la mirada.

—Eres una cobarde. Todo lo contrario que tu hijo. ¡Anda que no era gallito! Al menos en eso sí que se parecía a mí.

Arturo Saavedra se dio la vuelta, abrió la puerta y su figura se perdió en la oscuridad. Rosa Prieto se derrumbó en el suelo. Lloraba con amargura. Sin querer, volcó el pequeño costurero con hilos y agujas, que quedaron esparcidos por el suelo junto a las tijeras. Las miró. Se secó las lágrimas y las cogió. Le temblaba la mano. Una solución rápida, efectiva. Una manera como cualquier otra de poner fin a su existencia en una España en la que, según decía la letra del *Cara al Sol* y se repetía desde el Gobierno, volvía a amanecer. Pero no para todos. Para muchos, como para ella, seguía siendo una España oscura y amarga. Una España sin esperanza.

Agradecimientos

A todos los que aportaron ideas y mejoras a los distintos manuscritos de esta novela, porque con su granito de arena ayudaron a que fuera una realidad.

A Ramón Torregrosa, por la impagable información documental, gráfica y audiovisual para conocer mejor el funcionamiento y día a día del Cuerpo General de Policía en los años 50; a Fernando Olmeda y a Ángel Viñas, por sus comentarios e indicaciones; y a Armando Castrillo, librero y Conseguidor de joyas que ayudaron a escribir esta novela.

Al equipo de Versátil Ediciones (Consuelo, Esther, Eva...), por enamorarse de esta novela y cuidarla tan bien desde el principio; y a David G. Panadero, por su lectura impagable y análisis del manuscrito de esta novela.

A Chusa, porque como canta Amaral, sin ti no soy nada.

Y a José Miguel Romaña. Con él, como diría aquel, empezó todo.

A todos y a ti, lector, especialmente, por leer esta novela. Eternamente agradecido.

Y si quieres decirme si te gustó o no, aquí te dejo los caminos:

www.victorfernandezcorreas.com

contacto@victorfernandezcorreas.com

Notas

[1] Término utilizado durante el franquismo por la policía para descalificar a los homosexuales. (*N. del A.*) <<

[2] En argot homosexual, avisar del peligro de llegada de la policía. (*N. del A.*)
<<

[3] ¡Dios mío! ¿Por qué tan pronto? (*N. del A.*) <<

[4] Mejor para todos (*N. del A.*) <<

[5] Tú decides. (*N. del A.*) <<

[6] ¡Verdad! (*N. del A.*) <<

[7] ¡Dios mío! ¡Fue tan desagradable! (*N. del A.*) <<

[8] ¡Se lo juro, inspector! (*N. del A.*) <<

[9] ¡Manolito no era de tu propiedad! (*N. del A.*) <<

[10] ¡Jodido asesino! (*N. del A.*) <<